Christopher Clark

TIEMPO Y PODER

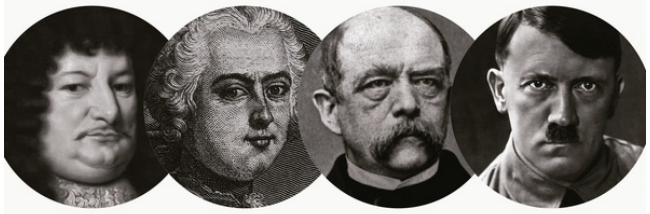
VISIONES DE LA HISTORIA

Desde la guerra de los Treinta Años
al Tercer Reich

Galaxia Gutenberg

Christopher Clark

TIEMPO Y PODER



VISIONES DE LA HISTORIA

Desde la guerra de los Treinta Años
al Tercer Reich

Galaxia Gutenberg

© Nina Lübbren

Christopher Clark es catedrático de Historia en la Universidad de Cambridge. Es autor del bestseller *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914* (Galaxia Gutenberg, 2014) y de otros libros, entre ellos *Kaiser Wilhelm II: A Life in Power* (2000) y *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1947* (2006). Vive en Cambridge, Reino Unido.

Este libro pionero plantea nuevos puntos de vista acerca de cómo las distintas nociones del tiempo condicionan el ejercicio del poder. El aclamado historiador Christopher Clark se sirve de cuatro figuras clave de la historia de Alemania –Federico Guillermo de Brandemburgo-Prusia, Federico el Grande, Otto von Bismarck y Adolf Hitler– para observar la historia a través de una lupa temporal y preguntarse si los actores históricos y sus regímenes encarnan conceptos singulares del tiempo.

Clark muestra que Federico Guillermo rechazaba el concepto de continuidad con el pasado y por el contrario creía que un soberano debía liberar al Estado de los enredos de la tradición para poder elegir libremente entre distintos futuros posibles. Expone que Federico el Grande abandonó ese paradigma en aras de una visión neoclásica de la historia donde el soberano y el Estado trascienden por completo el tiempo, y que Bismarck estaba convencido de que el deber de un estadista consistía en preservar la permanencia intemporal del Estado en medio del torrente de cambios históricos. Señala que Hitler no aspiraba a revolucionar la historia como Stalin y Mussolini, sino que pretendía eludirla del todo, haciendo hincapié en los arquetipos raciales intemporales y en un futuro pronosticado de forma profética.

Tiempo y poder, un libro innovador y elegantemente escrito, lleva al lector desde la guerra de los Treinta Años hasta la caída del Tercer Reich, poniendo de manifiesto la relación entre el poder político y las temporalidades peculiares de los dirigentes que lo ejercen.

Christopher Clark

Tiempo y poder

Visiones de la historia, desde la guerra de los Treinta Años hasta el Tercer Reich

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Time and Power. Visions of History in German Politics, from the Thirty Years' War to the Third Reich*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2019

© Christopher Clark, 2019
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17971-18-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Kate y Justin Clark, hermanos para todas las estaciones

Índice

Agradecimientos
Introducción
- El giro temporal de la historia
- La modernización del tiempo
- El poder y el tiempo

1. La máquina de la historia
   - Una monarquía compuesta en una época de guerras
   - El príncipe contra los Estados
   - Formas de historicidad
   - ¿Una dinámica confesional?
   - El Elector entra en la historia
   - Conclusión
2. El rey historiador
   - ¿Por qué un rey tendría que escribir historia?
   - La historicidad de Federico
   - Hegemonía sin conflicto
   - Tiempos de decisión
   - La suspensión del tiempo
   - Conclusión
3. Barquero en el río del tiempo
   - El jugador de ajedrez
   - El significado de 1848
   - El cambio permanente de la política
   - Apoteosis del momento
   - El Estado monárquico y el significado de la historia
   - 1918 y el fin de la historia
4. El tiempo de los nazis
   - Museos de la revolución
   - Contrastes totalitarios
   - La cercanía del pasado remoto
   - El triunfo de la profecía sobre la contingencia
   - Conclusiones

Conclusión y epílogo
Notas

Agradecimientos

En teoría, el colectivo de personas con las que uno está intelectualmente en deuda debería ir disminuyendo con cada nuevo libro, a medida que uno se va haciendo mayor y más independiente. En mi experiencia se da el caso contrario. A medida que voy haciéndome mayor, cada vez soy menos tímido a la hora de pedir ayuda, y me adentro más y más por terrenos donde dependo de la guía de otras personas. Me habría sido imposible escribir este libro sin el aliento, la conversación y los consejos de muchos amigos y colegas. Quisiera dar especialmente las gracias a las siguientes personas, que leyeron todo el manuscrito o parte de él y me ofrecieron sus detallados comentarios y sus estimulantes sugerencias: Deborah Baker, David Barclay, Peter Burke, Marcus Colla, Amitav Ghosh, Oliver Haardt, Charlotte Johann, Duncan Kelly, Jürgen Luh, Annika Seemann, John Thompson, Adam Tooze, Alexandra Walsham y Waseem Yaqoob. En su calidad de revisores para Princeton University Press, François Hartog, Jürgen Osterhammel y Andy Rabinbach, a los que yo aún no conocía, hicieron algunos comentarios sumamente útiles al manuscrito. Nora Berend, Francisco de Bethencourt, Tim Blanning, Annabel Brett, Matthew Champion, Kate Clark, Allegra Fryxell, Alexander Geppert, Beatrice de Graaf, Paul Hartle, Ulrich Herbert, Shruti Kapila, Hans-Christof Kraus, Jonathan Lamb, Rose Melikan, Bridget Orr, Anna Ross, Kevin Rudd, Magnus Ryan, Martin Sabrow y Quentin Skinner me dieron valiosísimos consejos sobre temas específicos o sobre algunos pasajes concretos del texto. Los escritos y las ideas de Nina Lübbren sobre el tiempo y la narración en el arte han influido en este libro en muchos aspectos. Josef y

Alexander, antaño alegres distracciones en el oficio de escribir han crecido y se han convertido en reflexivos interlocutores cuyas ideas me dieron el pequeño empujón que yo necesitaba para superar distintos cuellos de botella. Kristina Spohr leyó y comentó el texto en muchas etapas de su evolución, y apoyó al autor con sus críticas, sus consejos y su compañerismo.

El Departamento de Historia de la Universidad de Princeton me brindó la oportunidad de desarrollar las ideas que se exploran en este libro al invitarme a presentar las Conferencias Lawrence Stone en abril de 2015, y quisiera darle las gracias a Brigitta van Rheinberg, de Princeton University Press, por haber alentado este proyecto desde sus comienzos, y a Brigitte Pelner, Amanda Peery y Joseph Dahm por su ayuda en la preparación del texto para su publicación. Quisiera expresar mi agradecimiento a mis colegas de la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge y del St. Catharine's College, y a uno en particular, sir Christopher Bayly, que falleció en abril de 2015. Aún hoy, siempre que entro en el patio principal de St. Catharine por la tarde, miro hacia la ventana de C3, por si se diera la remota posibilidad de ver a Chris en mangas de camisa, apoyado en el alféizar de la ventana invitándome a tomar una copa. Las conversaciones que se producían a continuación siempre me llevaban hasta lugares inesperados.

El tiempo es un asunto esquivo pero también ineludible, sobre todo ahora que la relación entre pasado, presente y futuro se ha convertido en una preocupación tan crucial en el ámbito de la política y del discurso público. En épocas de cambio, las cosas más duraderas adquieren mayor valor, y por ello dedico este libro a mi hermana Kate y a mi hermano Justin, que han estado ahí (casi) desde el principio.

Introducción

Al igual que la gravedad curva la luz, el poder curva el tiempo. Este libro habla de lo que ocurre cuando la conciencia del tiempo converge a través de la lente de una estructura de poder. Se adentra en las modalidades de historicidad que hacen suyas y formulan quienes ejercen el poder político. Por «historicidad» no entiendo una doctrina o una teoría sobre el significado de la historia, ni tampoco una modalidad de praxis historiográfica. Más bien utilizo el término en el sentido desarrollado por François Hartog para denotar un conjunto de presupuestos sobre cómo se interrelacionan el pasado, el presente y el futuro.[1] Dichos presupuestos pueden encontrar una expresión retórica explícita o pueden formularse a través de las opciones culturales, los rituales públicos o el despliegue de argumentos o de metáforas y de otro tipo de lenguajes figurativos que implican una «forma de percepción estructurada temporalmente», sin utilizar abiertamente categorías temporales.[2] Pueden estar implícitos en la forma de los argumentos desplegados para justificar la acción política, o para razonar en contra de ella.[3] Sean cuales sean las formas que asuman, las historicidades características de las culturas o los regímenes se distinguen por sus «interpretaciones específicas de lo que es relevante desde el punto de vista temporal».[4] De ello se deriva que la configuración de esa relación a su vez da lugar a un sentido del tiempo que posee una forma o una visión del tiempo intuida, que depende de qué partes del pasado se sienten como más cercanas e íntimamente relacionadas con el presente, y qué partes se perciben como extrañas y remotas.[5]

Este libro se centra en cuatro momentos. Comienza con la lucha entre Federico Guillermo de Brandemburgo-Prusia (1620-1688), también conocido como el Gran Elector, y sus Estados provinciales tras el final de la guerra de los Treinta Años, examina cómo dichas disputas invocaban temporalidades marcadamente antagónicas, y sigue el rastro de sus consecuencias en la emergente historiografía de Brandemburgo-Prusia. Yo argumento que el reinado del Elector se caracterizó por la conciencia del presente como un inestable umbral entre un pasado catastrófico y un futuro incierto, donde una de las principales preocupaciones del soberano era liberar al Estado de los enredos de la tradición para poder elegir libremente entre distintos futuros posibles.

El segundo capítulo se centra en los escritos de historia de Federico II, el único monarca prusiano que escribió una historia de sus propios territorios. En él se argumenta que el rey se apartó conscientemente de la conflictiva visión del Estado que imperaba en la corte de su bisabuelo, el Gran Elector, y que ese distanciamiento reflejaba tanto la nueva constelación del poder social que sustentaba el trono prusiano como la idiosincrática forma que tenía Federico de entender su propio lugar en la historia. En vez de la historicidad proyectada hacia adelante del Gran Elector, yo sugiero que Federico imaginaba, tras la firma de la Paz de Westfalia, una situación de inmutabilidad que asumía una temporalidad neoclásica, un estado invariable, donde predominaban los motivos de la intemporalidad y de la repetición cíclica, y donde el Estado ya no era un motor del cambio histórico, sino un hecho históricamente inespecífico y una necesidad lógica.

El capítulo 3 es un estudio de la historicidad de Bismarck tal y como él la formuló en sus argumentos, su retórica y sus técnicas políticas. Para Bismarck, el estadista era el responsable de tomar decisiones, arrastrado hacia adelante por el torrente de la historia, y cuya tarea consistía en gestionar la interacción entre las fuerzas desencadenadas por las revoluciones de 1848, al tiempo que defendía y protegía las estructuras y las prerrogativas privilegiadas del Estado monárquico, sin las que la historia amenazaba con degenerar en simple tumulto. En ese capítulo argumento

que la historicidad de Bismarck se debatía entre su compromiso con la persistencia atemporal del Estado y el ajetreo y los cambios de la política y la vida pública. El derrumbe en 1918 del sistema que creó Bismarck trajo consigo una crisis de la conciencia histórica, dado que destruyó una modalidad de poder estatal que se había convertido en el punto focal y en el garante del pensamiento y la conciencia históricos.

Figura 1.1. Federico Guillermo, el *Gran Elector*, grabado de Pieter de Jode a partir de un retrato de Anselmus van Hulle.
Fuente: Anselmus van Hulle, *Les hommes illustres qui ont vécu dans le XVII. siècle…* (Ámsterdam, 1717).

El capítulo 4 argumenta que entre los herederos de dicha crisis estaban los nacionalsocialistas, que iniciaron una ruptura radical con la idea misma de la historia como una incesante «iteración de lo nuevo». Mientras que la

historicidad de Bismarck se basaba en el presupuesto de que la historia era una secuencia estructurada compleja, que se precipitaba hacia adelante, de situaciones siempre nuevas y no preordenadas, los nazis sentaban los cimientos de las aspiraciones más radicales de su régimen en una profunda identidad entre el presente, un pasado remoto y un futuro remoto. El resultado fue una modalidad de historicidad del régimen que carecía de precedentes en Prusia-Alemania, pero que además era bastante diferente de los experimentos temporales totalitarios de los sistemas fascista italiano y comunista soviético.

Así pues, el objetivo de este libro es invertir el proyecto planteado en el libro *Régimes d'historicité* de François Hartog, y explorar en cambio la historicidad de una reducida selección de regímenes. Esa tarea puede llevarse a cabo por el procedimiento de examinar el modo en que las estructuras oficiales del Estado –los ministerios, los mandos militares, las cortes electorales y reales y las burocracias– gestionaban el tiempo, se posicionaban en la historia, e imaginaban el futuro, aunque ello suscitaría preguntas sobre si es posible asumir que el término «Estado» denota algo que estuvo presente de forma continua en el mismo sentido a lo largo del periodo que abarca este libro. Yo he elegido un enfoque distinto. Me interesa la forma en que quienes ejercían el poder justificaban su comportamiento con argumentos y conductas que tuvieran un cuño temporal específico. La forma en que aquellos que configuraban el poder se relacionaban con las estructuras formales del gobierno variaba de un caso a otro. El Gran Elector ostentaba el poder desde el seno de una estructura ejecutiva que él mismo fue reuniendo a su alrededor, poco a poco y de una forma bastante improvisada, durante su largo gobierno. El reinado de Federico II se caracterizó por una drástica personalización del poder y por un cierto distanciamiento entre el monarca y muchas de las estructuras donde residía formalmente la autoridad del Estado. Bismarck se situó en el turbulento espacio que existía entre el ejecutivo de la monarquía prusiano-alemana y las imprevisibles fuerzas que operaban en una esfera pública posrevolucionaria. Y la cohorte de dirigentes nacionalsocialistas fue la némesis de la estructura del Estado burocrático: en el núcleo de la

historicidad nazi había un vehemente desmentido del Estado como vehículo y meta de los denuedos de la historia.

EL GIRO TEMPORAL DE LA HISTORIA

El tiempo –o más exactamente, los distintos órdenes del tiempo– no es un tema nuevo en los estudios de historia. Hoy es un lugar común decir que el tiempo no es una sustancia neutra, universal en cuyo vacío se desarrolla una cosa llamada «historia», sino una construcción cultural contingente, cuya forma, estructura y textura han ido variando. Esta constatación ha dado lugar a lo largo de los últimos quince años a un campo de investigación tan animado y diverso que cabría hablar de un «giro temporal» en los estudios de historia, de un cambio en las sensibilidades comparable a los giros lingüísticos y culturales de las décadas de 1980 y 1990, de uno de esos cambios de pauta de la atención con los que periódicamente se renueva la disciplina de la historia.[6]

El giro temporal en los estudios históricos de hoy en día puede enumerar unos distinguidos antecedentes filosóficos y teóricos. En su tesis doctoral de 1889, el filósofo francés Henri Bergson argumentaba que el tiempo como dimensión de la conciencia humana era no homogéneo y «cualitativamente múltiple»; en su obra *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), Émile Durkheim sentaba las bases de una sociología del tiempo como algo experimentado colectivamente y construido socialmente; en su obra *Los marcos sociales de la memoria* (1925), Maurice Halbwachs aplicaba las ideas de Durkheim a la producción social de la memoria; dos años después, *El ser y el tiempo*, de Martin Heidegger, proponía que «la constitución existencial y ontológica de la totalidad de la conciencia humana [*Dasein*]» estaba «basada en la temporalidad»; y a partir de la Segunda Guerra Mundial, los teóricos literarios, y sobre todo los narratólogos, han sometido a un intenso estudio las estructuras temporales de los textos.[7]

Entre los primeros historiadores que reflexionaron sobre las implicaciones de esas corrientes teóricas para los escritos de historia estaba Marc Bloch, que dedicó un breve apartado de un capítulo de su memorable libro de tiempos de guerra, *Introducción a la historia*[*] al problema del «tiempo histórico». Al contrario que el tiempo «artificialmente homogéneo» y abstracto de las ciencias naturales, afirmaba Bloch, el tiempo de la historia es una «realidad concreta y viva entregada a la irreversibilidad de su impulso [...] es el plasma mismo que baña los fenómenos y el lugar de su inteligibilidad». En su núcleo hay una tensión irresoluble entre la continuidad y el «cambio perpetuo».[8] Las reflexiones de Bloch sobre la temporalidad de la historia siempre fueron fragmentarias, pero la obra de Fernand Braudel, de Jacques Le Goff y de otros historiadores en la tradición de los *Annales* profundizaron en aquellas intuiciones y las ampliaron, hasta desarrollar una aguda conciencia de la diversidad de las escalas y texturas temporales. Para Braudel, la relación entre las perturbaciones a corto plazo conocidas como «acontecimientos» y las continuidades a largo plazo que definen las épocas se convirtió en un problema central de la praxis del historiador. Le Goff exploró las diversas texturas temporales de las prácticas ocupacionales, litúrgicas y de culto.[9]

Como ilustran estas reflexiones, la historicidad y la temporalidad son categorías relacionadas entre sí pero no idénticas. En este libro yo utilizo el segundo término para denotar la sensación intuitiva que tiene un actor político de la textura del tiempo experimentado. Si la historicidad tiene sus raíces en un conjunto de presupuestos sobre las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, la temporalidad plasma algo menos reflexionado y más inmediato: la sensación del movimiento del tiempo. ¿El futuro avanza hacia el presente o se aleja de él? ¿El pasado amenaza con invadir el presente, o se repliega hacia los límites de la conciencia? ¿Cómo es de adaptable el marco temporal para la acción política, y qué relación existe entre el flujo imaginado del tiempo y la propensión de los responsables de tomar decisiones a percibirlo como fragmentado en «momentos»? ¿El presente se experimenta como movimiento o como estasis? ¿Qué es permanente y qué no en el fuero interno de quienes ostentan el poder?

Si la escuela de los *Annales* temporalizó la historia, fue un historiador alemán, Reinhart Koselleck, quien «historicizó» la temporalidad. En *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, una recopilación de brillantes ensayos sobre la «semántica del tiempo histórico», Koselleck exploraba la historia de la conciencia del tiempo, creando un sutil despliegue de herramientas analíticas. En el núcleo de su proyecto estaba la transición de la forma premoderna a la forma moderna de experimentar y percibir el tiempo. Koselleck analizaba los cambios en la conciencia del tiempo desde el Renacimiento en adelante, sobre todo los procesos de secularización cultural que habían socavado el predominio de la profecía bíblica en las visiones del futuro del cristianismo. Pero su afirmación más crucial fue que durante el periodo que él denominaba «época de transición» (*Sattelzeit*) –que iba aproximadamente desde el año 1750 hasta el año 1850– se asistió a una profunda alteración en la conciencia temporal de Europa occidental. Esa transición estaba formada por muchas tendencias: a medida que el flujo del tiempo, que se manifestaba en los acontecimientos, parecía acelerar, aumentaba la distancia percibida con relación al pasado; los principios universales daban paso a la contingencia; la autoridad del pasado como depósito de sabiduría y de cultura para el presente se desvanecía; algunos conceptos clave –«revolución», «clase», «progreso», «Estado»– estaban impregnados por el impulso del cambio histórico; las historias, las crónicas y las anécdotas sobre el pasado se fusionaban para crear algo procesual, singular, y que lo englobaba todo, una totalidad única, la «historia» teorizada por Hegel y que se enseña en los departamentos de Humanidades de las universidades modernas. La consecuencia fue un profundo cambio en la percepción de la textura y la forma del tiempo: los conceptos del tiempo como algo recurrente de las sociedades premodernas daban paso a algo llamado historia, ahora entendida como una secuencia de acontecimientos transformadores e irreversibles que acabó experimentándose como «la implacable iteración de lo nuevo». Las

perturbaciones, la violencia y la discontinuidad de las eras revolucionaria y napoleónica generaron disonancias entre el «espacio de la experiencia» y el «horizonte de las expectativas» que iban a ser emblemáticas de la era moderna.[10]

En el primer ensayo de *Futuro pasado*, Koselleck se hacía preguntas a propósito de *La batalla de Issos*, de Albrecht Altdorfer, un cuadro pintado en 1529 que representaba la victoria de Alejandro Magno sobre los persas en 333 a. C.[11] Koselleck se preguntaba por qué Altdorfer pintaba a los griegos como los alemanes de los tiempos del pintor y a los persas como los turcos de la época. ¿Por qué el cuadro mostraba multitudes de hombres y de caballos pululando por un paisaje germánico y alpino, decorado con edificios reconociblemente europeos aunque el enfrentamiento original tuvo lugar en Asia Menor? ¿Por qué los detalles del cuadro se asemejan tanto a las representaciones de la época del asedio otomano contra Viena, que aún proseguía en 1529, cuando Altdorfer pintó la imagen? La respuesta, proponía Koselleck, era que para Altdorfer la relación entre la batalla de Issos y el asedio otomano era profética y alegórica. La primera batalla había marcado el fin del Imperio Persa, tal y como había predicho el sueño profético que consta en el Libro de Daniel. La segunda parecía anunciar el fin del Imperio Romano (es decir del Sacro Imperio Romano), que se contemplaba con el siguiente paso del calendario vislumbrado por la profecía de Daniel. Ambos acontecimientos existieron en el seno del mismo ámbito del tiempo profético. Eso era lo único que hacía posible plisar el tiempo como lo hacía Altdorfer, superponiendo los turcos del siglo XVI a los antiguos persas.

Para agudizar el contraste con la conciencia temporal moderna, Koselleck citaba como testigo a Friedrich Schlegel, el poeta, crítico, y erudito alemán que, se daba la circunstancia, había contemplado *La batalla de Issos* en la década de 1820 y había escrito un entusiasta ensayo sobre el cuadro. Schlegel elogiaba el cuadro de Altdorfer, calificándolo de «la máxima hazaña de la era de la caballería». Koselleck se centraba en esa observación: daba la impresión de que para Schlegel, entre él y el cuadro había un periodo de tiempo que los distanciaba. Y, lo que es más, Schlegel

tenía la sensación de que el cuadro pertenecía a una época –*Zeitalter*– distinta de la suya. Así pues, se trataba no solo de la cantidad de tiempo transcurrido, sino de una ruptura en el tejido del tiempo, de una falla tectónica entre el tiempo de Schlegel y un tiempo anterior. Koselleck razonaba que algo había intervenido entre el tiempo de Altdorfer y el tiempo de Schlegel, con el paradójico resultado de que la cantidad de tiempo que separaba a Schlegel de Altdorfer se antojaba más grande que la que aparentemente separaba a Altdorfer de las gestas de Alejandro. En otras palabras, *La batalla de Issos* ejemplificaba una sensación del tiempo *intemporalizada*, premoderna, y con ella la ausencia de lo que nosotros denominaríamos «conciencia histórica». Por el contrario, Schlegel daba fe de una conciencia temporal moderna que entendía el pasado como algo distante, superado, y ontológicamente diferenciado.[12]

Sería difícil exagerar la influencia de la obra de Koselleck en el estudio histórico de la temporalidad. Koselleck planteaba preguntas audaces y originales, y desarrollaba sus implicaciones con una sutileza, una lucidez y una profundidad de razonamiento impresionantes. Su uso del cambio semántico para seguir el rastro de las mutaciones más trascendentales de la conciencia fue fundamental. Tomó prestadas las categorías analíticas de la filosofía y la teoría literaria, y las desarrolló como herramientas para calibrar los procesos de cambio: el «horizonte de las expectativas» (*Erwartungshorizont*) procedía de la teoría de la recepción de Gadamer y Jauss; la *Zeitlichkeit* (temporalidad), un término que denota al mismo tiempo la cualidad del tiempo (su movimiento incesante, su textura) y la condición de existir en el tiempo, la sacó de Heidegger; la «temporalización» (*Verzeitlichung*), es decir la historicización del pasado y del presente en la era moderna, provenía del libro *La gran cadena del ser*, de Arthur O. Lovejoy; el concepto de la aceleración como rasgo distintivo de la sensibilidad moderna ya estaba asociado con Nietzsche. Pero aunque Koselleck no inventó esas categorías, sí las «ocupó, llenó y popularizó», y las reunió como herramientas para cartografiar la mutación de los órdenes temporales a lo largo del tiempo. Todas ellas han pasado a formar parte del repertorio del giro temporal.[13]

Aún más influyente ha sido la obsesión de Koselleck por la transición desde el orden temporal premoderno hasta el moderno.[14] La literatura sobre el giro temporal se ha ocupado sobre todo de trazar el mapa de ese umbral. Ha habido estudios sobre la aceleración de los viajes en la era del ferrocarril; el aumento de la relevancia de la puntualidad y el retraso; la indignación por el tiempo «desperdiciado» como síntoma de los regímenes de tiempo modernos; la mercantilización de cantidades de tiempo cada vez más pequeñas en la era del telégrafo; la reducción del espacio a raíz de la aparición del tráfico de masas de alta velocidad; el ascenso de la nostalgia como dolencia típica de la modernidad.[15] En ese tipo de estudios, la llegada de la modernidad y su concomitante modernización de la conciencia temporal han sido el centro de atención.

Sin embargo, subsisten dudas acerca de la naturaleza cualitativa de la transición desde la temporalidad «tradicional» a la temporalidad «moderna». En vez de producir una caja de herramientas estable de categorías hermenéuticas de uso generalizado, los escritos más recientes sobre las temporalidades modernas han generado una maraña de metáforas heterogéneas. La transición de la temporalidad tradicional a la temporalidad moderna se ha conceptualizado de formas muy distintas: como un proceso de aceleración, de expansión, de estrechamiento, de regeneración, de compresión, de distanciamiento, de escisión, de fractura, de vaciamiento, de aniquilación, de intensificación y de licuefacción.[16] Y la propia categoría de «temporalidad» se ha utilizado en sentidos muy distintos. En algunos estudios, el término denota un ámbito empírico, una tendencia por parte de los individuos y las comunidades a orientarse conforme a unos marcadores cíclicos, como las estaciones o las celebraciones litúrgicas, la textura percibida del tiempo a medida que pasa, las fluctuaciones en la duración experimentada de eventos específicos, la relación entre la experiencia y la expectativa, una divergencia en los ritmos de la vida privada y la vida pública, o las pautas de las prácticas de gestión del tiempo asociadas a determinadas culturas ocupacionales.[17] Otros estudios se centran en las cuestiones «cronosóficas», o en reflexiones filosóficas sobre el tiempo y su relación con la historia o con la existencia humana más en general.[18]

Los procesos de cambio sin agente, cuyos relatos frecuentemente se han basado en los argumentos sistémicos y procesuales de la teoría de la modernización, a menudo han tendido a dominar la teoría de la temporalidad.[19] Pero también ha habido excelentes estudios de cómo los regímenes de poder han intervenido en el orden temporal, unos estudios que han analizado, por ejemplo, el uso de los calendarios como instrumentos del poder político. La transición del calendario juliano al gregoriano en Europa occidental, un proceso que duró más de tres siglos, siempre estuvo entretejida con las luchas de poder.[20] En la Austria de los Habsburgo, la accesión al trono de José II, el reformador ilustrado y jansenista, rompió el predominio tradicional del ciclo litúrgico en la corte, al tiempo que la drástica reducción de los días festivos indignó a algunos sectores de la población apegados a sus devociones tradicionales y a los sociables ritmos del año católico.[21] El 24 de octubre de 1793, la Convención Nacional de Francia, controlada por los jacobinos, adoptó un nuevo «calendario republicano» concebido para marcar una ruptura radical con el pasado y la inauguración de una nueva era. Si hubiera logrado consolidarse a largo plazo, la semana de diez días (*décade*) habría transformado los ciclos de la existencia y del trabajo de los franceses, alejándolos de los ciclos del año litúrgico cristiano, y diferenciándolos del resto del continente europeo.[22]

Los historiadores de los imperios también han analizado la «íntima relación» entre el tiempo y el poder imperial –sobre todo, tal y como se manifiesta en la imposición de regímenes estandarizados de disciplina horaria en los procesos laborales y productivos–.[23] Aquí, el énfasis se ha puesto en la transición, en parte coactiva, de las temporalidades premodernas o no-modernas (autóctonas) a las temporalidades modernas (imperiales u occidentales), aunque muchos estudios también han llamado la atención sobre la supervivencia de temporalidades autóctonas en contra de la presión de las autoridades coloniales.[24] El magistral estudio de Vanessa Ogle sobre la estandarización mundial del tiempo horario reveló un

proceso «añadido y no intencionado» por el que los esfuerzos no coordinados de numerosos actores convergieron a raíz de una perturbación a escala global (la Segunda Guerra Mundial) y de los requisitos impuestos por las nuevas infraestructuras (la aviación militar y comercial), para la implantación de unos husos horarios uniformes.[25] Sebastian Conrad ha ilustrado cómo la extensión y la intensificación del poder imperial interactuaron con los cambios semánticos y culturales del siglo XIX para dar lugar a «transformaciones del régimen temporal a escala mundial».[26]

Las perturbaciones de los sistemas de poder desde abajo también pueden generar cambios en la sensación del tiempo, como han mostrado los estudios sobre China durante la última época de la dinastía Qing.[27] El periodo de violenta agitación que va desde la década de 1850 hasta la de 1870, con las sublevaciones Taiping, Nian, Gelao y Hui, y las incursiones por parte de las potencias occidentales que vinieron a continuación dieron lugar a unas rupturas tan profundas con el pasado recordado –como ha argumentado Luke S. K. Kwong– que transformaron la conciencia histórica, por lo menos en el seno de la élite cultural. En la China tradicional, la historia se custodiaba como un tesoro de buenos ejemplos que reflejaba un estado de interconexión cósmica y la gestión armoniosa de los asuntos humanos. Los acontecimientos del presente se interpretaban a la luz de las analogías extraídas del pasado. Eso no significaba que los eruditos y los administradores chinos fueran incapaces de construir «tipos específicos de progresión lineal», pero dichos tipos, argumentaba Kwong, estaban integrados en un concepto cíclico del tiempo, marcadamente recurrente, y no lineal.

El dominio de esa temporalidad tradicional únicamente se rompió cuando inmensas oleadas de turbulencias sociales y de violencia política socavaron la autoridad del gobierno imperial, cercenando el hilo de la continuidad con el pasado, poniendo en cuestión la supervivencia del país, y con ello la autoridad de una historia que se desgranaba conforme a los reinados de los emperadores. La práctica consagrada por el tiempo de buscar el saber en los registros históricos se derrumbó, de la misma forma que, para Koselleck, el estereotipo de la historia como maestra de vida se

había desvanecido en Europa occidental. La idea de que la actual época de destrucción daría paso, como en el pasado, a una era de restauración y redención ya no parecía digna de confianza. Ante lo que ellos consideraban una radical falta de precedentes de las condiciones de la época, los intelectuales de la dinastía Quing tardía intentaban buscar relatos más lineales y basados en la evolución, de inspiración occidental o Meiji, a fin de dar sentido a la sensación de acumulación y aceleración de unos acontecimientos que iban «cobrando impulso en su avance hacia el futuro».[28]

Entre las intervenciones modernas más ambiciosas en el orden temporal figuran las de los regímenes totalitarios de la Europa del siglo XX. En enero de 1918, la Unión Soviética abandonaba el calendario juliano adoptado por Pedro el Grande en 1699 y lo sustituía por el calendario gregoriano de uso común en Occidente, haciendo que el país avanzara de golpe trece días. El ascenso de Stalin hasta la hegemonía incuestionable trajo consigo nuevas iniciativas. En 1930, Stalin proclamó una nueva semana de cinco días. Ya no había ni sábados ni domingos, tan solo una secuencia de cinco días, identificados mediante números y colores –amarillo, naranja, rojo, púrpura y verde–.[29] Al final, este proyecto en particular fue abandonado por la imposibilidad de llevarlo a la práctica, pero la Unión Soviética puso en marcha un experimento revolucionario para reordenar la relación del ser humano con el tiempo; aspiraba a inaugurar una temporalidad en la que el partido de vanguardia superara las limitaciones del tiempo lineal «burgués» convencional a través de una intensificación infinita del trabajo.[30]

Los estudios más recientes del fascismo italiano se han centrado en los esfuerzos de los intelectuales y la propaganda fascistas de establecer una nueva temporalidad centrada en torno al propio partido como agente histórico por excelencia.[31] Y Roger Griffin, historiador del fascismo transnacional, ha definido la aparición del Gobierno nacionalsocialista de Alemania como una «revolución temporal».[32] El análisis que hace Éric Michaud del «mito nazi» se centraba en la relación paradójica entre «movimiento» e «inmovilidad» del imaginario visual nazi, y lo relacionaba con la lógica de la escatología cristiana, en la que el sujeto está suspendido

entre el recuerdo de una redención pasada (la encarnación de Cristo) y la anticipación de una futura salvación colectiva.[33] Emilio Gentile ha hablado de una «sacralización de la política» por parte del fascismo, por la que los ritos y usos de la tradición cristiana se adaptaron a los propósitos del régimen de Mussolini, creando un «universo simbólico interno» donde la universalidad atemporal de la representación litúrgica se transfería a la experiencia colectiva de la política.[34] Charles Maier y Martin Sabrow han sugerido que las tres dictaduras totalitarias representaban intervenciones de largo alcance, no solo en lo social y en lo político, sino también en el orden temporal.[35]

Encuadrar la temporalidad como un efecto o epifenómeno del poder traslada el centro de la atención desde unos difusos procesos de cambio a la «cronopolítica», el estudio de cómo «determinados puntos de vista sobre el tiempo y sobre la naturaleza del cambio» acaban participando en los procesos de toma de decisiones.[36] Y a su vez eso implica preguntarse por «la imaginación del tiempo y la historia» que, en distintos países y épocas, ha dado «significado y legitimidad» a los actos y a los argumentos de la autoridad soberana.[37] Significa, tomando prestadas las palabras de Charles Maier, afrontar la «cuestión de que la política tiene que ver con el tiempo», y de qué tipo de tiempo «presupone la política».[38]

Ninguno de los regímenes examinados en este libro intentó reestructurar oficialmente la experiencia colectiva del tiempo de la forma en que lo hizo la Convención Nacional francesa, a través de la imposición de un nuevo calendario. Pero todos ellos captaron e intensificaron selectivamente unas temporalidades ambientales, entretejiéndolas en los argumentos y las representaciones con los que se justificaban a sí mismos y sus actos. Uno de los rasgos distintivos de este libro es que ofrece un estudio longitudinal que recorre la misma entidad territorial ancestral (Brandemburgo-Prusia) a través de sucesivas encarnaciones políticas. Una ventaja de este enfoque es que permite plasmar la dimensión reflexiva, autohistoricista, del cambio cronopolítico. Los Estados tienen una memoria profunda y su autoconciencia posee una lógica acumulativa, incluso cuando un régimen abjura de las afirmaciones o de las prácticas de su predecesor. Así pues, unir

los puntos de forma diacrónica podría permitirnos trazar los rasgos de una «historia del tiempo», por lo menos en el marco de un estrecho ámbito de la actividad humana.[39] El enfoque alemán (prusiano) de este estudio obedece sobre todo a la decisión pragmática de centrarme en lo que conozco mejor. Pero Alemania es un terreno especialmente interesante para una investigación de la relación entre temporalidad, historicidad y poder. La frecuencia y la profundidad de las rupturas políticas en la Europa alemana a lo largo de los últimos cuatro siglos nos permiten observar una y otra vez los efectos del cambio político en la conciencia temporal e histórica. En la «Conclusión» volveré sobre la cuestión de si hay algo específicamente prusiano o alemán en la trayectoria que aflora de este ejercicio.

Una ventaja adicional del enfoque longitudinal es que nos permite sondear la relación entre la «modernización» y la temporalidad. Numerosos estudios recientes han sugerido que las transformaciones que Koselleck asociaba con el *Sattelzeit* en realidad pueden atisbarse en regímenes anteriores –las cortes de las ciudades-Estado de la Italia renacentista y de los principios de la Alemania moderna, por ejemplo, o incluso de Europa y Oriente Medio durante la Edad Media–.[40] Por supuesto, el simple hecho de trasladar el umbral hacia atrás deja intacta la teleología del paradigma, si se hace simplemente adaptando las categorías analíticas de la modernización a una época anterior. Pero también vale la pena preguntarse si tenemos que interpretar la tipología de las temporalidades de Koselleck en secuencia cronológica; una visión alternativa podría entender a Koselleck como un teórico de múltiples temporalidades paralelas.[41]

En este libro he intentado prestar la máxima atención a las texturas temporales específicas de cada régimen. La secuencia resultante es más oscilante, recurrente y no lineal de lo que cabría esperar de una teoría marcadamente secuencial y basada en la modernización. Eso no tiene por qué significar que la modernización no se estuviera produciendo; simplemente podría reflejar la oblicuidad y la cualidad contingente de las relaciones entre los que ostentan el poder y el tipo de procesos que suelen interesar más a los teóricos de la modernización. El Gran Elector se alineó con una forma activista de entender la historia, lo que le enfrentó con los

defensores de los privilegios y la tradición de aquella época. Federico II intentó contrarrestar los procesos de cambio social que estaban transformando su reino desde dentro, y formuló una visión política altamente estetizada, caracterizada por la inmovilidad y el equilibrio. Otto von Bismarck adaptó su política a las fuerzas políticas y sociales que estaban impulsando el turbulento movimiento de la historia, pero al mismo tiempo mantuvo su compromiso con la idea del Estado monárquico como algo inmutable y trascendente que él estaba convencido que había heredado de la época de Federico. Y el régimen nacionalsocialista rompió con todos esos precedentes, rechazó la idea misma de una historia hecha de perturbaciones y contingencias, e integró su visión política en un concepto milenario del tiempo, donde el futuro distante era simplemente la promesa cumplida del pasado.

En las cuatro épocas que estudia este libro, ninguna de las temporalidades del poder que se analizan llega a desalojar otras modalidades de conciencia del tiempo, aunque a veces estaban dirigidas contra ellas. A lo largo de todo el periodo que se examina aquí, la vida política estaba estructurada conforme a una pluralidad de órdenes temporales coexistentes.[42] Sin embargo, la temporalidad del poder político tal y como lo ejercieron sus agentes más influyentes conservaba y conserva una importancia especial. Era el lugar donde las racionalizaciones políticas del poder se expresaban como afirmaciones sobre el pasado y como expectativas del futuro.

La relevancia de la cronopolítica de los regímenes no ha disminuido, y el llamamiento a conceptos del tiempo imaginados sigue siendo una de las principales herramientas de la comunicación política. Escribí este libro durante el *crescendo* y el triunfo de la campaña del *brexit* en Gran Bretaña, una campaña impulsada por la aspiración de «recuperar el control». Boris Johnson, uno de los partidarios del *brexit*, fue el principal propagador de ese eslogan, pero también fue el autor de una biografía de Winston Churchill (cuyo subtítulo era *Cómo un hombre hizo historia*), donde el emblemático estadista adquiría una asombrosa semejanza con el propio Johnson. Y la campaña del *brexit* se vio animada por la invocación de un pasado

idealizado en el que los «pueblos de habla inglesa» habían dominado el mundo sin ningún esfuerzo. Duncan Bell ha apuntado que la relevancia de ese tipo de motivos entre los argumentos de los defensores del *brexit* era una prueba «de la fascinación que sigue ejerciendo el Imperio sobre amplios sectores de la clase gobernante británica».[43]

Las repercusiones del referéndum del *brexit* aún resonaban en el Reino Unido cuando Donald Trump ganó las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Trump, cuyo eslogan de campaña, una marca registrada, era «Volvamos a hacer a América grande»®, llevó al cargo electo más poderoso del mundo una visión política basada en un mordaz desmentido tanto del futuro de la globalización neoliberal como de la previsión científica de un cambio climático, que Trump calificaba de patraña perpetrada por los chinos contra el resto de la humanidad.[44] Steve Bannon, el ideólogo más influyente del equipo de Trump, posteriormente destituido, suscribía la esotérica teoría histórica planteada por William Strauss y Neil Howe en un libro titulado *The Fourth Turning: What Cycles of History Tell Us about America's Next Rendezvous with Destiny* (Nueva York, 1997), donde se argumentaba que las historias de las naciones se desarrollan en ciclos de entre ochenta y cien años, separados por violentos periodos de «giro» que pueden durar una generación. No se sabe si alguna vez el presidente Trump se habrá sumido en esas ideas, pero él también ha organizado un desafío, por lo menos contra la historicidad convencional de Estados Unidos, al convertirse en el primer presidente de la era moderna que rechaza abiertamente la idea de que Estados Unidos ocupa un lugar excepcional y paradigmático en la vanguardia del movimiento hacia adelante de la historia. Por el contrario, Trump ha sugerido que hoy en día Estados Unidos es un país atrasado, con una sociedad rota y unas infraestructuras en mal estado, cuya tarea consiste en recuperar un pasado donde los valores de Estados Unidos aún estaban incontaminados y la sociedad estadounidense aún estaba intacta.[45] «Cuando ganemos», le dijo Trump a los votantes de clase trabajadora de Moon Township, Pensilvania, en 2016, «volveremos a traer el acero, volveremos a traer el acero a Pensilvania, como antes. Vamos a volver a poner a trabajar a nuestros obreros del acero y a nuestros

mineros. Vamos a hacerlo. Vamos a recuperar nuestras empresas del acero, que antiguamente fueron grandes».[46] Al mismo tiempo, el febril estilo comunicativo de Trump ha abierto una brecha entre el hiperacelerado presente de Twitter y los lentos procesos deliberantes que son el pan nuestro de cada día de las democracias tradicionales y de las administraciones en sintonía con las normas constitucionales.

En Estados Unidos, en Polonia, en Hungría, y en otros países que están experimentando un renacer populista, se están falsificando nuevos pasados para dejar a un lado los viejos futuros. Al celebrar el éxito de Donald Trump, la líder del Frente Nacional francés, Marine Le Pen, observaba que en Estados Unidos «el pueblo está recuperando su futuro»; y predecía que muy pronto los franceses harían lo mismo.[47] Reflexionar sobre cómo los que ejercían y moldeaban el poder político temporalizaron sus políticas en una pequeña parcela del pasado no contribuirá demasiado a contrarrestar el atractivo de que gozan hoy en día las manipulaciones de ese tipo, pero por lo menos puede ayudarnos a interpretarlas con mayor atención.

---

* Título original: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (N. del T.).

1

La máquina de la historia

Federico Guillermo, el príncipe conocido como el Gran Elector, fue el primer elector de Brandemburgo del que han sobrevivido numerosos retratos. Muchos de ellos fueron encargados por el propio retratado. Documentan el aspecto cambiante de un hombre que estuvo 48 años –más que cualquiera de los demás miembros de su dinastía– en un cargo soberano. Las representaciones de los primeros años de su reinado muestran una figura dominante y erguida, con un rostro alargado encuadrado por un pelo largo y oscuro; en las imágenes posteriores, el cuerpo se ha inflado, el rostro está hinchado, y el cabello ha sido sustituido por cascadas de rizos artificiales. Y sin embargo, todos los retratos pintados del natural tienen una cosa en común: unos ojos oscuros e inteligentes que clavan en el espectador una mirada penetrante.[1] El grabado que aparece frente a la página 14 (figura 1.1.) se basó en un boceto de Anselmus van Hulle, pintor de corte del príncipe de Orange. En 1645 o 1646, Van Hulle asistió a las negociaciones de la Paz de Westfalia en Münster y Osnabrück a fin de captar el aspecto del soberano y de los delegados participantes. La decisión de enmarcar los grabados de los retratos de cada uno de los delegados a modo de epitafio sugiere que no se trataba de un simple retrato. Se concibió como memorial de una figura de renombre que había dejado una impronta en la historia de su tiempo.[2]

Federico Guillermo supervisó la restauración –en realidad fue una transformación– de la monarquía compuesta de Brandemburgo tras la devastación de la guerra de los Treinta Años. Durante su reinado, que duró desde 1640 hasta 1688, Brandemburgo se hizo con un ejército pequeño pero

respetable, consiguió un acceso por tierra a la costa del Báltico a través de Pomerania Oriental, una modesta flota del Báltico, e incluso una colonia en la costa occidental de África. Brandemburgo se convirtió en una potencia regional, en un aliado muy solicitado, y en parte primordial de los principales acuerdos de paz.[3]

En 1667, Federico Guillermo, el Gran Elector, escribió una «Instrucción paterna» para su heredero. El documento comenzaba, al estilo de los testamentos principescos tradicionales, con exhortaciones a llevar una vida piadosa y temerosa de Dios, pero en seguida se extendía hasta convertirse en un tratado político-histórico de unas características sin precedentes en la historia de la dinastía Hohenzollern. Se esbozaban marcados contrastes entre el pasado y el presente. El Ducado de Prusia, le recordaba el príncipe a su heredero, antaño languideció en la «intolerable condición» de vasallaje bajo la Corona de Polonia; tan solo la adquisición de la soberanía sobre el Ducado por parte del Elector había puesto fin a aquella opresiva situación. «Todo esto no se puede describir; el Archivo y las crónicas serán testigos de ello».[4] Se instaba al futuro elector a desarrollar lo que podríamos denominar una perspectiva histórica sobre los problemas que le acosaban en el presente. Una industriosa consulta del archivo podía mostrarle no solo lo importante que era mantener buenas relaciones con Francia, sino también que dichas relaciones debían equilibrarse con «el respeto que Tú, como Elector, debes tener por el Reich y el Emperador». También había una marcada constatación del nuevo orden establecido por la Paz de Westfalia y de la importancia de defenderlo si fuera necesario frente a cualquier potencia o potencias que pretendieran invalidarlo.[5] En resumen, se trataba de un documento sumamente alerta de su propia posición en la historia, y preñado de conciencia de la tensión existente entre la continuidad cultural e institucional y las fuerzas del cambio.

Este capítulo trata sobre esa tensión. No es del todo seguro que el Elector desarrollara alguna vez una visión coherente de la «historia» en el sentido de un punto de vista filosófico sobre su significado o su naturaleza. Federico Guillermo era un hombre orientado a las cuestiones de poder y de seguridad, no muy dado a las reflexiones especulativas ni al análisis de las

cuestiones de principios.[6] Y la «historia», en su sentido actual, un sustantivo abstracto, colectivo singular que denota un proceso de transformación constituido por muchas capas y que lo engloba todo, aún no existía. La palabra todavía no había experimentado ese proceso de expansión y «temporalización» que acabaría consolidándola como uno de los conceptos generadores de la modernidad.[7] No obstante, el Elector y su régimen sí poseían, como argumentaré en este capítulo, algo más intuitivo, una forma de historicidad sumamente peculiar y dinámica, arraigada en la sensación de que el Estado monárquico ocupaba un lugar vulnerable en el umbral entre un pasado catastrófico y un futuro preñado de amenazas.

A fin de desarrollar esta afirmación y clarificar sus implicaciones, primero examinaré los argumentos desplegados en el conflicto entre el Gobierno del Elector y los Estados provinciales, dominados por la nobleza, y me centraré sobre todo en la historicidad implícita en los argumentos planteados por ambas partes, porque cuando el príncipe invocaba la idea de «necesidad» o de «emergencia» frente a las arraigadas reivindicaciones de los que tradicionalmente habían ejercido el poder provincial, a todos los efectos estaba contraponiendo el futuro con el pasado.[8] Posteriormente me preguntaré si había un toque calvinista en la historicidad del Elector y de su Gobierno; al fin y al cabo, las tensiones confesionales estaban entretejidas en los conflictos entre la administración mayoritariamente calvinista del Elector y sus Estados luteranos. La fe reformada era el sistema intelectual más complejo con el que el Elector se comprometió conscientemente. El último apartado del capítulo examina los esfuerzos del Gobierno del Elector por asegurarse los servicios de un historiador oficial, y se centra en particular en los escritos de Samuel Pufendorf, que acudió a Berlín para asumir el cargo de historiógrafo oficial en enero de 1688, pocos meses antes del fallecimiento del Elector. Ahí sugiero que Pufendorf primero aportó, como teórico, unas convincentes justificaciones filosóficas de la consolidación del poder del Elector, y posteriormente elaboró, como historiador, un ambicioso relato, documentado en los archivos, que plasmaba la historicidad dinámica del Elector y sus altos funcionarios. El capítulo concluye con una breve reflexión sobre cómo el repudio de los

privilegios tradicionales, que se convirtió en un rasgo destacado del reinado del Elector, encontró su expresión en el elevado ceremonial que rodeó la coronación del primer rey de Prusia en 1701.

UNA MONARQUÍA COMPUESTA EN UNA ÉPOCA DE GUERRAS

La entidad política a cuyo trono ascendió Federico Guillermo en 1640 no era un Estado unitario. Era una «monarquía compuesta», formada por territorios adquiridos por distintos medios, sometidos a diferentes jurisdicciones, y gobernados en virtud de distintos títulos. El núcleo era el Electorado de Brandemburgo, adquirido por la Casa de Hohenzollern en 1417 por 400.000 gulden de oro al Reino de Hungría. A través de alianzas conyugales estratégicas, las sucesivas generaciones de electores Hohenzollern fueron adquiriendo derechos territoriales sobre numerosos territorios no contiguos al este y al oeste: el Ducado de Prusia a orillas del Báltico y el Ducado de Jülich-Cléveris, un conjunto de territorios renanos que incluían Jülich, Cléveris, Berg, y los condados de Mark y Ravensburg. Gracias a una relación de parentesco que se remontaba a 1530, los Hohenzollern también reivindicaron el derecho de sucesión de Pomerania, un territorio de gran importancia estratégica situado entre Brandemburgo y el mar Báltico.

Dentro de sus diversas posesiones, los electores de Brandemburgo compartían el poder con las élites regionales, organizadas en corporaciones representativas denominadas Estados. En Brandemburgo, los Estados aprobaban (o no) los impuestos que cobraba el Elector y (a partir de 1549) administraban su recaudación. A cambio, los Estados gozaban de amplísimos poderes y concesiones. Por ejemplo, el Elector tenía prohibido establecer alianzas sin pedir primero la aprobación de los Estados.[9] En una declaración publicada en 1540 y reiterada en distintas ocasiones hasta 1653, el Elector llegaba a prometer que no iba a «decidir o emprender asuntos importantes de los que pueda depender el florecimiento o el declive de los territorios, sin el conocimiento previo y la consulta de todos nuestros

Estados».[10] Las noblezas provinciales eran dueñas de la parte del león de los bienes raíces del Electorado; además, eran los principales acreedores del Elector. Pero su actitud era vehementemente provinciana; no tenían el mínimo interés en ayudarle a conquistar unos territorios lejanos de los que sabían muy poco.

Los Estados habitaban un mundo mental de soberanías mixtas que se solapaban entre sí. Los Estados de Cléveris mantenían un representante diplomático en La Haya y recurrían a la República de los Siete Países Bajos Unidos, a la Dieta Imperial (la asamblea del Sacro Imperio Romano), y en ocasiones a Viena, para conseguir apoyo frente a las intervenciones ilícitas de Berlín.[11] Contemplaban la posibilidad de establecer su propio sistema fiscal y de formar una «unión hereditaria» corporativa con los territorios vecinos de Mark, Jülich y Berg, y a menudo consultaban con los Estados de dichos territorios acerca de la mejor forma de responder (y resistir) a las exigencias de Berlín.[12] Por su parte, los Estados del Ducado de Prusia seguían siendo súbditos de la Corona de Polonia; veían en la vecina Polonia el garante de sus antiguos privilegios. Como señalaba con irritación un alto funcionario del Electorado, los dirigentes de los Estados prusianos eran «fieles vecinos de los polacos» e «indiferentes a la defensa de [su propio] país».[13]

Las turbulencias y la destrucción de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) ejercieron una gran presión sobre aquellos compromisos, cuyo equilibrio era delicado. En Brandemburgo, los Estados siguieron mostrándose profundamente escépticos frente a los gastos militares y las alianzas extranjeras de cualquier tipo. Incluso tras las reiteradas incursiones de las tropas protestantes e imperiales contra el territorio de Brandemburgo, los Estados permanecieron impasibles ante las súplicas de ayuda económica de su soberano.[14] Desde el punto de vista de los Estados, su función era impedir las aventuras innecesarias y conservar el tejido de los privilegios provinciales frente a las incursiones desde el centro.[15] Pero a medida que se prolongaba la guerra, los privilegios fiscales de las noblezas de Brandemburgo empezaron a parecer frágiles.[16] Los príncipes y los generales extranjeros no tenían ningún reparo en arrancar contribuciones

económicas a las provincias de Brandemburgo; ¿por qué el Elector no podía recibir su parte? Ello conllevaría anular las antiguas «libertades» de los Estados. Para esa tarea, el Elector recurrió al conde Adam Schwarzenberg, un noble católico y extranjero sin vínculos con la nobleza provincial. Schwarzenberg no perdió tiempo a la hora de imponer un nuevo impuesto sin recurrir en absoluto a los habituales órganos provinciales. Recortó la potestad de los Estados de supervisar los gastos del Estado y suspendió el Consejo Privado, traspasando sus responsabilidades al Consejo de Guerra, cuyos miembros eran elegidos por su completa independencia de los Estados. En resumen, Schwarzenberg instauró una autocracia fiscal que rompía decisivamente con la tradición corporativa.[17] La nobleza corporativa acabó detestando a Schwarzenberg por aquella agresión contra sus libertades colectivas. En 1638-1639, cuando el poder de Schwarzenberg estaba en su cénit, por Berlín circularon octavillas deplorando la «servidumbre hispánica» de su gobierno.[18]

Los efectos de la guerra en el Ducado de Cléveris fueron menos drásticos. Allí, al igual que en toda Alemania, se recaudaban onerosas contribuciones y extorsiones mientras los distintos ejércitos combatían por el control del bajo Rin, de gran importancia estratégica. Pero la ocupación de las zonas orientales de la orilla derecha del Rin por las tropas holandesas llevó dinero al país, reavivó el comercio y fortaleció la relación política con La Haya. Mientras que las intervenciones del conde Schwarzenberg, sumadas a la devastación generalizada, habían debilitado los Estados de Brandemburgo, los Estados de Cléveris seguían siendo tan poderosos como siempre, y continuaban confiando en el apoyo político de las vecinas Provincias Unidas, cuyas guarniciones permanecieron en muchas ciudades, incluso después del final de la contienda.[19]

El Ducado de Prusia quedó fuera de las zonas de conflicto más intenso durante la guerra de los Treinta Años, y por consiguiente logró evitar la destrucción que azotó Brandemburgo. Allí, tradicionalmente, los Estados eran los que llevaban la batuta, pues se reunían periódicamente en sesión plenaria y mantenían un estricto control sobre el Gobierno central y local, sobre la milicia y las finanzas de los territorios. El tradicional derecho de

apelación de Prusia a la Corona de Polonia, que seguía siendo oficialmente soberana en el territorio, significaba que no resultaba fácil presionar a los nobles para que cooperaran.[20]

EL PRÍNCIPE CONTRA LOS ESTADOS

En diciembre de 1640, cuando Federico Guillermo accedió al trono, Brandemburgo todavía estaba bajo ocupación extranjera. En julio de 1641 se acordó una tregua de dos años con los suecos, pero los saqueos, los incendios y la mala conducta general prosiguieron.[21] Federico Guillermo no regresó hasta marzo de 1643 de la relativa seguridad de Königsberg, en el Ducado de Prusia, a un Berlín en ruinas que a duras penas podía reconocer. Se encontró con una población diezmada y desnutrida, y con edificios destruidos por los incendios o en un estado lamentable.[22] La difícil situación que había aquejado al reinado de su padre seguía sin resolverse. Brandemburgo no disponía de una fuerza militar con la que consolidar su independencia. El pequeño ejército creado por Schwarzenberg ya se estaba desintegrando, y no había dinero para pagar tropas de sustitución. En el Ducado de Cléveris y en el Condado de Mark, el nuevo elector era soberano solo de nombre; los territorios seguían ocupados por tropas imperiales, españolas, holandesas, francesas y de Hesse.[23] En cuanto a Pomerania, era probable que permaneciera bajo ocupación sueca durante el futuro inmediato. Johann Friedrich von Leuchtmar, miembro del Consejo Privado y antiguo tutor del Elector, resumía la difícil situación de Brandemburgo en un informe de 1644: Leuchtmar pronosticaba que Polonia se apoderaría de Prusia en cuanto tuviera fuerzas suficientes; al oeste, Cléveris estaba bajo control de la República de Holanda. Brandemburgo se encontraba «al borde del abismo».[24]

Para poder restablecer la independencia de su monarquía y presionar a favor de sus reivindicaciones territoriales, el Elector necesitaba una fuerza de combate territorial flexible y disciplinada. La creación de un instrumento de esas características se convirtió en una de las obsesiones más

absorbentes de su reinado.[25] Y además puso al Elector en rumbo de colisión con los Estados. En una carta de octubre de 1645 dirigida a los Estados de Cléveris, Federico Guillermo explicaba que necesitaba ocupar la totalidad de la zona del Ducado con sus propias tropas a fin de evitar la posibilidad de que sus rivales en aquella región le expulsaran de sus posesiones. Y «dado que un soldado no puede vivir del aire», eso significaba prorrogar la recaudación de contribuciones económicas especiales. Eran necesarias, explicaba el Elector, porque conservar las ciudades no era posible sin una fuerza de ocupación:

> En estos tiempos irregulares de guerra y en este estado ruinoso de los asuntos, en este estado de extrema necesidad (donde no siempre es posible argumentar a favor de los privilegios [*ubi privilegii ratio haberi semper non potest*]) esperamos sinceramente que ustedes no contemplen dichas medidas, que se adoptan en el espíritu de la preocupación leal y paternal del Príncipe por el rescate y la conservación de Nuestras tierras, y en realidad por el bienestar de ustedes y de los suyos, como una infracción deliberada y premeditada de los privilegios que ustedes ya han invocado en esta cuestión (de lo que, dicho sea de paso, hasta el momento no hemos recibido un informe detallado) y que ustedes no insistirán en la disolución de dichas tropas, que han sido reclutadas con un coste tan elevado, ni en la demolición de las fortificaciones (que no podría tener lugar sin incurrir en el máximo peligro y ruina [...] para Nuestro prestigio y Nuestro país).[26]

Se trataba de un hatajo de argumentos un tanto imprecisos. «Lo hago por su propio bien» era uno de ellos, aunque lo más probable es que a los Estados no les pareciera precisamente convincente. En una declaración posterior a los delegados de los Estados de Cléveris en Königsberg, el Elector detalló esa afirmación, señalando que en caso de que los Estados lograran cortar el suministro, el resultado sería una desgracia, ya que el hundimiento del reducido ejército del Elector dejaba la puerta abierta para «ulteriores ataques y asedios del enemigo» contra el Ducado, y por consiguiente a «la máxima ruina y el máximo peligro».[27] Más contundente resultaba la alusión al estado de emergencia general que había motivado sus peticiones de dinero –aunque es interesante señalar la suavidad del paréntesis en latín, donde el Elector no llegaba a plantear una abolición total de los privilegios, ni siquiera en circunstancias extremas–. La observación

de que el Elector aún no estaba completamente al corriente de en qué consistían realmente los privilegios en cuestión implicaba cierto escepticismo acerca del ámbito preciso y del fundamento jurídico de las reivindicaciones de los Estados. Por último, había un recordatorio de que negarse a satisfacer aquella petición tendría consecuencias ruinosas para el propio príncipe y para sus territorios.

Estos eran los argumentos que alegaba el Elector para justificar las contribuciones que pretendía recaudar entre sus súbditos de Cléveris. El meollo era la afirmación de que el Elector no tenía más remedio que actuar como lo hacía. «Seguimos confiando gentilmente», afirmaba en una carta a sus funcionarios del Ducado en noviembre de 1645, «en que ellos [los Estados] se lo tomarán debidamente en serio como una necesidad inevitable (*unvermeidliche Notwendigkeit*)»; otras cartas hablaban de «una necesidad que no puede soslayarse» (*unumgängliche Noth*) o de «extrema necesidad» (*äusserste Noth*).[28]

El pulso entre el soberano y los Estados de Cléveris llegó al punto crítico durante la guerra del Norte de 1655-1660.[29] En 1657, Federico Guillermo exigió el reclutamiento de más de 4.000 hombres armados y el pago de 80.000 Reichsthaler para financiar las nuevas tropas y cubrir los gastos de mantenimiento de las guarniciones y las fortalezas. Al presentar dicha petición a los Estados, Mauricio de Nassau-Siegen, gobernador del Elector en el Ducado, señalaba que el Elector había intentado en la medida de lo posible evitar gravar a los Estados con ulteriores exigencias. Sin embargo, ahora estaba en una situación en que tan solo podía llevar adelante su «proyecto para lograr la paz» (*den vorhabenden friedens zweck*) con el apoyo de sus «leales Estados y súbditos» (*dero getrewen Staenden und Unterthanen*). En caso de que estos le «abandonaran», advertía, la necesidad (*Noth*) –en este contexto, probablemente «emergencia» sería la traducción más adecuada– del Elector se haría aún más apremiante, y la deseada paz resultaría aún más difícil de lograr. «Y dado que el único amigo verdadero era el amigo en caso de necesidad» (*Und dan nun ein getrewer freund in der noth erkant wuerde*), razonaba el gobernador, en unos términos que nos recuerdan la lógica de la «protección» mafiosa, el Elector

no dudaba de que los Estados iban a ser sus «amigos» y acudirían en su ayuda.[30]

En respuesta a esa importunación, los Estados de Cléveris, al igual que los de los demás territorios del Elector, se resistieron obstinadamente, e insistieron en sus derechos y privilegios hereditarios. En 1649, también los Estados de Brandemburgo se negaron a aprobar los fondos para una campaña contra los suecos en Pomerania, a pesar de la seria advertencia del Elector, que les recordaba que todos sus territorios ya eran «miembros de una sola cabeza» (*membra unius capitis*) y que por consiguiente era preciso ayudar a Pomerania como si fuera «parte del Electorado».[31] En Cléveris, donde el acaudalado patriciado urbano seguía considerando al Elector como un intruso extranjero, los Estados reactivaron la tradicional «unión hereditaria» con Mark, Jülich y Berg; los portavoces más destacados incluso trazaban paralelismos con los disturbios que se estaban produciendo en Inglaterra, lo que implicaba la amenaza de tratar al Elector igual que el partido parlamentario estaba tratando al rey Carlos I. Las amenazas de Federico Guillermo de poner en marcha «acciones militares ejecutivas» fueron en su mayoría inútiles, ya que los Estados contaban con el apoyo de las guarniciones holandesas que seguían ocupando el Ducado.[32] Cuando el Elector intensificó la presión durante la guerra del Norte, los Estados señalaron que su deber fundamental era asegurarse de que las «generaciones posteriores» (*posteritet*) no fuesen despojadas de sus privilegios. En una memorable exposición del punto de vista de las provincias, los Estados explicaron que los súbditos no estaban en condiciones de «ayudar al Elector en esta guerra que no les concierne». Aseguraban que no era su intención faltar el respeto al Elector; lo cierto era que su deber «*pro conservatione Privilegiorum et boni publici*» les impedía acceder a la petición del Elector, aunque quisieran. A ojos de los Estados, la «conservación de los privilegios» y «el bien público» parecían ser una misma cosa. Allí, al igual que en otros territorios alemanes, las élites locales reaccionaban a las exigencias y a las medidas unilaterales del príncipe invocando los derechos de la «patria», y alegando que la obligación de todo noble «patriota» era defender el «antiguo ordenamiento» de la misma.[33]

En el Ducado de Prusia, las negociaciones con los Estados se veían complicadas por la soberanía residual de la Corona de Polonia. Allí, los Estados poseían el derecho de apelación a una jurisdicción que estaba totalmente al margen del control del Elector. La aquiescencia de los Estados a la reivindicación de su Ducado por la dinastía Hohenzollern se había logrado únicamente a condición de que el traspaso de la custodia sobre el Ducado a la Casa del Elector de Brandemburgo no implicara ninguna merma de sus privilegios corporativos. Los cincuenta años previos a la sucesión de Federico Guillermo se habían caracterizado por tendencias ambivalentes: por un lado, una expansión de los derechos corporativos que reforzaba la preeminencia de la nobleza del Ducado, y por otro, algunos indicios, durante las décadas de 1620 y 1630, de un acercamiento entre los Estados de Prusia y la administración de Brandemburgo.[34] Pero también en Prusia, como en todos los demás territorios de los Hohenzollern, los Estados eran reacios a las peticiones de dinero del Elector, y protestaban ante cualquier iniciativa de su administración que lesionara el tejido de sus exenciones y derechos tradicionales.

En los territorios de los Hohenzollern, al igual que en muchos otros lugares de Alemania y de Europa, el conflicto entre el ejecutivo central y los que ostentaban el poder provincial abarcaba muchos asuntos: el derecho a ser consultados en cuestiones clave de la política exterior, el derecho a oponerse a la implantación de nuevos impuestos, la potestad, conocida como *Indigenatsrecht*, de nombrar a los funcionarios locales, y los mecanismos tradicionales del control de las corporaciones provinciales sobre las fuerzas armadas, por ejemplo. No hay que contemplar esa confrontación en términos absolutos: no hubo una abolición global de los privilegios y el Elector de Brandemburgo nunca rechazó por principio el argumento del «antiguo abolengo», aunque sus consejeros ocasionalmente sí destacaban el carácter ideológico y manipulador de ese tipo de argumentos.[35] El «tejido de normas» que vinculaba al príncipe y a las noblezas regionales se estiraba, pero no se rompía.[36] Federico Guillermo no tenía la mínima intención de transformar su Estado en un régimen unitario y centralizado, tal y como le imputaban algunos historiadores de principios

del siglo XX. No obstante, una y otra vez, Federico Guillermo tenía que argumentar que los Estados y las regiones que representaban debían considerarse a sí mismos como partes de un todo unitario, y por consiguiente obligados a colaborar en el mantenimiento y defensa de todos los territorios del soberano y su lucha a favor de sus legítimas reivindicaciones territoriales.[37]

Esa forma de ver las cosas era ajena a los Estados, que contemplaban sus respectivos territorios como bloques jurisdiccionales diferenciados, vinculados verticalmente a la persona del Elector, pero no horizontalmente entre ellos. Los Estados del Margraviato de Brandemburgo consideraban a Cléveris y al Ducado de Prusia como «provincias extranjeras», sin ningún derecho a los recursos de Brandemburgo. De la misma forma, las largas guerras de Federico Guillermo por Pomerania eran simplemente «disputas» privadas entre príncipes, en cuyo nombre el Elector no tenía –a juicio de los Estados– ningún derecho a incautar la riqueza fruto de los duros esfuerzos de sus súbditos.[38] Y esas disputas se desarrollaban frente al telón de fondo de una polarización en la teoría política y jurídica: mientras que algunas autoridades refrendaban las ambiciones de los príncipes, otras insistían en los inveterados derechos de los Estados y en la ilegitimidad de cualquier impuesto que se cobrara sin consultarles y sin su consentimiento.[39]

FORMAS DE HISTORICIDAD

Los Estados argumentaban su postura sobre la base de la continuidad con el pasado. Ante las exigencias de dinero u otros recursos que les planteaban el Elector y sus funcionarios, los Estados insistían en la continuación y en la solemne observancia de sus «especiales y particulares privilegios, libertades, tratados, exenciones principescas, acuerdos conyugales, contratos territoriales, antiguas tradiciones, jurisdicción y justicia». Las intervenciones del príncipe eran ilegítimas *porque* eran innovaciones. Suponían una ruptura con las prácticas del pasado. Los privilegios, derechos, libertades, etcétera, «tradicionales» eran legítimos precisamente

porque eran antiguos. El discurso de los Estados llevaba la impronta de una estima fundamental por lo que era antiguo: se trataba de un mundo donde el valor y la respetabilidad de los derechos y las leyes en general se derivaba de que existían desde hacía mucho tiempo.[40] Para los Estados, lo más importante era retrotraerse a los documentos que consagraban los privilegios y las libertades de sus padres, y de los padres de sus padres, unos documentos que supuestamente habían sido confirmados y reconfirmados por generaciones de príncipes. Puede que pareciera algo como la invocación de un título de propiedad heredado, pero se trataba de algo más amplio y al mismo tiempo más impreciso: era un recuerdo de los antiguos derechos y usos conforme a la interpretación de las corporaciones. En ese sentido, los Estados eran un modelo de una «cultura de la memoria jurídica», característica de las élites corporativas regionales de los territorios de Alemania.[41] En el borrador de una Carta de Garantías Electorales que propusieron a la administración del Electorado en Königsberg, los representantes de los Estados del Ducado de Prusia recurrían a palabras efusivas para referirse a sus libertades tradicionales:

> Nos proponemos proteger, sin cambios en todos sus puntos y apartados, todas las encomiables órdenes, costumbres, tradiciones y usos, contratos de usufructo y otras licencias, acuerdos, bienes y enseres, pactos, cartas y sellos, inmunidades, jurisdicciones, posesiones, obligaciones e indulgencias personales del pasado, que hayan recibido, utilizado y poseído los Honorables Estados a título general y específico desde los tiempos de la Orden [de Alemania] hasta el momento presente, ya sea a través de la Orden, o a través de su Real Majestad y la Corona de Polonia, o de nuestros estimables ancestros de bendita memoria, Margraves y Electores de Brandemburgo, [y nos proponemos hacerlo] sin excepciones, de manera que no se emprenda ni se consienta ninguna medida contra ellos, en cualquier forma o modalidad, ya sea en tiempos de paz o de guerra.[42]

Por el contrario, el elector Federico Guillermo, como hemos visto, basaba su derecho a intervenir y modificar aquellas disposiciones en la necesidad del Estado y de sus habitantes. A la «*libertas*» de los Estados, él contraponía la «*necessitas*» del ejecutivo central, una necesidad que en

determinadas circunstancias podía justificar la disolución o la suspensión de inveteradas disposiciones tradicionales.

Se trataba de un argumento que podía formularse de dos maneras: sencillamente podía significar que en tiempos de grave necesidad, el ejecutivo central tenía derecho a suspender *temporalmente* determinadas disposiciones consuetudinarias. Ese era el sentido de la formulación en latín, un tanto vacilante, que utilizaba el Elector en su carta de 1646 a los Estados de Cléveris: allí sugería que en una emergencia, «no siempre es posible argumentar a favor de los privilegios» (*privilegii ratio haberi semper non potest*).[43] En una curiosa reformulación del mismo argumento, Daniel Weimann, uno de los altos funcionarios del Elector en Cléveris, describía una reunión de marzo de 1657, en la que se había enfrentado a los obstinados representantes de los Estados con la lapidaria observación de que «los privilegios presuponían la ausencia de una emergencia» (*Die Privilegien präsupponirten Unnoth*).[44] Pero en su forma más radical, el argumento de la necesidad o la emergencia podía reafirmar la prioridad del ejecutivo central, por principio y en todo momento, y de sus «necesidades» por encima de las «libertades» históricas de las élites provinciales. En un interesante pasaje de su diario, con fecha de 22 de marzo de 1657, Weimann relataba una conversación con un grupo de funcionarios del Electorado, donde él señalaba que lo mejor era ignorar las asambleas y las protestas de los Estados y seguir reclutando tropas y recaudando impuestos sin aprobación local, ya que «la necesidad no entiende de leyes y exime de todas las obligaciones» (*die nodt lidte kein gesetz und entbinde von allen banden*).[45]

Los defensores provinciales de la *libertas* se remitían al pasado y a sus múltiples continuidades con el presente. Para ellos, la «posteridad» (*Posteritet*) era la conservación de los derechos establecidos en el pasado en nombre de las generaciones futuras.[46] Por el contrario, las autoridades del Electorado ponían la vista en el futuro –porque, ¿qué era la «necesidad» sino la anticipación de perjuicios futuros y la planificación de la forma de evitarlos?–. La recaudación de nuevos impuestos no aprobados y el reclutamiento de más tropas eran medidas orientadas a un peligro futuro, al

riesgo de futuras invasiones, a la necesidad de asegurar los intereses propios en las futuras negociaciones de paz. Y el Elector, que mantenía correspondencia con las cortes de toda Europa, indudablemente estaba en mejores condiciones de reconocer ese tipo de perjuicios y oportunidades por anticipado que los Estados, cuyos horizontes eran provinciales, o regionales en el mejor de los casos. Como dejaba claro el propio Federico Guillermo, protegerse contra las amenazas potenciales significaba interpretar las tendencias de la política europea del momento:

> Los Honorables Estados –observaba el Elector a una delegación de Cléveris en 1645– también han de tener en cuenta que los actuales acontecimientos [*die jetzigen Läufe*] del Imperio Romano están tomando una dirección tan peligrosa que por el momento existen pocas perspectivas de la paz y la tranquilidad que tan largamente hemos deseado, y si uno medita sobre la cuestión, indudablemente no hay ningún otro príncipe cuyos territorios y pueblos estén en mayor peligro que los de Cléveris, Pomerania y otros territorios hereditarios de Su Alteza Electoral; de hecho, en estos momentos la totalidad de Su Estado Electoral pende de un hilo, y [de los Estados] dependerá si lo que ocurre a continuación es el ascenso de S. A. E. o la ruina y la caída más total de S. A. E. y Sus territorios.[47]

Ese argumento presuponía que el Elector y sus funcionarios estaban en mejores condiciones que sus súbditos de valorar qué peligros eran más apremiantes y cómo podían afrontarse mejor. Por supuesto, los Estados no tenían ninguna obligación de aceptar ese presupuesto. Podían cuestionar y a menudo cuestionaban los razonamientos del príncipe; y también lo hacían, ocasionalmente, grupos de súbditos más humildes. Durante el verano de 1640, con el Elector recién instalado en Königsberg (Berlín era todavía una zona prohibida), un grupo de pequeños terratenientes, de campesinos libres y de «personas privilegiadas» de otro tipo de los distritos de Samland, Nathangen y Oberland, en el Ducado de Prusia, añadieron un apéndice a la protesta general de los Estados donde argumentaban que, lejos de incrementar la seguridad del país, el llamamiento de los jóvenes al servicio militar «en el extranjero» provocaba precisamente el efecto contrario, «teniendo en cuenta que, si surgiera un peligro (Dios no lo quiera), el mejor personal del que disponemos para llevar a cabo nuestros servicios estaría

fuera del país, y nosotros, pobres veteranos [...], tendríamos que montar nuestros caballos en persona, aunque seríamos de escasa utilidad en un combate».[48]

En 1651, los Estados del Condado de Mark cuestionaron si la situación internacional justificaba el mantenimiento del costoso contingente militar del Electorado en su pequeño territorio. Entonces, el contexto era que España, que estaba en guerra con Francia, seguía ocupando la ciudad de Frankenthal en el Palatinado. Carlos IV de Lorena, cuyos dominios separaban Alsacia del territorio principal de Francia, también estaba en guerra con Luis XIV, que seguía luchando para hacerse con el control del país. Pero los Estados de Mark dudaban de que aquello supusiera una amenaza para su propio país. Los loreneses, argumentaban, ya eran muy escasos en número, y daba la impresión de que el rey de España tenía la intención de marcharse de Frankenthal y devolvérsela al Elector Palatino de Heidelberg: «De modo que no cabe temer ni a un enemigo ni hostilidades en el Sacro Imperio, y por consiguiente nosotros, al igual que otros súbditos y Estados del Imperio, tenemos derecho a disfrutar de los dulces y nobles frutos de la paz; y por esa razón ya no será necesario que Vuestra Alteza Electoral mantenga tantos distinguidos y costosos oficiales, Comisarios y tropas».[49] Aquí se ponía en cuestión la prioridad del punto de vista central sobre el provincial: los representantes de Mark venían a decir que, desde su posición en Renania, estaban en mejores condiciones de entender el cambiante equilibrio de poder en su propia región (aunque por razones tácticas aparentemente aceptaban la lógica de la necesidad y se limitaban a cuestionar si era aplicable en aquel caso).

Por añadidura, una cosa era que el príncipe afirmara que pretendía protegerse contra peligros inminentes y otra que él mismo *creara* amenazas a través de sus propias iniciativas precipitadas o preventivas. En 1651, en respuesta a las quejas de ese estilo por parte de los Estados de Cléveris, el Elector les informaba que tenía intención de seguir manteniendo sus tropas en aquellas provincias y quería que le pagaran 12.000 táleros con vistas a su manutención. Pero también les aseguraba que no era su intención utilizar aquellas tropas «para la continuación de ningún tipo de hostilidades»; se

encontraban allí para proporcionar «seguridad contra una invasión extranjera».[50] Cuando los representantes de los Estados objetaron que no había ningún indicio de una amenaza inminente, el Elector respondió con la sabia observación de que no hay que dejarse engañar por la mera *apariencia* de paz: a pesar de las declaraciones públicas de un alto el fuego, los ejércitos de su viejo rival de Neoburgo, por ejemplo, todavía se estaban concentrando y seguían constituyendo una amenaza para los territorios de Brandemburgo. En cuanto el señor de Neoburgo desmovilizara sus fuerzas, el Elector haría lo mismo.[51]

Así pues, en teoría, los peligros podían amainar tan deprisa como surgían, y ahí radicaba una semilla de esperanza para los Estados. En su declaración a los delegados de Cléveris de diciembre de 1645, el Elector tranquilizaba a sus interlocutores afirmando que las innovaciones fiscales de aquel momento tan solo durarían mientras existiera un peligro inminente: «Su Alteza Electoral le asegura a los Estados y a sus delegados que todas estas cosas, que fue preciso hacer por una necesidad ineludible, no tienen la mínima intención de ser perjudiciales para sus constatados privilegios y tradición (*Herkommen*), y que deben confiar en Dios y convencerse de que esos gravámenes no durarán mucho, sino que es de esperar que pronto mejorarán, cuando no desaparecerán del todo».[52] El problema era que subsistía una discrepancia entre el pensamiento local en materia de seguridad de los territorios individuales y los esfuerzos de la administración de proteger los dispersos territorios del patrimonio del príncipe y defender sus derechos en los territorios adyacentes. A medida que se iban ampliando los horizontes políticos del Elector, y el crecimiento y la mejora de sus fuerzas armadas permitían a Brandemburgo empezar a desempeñar el papel de una potencia regional importante en el norte de Europa, la discrepancia entre los puntos de vista del príncipe y de las provincias se iba haciendo cada vez más acusada.[53] Durante la guerra del Norte de 1655-1660, el ejército del Elector aumentó hasta los 25.000 hombres. Al combatir primero en el bando de Suecia, y después en el bando de Polonia y el Imperio, el Elector fue capaz de evitar que las potencias involucradas en el conflicto le expulsaran del Ducado de Prusia. El hecho

de que le nombraran comandante del ejército aliado de Brandemburgo, Polonia y el Imperio, reclutado para luchar contra los suecos en 1658-1659 era un indicio del creciente peso de Federico Guillermo en la política de la región. A continuación tuvo lugar una serie de ofensivas militares coronadas por el éxito, primero en Schleswig-Holstein y en Jutlandia, y después en Pomerania.

«[Está] en la naturaleza de las alianzas», observaba sabiamente el conde Montecuccoli, estratega militar austriaco, «que se disuelvan al más ligero contratiempo».[54] Para poder pagar su creciente ejército, Federico Guillermo necesitaba subvenciones extranjeras. Los frecuentes cambios de alianzas obligaban a los posibles socios a una guerra de pujas, y con ello impulsaban al alza el precio vigente de una alianza, lo que al Elector le permitió complementar las sumas que recababa a través de las contribuciones y de los nuevos impuestos procedentes de los Estados con una financiación externa políticamente menos fastidiosa. La rápida alternancia de las alianzas también reflejaba la complejidad de las necesidades de Brandemburgo en materia de seguridad. La integridad de los territorios occidentales dependía de unas buenas relaciones con Francia y las Provincias Unidas. La integridad del Ducado de Prusia dependía de unas buenas relaciones con Polonia. La seguridad de todo el litoral brandemburgués del Báltico dependía de mantener a raya a los suecos. El mantenimiento del estatus del Elector y la defensa de sus derechos hereditarios dependía de unas buenas relaciones (o por lo menos de unas relaciones funcionales) con el emperador. Esos imperativos interactuaban para generar unos resultados imprevisibles y que cambiaban rápidamente. Se trataba de una difícil situación que provocaba una considerable tensión en las redes de toma de decisiones próximas al trono. Durante el invierno de 1655-1656, por ejemplo, cuando el Elector sopesaba a qué bando apoyar en la fase inicial de la guerra del Norte, se formaron una facción «sueca» y otra «polaca» entre los ministros y los consejeros del Elector, e incluso entre sus propios familiares. El consiguiente ambiente de incertidumbre e indecisión llevó a uno de los consejeros más poderosos del Elector a quejarse de que este y sus consejeros «quieren lo que no querían y hacen lo que no

pensaban que iban a hacer».[55] Así pues, al cambiar de un socio a otro, el Elector seguía el consejo de Paul von Fuchs, su consejero privado calvinista de Pomerania, que instaba al Elector a no comprometerse permanentemente con ningún socio en concreto, sino a seguir siempre una «política pendular» (*Schaukelpolitik*).[56]

La complejidad e incluso la opacidad de una política exterior caracterizada por repentinos cambios de filiación suponían un lastre adicional para las relaciones entre el príncipe y los Estados. A veces estos eran reacios (aunque el problema era menos acusado en el corazón del territorio brandemburgués del Elector) a seguir los bandazos de la política del Elector. En una exasperada carta de queja enviada al Elector el 24 de mayo de 1657, los Estados de Cléveris manifestaban su consternación ante la perspectiva de verse arrastrados a una guerra con Polonia: «Nos sentimos obligados, conforme a nuestras obligaciones para la conservación de los privilegios y el bien público [a reiterar nuestras protestas anteriores] por temor a pecar por omisión y consentir que nos veamos envueltos en el actual y remoto conflicto, y al igual que cualquier otro territorio y pueblo de Su Alteza Electoral, acabar en la ruina, vernos asolados por el fuego y la espada, y sumidos en la desgracia y el cautiverio».[57] En realidad, lo que ocurrió a continuación fue una guerra con Suecia, no con Polonia. Pero eso simplemente venía a subrayar la dificultad, para los Estados, de sostener la reivindicación de coarbitrar en las cuestiones relativas a la seguridad de los territorios del Elector. Siempre que el príncipe actuara de forma preventiva, podía resultar imposible establecer si la «emergencia» que justificaba la suspensión de los privilegios tradicionales era de carácter genuinamente externo. En varias ocasiones, los Estados alertaron al Elector en contra de urdir situaciones de conflicto por iniciativa propia.[58]

¿Quién tenía autoridad para determinar cuándo dejaba de existir una situación de amenaza? El Elector fue monopolizando cada vez más esa potestad. Y esperaba que sus súbditos aceptaran sus explicaciones sobre la base de la confianza. En 1659, cuando los Estados de Cléveris se quejaron una vez más de las cargas que soportaban debido a la campaña que llevaba adelante el Elector contra los suecos por el control de Pomerania, el

príncipe respondió que no había nada que deseara más que abolir esos gravámenes. «Pero confiamos gentilmente en que ustedes tendrán sensatamente en cuenta las actuales circunstancias (*gegenwärtigen Conjuncturen*) y de esa forma alcancen a ver lo imposible que nos ha resultado hasta el momento ocuparnos del mantenimiento de nuestra institución militar (*Militäretats*) y adoptar las medidas adecuadas para la seguridad de nuestros territorios. [De modo que esperamos que ustedes seguirán ayudándonos] para que podamos seguir defendiendo nuestra justa causa y llevar a nuestro Estado a la seguridad y la paz por el procedimiento de culminar de forma decisiva las operaciones militares ya iniciadas».[59]

Pero ¿y si el Elector se mostraba reacio a desmantelar la innovación cuya introducción se había justificado por una grave necesidad, incluso cuando la emergencia que él había invocado se hacía manifiestamente menos grave, o se desvanecía del todo? ¿Por qué hemos de seguir pagando vuestro ejército, ahora que la paz ha vuelto?, preguntaban los Estados de Brandemburgo en 1650. «Con seguridad Su Alteza Electoral convendrá en que el mantenimiento de las tropas pasa a ser, una vez concluida la paz, un subsidio voluntario, y no necesario».[60] En su Proposición de 1655, el propio Elector había prometido a la Asamblea de los Estados del Ducado de Prusia desmovilizar sus tropas y derogar los nuevos impuestos indirectos «en cuanto la emergencia llegara a su fin», refunfuñaban los Estados del Ducado de Prusia en 1661. Pero seis años después, cuando la amenaza ya no era inminente ni obvia, todavía no se había hecho nada para derogar aquellas disposiciones.[61]

En la primavera de 1683, cuando el Elector ya llevaba 43 años gobernando Brandemburgo-Prusia, los Estados de Brandemburgo insistieron en su antigua queja. El Elector no solo les había gravado reiteradamente con «cargas extraordinarias», sino que además no había observado la tradicional obligación de consultar con los Estados el establecimiento de nuevos impuestos y gravámenes. En su contestación, el Elector asumía el personaje de un *Landesvater* (padre de la patria) harto y perplejo ante la ingratitud de sus hijos. Al cabo de tantos años trabajando duramente para sus súbditos, decía en su respuesta, le producía irritación

recibir aquella carta llena de reparos. Su réplica concluía con un pasaje revelador donde se justificaban las cargas que se habían impuesto. Decía que se habían implantado no con el propósito de oprimir ni debilitar a los Estados, sino más bien a causa de la «necesidad (*Noth*) insoslayable y anárquica que nos ha infligido Dios como una plaga bien merecida sobre el país, y ante la que las ingratas *leges fundamentales* invocadas por los Estados debían hacerse a un lado». ¿Y cuándo se supone que había cesado la plaga? En ese texto, el restablecimiento de una paz auténtica y duradera amenazaba con retroceder más allá de los horizontes de la propia vida del príncipe en este mundo. «Anhelamos ante el Dios del cielo unos tiempos mejores y unos vecinos pacíficos como los que antaño tuvieron nuestros antepasados, que Dios tenga en su gloria, para que su bondad pueda coronar Nuestra vejez con un estado de paz completo y seguro, y podamos morir con la satisfacción de haber llevado Nuestros territorios al verdadero disfrute de una tranquilidad tan largamente esperada».[62] Cuando el manido pretexto de la «*necessitas*» se radicalizó y se transformó, pasando de ser un argumento *ad hoc* a favor de las intervenciones provisionales a ser una justificación universal de unos instrumentos permanentes del poder central (un régimen fiscal nuevo y más amplio, un ejército regular y permanente, etcétera), también se extendió en sentido temporal. Se remitía cada vez menos a un peligro claro e inminente y cada vez más a una postura de anticipación permanente, a un aparato de seguridad centrado en las contingencias futuras.

Esa postura anticipatoria no era solo gestual o discursiva; su creciente arraigo en la estructura del Gobierno del Electorado puede atisbarse en las instituciones que creó el Elector. El ejército de campaña de Brandemburgo creció espectacularmente, aunque de forma vacilante, desde los 3.000 hombres en 1641-1642 a 8.000 en 1643-1646, a 25.000 durante la guerra del Norte de 1655-1660, y a 38.000 durante la guerra de Holanda de la década de 1670. Durante la última década del reinado del Elector, el tamaño de su ejército osciló entre los 20.000 y los 30.000 soldados.[63] Las fuerzas improvisadas que se reunían para campañas específicas durante los primeros años del reinado fueron evolucionando poco a poco hasta

convertirse en lo que podríamos denominar un ejército regular. En abril de 1655 se nombró un comisario general de la Guerra (*Generalkriegskomissar*) para que supervisara el manejo de los recursos económicos y de otro tipo para el ejército, a imitación del modelo de administración militar recientemente introducido en Francia. Al principio, aquella innovación se concibió como una medida provisional para tiempos de guerra, y no se consolidó como rasgo permanente de la administración territorial hasta mucho después. A partir de 1679, bajo la dirección del noble pomeranio Joachim von Grumbkow, la Comisión General de la Guerra amplió sus competencias a todos los territorios de los Hohenzollern, y poco a poco fue usurpando la función de los funcionarios de los Estados que tradicionalmente supervisaban la fiscalidad y la disciplina militar a nivel local. Esa sinergia entre la actividad bélica y el desarrollo de unos órganos centrales de corte estatal era algo nuevo; tan solo fue posible cuando el aparato bélico se separó de sus cimientos tradicionales, provinciales y aristocráticos.

Los Estados habían estructurado sus argumentos en torno a la contraposición entre un estado de normalidad heredado del pasado y las extraordinarias concesiones que de vez en cuando se veían obligados a hacer al Elector. Y en cierto sentido el Elector había fomentado o consentido esa visión del asunto por el procedimiento de recurrir al discurso de la «emergencia». Pero con el paso del tiempo, para Federico Guillermo acabó significando algo distinto: una «nueva normalidad», en absoluto vinculada con unos fundamentos de derechos tradicionales, sino que obedecía a unas necesidades en constante cambio, a las «coyunturas» y las «actuales tendencias» (*jetzigen Läufe*) de un presente también en constante cambio; en resumen: a lo que nosotros denominaríamos «historia».

¿UNA DINÁMICA CONFESIONAL?

Además de la conversión mecánica de las amenazas futuras en imperativos del presente, ¿había algo más en la idea de futuro implícita en los

argumentos del Elector? La afirmación de que los perjuicios implícitos en un futuro posible imponen obligaciones sobre el presente formula una historicidad donde se reduce la autoridad del pasado sobre el presente. Por el contrario, favorece una forma de razonar hostil a la tradición (o por lo menos a la tradición por derecho propio) y dispuesta a desplegar el futuro como argumento contra los derechos y las estructuras de poder heredados.

Es difícil discernir si esa historicidad orientada hacia el futuro se integraba en algo más meditado, en una conciencia de un mayor movimiento de la historia, y más aun teniendo en cuenta que este soberano no era muy dado a las reflexiones especulativas ni filosóficas. Sin embargo, sí que suscribía conscientemente por lo menos una estructura filosófica compleja de su época, a saber, la teología de su fe calvinista. Federico Guillermo fue el primer elector de Brandemburgo de progenitores calvinistas, y el nombre compuesto Federico Guillermo, una novedad en la historia de la Casa de Hohenzollern, se ideó justamente para simbolizar el vínculo entre Berlín (Guillermo era el segundo nombre de su padre) y el Palatinado calvinista de su tío, Federico V. La reorientación que puso en marcha la conversión al calvinismo de su abuelo Juan Segismundo en 1613 no alcanzó su plena vigencia hasta esta generación de la familia Hohenzollern.

La línea divisoria confesional entre la Casa reinante y la población es una de las curiosidades más fascinantes de la historia de Brandemburgo-Prusia. La conversión de Juan Segismundo había encauzado a la Casa de Hohenzollern por un nuevo derrotero. Venía a fortalecer la asociación de la dinastía con el bando, pequeño pero combativo, de los Estados calvinistas en la política imperial de principios del siglo XVII. Elevaba el estatus de los altos funcionarios calvinistas que empezaban a desempeñar un influyente papel en el Gobierno central. Pero también situaba al Elector en un bando religioso para el que no se había previsto ninguna disposición en la Paz de Augsburgo de 1555. El derecho de los calvinistas a gozar de la tolerancia en el seno del caleidoscopio confesional del Sacro Imperio Romano no se consagró en un tratado vinculante hasta la Paz de Westfalia de 1648. Además, la conversión del monarca también abrió una profunda brecha

confesional entre la dinastía y el pueblo. En la medida en que existía una sensación de «identidad» territorial en Brandemburgo a finales del siglo XVI, esa identidad estaba íntimamente ligada a la Iglesia luterana, cuyo clero estaba diseminado a lo largo y ancho del país.

En un primer momento, Juan Segismundo creyó que su conversión iba a ser la señal para una «segunda Reforma» generalizada –y en gran medida voluntaria– en Brandemburgo. El Elector y sus consejeros presuponían que la superioridad y claridad intrínsecas de la doctrina calvinista, cuando se presentaba de una forma convincente y accesible, bastarían para recomendársela a la gran mayoría de los súbditos. Ahí se equivocaban. Las redes luteranas se opusieron encarnizadamente a cualquier medida que aparentara fomentar la transformación de Brandemburgo en un territorio calvinista.[64] La fuerza de la resistencia luterana acabó obligando a Juan Segismundo y a sus consejeros calvinistas a abandonar sus esperanzas de una segunda Reforma en Brandemburgo. En cambio, se conformaron con una «reforma de la corte» (*Hofreformation*), cuyas energías religiosas fueron apagándose en los márgenes de la élite política.[65] Pero hizo falta mucho tiempo para que se disiparan las emociones de la confrontación luterano-calvinista. Los niveles de tensión fluctuaron conforme a los vaivenes de la polémica confesional.[66]

Esa seguía siendo la situación cuando el elector Federico Guillermo asumió el poder en 1640. En 1646, reforzó la filiación de su Casa con la fe calvinista al contraer matrimonio con Luisa Enriqueta, de diecinueve años, hija de Federico Enrique, príncipe soberano de Orange y estatúder de Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres y Overijssel. En las negociaciones internacionales celebradas en Münster para preparar la Paz de Westfalia en 1648, Federico Guillermo hizo campaña a favor de la inclusión de los calvinistas entre las confesiones oficialmente toleradas dentro del Sacro Imperio Romano, y lo consiguió.[67] Sin embargo, en sus territorios subsistía el problema de las tensiones confesionales; y el Ducado de Prusia en particular, donde el Elector pasó los primeros años de su reinado, pero sobre el que no logró asegurarse la plena soberanía hasta 1657, era un territorio

inquebrantablemente luterano, dominado por unas élites nobles profundamente apegadas a sus tradiciones luteranas.

En 1642, tan solo dos años después del comienzo de su reinado, el Elector reaccionó con enfado a la noticia de que los polemistas luteranos de Königsberg le acusaban de renovar el proyecto de la dinastía Hohenzollern para llevar a cabo una «segunda Reforma». Ese giro de los acontecimientos resultaba particularmente inoportuno en un momento en que la corte de Brandemburgo estaba estudiando la posibilidad de una alianza dinástica con la luterana Corona de Suecia.[68] En una carta a sus consejeros, Federico Guillermo lamentaba las peleas y los insultos que amenazaban con envenenar la vida pública en el Ducado de Prusia. Las catastróficas consecuencias de la división religiosa podían observarse por todos los territorios alemanes –los súbditos luteranos de Prusia, que habían logrado eludir los peores disturbios de la guerra, debían estudiar ese ejemplo y aprender de él–. El mejor camino, proponía el Elector, sería «un debate cordial y pacífico entre los teólogos en Nuestra presencia y la de Nuestros consejeros, Estados, y altos servidores». En ese contexto, era preciso examinar cuidadosamente cada punto, y donde hubiera necesidad de ulteriores dilucidaciones, estas podrían aportarse de una forma documentada por ambas partes.[69]

En su rechazo a esa propuesta, el clero luterano de Königsberg desarrolló un argumento basado en la continuidad con la tradición que era marcadamente análogo a los argumentos corporativistas a favor de los privilegios que alegaban los Estados. Afirmaban que resultaría «cuasipagano» iniciar un debate sin una previa «condena del error y de la doctrina incorrecta» de los interlocutores reformados. Era particularmente esclarecedora la referencia bíblica que esgrimían los Estados para apoyar esa afirmación, 2 Reyes, 17. Dicho pasaje del Libro de los Reyes relata cómo varios miles de israelitas de la antigua Samaria fueron capturados por los asirios y reubicados en territorios bajo control asirio. Aquellos cautivos se asimilaron a sus nuevos dirigentes políticos y abandonaron su antigua religión, desoyendo el mandato de Dios, expresado por boca de videntes y profetas: «Guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas

las leyes que Yo prescribí a vuestros padres». Ellos «desecharon sus estatutos, y el pacto que Él había hecho con sus padres, y los testimonios que Él había prescrito a ellos».[70] En resumen, el argumento rezaba así: si los luteranos prusianos accedían a la propuesta del Elector, se asemejarían a los infieles israelitas de Samaria, que habían traicionado sus pactos consagrados por el tiempo. A eso le añadían un argumento de una autoridad jurídica: el Testamento Político del duque Alberto el Viejo, duque de Prusia entre 1525 y 1568, había estipulado que no se debía intentar modificar la supremacía luterana en el Ducado.[71] El proyecto de un congreso fue abandonado. Cuando finalmente se reunió un simposio de teólogos luteranos y calvinistas en el palacio del Elector en Berlín, entre 1662 y 1663, no hizo más que agudizar las diferencias entre los dos bandos, y dio lugar a una nueva oleada de denuncias recíprocas.[72]

Aquí, igual que en las disputas del Elector con sus Estados, podemos discernir dos temporalidades contrapuestas. Las invitaciones a participar en los coloquios implicaban que cabía la posibilidad de que un proceso de debate sin plazo definido pudiera resolver en un futuro todas las diferencias subsistentes. Por el contrario, el punto de vista luterano argumentaba que el pasado, invocado en forma de tradición, imponía obligaciones sobre el presente. A menudo se ha utilizado el término «tolerancia» para caracterizar la gestión política por parte del Elector del cisma calvinista-luterano en sus propios territorios, y la insinuación de que el estatus minoritario de la confesión del Elector imponía la tolerancia religiosa como un rasgo permanente y estructural de la vida pública prusiana es un lugar común en la literatura más antigua.[73] Y sin duda es cierto que algunos de los calvinistas más influyentes de aquella época utilizaron un lenguaje no beligerante para calificar la relación entre ambas creencias.[74] Sin embargo, lo que se pierde de vista si aplicamos la categoría de la «tolerancia» es el carácter partidista de las medidas del Elector y su permanente determinación de reforzar la posición de sus correligionarios reformados en todos sus territorios.[75] En virtud del Edicto de Tolerancia promulgado en septiembre de 1664, se ordenaba a los clérigos calvinistas y luteranos que se abstuvieran de menospreciarse mutuamente; se exigía a todos los

predicadores que manifestaran su conformidad con esa orden por el procedimiento de firmar y devolver una respuesta que se había repartido previamente.[76] Sin embargo, los efectos del edicto fueron sumamente asimétricos, dado que las polémicas teológicas provenían casi exclusivamente de los funcionarios luteranos, alarmados ante las incursiones calvinistas. Tan solo los predicadores luteranos objetaron a los términos del edicto, y los que se negaban a firmar la respuesta que se había repartido antes eran privados sumariamente de sus haberes.[77]

Aquellas medidas vinieron acompañadas por muchas otras intervenciones. Siempre que podía, el Elector designaba a súbditos calvinistas para ocupar los altos cargos de la corte y del Gobierno, y restaba importancia a las protestas de los luteranos por considerarlos enojosos intentos de sembrar la desconfianza entre el Elector y sus súbditos. La jurisdicción del Consejo Privado, de mayoría calvinista, se amplió a expensas del consistorio luterano. Se amenazaba a los predicadores luteranos con la aplicación arbitraria de la ley de censura: hubo el caso de un predicador que fue desterrado de Brandemburgo por atreverse a mencionar en un sermón, junto con las grandes gestas del Elector, las de su rival luterano, el rey Carlos X Gustavo de Suecia. Había un constante esfuerzo por aislar a los luteranos de Brandemburgo del núcleo luterano de Wittenberg, por el procedimiento de denegarles el derecho a participar activamente en las redes transterritoriales. Ahora se fundaban parroquias e iglesias calvinistas a la mínima oportunidad, y la famosa política del Elector de ofrecer refugio a los hugonotes –también ellos calvinistas– perseguidos en la Francia de Luis XIV tenía el mismo propósito, ya que llevó hasta los territorios de Federico Guillermo a miles de nuevos correligionarios suyos.[78] Por si quedaba alguna duda sobre el carácter concertado y sistemático de aquellos esfuerzos, en su Testamento Político el Elector aconsejaba a su sucesor que se asegurara de que «si existiera ese tipo de súbditos de la religión reformada en estas tierras, sean empleados y nombrados antes que otros para desempeñar los servicios y cargos en la corte y por todo el país, y si en el Electorado de Brandemburgo no fuera

posible encontrar alguno, contratar a extranjeros y con preferencia sobre los luteranos».[79]

Teniendo en cuenta que los reformados nunca ascendieron a más del 4% de la población total de Brandemburgo-Prusia, aquellas medidas nunca iban a modificar el carácter confesional del país en su conjunto, aunque sí provocaron que entre el personal de la administración de Brandemburgo y Pomerania aumentara constantemente el número de calvinistas y disminuyera el de luteranos. En cambio, en el Ducado de Prusia, con sus inveteradas instituciones y sus élites luteranas seguras de sí mismas, los esfuerzos del Elector tuvieron un efecto menor. Aquí lo que pretendo dejar claro es simplemente que la dinámica de la «confesionalización» fue sostenida. El Elector no se retiró de la refriega y supervisó la paz religiosa entre calvinistas y luteranos desde un punto de vista de neutralidad religiosa. Siguió empeñado en la «calvinización» de la corte y del Gobierno. Y lo hizo porque seguía creyendo que la fe reformada, cuyas raíces descansaban exclusivamente en la verdad bíblica revelada, suponía un avance salvífico fundamental respecto al luteranismo.

Resulta difícil determinar qué efectos tuvo aquel enfrentamiento confesional en la historicidad del Elector. ¿Estaba realizando una afirmación absoluta en nombre de su fe, o simplemente asegurándose la preeminencia política de sus correligionarios a fin de consolidar su autoridad? En el Testamento Político, como hemos visto, Federico Guillermo afirmaba la importancia de defender el nuevo orden encarnado en la Paz de Westfalia, el primer tratado internacional que incluía a los calvinistas entre las confesiones con derecho a ser «toleradas» en el Sacro Imperio Romano. Pero cuando propuso simposios y congresos entre las dos confesiones protestantes, no estaba refrendando la paz religiosa como tal (por mucho que la valorara por motivos de orden público y de interés político), sino más bien pretendía que los luteranos *avanzaran* hacia un acuerdo con los reformados. El Elector prohibió el empleo del término «segunda Reforma» en público, porque los polemistas luteranos lo estaban utilizando para sembrar el miedo, pero la lógica de una posible prohibición estaba implícita en su manejo de la relación entre las dos denominaciones.

Es cierto que la historicidad teológica de los calvinistas también era de carácter recurrente, en el sentido que implicaba una «vuelta» a la condición supuestamente inmaculada de la Iglesia primitiva. Pero para ellos, la Iglesia primitiva no era ni una «tradición» ni algo heredado; consistía simplemente en la ejemplificación de una comunión con Cristo (*koinonía*) que, para los reformados, era una parte fundamental tanto del futuro como del pasado. El concepto calvinista de una *koinonía* suprahistórica con Cristo, garantizada a los fieles, marcó una ruptura definitiva tanto con la teología medieval como con la teología de los primeros tiempos de la Reforma. Inauguró un nuevo horizonte temporal, sustanciado por la combinación de un Dios lejano y la promesa de una hermandad siempre garantizada por la fe, un horizonte dentro del cual todo era posible y «construible» en este mundo material. El concepto reformado de la posibilidad de un reino de Cristo sobre la tierra proponía un incentivo a la acción que estaba ausente de la doctrina luterana de los dos reinos (el cielo y la tierra) como ámbitos ontológicamente diferenciados. La teología calvinista en sí no ofrecía una filosofía de la historia, pero sí aportaba un marco donde había abundante espacio para percibir, evaluar y gestionar las caóticas particularidades de las contingencias presentes y futuras.[80] Así pues, como combinado teológico, el calvinismo reforzaba un cambio más profundo del carácter de la racionalización política de los primeros tiempos de la modernidad europea. La propagación por los Estados alemanes a finales del siglo XVI y durante todo el siglo XVII del «método del *discorso*» popularizado por Maquiavelo tendió a dejar a un lado los argumentos basados en la autoridad y los principios universales en favor de la evaluación de las opciones políticas en un futuro que aún estaba por determinar.[81]

Estos rasgos de la teología reformada se hacían eco de unos presupuestos anclados en las experiencias juveniles del propio Elector. A la edad de catorce años, al tiempo que se agravaba la crisis militar en los territorios de su padre, y una oleada de epidemias se extendía por Brandemburgo, Federico Guillermo fue enviado por precaución a la República de los Siete Países Bajos Unidos, un lugar seguro donde pasó los siguientes cuatro años de su vida. El príncipe recibió instrucción de

catedráticos de Derecho, Historia y Política en la Universidad de Leiden, un centro de renombre de la teoría neoestoica del Estado, a la sazón muy de moda. Las lecciones del príncipe hacían hincapié en la majestad de las leyes, en la venerabilidad del Estado como garante del orden, y en la centralidad del deber y la obligación para el cargo de soberano. Una particular preocupación de los neoestoicos era la necesidad de subordinar las fuerzas armadas a la autoridad y la disciplina del Estado.[82] Pero no fue en el aula, sino en las calles, los muelles, los mercados y las plazas de armas de las ciudades holandesas, donde Federico Guillermo aprendió las lecciones más importantes.

A principios del siglo XVII, la República de los Siete Países Bajos Unidos estaba en la cúspide de su poder y su prosperidad. A lo largo de más de sesenta años, aquel pequeño país calvinista había luchado con éxito para proclamar su independencia contra el poderío militar de la católica España y para consolidarse como el principal cuartel general del comercio mundial en Europa. «Sigamos el ejemplo de los valientes holandeses, quienes, tras obligar a retroceder a los romanos [es decir, los Habsburgo] han sido calificados de promotores de la libertad», escribía el clérigo calvinista Johann Bergius, asesor de confianza y consejero religioso del Gran Elector.[83] Por su prosperidad, su cultura material, y la sofisticación y madurez de su vida política, las Provincias Unidas eran «el primer país de Europa».[84] Sus ciudades ordenadas y rebosantes de actividad eran argumentos físicos a favor de la superioridad de un determinado estilo de vida. Poseían un sólido régimen fiscal, una peculiar cultura militar con unos rasgos inequívocamente modernos: la instrucción regular y sistemática de las tropas en maniobras sobre el campo de batalla, un alto nivel de diferenciación funcional, y un cuerpo de oficiales profesional y disciplinado. Federico Guillermo tuvo muchas oportunidades de observar de cerca la destreza militar de la República –en 1637 fue a visitar a su anfitrión y pariente, el virrey príncipe Federico Enrique de Orange, en su campamento de Breda, donde los holandeses reconquistaron un bastión que los españoles les habían arrebatado hacía doce años–.

A lo largo de todo su reinado, Federico Guillermo se esforzó por remodelar su propio patrimonio a imagen de lo que había observado en los Países Bajos. El régimen de instrucción militar que adoptó su ejército en 1654 se basaba en el libro de ejercicios del príncipe Mauricio de Orange.[85] Se fomentaba el establecimiento de inmigrantes holandeses en Brandemburgo con unas condiciones muy favorables. Federico Guillermo seguía convencido de que «la navegación y el comercio son los principales pilares de un Estado, a través de los cuales los súbditos, por mar y gracias a las manufacturas en tierra, se ganan el pan y el sustento».[86] De ahí sus reiterados esfuerzos por asegurarse, pagando un alto precio, y en contra de una encarnizada resistencia de Suecia, el control de Pomerania.[87] El Elector acabó obsesionándose con la idea de que la conexión con el Báltico animaría a Brandemburgo y daría más vitalidad a su comercio, lo que traería consigo la riqueza y el poder que estaban tan llamativamente a la vista en Ámsterdam. Durante las décadas de 1650 y 1660, Federico Guillermo llegó a negociar tratados internacionales sobre comercio, a fin de conseguir unos términos favorables para la actividad de una marina mercante que aún no poseía.[88] En resumen, Federico Guillermo conoció el calvinismo no solo como una comunidad de fe, sino también como un conjunto de valores que animaban a un país que él reconocía como superior en lo cultural y en lo material, y digno de emular. Y, como ha observado Peter Burke, «la emulación por parte de los soberanos y los gobiernos de modelos extranjeros implicaba que las medidas del presente podían traer la prosperidad a sus países en el futuro».[89]

EL ELECTOR ENTRA EN LA HISTORIA

En verano de 1656, en la batalla de Varsovia, 8.500 soldados de Brandemburgo unieron sus fuerzas con el ejército del rey de Suecia para derrotar a un enorme contingente de polacos y tártaros. El elector Federico Guillermo escribió un breve relato del acontecimiento y ordenó que se publicara en La Haya. Por ese medio esperaba contrarrestar el efecto de las

crónicas suecas de la época que restaban importancia a la contribución de Brandemburgo –y específicamente del Elector– a la victoria.[90] El relato de Federico Guillermo dejaba claro que el éxito de los aliados se debió a un ataque de dos puntas, donde el Elector de Brandemburgo había comandado y liderado personalmente el ala izquierda, había arrostrado el fuego directo de las baterías enemigas, y había desempeñado un papel clave a la hora de arrebatarles a los polacos el control de una franja de terreno elevado que permitió que los aliados sometieran al enemigo a un intenso bombardeo.[91]

Este modesto esfuerzo por hacerse un sitio en la crónica de sus tiempos tenía sentido en un mundo que cada vez era más consciente de la relación entre las noticias de los acontecimientos de la época y el relato que la «historia» iba a legar a las futuras generaciones. La encarnación más sensacional de ese nexo entre las noticias y la historia era el *Theatrum Europaeum*, un proyecto editorial que puso en marcha un impresor, grabador y empresario de Fráncfort, Matthäus Merian. En una colección de tomos lujosamente ilustrados, y con una extensión de entre cuatrocientas y quinientas páginas, Merian y sus colaboradores y sucesores compilaron una exhaustiva historia de los tiempos recientes. El primer tomo, publicado en 1633, abarcaba entre 1629 y el año de su publicación. El segundo, publicado dos años después, retrotraía la historia hasta 1618 y el estallido de la guerra de los Treinta Años, que seguía devastando Europa central cuando se publicó el libro. A partir de ahí, el proyecto fue avanzando en pasos de entre dos y ocho años, a lo largo de otros diecinueve tomos, redactados por al menos diez escritores diferentes hasta 1738. Desde el principio, los editores y los escritores que trabajaban para ellos aspiraban a plasmar el panorama general de la historia, en una narración que evitara los puntos de vista partidistas que resultaran perjudiciales para los intereses de algún participante o individuo en particular, y ambicionaban «simplemente sacar a la luz el relato histórico [*historische Geschichte*]».[92]

El *Theatrum* era y es una obra extraordinaria por su ambición técnica, sobre todo por la calidad y la profusión de las ilustraciones. En el «teatro» que se esboza en sus páginas, los soberanos y los estadistas ocupaban un lugar destacado. Eran las piezas móviles de una historia que tenía un ámbito

europeo. Pero el rasgo más llamativo del *Theatrum* era su visión de la historia europea como un sistema interconectado, cuyas «conmociones» y realineamientos reunían a los Estados del continente en una comunidad de destino.[93] La necesidad de una historia de ese tipo era apremiante, afirmaba el editor, no solo porque las sociedades prudentes siempre se han beneficiado de una buena comprensión de sus propios tiempos, sino también porque la violencia y la devastación de la historia europea *reciente* imponía a los contemporáneos el deber de describir «el rumbo de nuestras acciones mundiales [*Welt-Actionen*], a fin de entender a través de ello por qué iniciamos [la conmoción de la guerra], cómo la gestionamos, y saber aproximadamente en razón de qué causas y por medio de qué ocasiones hemos echado a perder, destruido, arruinado y devastado de una forma tan lamentable tierras y gentes».[94] Las historias de ese tipo, entretejidas a partir del material sacado de los cuarenta y tantos periódicos semanales que se publicaban en las ciudades del Sacro Imperio Romano, posibilitaban imaginar el futuro próximo no como el cumplimento de un plan preestablecido, sino como un vacío, como las páginas todavía no impresas de un periódico, que esperaban ser rellenadas con las acciones y los eventos de los poderosos.[95] Ese era precisamente el mundo de «coyunturas» (*Conjuncturen*) y «tendencias» (*Läufe*) que tan a menudo invocaba el Elector en sus comunicaciones con los Estados.

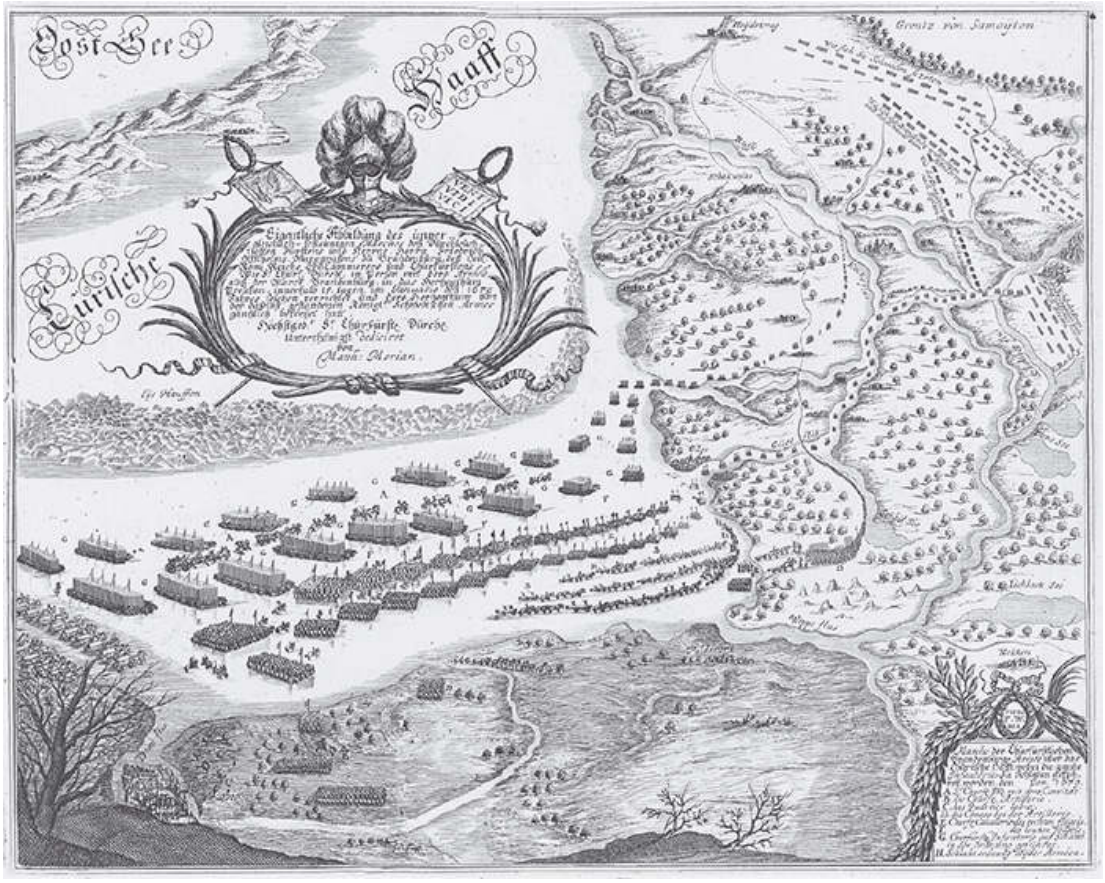


Figura 1.2. Grabado del *Theatrum Europaeum* donde se ve cómo el Gran Elector entró en el Ducado de Prusia al mando de sus fuerzas en 1679, sorprendiendo al ejército sueco acampado allí.
Fuente: anónimo, *Theatri Europaei Eilffter Theil Oder: Außführlich fortgeführte Friedens und KriegsBeschreibung* [...] (Fráncfort, 1682), p. 1466. Colección del autor.

En sus «memorias reales», un texto confidencial destinado a su sucesor, Luis XIV observaba que los reyes tienen la obligación de ofrecer «a la eternidad» un relato de sus acciones.[96] El Elector nunca desplegó el culto de una autoinmortalización historicista que rivalizara con su contemporáneo francés, pero sí empezó conscientemente a percibirse a sí mismo, y a ver sus logros, a través de los ojos de una posteridad imaginada. A partir de 1650, se realizaron intentos de hacerse con los servicios de un historiador de corte. La primera persona designada para el puesto fue el bibliotecario Joachim Hübner, pero la obra de Hübner nunca llegó a materializarse, ya que fue destituido en 1661 a raíz de las quejas formuladas contra él por negarse a ir a misa.[97] En 1664, el Elector nombró a Marten Schoock, de la Universidad de Groninga (Provincias Unidas), y le pagó un buen sueldo

para que escribiera una historia de Brandemburgo. Schoock terminó el manuscrito de una primera sección del proyecto de una *Historia marchica* en 1667, pero era de una calidad tan deficiente que un comentarista del siglo XIX señalaba mordazmente: «No hay motivos para lamentar el hecho de que la obra se interrumpiera a raíz de la prematura muerte de Schoock» un año después.[98] Otras dos personas a las que se encargó el proyecto, el aventurero y calvinista converso francés Jean-Baptiste de Rocolles y Martin Kempen, vecino de Königsberg de origen holandés, asumieron y abandonaron la tarea sin producir nada digno de mención.

La tortuosa crónica en dos tomos de la Casa de Brandemburgo de Gregorio Leti, publicada en italiano y en francés en 1687, no fue un encargo oficial, pero el Elector recompensó a su autor con una medalla valorada en cien ducados y una gratificación en metálico de quinientos táleros.[99] El libro de Leti era una secuencia fantásticamente caótica de estampas y descripciones, donde se intercalaban manidos pasajes de panegírico sobre el Elector y sus funcionarios más destacados. Pero es interesante señalar que el primer tomo fue criticado en Berlín por no hacer justicia a las hazañas de Federico Guillermo en la batalla de Varsovia de 1656 –un indicio de que para entonces dicha batalla había pasado a formar parte de la conciencia del público como hito histórico del reinado–.[100] Ni el estudio de anticuario de Schoock ni la divagante apología de Leti tuvieron el más mínimo efecto perceptible en la historiografía posterior de Prusia.

Mucho más acierto tuvo Samuel Pufendorf, nombrado historiador de corte en 1686, cuyo exhaustivo y sofisticado relato del reinado de Federico Guillermo marcó un nuevo punto de partida para la historiografía brandemburguesa. La elección de Pufendorf fue reveladora. En su larga trayectoria como jurista, teórico político e historiador, Pufendorf se había consolidado como una de las estrellas del mundo académico europeo. A finales del siglo XVII, era el filósofo en materia de derecho natural más leído del continente. A diferencia de muchos de sus colegas de la universidad, a Pufendorf se le leía fuera del mundo académico, entre los altos funcionarios, los comandantes militares, e incluso entre los monarcas.[101] No resulta difícil adivinar lo que al Elector le pareció más atrayente de

Pufendorf y de sus escritos. Pufendorf, un perspicaz (aunque también crítico) lector alemán del teórico político británico Thomas Hobbes, basaba sus argumentos a favor de la necesidad del Estado en una visión distópica de violencia y desorden ambientales.[102] Por sí solas, las leyes naturales no bastaban para preservar la vida social del hombre, argumentaba Pufendorf en sus *Elementos de jurisprudencia universal* (1660). A menos que se establecieran «soberanías», los hombres buscarían su bienestar exclusivamente por medio de la fuerza; «todos los lugares resonarían con las guerras entre quienes infligen y quienes repelen agravios».[103]

De ahí la suprema importancia de los Estados, cuyo cometido primordial era «que los hombres, por medio de la cooperación y la asistencia mutuas, estén a salvo de los perjuicios y los agravios que se pueden infligir y habitualmente se infligen mutuamente».[104] El trauma de la guerra de los Treinta Años resuena en estas frases. Aquella era la respuesta de un filósofo elocuente a la resistencia con la que el Elector se había encontrado por parte de los Estados de sus provincias. Dado que, ni en la paz ni en la guerra, era posible ocuparse de los asuntos de un Estado sin incurrir en gastos, escribía Pufendorf en 1672, el soberano tenía derecho a «obligar a los ciudadanos individuales a contribuir con una parte de sus propios bienes en la medida que se considere necesaria para la asunción de dichos gastos».[105] Pufendorf escribió profusamente sobre el papel del consentimiento en las relaciones de vasallaje político, y argumentaba que las obligaciones para con el soberano nunca podían ser exclusivamente una consecuencia de la coacción; dichas relaciones podían tener una verdadera vigencia tan solo en caso de que el súbdito tuviera buenas razones –o en caso de que se le dieran buenos motivos– para dar su aquiescencia a las obligaciones que se le impusieran –por ejemplo, las benévolas intenciones del soberano, o la gratitud por beneficios pasados, o el reconocimiento de que probablemente el soberano estaba en mejores condiciones de entender los intereses de sus súbditos que ellos mismos–.[106] Resulta difícil pasar por alto las resonancias armónicas entre esas líneas de pensamiento y los argumentos planteados en las comunicaciones del Elector con sus Estados.

Sin embargo, Pufendorf era también un renombrado historiador. Su tratado político más famoso, conocido como el *Monzambano*, era una crítica mordaz y polémica de la organización política del Sacro Imperio Romano de la época, pero comenzaba con una secuencia de capítulos muy elogiada, donde Pufendorf exponía la historia de las instituciones políticas del Imperio.[107] Y su *Introducción a la historia de los principales Reinos y Estados de Europa*, publicada en 1682, durante su desempeño del cargo de historiador oficial de la corte real en Estocolmo, comenzaba con una defensa de la importancia de estudiar la historia del pasado reciente. Pufendorf afirmaba que estaba muy bien que los jóvenes dedicaran años a leer a Cornelio Nepote y a Tito Livio, «pero desatender la historia de las épocas posteriores es una grave imprudencia y una falta de entendimiento». En particular, las personas encargadas de la gestión de los asuntos públicos se beneficiarían más de estudiar la historia contemporánea de sus propios países y de sus territorios colindantes que de examinar minuciosamente los relatos de antiguas conquistas en los clásicos romanos. Y el capítulo dedicado a Alemania ofrecía, entre otras cosas, un análisis de las amenazas que suponían (o no) para Alemania todas y cada una de las potencias cercanas, desde los suizos y los italianos hasta los polacos, los daneses, los suecos y los franceses.[108]

Llevó cierto tiempo convencer a Pufendorf para que se marchara de Suecia y asumiera el cargo de historiador de corte en Berlín. Pufendorf trasladó su aceptación formal al enviado de Brandemburgo en Estocolmo durante el verano de 1686, cuatro años después del primer acercamiento, pero no llegó a Berlín hasta mediados de enero de 1688, después de una considerable disputa con sus empleadores de entonces. Para entonces, al Elector solo le quedaban unos pocos meses de vida. A Pufendorf se le concedió permiso para acceder a todos los archivos del Electorado y los servicios de un ayudante de investigación a tiempo completo.

La edición en latín de 1695 de *De rebus gestis Friederici Wilhelmi Magni*, repleta de material fielmente parafraseado de los archivos, y con una extensión de 1.400 páginas densamente impresas (más de 1.200 en la traducción al alemán, ligeramente abreviada, de Erdmann Uhse, publicada

en 1710) no es una lectura fácil ni amena.[109] No hay grandes trazos en la narración, ni intentos de situar a los protagonistas dentro de una corriente de cambio. Los consejeros, cortesanos y familiares que rodean al príncipe son escasamente visibles en sus individualidades. El propio Elector aparece únicamente como personificación de su monarquía –el libro no cuenta prácticamente nada sobre sus pasatiempos, sus intereses intelectuales, sus gustos ni sus relaciones–. Y sin embargo, en dos aspectos, Pufendorf sí logró dotar a su narración de impulso histórico.

En primer lugar, reconocía la importancia de la consolidación *interna* de la soberanía del Elector. El centro de la historia lo ocupa el ejecutivo monárquico: «La medida y el punto focal de todas sus reflexiones era el Estado, sobre el que convergen todas las iniciativas, como líneas hacia un punto central».[110] En el relato de Pufendorf, el Estado de Brandemburgo, personificado en el Gran Elector, proyecta y consolida su poder tanto hacia el exterior como hacia el interior. Pufendorf ofrece crónicas detalladas –más en la edición latina de 1695 que en la traducción alemana de 1710– de los conflictos entre la administración electoral y los Estados de Prusia, de Cléveris y de Magdeburgo. Por ejemplo, en el Ducado de Prusia, tras la Paz de Oliva (1660), Pufendorf yuxtapone los esfuerzos del Elector para consolidar su soberanía en el seno del Ducado con la insistencia de los Estados en que se reafirmen sus inveterados privilegios (irreconciliables con la afirmación de la soberanía del Elector). Relata cómo la administración electoral sorteó la resistencia corporativa por el procedimiento de dar órdenes al príncipe Radziwill, gobernador calvinista del Ducado, para que interpelara a los altos nobles más influyentes uno por uno: «Debía conseguir que quienes ostentaban los más altos cargos de esas tierras prestaran juramento [de fidelidad] conforme a la nueva fórmula tras la adquisición de la soberanía, no todos a la vez, empero, sino más bien uno por uno, tal y como surgiera la oportunidad». Debía empezar por quienes él sabía que estaban dispuestos a hacer tal juramento, «para que los demás siguieran su ejemplo, y se amenazara con la destitución de sus cargos a los que se negaran; y tampoco debía nombrar a nadie para ocupar un cargo

nuevo, salvo a aquellos que prometieran que cuando se celebrara la siguiente asamblea [de los Estados] apoyarían al Elector en su deseo».[111]

En Magdeburgo, al igual que en Prusia, Pufendorf describe cómo la administración central obligó a retroceder al poder tradicional de los Estados por el procedimiento de enfrentar a la ciudad con el campo.[112] Cuando la ciudad de Königsberg siguió agitándose en contra del nuevo régimen invocando sus derechos y su estatus tradicionales, el Elector, nos cuenta Pufendorf, «no ocultó su enfado y su disgusto ante tan obstinada conducta». «Su Alteza Electoral en persona decidió insistir en la cuestión por su propia autoridad, pero además llevó consigo un buen número de tropas, para domar a los desobedientes». El pasaje del texto donde Pufendorf describe la resolución de la disputa en favor del Elector aparece en el libro frente a un grabado donde se ve a los Estados del Ducado de Prusia prestando juramento de lealtad a su nuevo soberano en el patio del Palacio de Königsberg el 18 de octubre de 1663.[113]

Para pintar ese cuadro dinámico del Estado en su lucha por superar las estructuras de los privilegios provinciales, Pufendorf no solo pudo consultar los documentos de los archivos, sino también la anterior historia redactada por Elias Loccelius (también conocido como Lockelius o Löckel), pastor luterano de Bärwalde en la Nueva Marca (o Brandemburgo Oriental), y posteriormente (a partir de 1674) de Crossen. Terminado tras décadas de investigación y redacción, y presentado a la corte en manuscrito en 1680, el sucinto *Marchia Illustrata* de Loccelius constituyó una fase de transición entre las crónicas ingenuas del siglo XVI en Brandemburgo y el tratado histórico con enfoque analítico de Pufendorf. El riguroso planteamiento cronológico de Loccelius, su decisión de empezar con la creación del mundo por Dios, y el hecho de que incluya muy diversos fragmentos de información –el precio del centeno, la aparición de los cometas, de soles múltiples, o de manchas de sangre en los cuencos de guisantes– recuerdan a las ampulosas y crédulas crónicas de la Edad Media. Pero también hay pasajes de una complejidad y una profundidad impresionantes, especialmente sobre el asunto de la devastación de la guerra de los Treinta Años, de las protestas de los Estados Prusianos a principios de la década de

1660, y de la pacificación de la rebelde Magdeburgo a manos del Elector.[114] De hecho, hay pocos motivos para dudar de que lo que cuenta Pufendorf sobre estos últimos episodios procede sustancialmente de Loccelius.

Pufendorf no llegó al extremo de formular el vínculo existente entre esas medidas de orden interior y la proyección del poder y el prestigio sobre el exterior, pero su traductor, Erdmann Uhse, sí explicitaba esa conexión en su preámbulo a la edición de 1710, cuando observaba que la adquisición de una soberanía territorial no diluida «allanó el camino a [la posterior adquisición por Prusia de] la corona real en 1701».[115] Y, por supuesto, el propio Pufendorf había utilizado a menudo el argumento de que la capacidad del soberano de brindar protección contra las amenazas externas y contra el caos interior justificaba su derecho a una parte de los recursos de sus súbditos.

El otro momento de dinamismo en la narración de Pufendorf tiene que ver con su descripción de la toma de decisiones por el soberano. Lo que nosotros denominaríamos los «acontecimientos históricos» de aquella época desempeñan un papel subordinado en el relato que hace Pufendorf del reinado del Elector; se contemplan principalmente a través del prisma de las decisiones a las que tuvieron que enfrentarse el Elector y sus consejeros. Y ahí es justamente donde el relato de Pufendorf, por lo demás bastante plano, adquiere una textura analítica. Por ejemplo, en 1645, el rey Ladislao IV de Polonia (1632-1648) invitó al Elector a enviar una delegación del clero reformado a un evento que posteriormente vino en llamarse el Coloquio de Thorn (Toruń), un congreso del clero reformado, luterano y católico cuyo propósito supuestamente era posibilitar un debate pacífico e informado de las cuestiones que dividían a las confesiones. Al reconstruir la respuesta del Elector y de sus ayudantes, Pufendorf dejaba entrever una lógica de tres opciones, donde se sopesaban las consecuencias de cada una de las direcciones posibles.

«Cuando se debatió [entre los consejeros del Elector] si el Elector debía acceder a aquella petición», escribía Pufendorf, «las votaciones fueron divergentes». A los consejeros les gustaba la idea de una cumbre de reconciliación de ese tipo, y la ciudad polaca de Thorn se consideraba una

ubicación segura. Sin embargo, también había motivos por los que se podía no aceptar la invitación. El hecho de que aparentemente los obispos polacos estaban controlando el evento, arrogándose el derecho a establecer el formato del debate, e incluso el tamaño de las delegaciones, era motivo de preocupación. Y además existía el riesgo de que un congreso de esas características pudiera intensificar las tensiones entre los reformados y los luteranos en Prusia. Para colmo, el Coloquio también podía tener efectos deletéreos en el estatus de los protestantes polacos. ¿Y si los católicos afirmaban que habían ganado el debate y lo utilizaban como propaganda misionera? Pero, por otro lado, si los calvinistas de Brandemburgo decidían mantenerse al margen del evento, los católicos podrían aprovechar su ausencia como prueba de que los reformados no tenían plena confianza en su causa. E indudablemente, había que dejar constancia de la verdad en cualquier oportunidad. Era una ocasión para presentar la doctrina reformada bajo una luz más clara, y así defenderla de las tergiversaciones de los enemigos.[116] Aquellos puntos de vista enfrentados no se atribuían a determinadas personas con nombre y apellido del séquito del Elector; más bien se tejían mediante una especie de discurso indirecto libre. Su propósito no era conmemorar el papel que desempeñaron determinados consejeros, sino dejar constancia de la naturaleza del proceso de toma de decisiones en sí.

Una y otra vez, Pufendorf desplegaba las posturas sobre las decisiones de aquella forma, brindando al lector una visión de cada situación antes de que se encontrara su resolución, y sacando a la luz los razonamientos del responsable de tomar la decisión y sus consejeros. Por ejemplo, en 1678, el Elector tuvo que hacer frente a una pluralidad de potenciales amenazas. A lo largo de una extenuante campaña de cuatro años, Federico Guillermo había logrado expulsar de Pomerania hasta el último sueco. Pero aquello no bastaba para concederle la posesión de lo que reivindicaba, porque Luis XIV no tenía la mínima intención de dejar a su aliado sueco a merced de Brandemburgo. Francia, cuyos poderes estaban menguando cuando finalizaron las guerras de Holanda, insistía en que los territorios pomeranios conquistados debían ser restituidos a Suecia en su integridad.

Pufendorf ofrecía un relato detallado de los asuntos implicados, junto con las potenciales consecuencias de elegir cada una de las opciones disponibles. «Respecto a la cuestión de qué medidas debería emprender el Elector este año en el frente militar», decía, «al principio estaban [el Elector y sus consejeros] indecisos». Los holandeses habían instado al Elector a que concentrara sus fuerzas contra Francia al oeste y que se limitara a contener a los suecos en Pomerania. Había argumentos a favor de ese camino, porque concentrar sus fuerzas allí motivaría a los holandeses para seguir en la lucha y disuadiría a los franceses de invadir Cléveris y utilizarla como ficha de intercambio en las posteriores negociaciones de paz. Por otro lado, si el Elector acudía al Rin, dejaría indefensas a Prusia, Pomerania y el Margraviato frente al peligro, y provocaría el enfado de su aliado, el rey de Dinamarca, que también estaba en guerra con Suecia, y le instaba a desplegar sus fuerzas en Pomerania. No obstante, si se concentraba en asegurar Pomerania y expulsar a los suecos, era muy probable que Francia quedara en una posición lo bastante fuerte tras el cese de hostilidades como para exigir a su aliado sueco la restitución de los territorios pomeranios conquistados.[117] Lo interesante de estos momentos de toma de decisiones en la narración de Pufendorf (y son muy frecuentes) es que ubican al responsable de las decisiones dentro de un mapa de amenazas donde su misión es sopesar las opciones, cada una de las cuales implica un futuro posible. El «peligro inminente» [*bevorstehende Gefahr*] es un factor tan crucial en la narración de Pufendorf como lo eran los argumentos que esgrimía el Gran Elector contra los Estados.

Resultaba difícil tomar decisiones, en parte porque el proceso debía tener en cuenta la existencia de otros centros de decisión. En un examen de la política exterior del Elector al principio de las guerras del Norte, por ejemplo, Pufendorf reconstruía los esfuerzos de los consejeros para anticiparse a lo que haría el rey de Suecia. ¿Los suecos atacarían la Mancomunidad de Polonia? «Era difícil creer que los suecos rompieran un tratado de paz al que todavía le quedaban sesenta años de vigencia. [...] Por otra parte, Suecia había estado muy pocas veces libre de agitaciones internas durante largos periodos de paz; así pues, la guerra podría parecer

un buen medio de contrarrestarlas. El rey todavía era joven, no se dejaba intimidar, era audaz y estaba deseoso de adquirir renombre por sus gestas de armas». Sin embargo, seguía sin heredero, tenía que hacer frente a sus enemigos internos, y corría el riesgo de una insurrección interna si cobraba impuestos para financiar una campaña.[118] En este pasaje, el retrato del Elector era el de alguien que intentaba anticipar la conducta de otro tomador de decisiones cuyas circunstancias y cuyos cálculos no eran menos complejos que los del propio Elector. El interés por las situaciones de toma de decisiones, que no era meramente histórico, sino también filosófico, recorre todos estos episodios.[119]

Así pues, Pufendorf elaboró una explicación, de una sofisticación sin precedentes, del lugar de un tomador de decisiones soberano en el seno del sistema de Estados europeos. Lo que llama la atención del lector en la forma en que Pufendorf maneja las relaciones internacionales es que la situación de dificultad en la que se encuentra el Estado tiene abiertas distintas opciones. Las situaciones son abiertas porque el comportamiento futuro de los demás Estados del sistema nunca se puede predecir con certeza. Una de las intervenciones más influyentes de Pufendorf en el ensayo anterior, conocido como *Monzambano* era que echaba por tierra la *translatio imperii* –una influyente tesis conforme a la que el Sacro Imperio Romano de la nación alemana, como heredero y continuador de la antigua Roma, era la «cuarta monarquía» profetizada en el Libro de Daniel–. Al rechazar aquella aspiración a la continuidad con la antigüedad, Pufendorf privaba al Imperio de una autojustificación histórica, genética».[120] Al mismo tiempo, liberaba a la historia contemporánea del Imperio y, por extensión, de Europa, de la presa diacrónica de la profecía, permitiéndole desplegarse bajo unos auspicios seculares como el resultado no predestinado de las interacciones de unos Estados que forcejean entre ellos para conseguir más poder e influencia.

La interacción entre las potencias en el mismo marco de tiempo sincrónico era justo la antítesis de la tradición y la continuidad, porque los intereses de los Estados y las posibles acciones que conllevan variaban constantemente. Si bien era cierto, concedía Pufendorf, que los intereses de

un Estado estaban determinados en parte por factores inmutables, como «la situación y el carácter del país», también estaban en función de «la condición, la fuerza y la debilidad de los vecinos, con cuyas alteraciones también varía el interés».[121] Ese era el estado de cambio permanente del que estaba hecha la historia de Pufendorf. No era un mundo de pura contingencia, porque la interacción entre las potencias seguía estando gobernada por la relación de fuerza y por el imperativo de la autoconservación. Pero las leyes que regían ese «sistema» se limitaban a describir procesos; no predecían los resultados. Con semejante premisa, actuar históricamente en el presente conllevaba dejar a un lado la tradición, tomar conciencia de la multiplicidad de futuros posibles, identificar las distintas amenazas que planteaban, y elegir uno de ellos. Y ahí radicaba el principal punto fuerte del Gran Elector de Pufendorf como tomador de decisiones soberano. «Cuando las opiniones diferían enormemente en un asunto complicado», escribía Pufendorf en una valoración final de su protagonista, «él elegía una de ellas conforme a sus pensamientos, y posteriormente el resultado demostraba que [había elegido] la mejor».[122]

CONCLUSIÓN

Vale la pena reflexionar sobre el dinamismo de la idea de una autoridad soberana proyectada a través de las declaraciones públicas, las acciones y las formulaciones historiográficas del régimen del Elector. El Estado, acumulando autoridad y recursos para sí mismo, rompe las ataduras de la tradición, emancipándose del legado de un pasado provincial, anticipando posibles futuros, e inventando nuevos instrumentos para afrontarlos. Se trata de una máquina del tiempo, de un motor que hace que la historia ocurra. Dos siglos después, Max Weber captaba esa confrontación en la tensión entre formas de gobierno «tradicionales» y «racionales»: mientras que los Estados basaban sus derechos en «la inviolabilidad de las tradiciones inmemoriales», Federico Guillermo prescindió de la necesidad, todavía presente en las estructuras tradicionales, de legitimar «unas reglas

que de hecho son innovaciones [...] con la afirmación de que fueron "válidas en tiempos pasados", pero que ahora se han visto reconocidas por medio de la "Sabiduría"».[123] Por supuesto aquí debemos ser cuidadosos y no imputarle al Elector unos pensamientos que son nuestros, no suyos. El peligro de interpretar en sus declaraciones «las hipótesis y pautas de interpretación» de una época posterior es especialmente grande en su caso, porque más adelante fue elevado por los historiadores al trascendental estatus de fundador y precursor del Estado prusiano moderno.[124] Al Gran Elector no le movía una visión de «modernización», ni tampoco aspiró constantemente a unificar ni a centralizar su Estado; al contrario, en su testamento disponía que, a su muerte, su patrimonio se repartiera entre varios de sus descendientes varones, una decisión que, de haber sido cumplida por su sucesor, habría sido un final prematuro para el largo viaje de Brandemburgo-Prusia hacia el estatus de gran potencia. Federico Guillermo no poseía ni una visión elaborada ni un conocimiento privilegiado de futuro.

Por otra parte, como hemos visto, sus palabras y sus actos sí dejaban adivinar una forma de entender su lugar en el tiempo histórico marcadamente preventiva y dinámica. El pasado se presentaba bajo una pátina de destrucción, separado del presente por el muro de la gran paz de 1648. La lección de ese pasado era que quedarse inmóvil significaba deslizarse hacia atrás de vuelta al caos. El futuro aparecía bajo el signo de la amenaza, en parte debido a que, como observó Jeremy Bentham, «del invisible futuro, el miedo es más poderoso que la esperanza».[125] La anticipación del peligro inminente era el meollo de la explicación de Pufendorf en relación con la soberanía y sus derechos sobre el ciudadano. Y ese mismo estereotipo recorre como un hilo rojo todos los argumentos del Elector contra las defensas de la tradición que le planteaban sus Estados. Por debajo de esa condición existencial estaban los recuerdos de la guerra de los Treinta Años que el Elector conservaba desde su juventud, y cuyo trauma resuena en las lastimeras frases del Testamento Político a su heredero: «Pues una cosa es bien segura, si te limitas a quedarte sentado, en la convicción de que el incendio todavía está lejos de Tus fronteras:

entonces tus tierras se convertirán en el teatro sobre el que discurre la tragedia».[126] Únicamente siguiendo adelante, desarmando las amenazas por anticipado, y eligiendo entre distintos futuros, puede uno asegurarse contra los «problemas» y «dificultades» que eran el rasgo distintivo del sistema internacional. Y a su vez eso exigía restringir drásticamente las exigencias de la «tradición» –ya sea como forma de justificar las estructuras de poder dentro del país o como marco para conceptualizar las relaciones entre los Estados–.

El Elector y su historiógrafo no se abrieron paso por aquella senda en solitario. El llamamiento de Federico Guillermo al tiempo futuro del Estado debería encuadrarse en el contexto de un cambio más amplio en Europa en lo relativo a la conciencia política e histórica que no se circunscribía a los territorios protestantes. A finales del siglo XV y principios del XVI, las formas de racionalización política basadas en la aplicación de principios universales dieron paso a un nuevo marco donde el futuro se antojaba como algo «disponible a ser manipulado» (*verfügbar*). Las «listas de deseos» de eruditos de principios del siglo XVII como Francis Bacon y Jakob Bornitz ejemplificaban, como ha señalado Vera Keller, una reorientación del conocimiento, que se alejaba del pasado y se inclinaba hacia un futuro abierto, ahora imaginado como una «frontera en constante avance» del intelecto. La «revolución científica» del siglo XVII trajo consigo no ya el triunfo de la certidumbre, como se ha afirmado en algunas ocasiones, sino más bien «una disposición a enfrentarse a la duda, a la probabilidad, y a la turbiedad del conocimiento en movimiento».[127] Es posible que todavía se invocaran los esquemas providenciales y proféticos como garantías para el futuro lejano relacionado con el fin de los días, como ha sugerido Peter Burke, pero durante el siglo XVII el futuro inmediato y a medio plazo se abrió como un espacio para la acción humana discrecional.[128] Y de paso, como ha argumentado J.G.A. Pocock, Europa abandonó definitivamente la idea de la historia como algo ordenado por la providencia.[129] El Estado, precariamente apoyado en la frontera de los acontecimientos, en constante avance, se veía obligado, en palabras de Andrea Brady y Emily

Butterworth, a ser «consciente de múltiples futuros a fin de asegurarse el futuro deseado».[130]

Así pues, que el Elector movilizara el futuro contra las estructuras de privilegio heredadas era sintomático de un cambio cultural más general, como lo era que Pufendorf centrara su historia del reinado de Federico Guillermo en torno a los momentos de decisión. Y sin embargo, la «cultura histórica» del Brandemburgo de finales del siglo XVII también era peculiar en un aspecto importante, en que alineaba a quien ostentaba la autoridad soberana y la mejora de las suertes del Estado con la desautorización de la tradición y con la quiebra de la continuidad.[131] En el contexto de las historias regias de la modernidad temprana en Europa, era algo insólito. El mayor historiador de la España de principios de la modernidad, Juan de Mariana, cuya *Historia general de España* siguió siendo el modelo para los historiadores españoles del siglo XVII, ofrece una narración de una sutileza y una profundidad impresionantes, donde la interacción de diversas cadenas de acontecimientos se describe de una forma dinámica y fascinante. Pero en el relato de Mariana, las pretensiones de los reyes son los desastres de sus Estados; traen consigo guerras, enfermedades y ruina económica. Las incautaciones de la riqueza de sus súbditos no son gravámenes que obedecen a la necesidad, sino actos de latrocinio gratuito.[132] Aquí no cabe plantear el argumento de la necesidad porque Mariana veía las amenazas externas a la seguridad de España como una consecuencia de las provocaciones planteadas por el mismísimo monarca español.[133] Y eso estaba en consonancia con la forma que tenía Mariana de entender la monarquía: un rey únicamente podía gobernar bien si cedía el control de su gobierno al alto clero y se abstenía de alterar de cualquier forma las leyes y tradiciones fundamentales de sus territorios, sobre todo las que regían la fiscalidad y la religión.[134] Aquello distaba enormemente del relato solidario de Pufendorf, que tendía a bautizar las operaciones del poder monárquico con su retórica aprobatoria, y veía al monarca como un hombre asediado por unas amenazas externas que justificaban las intervenciones del Elector en las estructuras internas de poder.

En Francia, los historiadores de la Casa Real construyeron un mito de una continuidad serena que borraba los cambios de dinastía e inscribía la historia de los reyes en «un tiempo dinástico inmóvil, salpicado por el acceso y la desaparición de unos príncipes que, con sus cualidades y sus defectos, participaron en la dimensión sagrada del poder y en la permanencia de un ideal ético y político». El resultado fue una tradición narrativa sumamente convencional, donde los nuevos autores preferían ofrecerse como los «continuadores» de las crónicas consolidadas.[135] Por supuesto, el culto en torno a Luis XIV alteraba en cierta medida la pauta. Generó una avalancha de panegíricos por parte de los historiadores, algunos de los cuales mostraban tanto entusiasmo en sus elogios que llegaban a dudar de si la historia en su conjunto podía contener alguna cosa de interés que pudiera compararse con un monarca que había desbancado todas las épocas. Pero la apoteosis del Rey Sol también implicaba, como ha señalado Chantal Grell, una devaluación del futuro, del que ya no cabía esperar que estuviera a la altura del presente, y por consiguiente descalificaba el «progreso» como marco para pensar en el futuro.[136]

En Gran Bretaña, la historiografía *whig* que surgió en apoyo del «usurpador» holandés Guillermo III a partir de 1688 insistía en que el nuevo régimen no era una innovación, sino una «restauración» y una vindicación de los «antiguos derechos». Los historiadores *whigs* invocaban un continuo temporal recurrente, donde los acontecimientos más recientes se cargaban de significado por los precedentes de otros tiempos: Guillermo III era el nuevo rey David; la «Revolución» de 1688 fue el regreso del exilio en Babilonia. El presente y el futuro inmediato se imaginaban como fruto de la predestinación, como un realineamiento con los derechos inveterados y las verdades eternas, que desmentían la realidad de que se había derrocado un ordenamiento jurídico y se había instaurado otro.[137]

Ese es el tipo de historia que podrían haber escrito los Estados de Krefeld, si se hubieran impuesto al Elector y a sus consejeros, si hubieran instaurado un monarca de su propia elección, y si hubieran contratado a su propio historiador. Vista ante ese telón de fondo, la cultura histórica que empezó a aflorar en torno a la autoridad del Elector destaca por su visión de

la autoridad del príncipe como una institución que rompe –que debe romper– los hilos de la continuidad a fin de cumplir las nuevas exigencias y hacer que la historia ocurra. Y a su vez, eso es un recordatorio de que tenemos que rescatar esta época de la enorme condescendencia de la teoría de la modernización. Diluir al Gran Elector y a su historiador de corte en un océano de tiempo que abarca desde Homero hasta Chateaubriand, cuando la historia era un almacén de ejemplos y el presente vivía bajo la autoridad del pasado hace escasa justicia a lo abierto y lo dinámico de su historicidad, a su voluntad de desafiar a las tradiciones y de privilegiar el futuro respecto al pasado.[138]

En 1701, trece años después de la muerte del Gran Elector, su hijo fue elevado al rango de rey de Alemania. En una coronación escenificada en Königsberg el 18 de enero de 1701, Federico III de Brandemburgo se convertía en Federico I, «rey en Prusia». La ceremonia pone de manifiesto lo profundamente que había quedado grabada la historicidad de la época del Gran Elector en la vida pública del Estado. Aunque muchos detalles del ritual y de las celebraciones relacionadas con él se derivaban de la cultura de la representación tradicional de la realeza europea, el diseño del ritual de coronación y sus accesorios fue a todos los efectos un extravagante ejercicio de bricolaje. Los conocimientos que condicionaron la ceremonia derivaban del canon impreso de «*Ceremonialwissenschaft*», el corpus de saber, sumamente consensuado y racionalizado, que experimentó un *boom* en las últimas décadas del siglo XVII.[139] A partir de ese recurso, se reunieron, modificaron y recombinaron fragmentos de diversas «tradiciones» de tal modo que se lograra un despliegue muy intencionado de efectos.

En sí, esa artificialidad no es de extrañar –todas las coronaciones incorporan un elemento de invención, y no existía ningún precedente directo de un ritual real en Brandemburgo-Prusia–. Lo que resulta interesante e inconfundible del caso de Prusia es que los artífices de la coronación tenían a gala reconocer la artificialidad del espectáculo. A menudo se ha señalado que los rituales de coronación reafirman falsamente su continuidad con una antigua tradición a fin de adornarse con una

autoridad que trasciende el tiempo. Pero los diseñadores de la coronación prusiana adoptaron un planteamiento descaradamente instrumental para su tarea. Era esencial, escribía el enviado de Prusia en Varsovia en junio de 1700, que se encomendara a un obispo la supervisión de la parte eclesiástica del acto, y que este incluyera algún tipo de unción ritual, dado que omitir esos detalles podía poner en peligro las futuras aspiraciones del Elector al útil título de *Sacra Regia Majestas*.[140] La participación de un obispo conforme a las líneas vistas en la reciente coronación en Suecia, sugería otro consejero, «causará un gran efecto» (*donnera un grand lustre*).[141] Los publicistas y los consejeros por igual se apresuraron a señalar que el significado de la unción (*Salbung*) era puramente simbólico. No era un sacramento tradicional, sino simplemente un espectáculo edificante concebido para elevar el ánimo de los presentes.[142]

La publicidad que rodeó la coronación prusiana de 1701 hacía hincapié justamente en lo novedoso de la fundación real. Por supuesto, durante el verano de 1700 se habló mucho del «descubrimiento» en las obras de Abraham Ortelius, el geógrafo del siglo XVI, de que Prusia (es decir, el principado de Prusia a orillas del Báltico) antiguamente había sido un «reino», pero parece que nadie se lo tomó en serio.[143] Incluso la efusiva crónica de la coronación que escribió Johann von Besser afirmaba únicamente que se trataba de «una convicción que mantienen algunos». En vez de sumir al nuevo rey en una continuidad imaginaria, los publicistas le ensalzaban como un monarca hecho a sí mismo. No se hablaba de la sangre ni de los antiguos títulos. Lo extraordinario del nuevo rey, observaba Besser en un prefacio dedicado a Federico I, era que «Vuestra majestad llegó a Su trono enteramente por Su propia mano y en Su propia Tierra». Era motivo de orgullo que el monarca de Prusia no hubiera conseguido su trono «ni por herencia, ni por sucesión, ni por elevación, sino más bien de una forma totalmente nueva, a través de su propia virtud y consolidación».[144]

En esas disposiciones adivinamos un ulterior refinamiento de ese rechazo a las tradiciones que había condicionado los argumentos de la administración electoral en sus disputas con los Estados provinciales durante el reinado del Gran Elector. En el fondo, el ritual de la coronación

era portador de un mensaje enérgicamente contrario a los Estados. Los Estados del Ducado de Prusia nunca fueron consultados acerca de la coronación, y tan solo se les puso al corriente del evento pocas semanas antes de la fecha prevista para su celebración. Para colmo, el rey, a diferencia de la práctica predominante en Europa, se coronó a sí mismo y a su esposa en una ceremonia aparte antes de ser aclamado por sus Estados. La descripción que hace Johann Christian Lünig, un renombrado experto de la época en la ciencia cortesana del ceremonial, explicaba la relevancia de este paso. «Los reyes que aceptan su reino y su soberanía de manos de los Estados habitualmente no [...] ascienden al trono hasta *después* de ser ungidos: [...] pero Su Majestad [Federico I], que no ha recibido su reino con ayuda de los Estados, ni de ninguna [parte] más, no tenía la mínima necesidad de ese acto de otorgamiento».[145] El mensaje estaba claro: lo que definía la legitimidad del Estado de Brandemburgo-Prusia era la fuerza, no la tradición, ni la herencia, ni la continuidad con el pasado. Ese era el meollo del ritual de la coronación, y había sido el pensamiento animador que estaba detrás del *De rebus gestis* de Pufendorf. La coronación tuvo lugar siete años después de la muerte de Pufendorf, pero al historiador le habría alegrado su desnuda artificialidad.

2

El rey historiador

Cuando el historiador de la música y compositor inglés Charles Burney visitó Prusia en 1771, consiguió una audiencia con Johann Joachim Quantz, el profesor de flauta y composición de Federico II, que llevaba en la corte desde diciembre de 1741. La posición de Quantz en la corte era singular. Federico le pagaba a su profesor la bonita suma de dos mil táleros al año; por el contrario, Carl Philipp Emanuel Bach, el clavicembalista del rey (posteriormente clavicordista y fortepianista), tan solo cobraba trescientos. En retrospectiva, resulta curioso: Bach era el compositor y músico más innovador y exploratorio de los dos. Era menos florido que Quantz: utilizaba un material temático más marcado y menos recargado, y expandía el mundo sonoro del Barroco. Su influencia en los posteriores desarrollos de la música europea es incomparablemente mayor que la de Quantz. Sin embargo, Federico se mantuvo fiel a su profesor durante cuarenta años, y le concedió una autoridad extraordinaria sobre la vida musical de su corte.[1] Burney se quedó asombrado por la rotundidad de los gustos musicales del rey:

> [El Sr. Quantz] me dijo que Su Majestad [...] no tocaba más conciertos que los que él [Quantz] había compuesto expresamente para uso del rey, y que ascendían a trescientos, y él los iba interpretando en rotación. Puede que ese apego exclusivo a las producciones de su antiguo maestro parezca más bien una limitación, pero implica una constancia de actitud que no se da más que raramente entre los príncipes. [...] Es un indicio de un juicio cabal y de gran discernimiento, en Su Majestad, que se aferre con tanta firmeza a las producciones de un periodo que podría denominarse la Era de Augusto de la música; poner freno al torrente de los caprichos y las modas con una constancia tan inquebrantable equivale a poseer una especie de *stet sol* con

el que se impide que Apolo y sus hijos se desmanden o que cambien de bien a mal y de mal a peor.[2]

Resulta difícil encontrar un documento que transmita mejor la cualidad de «estado invariable» de la cultura en la corte de Federico II. El rey habría podido dedicarse, al igual que muchos de sus contemporáneos, a seguir las nuevas modas; por el contrario, él optó por tocar una y otra vez el mismo corpus de obras, compuestas por el mismo maestro, y manteniendo un sistema de rotación a lo largo de cuarenta años. Le gustaba más el convencionalismo de Quantz que el camino gradual y exploratorio de C. P. E. Bach.[3] La metáfora del *stet sol*, un instrumento con el que se podían fijar y proyectar los rayos del sol sobre una pared a través de una apertura o un prisma, plasma exactamente la inmovilidad del microcosmos de la era de Federico, un mundo en el que el tiempo parecía haberse detenido y donde las operaciones del gusto y la moda –de la historia– quedaban suspendidas. Y eso era una expresión y una formulación directa del poder del rey: aunque, como reconocía Burney, había pequeños «cismas» vanguardistas en la vida musical de Berlín, cualquier cosa que no se ciñera al gusto dominante (Quantz en música instrumental, los hermanos Graun y Hasse en la ópera) tenía pocas probabilidades de prosperar.[4]

El estancamiento resultante no debería descartarse únicamente como prueba del conservadurismo cultural del rey. Había más que eso. Reflejaba una preferencia por los paradigmas recurrentes, no evolutivos, que pueden discernirse en una amplia gama de sus actividades. Este capítulo analiza la relación entre la historicidad del rey y su peculiar conciencia temporal. La forma que tenía Federico II de entender filosóficamente la historia estaba en deuda con el enfoque lineal por estadios de finales de la Ilustración. Pero la temporalidad del rey –su comprensión intuitiva de la textura percibida del tiempo– era sorprendentemente recurrente y no lineal. Experimentó –y contribuyó a generar– un cambio geopolítico trascendental durante su reinado, pero su sentido del tiempo gravitaba hacia una inmovilidad estetizada. Este capítulo explora esa tensión y se pregunta por sus posibles motivos, centrándose primero en los escritos históricos de Federico II y

después en un amplio abanico de otras prácticas políticas y culturales –su reacción ante los procesos de cambio socioeconómico, sus preferencias como coleccionista de pintura, y lo que dispuso para su propio entierro y su mausoleo–.

Pero antes de centrarme en los escritos del rey, vale la pena recordar cuatro importantes diferencias entre su reinado y el de su bisabuelo, el Gran Elector. En primer lugar, mientras que el Gran Elector fue un constructor de instituciones que gobernaba rodeado por sus consejeros, habitando un lugar en el centro de una estructura ejecutiva que él mismo fue armando poco a poco, Federico asumió un cargo que ya estaba un tanto distanciado de las estructuras formales del Estado. Había una corte real en Berlín, pero durante casi toda la última parte de su reinado, Federico nunca asistió a ella.[5] A diferencia de su antepasado, él tenía escaso contacto con el trabajo cotidiano de los ministerios, y poco contacto con sus ministros, cuyo papel era usurpado por los propios secretarios del rey. Federico escuchaba a los altos funcionarios y a los amigos en los que confiaba, y les pedía consejo sobre muchas cuestiones, pero el tipo de *brainstorming* (puesta en común) colectivo sobre las opciones políticas que tenía lugar alrededor del Gran Elector en su Consejo Privado era desconocido en tiempos de Federico. El edificio con el que quedó asociado de forma más duradera no era el palacio urbano de Berlín, ni el inmenso Neues Palais, a las afueras de Potsdam tras su regreso de la guerra de los Siete Años, sino el pequeño palacio de verano de Sanssouci, que a duras penas podía alojar invitados, y mucho menos sustentar el quehacer cotidiano de un rey gobernando desde el corazón de su administración. A diferencia del Gran Elector, que había hablado por encima de todo de su «soberanía», Federico a menudo aludía al «Estado», invocándolo como una abstracción trascendente, pero en realidad durante su reinado se asistió a una marcada personalización del poder. Y ese autodistanciamento retórico de las estructuras del Estado dejó su huella, como veremos, en la textura temporal de su reinado.

En segundo lugar, mientras que el Elector era un apasionado adepto de la fe reformada, Federico, que probablemente era un deísta volteriano, asumía un punto de vista escéptico y aconfesional. Aunque para él su

escepticismo representaba un avance cultural respecto a la fe ciega y la superstición de muchos de sus contemporáneos más devotos, Federico carecía de esa sensación de pertenencia a una religión de vanguardia en peligro que había sido tan importante para su bisabuelo. En tercer lugar, la lucha con los Estados que tanto había obsesionado al Gran Elector ya estaba obsoleta en tiempos de Federico. A este rey, cuyos hábitos privados eran sorprendentemente aristocráticos, lo que le preocupaba no era el poder y la independencia de las noblezas provinciales, sino su vulnerabilidad a los cambios socioeconómicos. Así pues, el vínculo entre la consolidación de la autoridad estatal y la neutralización política de las élites regionales perdía su utilidad y su poder legitimador.

Por último, los escenarios geopolíticos eran radicalmente distintos. En 1640, cuando el Gran Elector llegó al trono, heredó una monarquía rota y paralizada por la guerra de los Treinta Años. Berlín estaba en ruinas y tan expuesta a la depredación de las tropas extranjeras que al principio al Elector le fue imposible establecer su residencia allí. El ejército era inexistente. El reino de Brandemburgo-Prusia que heredó Federico II cien años después era muy diferente. No tenía que hacer frente a ninguna amenaza geopolítica inminente y poseía un gran ejército que, aunque tan solo se había utilizado esporádicamente, era reconocido como uno de los mejores de Europa. Así pues, los dos reinados estaban animados por unas lógicas bastante distintas. El Brandemburgo del Elector era todavía, a pesar de todos los esfuerzos y logros de su soberano, un actor secundario en un mundo donde los grandes actores decidían los desenlaces importantes. Por el contrario, el reinado de Federico II comenzó con una de las iniciativas más inesperadas y sorprendentes de la historia de la diplomacia europea moderna –la invasión por Prusia, sin provocación previa, de la provincia de Silesia, perteneciente al Imperio Austrohúngaro, en diciembre de 1740–. El rey libró tres «guerras de Silesia», en 1740-1742, en 1744-1745, y de nuevo en 1756-1763 para quedarse con aquella valiosa conquista. Aunque tácticamente el rey a menudo estaba a la defensiva, su reinado se inició y quedó definido por la aplicación preventiva de la fuerza abrumadora en 1740, y de nuevo en 1756, cuando lanzó una invasión preventiva contra

Sajonia a fin de impedir que sus enemigos la utilizaran como base de operaciones contra él. Prusia se había convertido en uno de los artífices del orden europeo.

¿POR QUÉ UN REY TENDRÍA QUE ESCRIBIR HISTORIA?

De joven, el futuro Federico II se hacía llamar *le roi philosophe*, y desde entonces el término se ha convertido en una especie de logotipo de su reinado, que define un momento de la historia de Prusia y de Europa en que el poder y la filosofía establecieron una asociación excepcionalmente íntima. En realidad, Federico fue mucho más influyente como historiador de lo que nunca llegó a ser como filósofo. Sus tratados teóricos, aunque elegantemente redactados, no destacan por su sustancia intelectual y carecen de originalidad. Parecen más preocupados por adoptar poses que por resolver problemas reales. Por el contrario, sus escritos sobre historia marcan un nuevo punto de partida. Las *Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg*, su texto histórico más elegante y original, fue y sigue siendo aún hoy una proeza. Esta narración, ingeniosamente construida, logró una síntesis tan atractiva y plausible que condicionó –y sigue condicionando– la memoria histórica de Brandemburgo-Prusia. La influencia que ha perdurado es la del *roi historien*, no la del *roi philosophe*.

De lo que no cabe duda es de la seriedad de la empresa historiográfica del rey. Volvió a ella periódicamente a lo largo de todo su reinado, produciendo nuevos textos pero también revisando los viejos. El primer estudio fue la «Historia de la Primera Guerra de Silesia», iniciado en 1742. Cuatro años más tarde, tras la Paz de Dresde, le siguió una «Historia de la Segunda Guerra de Silesia»; entonces Federico revisó el primer tomo y reescribió los dos ensayos como un todo. Los volvió a refundir una vez más bajo el nuevo título de *Histoire de mon temps* en 1775. Las *Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg*, que pasaba revista a la historia de los territorios y de la dinastía de los Hohenzollern antes de que él accediera al trono, fue fruto de casi dos años de redacción e investigación

intermitentes entre 1746 y 1748; algunas partes fueron presentadas como ponencias en la Akademie der Wissenschaften [Academia de Ciencias] de Berlín]. Hasta 1751 –en una versión ampliamente revisada y abreviada– no se publicó el texto con el título por el que se lo conoce hoy en día. Le siguieron nuevos textos después del final de la guerra de los Siete Años, que abarcan intervalos de tiempo que van desde el periodo entre el estallido de la guerra de los Siete Años en 1756 y las secuelas de la guerra de Sucesión bávara en 1778.[6]

La mayor parte de los escritos se basaban en una genuina investigación documental, aunque no necesariamente siempre obra del rey. En los primeros años, Federico pedía que le llevaran a Potsdam los principales documentos; posteriormente utilizó a sus ministros y altos funcionarios como «ayudantes de investigación» –Maupertuis aportó los datos sobre historia cultural, Podewils, Finckenstein, Hertzberg y otros escribieron concisos ensayos sobre acontecimientos políticos, el príncipe Leopoldo de Dessau informó sobre el antiguo *establishment* militar de Brandemburgo, el Generaldirektorium sobre acuñación de moneda, y la Cámara del Kurmark, sobre demografía e historia del asentamiento humano–. En Berlín, el rector del Friedrich Wilhelm Gymnasium [instituto de bachillerato], Georg Friedrich Küster, aportó una larga cronología, compilada a partir de las crónicas más importantes. En resumen, se trataba de un proyecto de una importancia perdurable que acompañó al rey durante toda su larga vida en el trono.[7] Las frecuentes revisiones y reelaboraciones demuestran que esos textos se concibieron no como instantáneas únicas de momentos específicos, ni simplemente como obras concebidas para manipular a sectores específicos de la población, sino como componentes de una historia ambiciosa, de conjunto, de los territorios de Brandemburgo-Prusia, cuyo valor debía perdurar.

Ese profundo compromiso con la reflexión histórica era insólito –resulta difícil pensar en otro monarca europeo, en tiempos de Federico o en cualesquiera otros, que invirtiera tanta imaginación, talento y energía al oficio de escribir historia–. ¿Por qué lo hacía? Para responder a esa pregunta, primero tenemos que distinguir entre móviles y justificaciones. El

rey lo decía bien claro en lo que respecta a estas últimas. En primer lugar, existía la necesidad de poner a su país en el mapa historiográfico, de «consolidar el lugar de Prusia en la historia».[8] Entre los Estados europeos, afirmaba Federico en el prefacio al primer borrador de las *Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg*, únicamente Prusia carecía de una historia propia. «Incluso los insectos» habían sido honrados con un estudio de varios tomos –era una alusión a las enciclopédicas *Mémoires pour servir à l'histoire des insectes*, de René-Antoine Ferchault de Réaumur–. Federico adaptó el título de Réaumur para sus propios fines, una decisión irónica y distante característica de él, pero también un recordatorio de que la relación entre las ciencias naturales y los escritos históricos en aquella época era más estrecha de lo que cabría suponer.[9] Y después estaban las diversas justificaciones convencionales de una naturaleza más genérica para el estudio de la historia. En el *Discours préliminaire* de 1751, una introducción revisada para las *Mémoires*, el tono jocoso e irónico del anterior prólogo daba paso a un llamamiento más serio a los argumentos más familiares. La historia era «considerada como la escuela de los príncipes», afirmaba el rey; al «pronunciarse sobre el prestigio de los muertos, implícitamente juzgaba a los vivos». El oprobio que la historia vertía sobre los hombres innobles de tiempos pasados era «una lección de virtud para la presente generación». Para cada individuo, la historia tenía un potencial cosmopolita de ampliar su círculo de experiencias. Conocerla significaba «haber vivido en todas las épocas, convertirse a todos los efectos en un ciudadano de todos los lugares y de todos los países».[10] Federico sugería que el conocimiento de la historia también era un elemento constitutivo de la identidad, de una participación significativa en la cultura y las instituciones del propio país. Estaríamos dispuestos a perdonar a un inglés su desconocimiento de las fechas de los reinados de los reyes de la antigua Persia, o del «infinito número de papas que han gobernado la Iglesia», pero nos indignaría descubrir que desconoce el origen de su Parlamento, las costumbres de su isla o las «distintas razas de los reyes que han reinado sobre Inglaterra».[11]

Estas observaciones son justificaciones del estudio de la historia en los términos más generales. Pueden explicar por qué es bueno que la historia se escriba y se lea, pero no explican por qué Federico se dedicaba a escribirla. Sobre esta cuestión, el testimonio del rey es más indirecto, como cabría esperar de un individuo cuyos textos y afirmaciones eran generalmente retóricas y performativas, más que expresivas.[12] Aparentemente, el móvil central y permanente era su deseo de consolidar y controlar la narración de sus propios tiempos, no solo para el presente (las *Mémoires* fueron el único texto que se publicó en vida del rey), sino para la posteridad: *C'est à vous, race future, que je dédie cet ouvrage*, escribía en 1746 en el preámbulo de la *Histoire de mon temps*.[13] «Corresponde a la posteridad juzgarnos», escribía en el preámbulo revisado de 1775, «pero si somos sensatos podemos prevenirlo por el procedimiento de juzgarnos a nosotros mismos».[14] Ahí se entrelazaban varias obsesiones: primero estaba la necesidad de asegurarse de que la autoridad narrativa no cayera en manos extrañas, como las de algún «futuro monje benedictino del siglo XIX», que de lo contrario sentiría que tiene sobrados motivos para escribir la historia del rey.[15] Asociada a esa preocupación estaba la necesidad de Federico de defender y legitimar los aspectos polémicos de sus propias políticas, como sus desafíos a las estructuras de autoridad tradicionales del Sacro Imperio Romano, o sus frecuentes incumplimientos de las obligaciones contraídas a raíz de algún tratado.[16] En general, como ha señalado Jürgen Luh, Federico mostró una preocupación por la fama y el prestigio póstumo que era de una intensidad insólita, incluso entre los miembros de las casas reales de su época, aunque por su determinación de configurar y controlar su propio lugar en la historia se parece al estadista británico del siglo XX sir Winston Churchill.[17] Y además está su deseo (posiblemente por motivaciones tácticas) de inmortalizar las gestas de sus oficiales más audaces y competentes: «No olvidaré hablar de la gloria inmortal que se ganaron tantos oficiales [en combate]», escribía en el preámbulo de 1746 a la *Histoire de mon temps*. «Les dedico este modesto ensayo como testimonio de mi gratitud».[18]

La orientación hacia una posteridad remota también hacía hincapié en la afirmación del rey en el sentido de que los relatos históricos de sus propios tiempos constituían una representación desinteresada y veraz de los acontecimientos. Al fin y al cabo, era imposible acusar a una narración dirigida a las generaciones futuras de perseguir móviles propagandistas o interesados, o de hacer concesiones a las sensibilidades contemporáneas; el escritor quedaba liberado de la necesidad de tener en cuenta ni al público lector ni a sus principescos colegas; podía «decir en voz alta lo que muchas personas piensan en silencio, pintando a los príncipes tal y como son».[19] El estatus de soberano del autor era una garantía adicional de su autenticidad. El rey tenía acceso privilegiado, para empezar, a los archivos secretos del Estado –Federico había solicitado y obtenido permiso para consultar sus propios archivos reales, bromeaba en el preámbulo de 1748 a las *Mémoires*–.[20] Y estaba la cuestión de la experiencia personal del autor. La mayoría de las historias –ese era un punto en el que Federico insistía una y otra vez– estaban hechas principalmente de «mentiras y absurdos», cocinados a partir de los rumores y de dudosos testimonios de segunda mano.[21] Por el contrario, la historia de Federico iba a hablar de los altos asuntos de Estado con la autoridad de alguien que había ejercido un poder real. La intención era conseguir por su propia mano la inmediatez de esos pasajes de la *Anábasis*, donde Jenofonte describe la retirada de los diez mil soldados que él mismo tenía a sus órdenes, o de las cartas donde Cicerón le habla a su amigo Ático de los acontecimientos políticos del momento; esos textos siguen siendo frescos porque «el que habla es uno de los actores de las grandes escenas».[22] Y eso a su vez aseguraba que obras como la *Histoire de la guerre de Sept Ans* fueran instructivas para los gobernantes y comandantes militares del futuro que pudieran verse una vez más enzarzados en un conflicto con Austria.[23] Tan crucial era la autoridad que otorgaba la experiencia del poder que Federico llegaba a poner en duda la cualificación de Voltaire para escribir historia política, a pesar de su calurosa admiración por la obra del filósofo francés a todos los respectos.[24]

¿Eran los escritos de historia de Federico actos de reflexión interior, o eran maniobras retóricas, cuyo propósito era proyectar una particular

imagen del monarca, o justificar determinadas direcciones de sus acciones? Federico se tomó muchas molestias para eliminar de aquellos escritos cualquier sensación de una subjetividad privada, y en el prefacio de 1775 a la *Histoire de mon temps* anunciaba que hablaría de sí mismo únicamente cuando lo exigiera la necesidad, y cuando eso ocurriera, él iba a hablar de sí mismo, a la manera de César, en tercera persona, «a fin de evitar el rechazo del egoísmo».[25] En el preámbulo de la *Histoire de la guerre de Sept Ans*, lo explicaba de una forma aún más elocuente: «Me habría resultado insoportable, en una obra de tamaña extensión, hablar siempre de mí mismo y en mi propio nombre».[26] Pero ese borrado de su propia persona crea una tensa relación con la afirmación del autor de que su identidad y su experiencia como soberano le otorgaban un punto de vista privilegiado. Es posible que los esfuerzos invertidos en aquellas obras, como ha sugerido Johannes Kunisch, desempeñaran una función psicológica. A Federico le aquejaban intermitentemente accesos de inseguridad, sobre todo relacionados con alguna batalla donde tenía la sensación de que su criterio fue imperfecto, y los vívidos sueños que Federico le describía a su confidente Catt apuntan a que seguía ansiando la aprobación de su desaparecido padre.[27] Cabe la posibilidad de que la narración y renarración de los acontecimientos de su reinado contribuyeran a llevar a cabo un ajuste de cuentas interno; la hipótesis es plausible, aunque no verificable.

Un punto de vista alternativo sobre los escritos de historia hace hincapié en su función comunicativa y propagandística –un enfoque ejemplificado en la admonición de Andreas Pečar instándonos a una interpretación contextual y retórica de las obras literarias del rey–. Los ensayos históricos y políticos no eran, argumenta Pečar, afirmaciones de convicción personal, ni actos de clarificación psicológica, sino instrumentos políticos concebidos para lograr un fin específico. A ese respecto, vale la pena señalar que aunque las *Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg* fue el único texto que se publicó en vida del rey, se distribuyeron numerosos ensayos y fragmentos suyos entre un círculo de lectores más o menos restringido. Por ejemplo, Pečar interpreta las *Réflexions sur les talents militaires et sur le caractère de Charles XII, roi de Suède*, como una comunicación cifrada

entre el rey y sus altos funcionarios. Su cometido era hacer frente a las críticas que circulaban entre las élites políticas y militares de Brandemburgo-Prusia durante los oscuros años de la guerra de los Siete Años. Los que criticaban el ansia del rey por tomar la iniciativa militar –estratégica y tácticamente– a menudo habían establecido un vínculo entre Federico II y Carlos XII, sugiriendo que los errores del rey prusiano –su insistencia en ir en busca del combate en Kunersdorf, por ejemplo– se debían a su deseo de emular al aventurero sueco. La intención de las *Réflexions*, con su amplia crítica de Carlos XII, era desmontar esas preocupaciones sin alentar un debate más directo sobre el rey y su manejo de la guerra.[28]

Comoquiera que sopesemos la respectiva validez de esos dos enfoques –que a mí se me antojan complementarios, más que mutuamente excluyentes– subsiste la pregunta: ¿por qué Federico acabó tan volcado en escribir *historia*? Para las necesidades psicológicas y los cometidos políticos del rey también habrían servido otros formatos literarios. ¿Por qué era la historia –en el sentido de una narración impersonal y sintética del desarrollo del Estado de Brandemburgo a lo largo del tiempo– lo que absorbía una gran parte de su talento y su atención? La admiración de Federico por las obras de historia de la Ilustración francesa era claramente un factor importante. Le impresionaron profundamente las *Considerations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence* (1721) de Montesquieu. Lo que a Federico le resultó fascinante fue la calidad «filosófica» de esta obra: la fuerza y la consistencia de su idea animadora central (a saber, que la expansión de Roma tenía sus raíces en el temperamento del «espíritu nacional» romano), la búsqueda de «verdades útiles», y la ambición de elevarse por encima de la especificidad del asunto hasta llegar a la conciencia de lo que era genérico o universal.[29]

Una influencia aún más importante fue Voltaire. Ningún otro individuo ejercía una fascinación comparable para el rey prusiano, y más que cualquier otra obra, lo que admiraba Federico de Voltaire era su *Siècle de Louis XIV*, una extensísima y panorámica historia política de la Francia del siglo XVII y principios del XVIII. En aquella obra todo era excepcional, le

escribía Federico a Voltaire en 1738, después de ver partes de ella en manuscrito. Rebosaba meditaciones brillantes, era imparcial en sus juicios, y estaba libre de cualquier cosa que fuera falsa o carente de gusto; Europa nunca había visto una obra tan lograda –era superior a cualquier cosa producida en la antigüedad–. Las *Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg* fueron escritas a finales de la década de 1740, en un momento en que la correspondencia literaria entre ambos era más intensa; fueron revisadas, con ayuda del francés, durante la visita de Voltaire a Berlín en 1750-1751; nadie que lea el libro en paralelo con el *Siècle* dejaría de advertir las muchas afinidades de su estructura, su tono y su estilo.[30] De hecho, son tan evidentes que muchos contemporáneos creían que la versión publicada de las *Mémoires* había sido escrita por encargo por el filósofo francés.

LA HISTORICIDAD DE FEDERICO

Leer simultáneamente a Federico y a Voltaire equivale a ubicarle horizontalmente en el marco de la inconfundible sensibilidad historicista de la Ilustración.[31] Y las obras históricas de Federico efectivamente llevan el sello de la Ilustración. Sus reflexiones sobre su privilegiado punto de vista como escritor de historia eran características de la conciencia de sí misma en lo metodológico de la historiografía ilustrada, y recordaban al «perspectivismo» del historiador de Gotinga Johann Martin Chladenius, cuya principal obra sobre interpretación histórica se publicó en 1742.[32] También son mordazmente seculares. La historia de la religión, viene a decir el rey en un pasaje de las *Mémoires*, es una subcategoría de la historia de la cultura, pues la religión, al igual que los modales y las costumbres, ha ido cambiando a lo largo del tiempo. «Todo lo que se le añadió era obra de los hombres; al igual que ellos, estaba destinada a perecer». Federico no hacía el mínimo esfuerzo por ocultar su visión instrumental y fríamente imparcial de las confesiones cristianas: «Todas las sectas [cristianas]», observaba, «contribuyen por igual al bienestar del Estado». Todas las

confesiones cristianas eran iguales a ojos de la autoridad civil, que dejaba en manos de cada súbdito individual la elección del camino que le gustaría recorrer para llegar al cielo. El Estado no tenía por qué interesarse por las convicciones religiosas del súbdito, «siempre y cuando sea un buen ciudadano, es lo único que le exigimos».[33] En su prefacio anónimo a una versión abreviada de la *Histoire écclésiastique* (1766) de Claude Fleury, Federico daba rienda suelta a una invectiva anticlerical falsamente histórica y de una intensidad volteriana: aquí, la evolución del cristianismo se presentaba como obra de fanáticos, manipuladores y tarados crédulos. Incluso se veían destellos de esa lógica deconstructiva y contextualizadora que iba a impulsar la «crítica bíblica» de principios del siglo XIX: por ejemplo, Federico sugiere que el dogma de la divinidad de Cristo se basaba en una interpretación excesivamente literal de la expresión «hijo de Dios», utilizada por los judíos del segundo templo para designar a un hombre virtuoso.[34]

Los escritos de Federico también revelan un sentido, típico de la Ilustración (y volteriano), del carácter procesual de la historia, de su progreso a través de las etapas de maduración y refinamiento. Reflexionando sobre la destreza atlética de su antepasado el elector Alberto Aquiles (1414-1486), legendario aficionado a los torneos, Federico reflejaba cómo habían ido cambiando los valores en Brandemburgo y en Europa desde el siglo XV: «En aquellos toscos tiempos, la agilidad corporal gozaba del mismo respeto que en los tiempos de Homero. Nuestro siglo, más ilustrado, concede su estima no tanto a la virtud militar como a los talentos de la mente y a esas virtudes que, al elevar al hombre por encima de su condición, le permiten pisotear las pasiones que tiene bajo sus pies y le hacen benévolo, generoso y solícito».[35] Ese sentido de la historia como un avance inexorable podría formularse en una sensación vertiginosa de la distancia entre el pasado y el presente. «¡Qué diferencia entre los siglos!», exclama Federico en el capítulo de las *Mémoires* dedicado a la «historia de la moral, las costumbres, la industria y el progreso del espíritu humano en las artes y en las ciencias». Dos naciones separadas por inmensos océanos difícilmente podrían diferir más en sus costumbres que lo que los

brandemburgueses «difieren entre ellos, si comparamos los de la época de Tácito con los de la época de Enrique el Pajarero, y los de la época de Enrique el Pajarero con los de los tiempos de[l Elector] Juan Cicerón, o, por último, a estos con los habitantes del Electorado en tiempos de Federico I, rey de Prusia».[36]

Es perfectamente legítimo contemplar los escritos de historia de Federico –y específicamente las *Mémoires*– a un tiempo como respuesta a Voltaire y como un acto de autoalineamiento con el estilo y los valores de la Ilustración. Pero también deberían entenderse como la continuación –y modificación– de una línea de pensamiento específica de Brandemburgo-Prusia sobre el Estado y su historia, formulada no simplemente en los libros de historia como tales, sino también, como hemos visto, en las declaraciones políticas, en los testimonios y en las actuaciones públicas de los antepasados más recientes de Federico. Federico no fue la primera persona que abordó la historia de su reino, ni tampoco el primer miembro de su Casa que meditó sobre el significado de la «historia» para un Estado europeo que acababa de emerger de la impotencia y del olvido.

El capítulo anterior argumentaba que a partir de la década de 1690 la naciente historiografía del reinado del Gran Elector había empezado a incorporar el concepto de que el Estado representaba la fuerza que avanza, que innova y que rompe con las tradiciones en la historia de Brandemburgo-Prusia. Cuando Samuel Pufendorf concibió su narración del reinado del Elector, integró en ella su crónica de las relaciones exteriores de Brandemburgo con una explicación, de un dinamismo y una sutileza sin precedentes, de su lugar en el sistema de Estados europeos, identificando al Elector como el que tomaba las decisiones cuando se trataba de resolver las situaciones de crisis con resultados abiertos que generaba un sistema donde nunca se podía predecir con certeza la conducta de los demás Estados en el futuro.

Sin embargo, Federico II restaba importancia a esos antecedentes: «No cuento ni a Hartknoch ni a Pufendorf como historiadores; eran autores de gran laboriosidad, es cierto, que recopilaban datos, y cuyas obras son diccionarios históricos más que historias como tales. No cuento a Loccelius,

cuyo libro no es más que una crónica imprecisa donde a cambio de un acontecimiento interesante uno se ve obligado a pagar cien páginas de aburrimiento: ese tipo de autores son simples obreros, que acumulan, escrupulosa e indiscriminadamente, cantidades de material que resultan inútiles hasta que un arquitecto sea capaz de moldearlas y darles la forma que deberían tener».[37] El siglo XVII, observaba Federico en uno de los capítulos suplementarios de las *Mémoires*, no produjo «ni un solo buen historiador». «Pufendorf escribió una historia de Federico Guillermo donde, para asegurarse de que no omitía nada, no suprimía ni los nombres de los funcionarios de la Cancillería, ni los de ninguno de los ayudantes de cámara cuyos nombres logró averiguar». Pufendorf, afirmaba Federico, tenía el defecto general de los escritores alemanes, que escribían como pedantes en vez de como hombres de genio, con una prosa torpe y pesada, sobrecargada de inversiones y epítetos.[38] Huelga decir que se trata de una valoración grotescamente injusta del *De rebus gestis* de Pufendorf. Pero era algo típico de una época en la que Pufendorf representaba lo viejo, y los historiadores «filosóficos» a la manera de Montesquieu y Voltaire denunciaban a sus predecesores del siglo XVII por considerarlos meros anticuarios y áridos eruditos.[39]

Sea como fuere, Federico sí admitía, en una declaración donde exponía su método de investigación, que había «consultado» las crónicas de Loccelius, Pufendorf y Hartknoch cuando se disponía a escribir las *Mémoires*. Sabemos que utilizó la traducción alemana de Erdmann Uhse de la biografía del Gran Elector que escribió Pufendorf (a ese respecto, cabría añadir que dado que Federico nunca leyó el libro en su versión original en latín, no estaba en condiciones de criticar el estilo prosístico de su autor).[40] Y por supuesto, el rey estaba profundamente familiarizado con el Testamento Político de su bisabuelo, Federico Guillermo, el Gran Elector. Incluso es posible que Federico agradeciera la fuerza historiográfica del Testamento, e indudablemente él consideraba que sus propios Testamentos Políticos, que en parte se redactaron a imagen del Testamento del Gran Elector, eran «hermanos» de sus escritos de historia.

¿La historia del Margraviato de Brandemburgo que escribió Federico antes de su ascenso al trono constituye un ulterior desarrollo de la línea de pensamiento que he trazado en el periodo anterior, o una ruptura que da paso a algo nuevo? La respuesta a esta pregunta forzosamente tiene que ser ambigua. Uno de los rasgos más llamativos de las *Mémoires*, si las colocamos ante el telón de fondo de Loccelius, Pufendorf, Hartknoch y las crónicas de los archivos del reinado del Gran Elector, es la supresión casi total de cualquier atisbo de conflicto entre la Corona y los Estados. La crónica, por lo demás bastante ingenua, de la historia de los territorios de los Hohenzollern que escribió Loccelius, aludía explícitamente a las protestas de los Estados prusianos contra las políticas del Gran Elector a raíz de la guerra del Norte de 1655-1660 y a la pacificación de la rebelde Magdeburgo a manos del Elector.[41] Pufendorf, como hemos visto, utilizó como fuente esos pasajes cuando rastreó el mismo asunto en su *De rebus gestis*.

El tema de los Estados está aún más presente en las magníficas historias de la región de Prusia de Christoph Hartknoch, que situaban el significado central de la historia de la provincia en la defensa de sus antiguas libertades por parte de unos patriotas amantes de la libertad que nunca se cansaron de oponerse al despotismo.[42] Hartknoch insistía en la continuidad entre los antiguos derechos y los modernos privilegios. A su juicio, la libertad tradicional de los prusianos se remontaba a los «más antiguos habitantes» del territorio, los vendos sármatas, que se habían autogobernado a través de una «república popular» basada en la aquiescencia de la totalidad de la nación prusiana, de la que se decía: «No tienen un señor en particular, sino más bien deliberan en asamblea plenaria lo que les parezca oportuno sobre las cuestiones que van surgiendo, y cuando se proponen emprender algo, tiene que ser con el apoyo de la voluntad de todos».[43] Y ese estado de libertad debía de haber persistido, argumentaba Hartknoch, porque en una época tan reciente como el siglo XI, el cronista Adán de Bremen había contado de los prusianos: «No soportan la idea de un rey entre ellos».[44] De su mancomunidad primordial y multiétnica, formada por prusianos, polacos, lituanos, sarmogitios, curonios, letones, checos y otros, los

prusianos de la época de Hartknoch habían heredado sus libertades modernas. En su historia de la «nueva» Prusia, o la Prusia moderna, Hartknoch sitúa los orígenes de esa tradición en los siglos XV y XVI, cuando los Estados, en representación de las ciudades, y el interior rural de Prusia habían defendido sus privilegios por el procedimiento de colaborar contra las prepotentes imposiciones de los Caballeros Teutónicos.[45] En resumen, Hartknoch fue un defensor de los privilegios y las libertades de Prusia, cuya historia él veía ejemplificada en la lucha de las élites políticas de las ciudades y el campo contra el poder monárquico, ya viniera del Reino de Polonia, de los grandes maestres de la Orden Teutónica, o de sus sucesores, los Hohenzollern de Brandemburgo.[46]

Este conflicto entre Corona y Estados estaba completamente ausente de la narración que hacía Federico de la historia de sus territorios. Federico llevó a cabo ese borrado en parte mediante una especie de juego de mano: retrotraía la eliminación de los Estados a Jorge Guillermo, y específicamente al periodo que estuvo en el cargo su poderoso ministro el conde Adam Schwarzenberg, durante la guerra de los Treinta Años. Schwarzenberg, vástago de una vieja familia católica del Condado de Mark (dominio de Brandemburgo desde 1614), prestó servicio intermitentemente como miembro del Consejo Privado durante las décadas de 1620 y 1630. Cuando el Elector huyó de un Brandemburgo asolado por la guerra y se instaló en Königsberg en 1638, Schwarzenberg adquirió unos poderes casi dictatoriales. En un esfuerzo por recuperar cierto grado de control sobre el territorio, Schwarzenberg intentó, no con demasiado éxito, reclutar un pequeño ejército de Brandemburgo, utilizando aportaciones económicas arrancadas a las alborotadas noblezas de las provincias de Brandemburgo-Prusia.

Según el relato de Federico, Schwarzenberg se convirtió en el enterrador de las libertades corporativas provinciales. Antes de la guerra de los Treinta Años, escribe Federico, los Estados todavía eran «dueños del gobierno»; concedían subsidios, controlaban los impuestos, establecían el número de soldados y les pagaban, se les consultaban todas las medidas pertinentes para la defensa del país, y las leyes y el mantenimiento del

orden se administraban bajo su supervisión. El que destruyó el poder de los Estados sin ayuda de nadie fue Schwarzenberg: «Schwarzenberg, todopoderoso ministro de un príncipe débil, atrajo hacia su persona toda la autoridad del soberano y de los Estados: impuso contribuciones por su propia autoridad, y a los Estados no les quedó nada de aquel poder del que nunca habían abusado, más que [...] la ciega sumisión a las órdenes de la Corte».[47]

Lo que llama la atención en este retrato de Schwarzenberg no es solo su carácter partidista (reproduce exactamente el punto de vista histriónico de los Estados en su oposición a las políticas de Schwarzenberg), sino también su enorme exageración del impacto del ministro.[48] La «dictadura» de Schwarzenberg, una respuesta de emergencia a unas condiciones de máxima presión durante una de las peores fases de la guerra de los Treinta Años, en realidad apenas duró dos años (1638-1640). Aquel breve y fallido experimento de gobierno absolutista por delegación no liquidó, ni siquiera mermó seriamente, los poderes de los Estados. Al contrario, fueron el Gran Elector (desde 1640) y sus sucesores, Federico III de Brandemburgo y I de Prusia (1686-1713) y Federico Guillermo I (1730-1740) quienes modificaron poco a poco los términos de la relación entre la autoridad central y las élites rurales, imponiendo gravámenes nuevos y permanentes, consolidando y manteniendo el ejército regular (en lugar de las viejas milicias de base provincial), reconfigurando el estatus jurídico de los latifundios de la nobleza, y muchas cosas más.

Federico lo sabía de sobra: el conflicto con los Estados había sido uno de los motivos centrales del reinado del Gran Elector, y por supuesto de su Testamento Político. Pufendorf, e incluso Loccelius, habían situado esa lucha en el centro de sus respectivas narraciones, igual que lo había hecho Hartknoch, cuyas historias de la Mancomunidad Polaco-Lituana y de la Prusia Real y la Prusia Ducal prestaban una escrupulosa atención a las limitaciones regionales al poder soberano.[49] Sin embargo, de aquel asunto no quedaba ni rastro en el relato que hace Federico del reinado de su bisabuelo. Incluso en los momentos de la narración en que el tema era especialmente oportuno, Federico evitaba escrupulosamente cualquier

alusión a él. Por ejemplo, hay un pasaje en las *Mémoires* donde Federico compara el reinado del Gran Elector con el de Luis XIV de Francia; sin embargo, ni siquiera cuando comenta las primeras luchas de Luis con las noblezas francesas en tiempos de la Fronda, se decide a establecer un paralelismo con el Gran Elector, cuyos primeros años en el poder también se caracterizaron por los frecuentes enfrentamientos directos con las noblezas provinciales por asuntos de impuestos, por el reclutamiento de tropas, y por la potestad para nombrar funcionarios.

Las omisiones de Federico resultan aún más llamativas debido a que las obras de historia de Voltaire le brindaban una plantilla para una narración que vinculara la soberanía y las conquistas con la subordinación de las élites regionales. Su *Henriada* (1723), que a Federico le parecía uno de los mayores poemas épicos jamás compuestos, mejor incluso que la *Odisea* y la *Ilíada* de Homero, describe la victoria duramente peleada de la monarquía francesa sobre una élite decadente e interesada que se había aprovechado del fanatismo y de las pasiones religiosas para estrangular los poderes de la Corona. Los «estados» reunidos en París contra Enrique IV son un terreno de juego para las facciones y los conciliábulos: en sus debates resuenan «gritos infernales».[50] En el *Siècle de Louis XIV* (1751), que Federico leyó en manuscrito, se describe el Parlamento de París como la caja de resonancia de una nobleza pretenciosa, indisciplinada y perezosa que se opone a las legítimas medidas fiscales y políticas del Estado en nombre de una falaz invocación a las «antiguas leyes» y a los «derechos sagrados». Un Estado feliz, observa Voltaire en distintos puntos, es un Estado donde la nobleza ha sido totalmente puesta al servicio del Estado; únicamente así se puede superar la «tiranía» y la «barbarie goda» del antiguo sistema señorial.[51] En resumen, la decisión de Federico de excluir de su narración la consolidación interna del poder electoral y real en Brandemburgo suponía que se apartaba de la práctica de su mentor, que celebraba la monarquía absoluta en Francia justamente porque representaba la victoria de una forma de gobierno más racional y poderosa frente a la autoridad particularista de los viejos *seigneurs*.

¿Por qué Federico alteró la crónica de aquella forma? La respuesta forzosamente debe ser en parte que ya no parecía oportuna una narración que hacía hincapié en el conflicto entre el ejecutivo central y los Estados. Los trascendentales procesos de subordinación de las noblezas provinciales a la autoridad central ya se habían conseguido casi del todo. Lo único que quedaba del poder y de la autonomía de los antiguos Estados era una «latencia corporativa» expresada en las redes de poder local de las élites provinciales.[52] Y las consecuencias de ese agotamiento de su poder político se veían agravadas por el declive económico. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la aristocracia rural entró en un periodo de crisis. Las guerras y las perturbaciones económicas de las décadas de 1740, 1750 y 1760, recrudecidas por la manipulación por parte del Gobierno del mercado de granos a través del sistema de almacenes, y por la sobrecarga demográfica a través de la expansión natural de las familias hacendadas, sometían a la clase terrateniente a una tensión cada vez mayor. Hubo un crecimiento dramático del endeudamiento de las haciendas de los *junkers*, lo que en muchos casos dio lugar a bancarrotas o a ventas forzosas, a menudo a plebeyos con dinero contante y sonante. La creciente frecuencia con la que las haciendas cambiaban de manos suscitaba preguntas acerca de la cohesión del tejido social rural tradicional.[53]

Federico era mucho más conservador en lo social que su padre.[54] A diferencia de éste, el propio Federico –a pesar de su estudiada imagen de figura ahorrativa y ascética– cultivaba un estilo de vida marcadamente aristocrático.[55] A su juicio, la nobleza era el único grupo capaz de servir como oficiales en las fuerzas armadas; en parte porque era el único estrato social con un sentido innato del honor. De eso se derivaba que la estabilidad y la continuidad de las propiedades de la nobleza fueran cruciales para la viabilidad del Estado militar. Mientras que Federico Guillermo I se había propuesto deliberadamente diluir la preeminencia social de la nobleza, Federico adoptó una política de «conservación» cuyo objetivo era impedir

que las haciendas de los nobles pasaran a manos de propietarios no nobles. Había generosas concesiones fiscales, regalos *ad hoc* en efectivo a las familias en dificultades económicas, y esfuerzos –en su mayoría inútiles– para impedir que los terratenientes sobrehipotecaran sus haciendas.[56] Cuando esas medidas no dieron resultado, la respuesta inmediata de Federico fue estrechar el control del Estado sobre las ventas de tierras, pero la medida resultó contraproducente. Los controles sobre las compraventas conllevaban recortar agresivamente la libertad de disponer de los bienes. Así pues, la administración tenía que conciliar prioridades contrapuestas. Quería restablecer y conservar la dignidad y la estabilidad económica de la casta noble, pero al mismo tiempo quería lograrlo por el procedimiento de suspender una de las libertades fundamentales de la clase hacendada.

En última instancia, la búsqueda de un método menos intervencionista y controvertido para apoyar los intereses de la nobleza condujo a la fundación de cajas de crédito agrícola con capital del Estado para uso exclusivo de las familias *junkers* consolidadas. Dichas instituciones concedían hipotecas con unos tipos de interés subvencionados para las familias terratenientes aquejadas de problemas o endeudadas. Se creó una caja de crédito distinta para cada provincia (Kurmark y la Nueva Marca en 1777, Magdeburgo y Halberstadt en 1780, y Pomerania en 1781).[57] El rey quiso que se conocieran aquellas medidas, y dedicó un largo y un tanto empalagoso pasaje de las *Mémoires depuis la paix de Hubertusbourg* a sus esfuerzos por mejorar la situación de los nobles.[58] Es cierto que muchas de las medidas de Federico a favor de la nobleza se remontan al «segundo reinado», tras la Paz de Hubertusburg (1763), pero la estima de Federico por la nobleza y su consideración por su posición social especial como casta llamada a prestar servicio al reino como suministradora de oficiales y comandantes fueron evidentes a lo largo de todo el reinado.[59]

En lugar del modelo conflictivo que asumieron su padre y su bisabuelo, Federico se veía a sí mismo liderando, por así decirlo, desde el seno de sus noblezas. Ese es el verdadero significado de su observación en las *Lettres sur l'amour de la patrie, ou correspondence d'Anapistémon et de Philopatros,* en el sentido de que «las buenas monarquías, cuya

administración es sensata y amable» son más «oligarquías que despotismos», porque quienes participan en los consejos (casi todos ellos nobles en tiempos de Federico), en la administración de justicia y en las finanzas, en las misiones extranjeras, en los ejércitos y en las autoridades del país, «todos ellos participan de la autoridad soberana».[60] En general, puede decirse que Federico prefería las racionalizaciones consensuales de la soberanía antes que las basadas en los conflictos. Y así, Federico afirmaba que rechazaba la explicación que da Hobbes de los orígenes de la soberanía porque esa explicación planteaba –a su juicio– que los súbditos tienen que verse privados de todos sus derechos para poder lograr la protección de sus personas mediante la sumisión a un soberano. Federico argumentaba que era cierto lo contrario: los signatarios primigenios del «contrato social» habían elevado al soberano no por coacción, sino únicamente en virtud de su sabiduría, de la protección que podía ofrecer, y de los logros que los firmantes esperaban de un gobernante; al hacerlo, le habían dicho: «*Du reste, nous exigeons que vous respectiez nos libertés*».[61]

Y así Federico adaptaba su relato del pasado a las prioridades de su presente. El pasado fue amoldado conforme a los objetivos políticos y sociales del Estado de Federico. Con toda probabilidad se trataba de una manipulación consciente. Es imposible que se le pasara por alto el tema del conflicto en Pufendorf, por no decir en los testamentos políticos del Gran Elector y de Federico Guillermo I. Y dado que las *Mémoires* se escribieron para ser publicadas, podríamos perfectamente considerarlas como una representación retórica dirigida a la nobleza, cuyos jóvenes tan bien le habían servido en la Primera y la Segunda Guerra de Silesia. Federico aludía abiertamente a su propio papel como seleccionador del material recogido de las narraciones supuestamente amorfas e indiscriminadas de Pufendorf y sus colegas, que se habían limitado a volcar en la página la materia prima de sus investigaciones y dejaban en manos del lector la tarea de darle un sentido al todo. Federico reconocía a menudo la crucial importancia del trabajo de selección para la construcción de una narración histórica, una idea que bien habría podido tomar de Voltaire, cuyo *Essai sur les moeurs* observa que entre la abundancia de historias que se podrían

contar sobre el pasado, «uno debe limitarse y escoger». El pasado, escribía Voltaire, era «un inmenso almacén del que uno puede tomar cualquier cosa que le resulte útil».[62]

A pesar de todo, la oclusión de los conflictos políticos internos del relato del rey creaba un problema, una posible aporía. La lucha con los Estados no fue un simple episodio, ni una secuencia de acontecimientos; también sirvió como mecanismo para describir y explicar el surgimiento y la trayectoria histórica del Estado.

La metodología ejemplificada en el *Siècle de Louis XIV* de Voltaire representaba una forma de sortear aquel *impasse*. En la crónica de Voltaire, los acontecimientos militares y políticos del reinado de Luis XIV se relatan con cierto detalle, pero únicamente como precondiciones de la historia que realmente ocupa el centro de la narración de Voltaire, a saber, el avance de la civilización en Francia hasta un grado de refinamiento sin precedentes. Lo verdaderamente importante del reinado de Luis XIV no eran ni los tratados ni las guerras del rey (Voltaire consideraba que todas las guerras eran lamentables recaídas en la barbarie), sino el florecimiento de las artes y las ciencias en «la más ilustrada de todas las épocas». Siguiendo el modelo del maestro, Federico adjuntaba a su breve historia política de Brandemburgo tres ensayos histórico-culturales que se centraban en la historia de la superstición y la religión, la historia de «la moral, las costumbres, la industria, el progreso del espíritu humano en las artes y en las ciencias» y la «forma de gobierno moderna y antigua de Brandemburgo». Todos ellos están impregnados, como hemos visto, de un fuerte sentido del avance por etapas.[63]

El paradigma volteriano de la «era» –una versión secularizada de la sucesión salvífica de las «monarquías mundiales» que vaticina la Biblia– ayudó a Federico a poner en circulación su relato de la evolución del Estado de Brandemburgo-Prusia sin mencionar sus orígenes en los conflictos locales con los Estados. Por consiguiente, la narración adquiría un atractivo impulso hacia adelante que obedecía no solo a un relato de la consolidación de la autoridad y el poder soberanos a costa de las formaciones sociales y políticas tradicionales, sino a la invocación a una idea más amplia de

civilización que Voltaire contribuyó a establecer como tópico de la temporalidad de la Ilustración, una idea que ensalzaba el presente como el cometido de todos los esfuerzos humanos. Y sin embargo, Federico no se limitaba a adoptar el modelo de Voltaire al por mayor. Porque mientras que Voltaire había subordinado los asuntos de Estado a un conjunto de valores superiores que abarcaban todos los ámbitos de la vida cultural, Federico, como ha señalado Ulrich Muhlack, invirtió las prioridades, y colocó al Estado y sus asuntos en el centro de la historia. «El Estado» no es una mera condición que posibilita el progreso del espíritu humano; es el protagonista de la obra. La cultura y las costumbres son objeto de seria consideración en la medida en que se evalúan desde el punto de vista privilegiado de su utilidad para el Estado. Y así, por ejemplo, las denominaciones religiosas se evaluaban en función de su capacidad de generar buenos «ciudadanos» (*Staatsbürger*). La moral, las costumbres, y las artes y las ciencias se valoraban en función de los beneficios que aportaban al Estado.[64]

Sin embargo, en sí, ese «Estado» de Federico no se representaba como un ascenso histórico; su trayectoria no se definía como una progresión. Para el Gran Elector y para Pufendorf, el proceso por el que el incipiente Estado electoral argumentó su existencia por el procedimiento de disputar los derechos de quienes ejercían la autoridad tradicional era el meollo de la narración histórica de Brandemburgo-Prusia. Por el contrario, en los escritos de Federico, el Estado figuraba como un hecho extrahistórico y como una necesidad lógica.[65] El resultado de la idiosincrática adaptación que hace Federico de Voltaire es una narración curiosamente sin resolver. Los vectores de cambio tan elocuentemente trazados en los escritos de Pufendorf, Hartknoch y el Gran Elector dan paso a vagas corrientes de cambio cuyos orígenes en última instancia son confusos. El cambio está permanentemente presente en las reflexiones del rey sobre el pasado, pero se ha convertido en un atributo de la conciencia reflexiva. No está anclado en ningún proceso histórico específico. El escenario interior para el ejercicio del poder se vuelve enigmático e inmaterial. Los consejos y los debates que habían sido tan cruciales para la narración de Pufendorf desaparecen de la vista, y con ellos la sensación de que cada decisión del

soberano representa la elección irreversible de un futuro posible de entre muchos.

Mientras que Pufendorf había escrito su biografía del Gran Elector como una historia sobre el cambio impulsado por contingencias imprevisibles, Federico insistía en que la historia encarnaba el funcionamiento de determinadas leyes inmutables y universales. «La fragilidad y la inestabilidad son inseparables de los trabajos de los hombres», observaba, pero «las revoluciones que hacen temblar las monarquías y las repúblicas tienen su origen en las inamovibles leyes de la naturaleza». Con ello, el rey quería decir sobre todo las pasiones humanas que impulsaron a las sucesivas generaciones de actores a modificar el escenario del gran teatro de la historia. «Sin esas perturbaciones, [...] el universo sin duda habría permanecido igual; no habría habido acontecimientos nuevos».[66] Así pues, entre toda la destrucción y transformación que acompañan a los asuntos humanos, era posible discernir la eterna recurrencia de determinados motivos –el del poder rebelde que se desata por culpa de la ambición era el que más mencionaba el rey, no solo en los ensayos de historia, sino también en el *Antimaquiavelo*, que escribió siendo todavía príncipe heredero en Rheinsberg–. A veces, al rey incluso le daba la impresión de que podría haber una dimensión cíclica, autorrepetitiva en el devenir de la historia, como la hay en los movimientos de la naturaleza. Cualquiera que afronte asiduamente el estudio de la historia, sugería Federico en la *Histoire de mon temps*, en seguida verá que «se repiten las mismas escenas, tan solo hay que cambiar los nombres de los actores».[67] Tal vez, especulaba en las *Mémoires*, los movimientos de la historia de los Estados se parecen a los de los planetas, que siempre regresan al punto del que partieron.[68] Todos estos pasajes dan a entender la íntima relación entre la historia de mediados del siglo XVIII y las ciencias naturales; nos recuerdan que el prestigio de la «filosofía» arrastró a la literatura histórica de aquella época en la dirección de los principios generalizables. Pero las reflexiones del rey también eran representaciones. Asumiendo la pose de un filósofo que ya lo ha visto todo, esas representaciones nos alejan muchísimo de esa sensación de un logro

histórico, conseguido tras duros esfuerzos, que animaba la «Instrucción paterna» y la épica perspectiva general de Pufendorf sobre el reinado del Gran Elector.

TIEMPOS DE DECISIÓN

Por supuesto, Federico podía hacer gala de una aguda conciencia de los cambios provocados por el paso del tiempo histórico. Si a un comandante de la época de Luis XII le diera por reaparecer en los tiempos que a él le había tocado vivir, observaba Federico en el *Antimaquiavelo*, se sorprendería por la inmensidad de los ejércitos de campaña de hoy en día y por la capacidad de los príncipes para mantenerlos tanto en tiempos de paz como en la guerra.[69] «Qué diría el propio Maquiavelo, si le diera por echar un vistazo a la transformación de las relaciones de poder en Europa, con tantos grandes príncipes que en sus tiempos no tenían la mínima relevancia en el mundo, y que sin embargo desempeñan un papel hoy en día; el poder de los reyes firmemente asentado, la manera en que los gobernantes llevan a cabo sus negociaciones, esos espías plenipotenciarios que todos mantienen en la corte de los demás, y ese equilibrio de Europa, que se apoya en la coalición de numerosos príncipes de peso contra los ambiciosos perturbadores de la paz».[70] Tan radicales eran las diferencias entre su propia época y la de Maquiavelo, observaba Federico, que muchas de las observaciones del escritor italiano ya resultaban simplemente obsoletas. La «transformación fundamental tanto en las cosas grandes como en las pequeñas» que había tenido lugar desde la época de Maquiavelo significaba que «la mayoría de [sus] pensamientos ya no es aplicable a la vida de los Estados de nuestro tiempo».[71]

No obstante, hay numerosos pasajes donde brilla por su ausencia el sentido del desarrollo histórico. Federico citaba parábolas de la antigüedad griega y romana de una forma muy parecida a como lo había hecho el propio Maquiavelo. La historia, argumentaba, debería ser un almacén intemporal de buenos ejemplos –debían preservarse exclusivamente las

vidas y las acciones de los «buenos príncipes»; con ello los libros de historia no solo serían más delgados sino también más edificantes–.[72] Federico aplicó esa idea a la educación de su joven sobrino y heredero: «No habría que cansar su memoria con la lista de los príncipes», le dijo Federico al tutor del joven, «siempre y cuando se aprenda los nombres de los hombres excepcionales que desempeñaron un gran papel en su país».[73] Al explicar la gran variedad de formas de Estado que podían observarse en sus tiempos, Federico no se remitía a la causación histórica, sino a lo «fructífero de la naturaleza», que era capaz de producir tal variedad, incluso dentro de una sola especie.[74] La historia de los Estados, sugería, podía compararse a un ciclo vital en biología, donde el cambio quedaba confinado a una secuencia que se repite eternamente. «Al igual que una persona individual nace, vive durante un tiempo y después muere por enfermedad o de vieja, también se fundan repúblicas, florecen durante unos cuantos siglos, y acaban siendo presa de la ambición de un ciudadano en particular o de las armas de sus enemigos. Todo tiene su propio marco temporal, incluidos todos los principados, hasta las más grandes monarquías tan solo disponen del tiempo que se les concede, y en el mundo no hay nada que no esté sujeto a la ley del cambio y la decadencia».[75] Para Pufendorf, la presión del futuro había obligado a escoger, y había impuesto una tarea de elegir y tomar decisiones, que era lo que definía el cargo de un soberano.

Para Federico, las decisiones soberanas de ese tipo, donde el príncipe escogía entre futuros alternativos, resultaban menos gravosas. La diferencia también puede entreverse en las reflexiones de Federico sobre cómo debe prepararse un príncipe para el futuro. A ese respecto, Federico distinguía entre lo que podríamos denominar el método evolutivo y el método estocástico de preparación. El primero presuponía continuidad con el presente, mientras que el segundo, no. Por una parte, argumentaba Federico en el Testamento Político de 1752, el gobernante debería seguir ampliando los activos de los que dispone. Todavía quedaban muchas zonas con abundantes tierras cultivables donde podían asentarse nuevas comunidades de agricultores. Los proyectos de canalización debían aportar aún más terreno para cultivar. La «industria» de la seda todavía estaba en su

infancia; en el plazo de seis años, las plantaciones de morera del reino estarían listas para la cosecha de hojas con las que alimentar a los gusanos de seda. La fábrica de tijeras y cuchillos de Neustadt debería ampliarse en algún momento. El volumen del comercio debe seguir aumentando, etcétera.[76] Todas esas iniciativas deberían formar los hilos de un único «proyecto» que residía en la cabeza del príncipe, explicaba Federico. Porque «el buen gobierno de un Estado debe poseer una justificación tan hermética como cualquier sistema filosófico. Todas las medidas deben ser bien meditadas; las finanzas, la política y el ejército deben esforzarse en aras de una meta común, a saber, el fortalecimiento del Estado y el aumento de su poder. Pero un sistema solo puede surgir de una cabeza».[77]

Por otro lado, entre las responsabilidades del príncipe también figuraban las «ensoñaciones políticas» centradas en futuros escenarios completamente desvinculados de las condiciones del presente. Ese tipo de «política quimérica» requería que el soberano se abstrajese de la realidad de su tiempo y vagara por «los interminables pastos de los designios imaginarios». La importancia de esos designios radica en la posibilidad, por remota que sea, de que algún día acaben siendo realizables en la práctica.[78] Por ejemplo, algún día tal vez sería posible, en el caso de una guerra con Austria, que Prusia conquistara Bohemia y después la intercambiara por Sajonia.[79] La política quimérica únicamente se interesaba por los objetivos a largo plazo, cuya realización no era un proceso continuo, sino el resultado de unas eventualidades imprevisibles y posiblemente muy remotas.

Aparentemente, esas reflexiones acercaron a Federico al tipo de meticulosa elección de opciones tan minuciosamente registrada en la historia del reinado del Gran Elector que escribió Pufendorf. Pero el énfasis era bastante diferente. En la narración de este, en el cálculo decisional entraba la imprevisible conducta de otros muchos actores. Por el contrario, aquí era una cuestión de tomar la iniciativa a través de una demostración de fuerza cuando surgiera la oportunidad. Y lo que impulsaba esos escenarios especulativos no era la interacción de las contingencias, sino la voluntad del príncipe. Al fin y al cabo, la política, o el «sistema político», del Estado era una creación de príncipe, que debe «esbozar su sistema y después llevarlo

hasta su implementación». Dado que las ideas que componían el sistema eran exclusivamente suyas, tan solo él poseía la capacidad de garantizar su éxito. Pero a su vez eso también conllevaba restar énfasis al momento de decisión; mientras que para Pufendorf la decisión era el momento de elegir entre las incertidumbres de un entorno rápidamente cambiante, para Federico la decisión era una manifestación de la voluntad en apoyo de una meta que ya estaba claramente definida. «Un príncipe que gobierne conforme a su propia voluntad nunca estará desprevenido cuando haya que tomar una decisión rápida, porque él lo relaciona todo con su objetivo final preconcebido».[80]

En el reinado de Federico abundaron los acontecimientos grandes y peligrosos. La guerra de los Siete Años llevó a Prusia al borde del colapso, y habría podido tener perfectamente como consecuencia la partición y destrucción del Estado heredado del Gran Elector. La primera partición de Polonia, aunque menos peligrosa a corto plazo desde el punto de vista de Berlín, fue un acontecimiento trascendental cuyas consecuencias iban a seguir resonando hasta bien entrado el siglo XX. Sin embargo, la vibración estremecedora y aterradora de los grandes acontecimientos está extrañamente ausente de la forma de razonar de Federico sobre el pasado, el presente y el futuro. La voluntad sustituye a las contingencias; las decisiones estaban en función de unos «sistemas» resistentes a los *shocks* y las perturbaciones a corto plazo.

Solo podemos especular sobre los motivos de esa extraña placidez. Los buenos deseos y las poses indudablemente desempeñaron un papel. El hombre que se hacía llamar «rey filósofo» era dado a considerarse a sí mismo un ser distanciado de las turbulencias de los «acontecimientos», estoico en su vida emocional, coherente (o eso creía él) en la persecución de sus objetivos. Para Federico, el dramatismo de las escenas de Pufendorf, donde el Gran Elector, atrapado en un dilema geopolítico, escuchaba las recomendaciones divergentes de sus consejeros y sopesaba cuidadosamente los peligros de los distintos caminos que se le ofrecían, no tenía el mínimo encanto, pues él se esforzaba por encarnar la autonomía absoluta, como hombre y como príncipe. Por último, la idea intuitiva de Federico de que la

historia estaba sometida a unas pautas cíclicas y autorrepetitivas restaba peso al acontecimiento, a la decisión, y al momento en que se produjo la decisión. En un mundo donde todos los actos acaban teniendo consecuencias, y donde los Estados eran como formas de vida que estaban pasando por un ciclo de maduración y decadencia, o como planetas aprisionados en órbitas circulares, tal y como tan a menudo reiteraba Federico, las decisiones que daban como resultado victorias y derrotas, tratados y alianzas, podían ser bastante importantes. Pero, en última instancia, eran el producto de la estructura esencialmente repetitiva de la historia. No podían adquirir el peso filosófico que tenían para Pufendorf ni que en una época posterior llegaron a tener para Otto von Bismarck.

LA SUSPENSIÓN DEL TIEMPO

En el cuadro *Amor en el teatro italiano*, de Antoine Watteau, once personas, de pie en semicírculo y mirando al espectador, se han reunido en torno a un hombre que está tocando la guitarra. Visten los disfraces de los personajes tradicionales de la *commedia dell'arte* italiana: el pícaro Arlequín, el pomposo doctor universitario, el arrogante capitán, la *primadonna*, y la *seconda donna*. Pero no se encuentran sobre un escenario. La luz de una antorcha alcanza a iluminar algunas ramas curvadas y algunos brotes de follaje. Y en la esquina superior derecha, una luna resplandeciente se acurruca entre las nubes. Parecen fuera de lugar, esas figuras con ropas sofisticadas en un bosque por la noche. La oscuridad acecha a su alrededor, acallando la jovialidad de la pantomima de sus disfraces. Lejos del escenario, sus llamativos disfraces asumen «toda la tristeza de los signos agotados».[81] Y también están fuera de lugar desde el punto de vista cronológico. En 1716, cuando Watteau pintó esa imagen, la *commedia dell'arte* ya estaba en declive. En 1766, cuando por primera vez hay constancia de su presencia en la pinacoteca de Sanssouci, el cuadro evocaba un pasado vago y lejano.[82]

Figura 2.1. Antoine Watteau, *Amor en el teatro italiano* (1718); grabado de Charles Nicolas Cochin padre, 1734. Fuente: © The Trustees of the British Museum.

Federico II fue un ávido coleccionista de pinturas de Watteau. Adquirió tantos cuadros del artista francés que hoy en día Berlín y Potsdam tienen la segunda concentración más importante de obras suyas, después de París. Watteau (1684-1721), el más renombrado pintor a la manera de las *fêtes galantes*, era famoso por sus escenas pastorales oníricas, habitadas por figuras arquetípicas vestidas de forma peculiar. Lo que más nos llama la atención de esas imágenes es su intemporalidad; las personas que aparecen en ellas parecen flotar en un mundo titilante que es mitad teatro y mitad mito. Tocan o escuchan música, conversan, o simplemente están a sus anchas, sin un cometido aparente más allá de saborear la delicia del momento. En un reconocimiento al «universo de Watteau», René Huyghe, el autor francés que escribe sobre historia y filosofía del arte, intentaba

plasmar la singular atmósfera de la obra de Watteau: «Visibles, de ficción, están ahí frente a nosotros. En el espejo de su falsa presencia, esos rostros simétricos, de "nunca" y "siempre" se reconocen y se reconcilian entre sí. No cabe duda de que siempre han sido así; indudablemente nunca han existido. ¿Están vivos? En los arroyos, aparentemente inmóviles, uno ve fluir la imperceptible corriente que se lo lleva todo. [...] Ya nos están dejando; [las figuras de Watteau] nos abandonan; tiernas y distantes, ajenas a nuestra presencia, dan media vuelta suavemente y, paso a paso, se alejan».[83] En una crítica póstuma, la anticuaria Anne-Claude de Caylus, amiga del pintor, señalaba que las composiciones de Watteau «ni tienen asunto de ningún tipo [...] ni expresan ninguna pasión», y que por consiguiente carecían de «una de las dimensiones más sabrosas de la pintura, a saber, la acción», la única cosa capaz de dotar a cualquier composición de «ese sublime fuego que le habla al espíritu, lo atrapa y lo conduce».[84] Lo que a De Caylus le preocupaba de Watteau, como ha señalado Thomas Kavanagh, era la incapacidad de sus cuadros de aportar un «trampolín a la narración». Los momentos evocados en la pintura de Watteau se niegan a ser alineados con cualquier cosa que pudiéramos llamar «historia»; «no logran converger hacia la evocación de una temporalidad más amplia, más incluyente, que integre el ahora de esos momentos individuales en el marco de algún relato consistente que justamente ellos contribuyen a ilustrar».[85]

Federico nunca puso por escrito los motivos del insólito ardor con el que buscaba obras de Watteau, pero sus escritos revelan, más allá de cualquier duda, que veía en ellos algo que plasmaba la textura de su propia vivencia. «Píntese con las pinceladas de Watteau», instaba Federico a Charles-Étienne Jordan, su amigo y antiguo tutor, en 1742, «¡no con las de Rembrandt!».[86] En un homenaje erótico a su amante, el conde Algarotti, Federico afirmaba que el espíritu del apuesto joven conde (al que en este contexto se dirige con la expresión «el bello cisne de Padua») parecía transportarle a una galería de pintura, donde «el encantador espectáculo de los cuadros más hermosos nunca deja de variar» y donde «los últimos son los más bonitos de todos». El último pintor mencionado en la lista que

venía a continuación era Watteau, como si fuera el pintor cuyas escenas plasmaban mejor la intensidad momentánea del orgasmo, un asunto al que también dedicó un poema.[87] En una carta que le escribió a su hermana Amalia en abril de 1761, en los años más oscuros de la guerra de los Siete Años, Federico observaba que «el verdadero cuadro de nuestra situación no es obra de Watteau, sino que pertenece al estilo español que utiliza tonos oscuros y solo pinta los asuntos más sombríos».[88]

Es cierto que el interés de Federico como coleccionista fue ampliándose a lo largo de su reinado. Entre 1755 y 1779, empezó a pujar internacionalmente por cuadros monumentales de tipo representativo cortesano –durante ese periodo adquirió cuadros de Rubens, Van Dyck, Rafael, Correggio y Tiziano, entre otros–. Pero aquellas compras no implicaban una ruptura drástica en los gustos personales del rey; más bien señalaban, como ha destacado Astrid Dostert, su transición de un «coleccionista privado real» a un «rey coleccionista».[89] Las obras de estilo *fêtes galantes* siguieron dominando las estancias que el monarca frecuentaba privadamente en Sanssouci.[90]

Que el rey llegara a tener tanto interés por Watteau podría no parecer especialmente sorprendente –las obras del pintor eran caras en las décadas de 1730 y 1740 justamente porque la moda de tener cuadros suyos recorría Europa–. Pero incluso con ese trasfondo, la determinación con la que Federico coleccionaba cuadros de Watteau y otros pintores de *fêtes galantes* era inusual, sobre todo para un monarca –en aquella época, el estilo de *fêtes galantes* estaba asociado con las preferencias artísticas de los círculos financieros de París–.[91] Resulta especialmente interesante la intensidad de la identificación de Federico con esas imágenes, su inclinación a proyectarse en sus paisajes intemporales y al mismo tiempo a imaginar su propia existencia «pintada» por las pinceladas de Watteau, como si el pintor no hubiera simplemente captado una iconografía específica, sino que evocaba una forma de conciencia afín a la suya. Los cuadros de Watteau troceaban el tiempo en momentos suspendidos, cortados y a la deriva del pasado reciente y del futuro inminente. De esa forma, los cuadros plasmaban la sensación de la textura del tiempo que percibía Federico. En

una *Oda sobre el tiempo*, publicada por primera vez en una edición de 1761, Federico señalaba que no había «poder en el mundo tan firme / como para no ser barrido [por el tiempo]»:

> Nada detiene tu violencia
> y el momento mismo en que pienso
> huye ya bien lejos de mí.
> […]
> Y como un punto indivisible,
> o como un átomo insensible,
> pasa, y yo paso con él.[92] *

Henri de Catt, el erudito suizo que durante un tiempo fue tutor del rey en expresión oral y escrita en francés, recordaba una conversación que mantuvo con Federico durante el verano de 1758. Encontró al rey absorto en un cálculo numérico. A continuación tuvo lugar el siguiente diálogo:

> Federico (F.): «Ah, buenos días, querido amigo, adivine lo que estoy calculando».
>
> De Catt (De C.): «Vuestro tesoro [...]»
>
> F.: «¡Ay, ya no me queda nada, y lo poco que tengo se gastará muy pronto, así que intente adivinarlo». [El diálogo tenía lugar durante el tercer año de la guerra de los Siete Años.]
>
> De C.: «¿Tal vez estáis calculando lo que ya habéis gastado durante esta guerra?»
>
> F.: «Eso lo sé demasiado bien, no necesito calcularlo: vamos, no tenga miedo, ¡intente adivinarlo!».
>
> De C.: «Vuestra Majestad podría estar calculando tantas cosas que sería difícil dar con lo que estáis calculando en este momento».
>
> F.: «¿No se atreve a intentarlo siquiera? *Monsieur*, estoy calculando cuántos minutos llevo vividos. Y ya llevo una hora trabajando en ese cálculo. ¡Menuda cifra –y cuántos minutos perdidos–! Este tiempo que vuela sin cesar, este tiempo que arrastra consigo días, horas, minutos, se recibe con indiferencia, y a menudo sin prestarle la mínima atención, y la naturaleza nos grita constantemente: "Mortales, utilizad vuestro tiempo; no olvidéis el valor del momento en el que se apoya la inmensidad del tiempo, y no permitáis que las nimiedades aceleren el vuelo de vuestros días"».[93]

Esa referencia al momento «en el que se apoya la inmensidad del tiempo», esa combinación paradójica del instante con toda la amplitud de la eternidad, es sin duda la pista que explica la relevancia de Watteau para el

rey. Y si Watteau plasmó la fugacidad de toda experiencia humana, lo que anclaba esas unidades momentáneas de la experiencia en el marco de un concepto más amplio del tiempo era el legado idealizado de la antigüedad grecorromana. Una buena educación literaria, insistía Federico en un memorándum de 1760, debe combinar el estudio de la antigüedad con lecturas de los modernos, estableciendo una comprensión de la belleza poética por el procedimiento de comparar pasajes de los autores de la antigüedad con los autores modernos que hayan tratado los mismos asuntos.[94] Para Federico, lo «clásico» no tenía ataduras históricas ni cronológicas; era un tesoro de imágenes y actitudes que podía existir de una forma igual de vívida en el presente que en el pasado.[95] En una carta a Voltaire de abril de 1737, Federico desplegaba una fantasía sobre Rheinsberg, el palacio donde pasó los años previos a su ascenso al trono en 1740. En contra de lo que generalmente se cree, apuntaba Federico, Remo no había sido asesinado por su hermano gemelo, Rómulo, el mítico fundador de Roma, sino que había huido y se había exiliado en el norte, a orillas del Grienericksee, futuro emplazamiento del palacio del rey. Unos monjes enviados por el Vaticano habían buscado en vano los restos mortales de Remo, pero durante la construcción del palacio, los obreros se habían tropezado con piedras grabadas con antiguas inscripciones y una urna llena de monedas romanas. De ahí el nombre «Rheinsberg», que en realidad era una corrupción de «Remusberg». Cuando llegó la respuesta de Voltaire reprendiendo al príncipe heredero por dedicarse a ese tipo de fantasías inverosímiles, Federico se ofendió –¡solo estaba bromeando!–. Y sin embargo, a partir de ese momento, Federico firmaba todas sus cartas desde Rheinsberg (salvo las dirigidas a su padre) con «Remusberg».[96]

Desde su primera juventud, Federico cultivó una intensa relación con los grandes personajes históricos de la antigua Roma. «De vez en cuando, Mario, Sila, Cinna, César, Pompeyo, Craso, Augusto, Antonio y Lépido vienen a verme para charlar», le decía a Grumbkow, uno de los ministros de su padre, en enero de 1732.[97] La sociabilidad que cultivaba el rey en Sanssouci seguía el modelo de las fiestas de las casas de campo romanas

celebradas por Horacio, donde las comidas consistían en un «sencillo ágape avivado por una conversación inteligente y burlas a los estúpidos».[98]

Esa afinidad electiva intensamente sentida con la antigua Roma conllevaba una historicidad que era analógica y recurrente, no lineal y evolutiva. Había portales abiertos entre el presente y un pasado antiguo; el tiempo se entretejía alrededor de la analogía entre una época y otra; la tiranía del pasado reciente sobre la experiencia contemporánea, tan axiomática para Pufendorf y para el Gran Elector, se relativizaba, cuando no se suspendía enteramente. Podemos discernir la impronta de ese concepto del tiempo en los planes sumamente peculiares para su propio entierro. Su sepelio no debía tener lugar en el marco ritual dinástico acostumbrado. En vez de disponer que le enterraran en el mausoleo de la Casa de Hohenzollern, Federico eligió para sí una parcela en los jardines en terraza de Sanssouci. Federico dejaba escrito que debía ser incinerado a la manera de los antiguos romanos y que sus cenizas debían enterrarse por separado, lejos de su padre y sus antepasados.[99] Por el contrario, eran los emperadores romanos, cuyos bustos se colocaron en lo alto de unas columnas alrededor de la tumba, quienes debían hacerle compañía –y de ellos el más importante era Marco Aurelio–.[100] Federico había leído las *Vidas de los césares* de Suetonio, que relata que los emperadores romanos eran enterrados en bonitos jardines, pero otro modelo era el poeta Horacio, cuyo nombre aparece más de 180 veces en la obra publicada de Federico, y cuyo *Carmen* 2.6 concluye con estas estrofas:

> Allí es larga la primavera,
> Júpiter envía inviernos muy templados,
> y las laderas del Aulón, que festonan las vides,
> y el Aulón, amigo del fértil Baco,
> no tienen que envidiar nada a las uvas de Falerno.
>
> Este sitio, este dichoso refugio te llama juntamente conmigo.
> En él derramarás las lágrimas que
> debes a las calientes cenizas de tu amigo Horacio.[101] †

Lo que hacía posible ese fácil trayecto entre épocas históricas remotas eran los circuitos transtemporales de la fama. La fama de los romanos era como una autopista elevada que conectaba la antigüedad con el presente, pasando por encima de los arrabales escuálidos y violentos de la Edad Media y la guerra de los Treinta Años. La fama era también el puente hacia un futuro remoto, y la única forma de inmortalidad en la que era capaz de creer Federico. Vivir de nuevo en el recuerdo y la admiración de la posteridad pudo ser uno de los deseos más profundos del rey.[102] La búsqueda de la fama, proponía en una «Oda sobre la gloria», escrita en 1734, había sido la principal motivación de los grandes héroes de la antigüedad. La fama a la que aspiraban había sido el «deseo» que «alisó y pulió» los metros de Homero, Virgilio y Voltaire, de la misma forma que era una ardiente pasión para el propio rey.[103] Dirigiéndose a la fama, el príncipe le suplicaba a esta deidad secular «a pesar de una muerte cruel» que

> ¡Oh gloria, en la que confío,
> dígnate aclarar mis acciones!
> Tú puedes, pese a la muerte cruel,
> salvar una débil chispa
> del espíritu que reside en mí:
> que tu mano me abra la barrera,
> y, dispuesto a correr tu carrera,
> quiero vivir y morir por ti.[104] §

Un rasgo llamativo de esas fantasías sobre la fama –que acompañaron al rey durante toda su vida– es que se centraban exclusivamente en la persona del propio rey. Al ordenar que su cuerpo fuera incinerado a la manera de los antiguos y después depositado en el jardín de su «villa», Federico se distanciaba de la práctica convencional de la representación dinástica europea de su época, que tendía a no destacar la individualidad del monarca, sino a encuadrarle en la sucesión de las generaciones de la familia, centrando la atención no en la persona del monarca sino en la dignidad de su cargo y en su familia. Por el contrario, Federico optó por ser enterrado no como un rey, sino como un «filósofo», una pose que se

diferenciaba de todos sus predecesores ancestrales, pero también de la realeza de su época. Cabe hacer la misma observación del palacio de Sanssouci, en cuyas terrazas quiso ser enterrado. Como ha señalado Andreas Pečar, Sanssouci no era una «residencia» –no proyectaba «magnificencia regia ni grandeza dinástica», sino que más bien estaba centrada en «la cultivación personal y el gusto privado»–.[105] De esa forma, también, Federico se resistía a ser incorporado a una narración más grande que él mismo, y por el contrario buscaba refugio en el renombre eterno que la posteridad le debe a una personalidad irrepetible.

Ese distanciamiento de la narrativa grandiosa siguió formando parte, en una medida notable, del culto que surgió en torno a la memoria del rey después de su muerte en 1786. En las décadas de 1780 y 1790 se asistió a una oleada de publicaciones para conmemorar al desaparecido monarca. Pero con diferencia, la que tuvo más trascendencia y éxito fue un compendio en dos tomos de anécdotas sobre el rey fallecido, publicado por Friedrich Nicolai, el editor más influyente de la Ilustración berlinesa.[106] En aquellos jirones aparentemente aleatorios de recuerdo (y el de Nicolai era solo uno de los muchos libros de anécdotas de ese tipo) aparecía el rey cayéndose del caballo, respondiendo a la impertinencia con una agudeza indulgente, olvidándose del nombre de alguien, e imponiéndose a la adversidad a base de puro temple.[107] Al ser concisas y memorables, las anécdotas circularon rápidamente tanto en la cultura oral como en la literaria, de forma muy parecida a como lo hacen los chistes hoy en día. Desbordantes de humanidad, carecían del mínimo atisbo de política y de historia. Al igual que los cuadros de Watteau, las anécdotas de la oleada de recuerdos del rey ofrecían momentos irrepetibles, congelados en el tiempo, que se resistían a ser integrados en la grandiosa narración de la historia.

CONCLUSIÓN

El contraste con la historicidad dinámica del Gran Elector y su historiador de corte, Samuel Pufendorf, difícilmente podría ser más acusado. Pufendorf

había instado a sus contemporáneos a dejar a un lado a los antiguos griegos y romanos y a centrarse en la historia de sus propios tiempos. Había imaginado el Estado como algo que no tenía más remedio que discutir y luchar para abrirse camino hacia la existencia. Para Federico, los antiguos romanos seguían siendo la autoridad más destacada y la fuente de inspiración en el pasado y en el presente, infinitamente superiores a los siglos de fanatismo y de errores religiosos que se habían producido tras la desaparición de la antigüedad romana. Cuando Federico compara su presente con la «barbarie» de la Edad Media, parece un gradualista lineal, pero se trata de una ilusión óptica, como la impresión de que la tierra es plana, algo que únicamente hace posible la inmensa escala de la curvatura del tiempo. Pensaba en el Estado como una necesidad lógica intemporal –no le interesaban las circunstancias históricas por las que había llegado a adquirir su forma actual–. Pufendorf era el teórico de la discontinuidad, Federico aspiraba a integrar incluso los cambios traumáticos en el continuo intemporal de leyes y principios inmutables. El conflicto con las poderosas élites provinciales dominó los horizontes del Gran Elector en el interior de su reino y aportó uno de los temas que impulsaban las historias redactadas por Pufendorf, Loccelius y Hartknoch. Sin embargo, Federico borró esa línea de la historia de su país en su propia nueva versión del relato, eviscerando el marco discursivo esbozado por Pufendorf, y sustituyéndolo por una narrativa cuyo núcleo era inmune a las perturbaciones de la historia.

Ya hemos reflexionado sobre los motivos de aquellas decisiones. La vanidad solipsista, casi patológica, que Jürgen Luh y Andreas Pečar han identificado como un atributo central y dominante de este rey, fue claramente un factor importante. Nadie que insista de un modo tan vehemente en su propia singularidad podría desear que se le integre en las interdependencias de la «historia». Federico valoraba el pasado sobre todo como el almacén de relucientes ejemplos que apelaban a sus propios logros, y resonaban con ellos; lo demás era polvo y trastos viejos, un catálogo de insensateces humanas indignas de ser inmortalizadas o emuladas. Y esas preferencias resonaban con una política social de inmovilidad y conservación, sobre todo con respecto a las noblezas territoriales, que ya no

figuraban como antagonistas provinciales del poder real, sino como el indispensable espinazo social del Estado militar de Federico.

Indudablemente las razones más profundas para tomar aquellas decisiones caían en el ámbito de lo que Judith Butler ha denominado la «vida psíquica del poder». Estamos acostumbrados a pensar en el poder como algo que se nos impone desde fuera. Pero ¿y si en realidad nosotros «nos iniciamos a través de una sumisión primigenia al poder» –el poder, por ejemplo, de nuestros progenitores–? Si, apunta Butler, entendemos el poder como una fuerza de nuestra propia formación como *súbditos*, «el poder no es simplemente aquello a lo que nos oponemos, sino aquello de lo que dependemos para nuestra existencia y que albergamos y conservamos en los seres que somos».[108] No es preciso insistir en la potencial relevancia de esa línea de pensamiento para Federico. Para un hombre que había soportado una infancia y una juventud traumáticas a manos de un padre brutal y sádico, el encuentro con el poder comenzó con el terror de un niño que se encoge de miedo ante su padre, un rey que a su vez era hijo de un rey. En el escenario de un clan dinástico, donde el poder estaba en función del nacimiento y de la herencia, la «historia» se manifestaba en la «línea de vuelo» que se remontaba hacia el pasado de un padre a otro, y a otro.[109] Al negarse a ser enterrado junto a sus antepasados varones, al negarse a engendrar un hijo con la mujer que le fue impuesta por su padre y excluirla de su presencia, al situarse a una distancia prudencial de la estructura del Estado que había construido su padre, al asociarse con el pasado remoto en vez de con el reciente, al imaginarse como una figura singular, sin las ataduras del tiempo, Federico estaba tramando su huida de todos aquellos enredos personales, cuya presa psicológica sobre él nunca aflojaba.

La homosexualidad de Federico es pertinente en estas reflexiones. Federico se deleitaba abiertamente con la belleza física de los hombres que amó, componía poemas celebrando a los héroes que «respondían tanto activa como pasivamente a sus ágiles y atentos amigos», calificaba a Jesucristo como el «Ganímedes del apóstol san Juan», y adornaba sus parques con estatuas de Antínoo y parejas de amantes varones de la antigüedad clásica.[110] Y esas señales iban de la mano de un claro rechazo de

las expectativas heteronormativas, como queda de manifiesto en sus teatrales humillaciones a su esposa no deseada, a la que describía como una «subespecie incorregiblemente avinagrada del sexo femenino». Hacía mucho tiempo que la tradición literaria pastoral que Federico tanto apreciaba se conjugaba con una añoranza homosexual de la manifestación del deseo, libre de limitaciones patriarcales y heteronormativas, en un espacio apartado del tiempo y de la historia.[111] Federico rechazaba deliberadamente el futuro reproductivo de la sucesión dinástica, y por el contrario prefirió invertir en perfeccionar un idilio donde la libertad personal y la abierta sociabilidad de la primera parte de la vida adulta podían mantenerse y profundizarse indefinidamente.[112]

Esas inclinaciones, no del todo privadas, se fundían sin solución de continuidad con una visión más amplia del Estado y su propio poder que era ahistórica, estaba suspendida en la gravedad cero de las leyes eternas y los movimientos cíclicos. Y a su vez esa visión estaba en sintonía con la economía política de un reinado en que la necesidad de poner coto a la autoridad de las élites agrarias tradicionales dio paso a un régimen de «conservación» creado para proteger a esas élites de los cambios sociales desbocados. El distanciamiento del rey de las narraciones locales sobre los conflictos de una época anterior le permitía dejar suspendido su Estado como un cuerpo celeste en el campo gravitatorio de un sistema internacional cuyos movimientos, a pesar de las reiteradas recalibraciones de un equilibrio de poder siempre precario, eran esencialmente inmutables.[113] El resultado fue una tensión no resuelta entre la historicidad gradual que impregnaba la Ilustración tardía y la visión asombrosamente no dinámica del rey respecto a su lugar en el tiempo.

Es indudablemente cierto que Federico, como *historiador*, se anticipó en algunos aspectos a la historiografía política de la Escuela de Borussia, cuyas obras iban a remodelar la historia de Prusia para los alemanes del siglo XIX y principios del XX.[114] El rey asignaba, en una medida mucho mayor que su mentor y maestro Voltaire, una clara prioridad a la historia política y militar. Y su ensayo más famoso, *Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg*, dejó una profunda huella en la

memoria de las generaciones posteriores. La mordaz elegancia de los aforismos del rey («los hombres de genio escasean más en Dinamarca que en cualquier otro lugar»),[115] y lo memorable de los retratos que aparecían en ellos garantizaron a los escritos del rey una intensa vida después de la muerte. De Augusto III, rey de Polonia y Elector de Sajonia, por ejemplo, Federico decía: «La pereza le hizo amable, la vanidad le hizo derrochador, [era] incapaz de todo pensamiento que exigiera combinaciones; aunque carecía totalmente de religión era obediente a su confesor, y aunque era incapaz de amar, fue un esposo sumiso».[116] Sus esbozos del Gran Elector, del primer rey de Prusia, y de su propio padre, entre muchos otros, reverberan por toda la historiografía prusiana de los siglos XIX y XX.

No obstante, sería ir demasiado lejos sugerir que las obras de historia del rey anuncian o ejemplifican la revolución historicista que transformó la conciencia histórica en Alemania y en Europa a finales del siglo XVIII y principios de XIX. Más bien suponen un paso a un lado. La línea de pensamiento con grandes implicaciones filosóficas inaugurada por el Gran Elector y su historiador de corte, y mantenida en distintos sentidos por Federico III de Brandemburgo y I de Prusia y por Federico Guillermo I, se dejaba a un lado porque parecía política y culturalmente anticuada. En su lugar, Federico adoptó un paradigma histórico impreciso y carente de originalidad, y lo adaptó a sus propias preferencias en un sentido que socavaba su coherencia. Fueron los *detalles* del edificio de Federico –los retratos y los aforismos– los que ejercieron una influencia duradera, no la lógica subyacente a su narración. No resultaría fácil integrar a Federico en una secuencia donde las formas modernas y lineales de historicidad sustituyen a las formas recurrentes más antiguas.

En el núcleo de la nueva historiografía que surgió en Prusia a mediados del siglo XIX había una constelación de argumentos que estaba menos en deuda con Federico que con sus predecesores, y específicamente con la construcción hobbesiana que hacía Pufendorf de la trayectoria del Estado de Brandemburgo-Prusia a través de la historia. Leopold von Ranke y Johann Gustav Droysen, dos de los más importantes fundadores de la historiografía decimonónica prusiana, situaban la prolongada lucha entre el ejecutivo del

Elector y los Estados en el centro de sus respectivas historias de Prusia, destacando las interdependencias entre la proyección hacia el interior y hacia el exterior del poder del Estado. Y para Georg Wilhelm Friedrich Hegel, cuya influencia en el desarrollo del pensamiento histórico durante los siglos XIX y XX no fue desdeñable, el antagonismo entre el ejecutivo del príncipe y quienes ejercían corporativamente el poder tradicional, entre la autoridad universal y cada vez más abstracta del Estado, y los aditamentos particularistas de los privilegios provinciales, parecía plasmar de una manera paradigmática el mismísimo movimiento de la propia historia.

---

* Traducción del francés de Jesús Munárriz (N. del T.).

† Traducción del latín de Germán Salinas (N. del T.).

§ Traducción del francés de Jesús Munárriz (N. del T.).

3

Barquero en el río del tiempo

«La corriente del tiempo sigue su curso como debería», le escribía Bismarck a su suegra Luitgard von Puttkamer en 1852, «y si yo intervengo, lo hago porque creo que es mi deber, no porque con ello espere modificar su dirección».[1] Bismarck recurrió reiteradamente a esta metáfora a lo largo de toda su carrera. «El hombre no puede ni crear ni dirigir la corriente del tiempo», solía decirles el estadista jubilado a sus visitantes en su finca de Friedrichsruh. «Tan solo puede viajar sobre ella y dirigirla con mayor o menor habilidad y experiencia».[2] La figura del barquero manejando su embarcación sobre las arremolinadas corrientes del tiempo expresa una sensación del fluir de la historia tan estereotipada en el entorno de Bismarck a mediados del siglo XIX que difícilmente podría caracterizarle como un espíritu inconfundible.

Entre la muerte de Federico II en 1786 y el nombramiento de Bismarck para su elevado cargo público en 1862, la idea de «historia» experimentó un proceso de expansión semántica, sobre todo en los territorios protestantes de la Europa de habla alemana. «La historia», había escrito en 1815 Carl von Savigny, teórico jurídico prusiano, no era una «mera colección de ejemplos», sino más bien «el único camino hacia el verdadero conocimiento de nuestra propia situación».[3] Era una afirmación que habría dejado perplejo a Federico II. A su juicio, al fin y al cabo, la historia era exactamente eso: un almacén de buenos y malos ejemplos. De no serlo, ¿cómo podría aportar conocimiento sobre la situación de uno? La respuesta es, o era, que la palabra «historia» había pasado a denotar, muy por encima de la suma de las cosas, los acontecimientos y las personas que la

componían, un proceso de cambio irreversible que lo abarca todo. Eso no equivale a insinuar que en el pensamiento histórico del siglo XVIII no hubiera conciencia de un cambio trascendental; al contrario: la historiografía de la Ilustración se caracterizaba por un fuerte sentido del desarrollo, a menudo conceptualizado como un viaje a través de una serie de «etapas» que se parecen a los hitos del crecimiento, la maduración, y la senectud en un ser vivo. Pero a Voltaire nunca se le habría ocurrido que podría resultar interesante o útil distinguir, como hacía Hegel en la introducción de su *Filosofía de la historia universal*, entre las incontables secuencias de acciones y acontecimientos que formaban el *contenido* de la historia y la propia historia, un proceso de transformación que lo abarca todo.

Para Hegel, al que Bismarck decía haber leído en su juventud, pero sin llegar a entenderle, la historia, en ese sentido inescrutablemente extenso, poseía una dignidad casi teológica, dado que ponía de manifiesto la huella del progresivo desarrollo de la razón, o del «espíritu» (*Geist*) a lo largo del tiempo. No todo el mundo refrendaba esa equiparación de la historia con el progreso de la razón. Pero Leopold von Ranke, un vehemente adversario del progresismo racionalista de Hegel, afirmaba a pesar de todo que la historia estaba animada desde dentro por un movimiento que impregnaba y abarcaba todos los aspectos de la existencia: El «Espíritu que aparece en el mundo no es de naturaleza conceptual [*begriffmäßig*]; llena todos los límites de su existencia con su presencia; nada en él es accidental, su apariencia se explica en todo».[4] Pese a todas sus diferencias, ambos hombres compartían el punto de vista, primero, de que tenía sentido pensar en la historia en términos de la abstracción de su absoluta totalidad, y segundo, de que esa totalidad era una forma de movimiento animada por una fuerza o un principio inmanente.[5]

Ese era el meollo de lo que acabó siendo el rasgo distintivo de la conciencia histórica decimonónica. La agitación de las épocas revolucionaria y napoleónica sensibilizaron a los intelectuales del siglo XIX al problema de la discontinuidad y del cambio radical. Los «ejemplos» almacenados en el pasado iban desenfocándose poco a poco, renunciando a

su aspiración a edificar el presente; ahora lo que importaba eran las pautas más amplias del movimiento de la historia, del que eran «producto» todos los fenómenos del mundo humano.[6] En palabras de Ernst Troeltsch, el verbo «devenir» (*werden*) se convirtió en el ingrediente activo de la conciencia histórica de Alemania en el siglo XIX: «El incesante devenir de las cosas históricas [...] no puede imaginarse de forma puramente causal, como un despliegue de acciones humanas discretas; más bien las acciones individuales son aglutinadas por una «unidad del devenir» que fluye a través de ellas, las disuelve unas en las otras, y con ello las hace continuas, [una unidad del devenir] que resulta muy difícil de describir en términos lógicos, pero cuya percepción e intuición es la esencia de la conciencia histórica». La capacidad de ver acciones y acontecimientos específicos no como singularidades, sino disueltos en el violento fluir del devenir, argumentaba Troeltsch, era la facultad más señalada, el «órgano reconocedor» de la historia.[7]

Otto von Bismarck no era ni un historiador ni un filósofo de la historia, pero su pensamiento era histórico en el sentido de Troeltsch. Este capítulo examina esa cualidad de la historicidad. Su núcleo era la constatación fundamental hecha por Bismarck de que las revoluciones de 1848 habían inaugurado una modalidad nueva y turbulenta de política. Él reaccionó a ese estado de las cosas de formas ambiguas. Por un lado, Bismarck desarrolló refinadas técnicas políticas a fin de gestionar las fluctuaciones y la imprevisibilidad de la vida política posrevolucionaria. Centró su atención y la de sus contemporáneos en esos fugaces momentos de oportunidad en los que, en medio de la agitación de los acontecimientos, resultaba posible tomar decisiones. Esta «apoteosis del momento» convertía al estadista en un *decision maker*, en un tomador de decisiones cuya tarea consistía en descifrar constantemente las entrañas del presente.

Pero ese imaginario tomador de decisiones no operaba desde dentro del tumulto de la historia; se alzaba por encima de la refriega, blandiendo una autoridad que procedía de algo inamovible y permanente: el poder de la Corona. Para Bismarck, era el Estado monárquico, con sus estructuras perdurables, lo que evitaba que la variabilidad de la historia degenerara en

puro tumulto, y con ello garantizaba la identidad y la continuidad de la organización política. Cuando el despliegue de las fuerzas participantes en la vida política amenazó con socavar la libertad de acción del Estado, Bismarck recurrió a medidas autoritarias –el estado de excepción o la amenaza de un golpe de Estado– a fin de estabilizar el sistema. Al mismo tiempo, su compromiso con la interacción más o menos libre de las fuerzas políticas y la pervivencia de la estructura del Estado monárquico crearon una tensión en el núcleo de su condición de estadista que Bismarck nunca resolvió.

El capítulo reflexiona sucesivamente sobre estas cuestiones: el legado de 1848; el estado de cambio permanente y el reto de la historia; la relevancia del momento en los discursos cultural y político de mediados del siglo XIX; y el excepcional estatus del Estado monárquico como instrumento para estabilizar el sistema e imaginar su historia. La última parte del capítulo analiza lo que ocurrió cuando el Estado prusiano-alemán consolidado por Bismarck en 1866-1871 se derrumbó al final de la Primera Guerra Mundial, desestabilizando la modalidad de la historicidad centrada en el Estado que había arraigado tan profundamente en la vida cultural de Alemania.

Cuando Bismarck reflexionaba sobre la inmensidad de la historia y la pequeñez de su propia vida dentro de ella, pensaba en ríos y en rápidos torrentes. Pero cuando cavilaba sobre su propia capacidad de anticiparse y controlar el curso de los acontecimientos, era capaz de encontrar otras figuras retóricas menos acuosas. Así pues, este capítulo comienza con algunas reflexiones sobre una de las metáforas primordiales de la política de Bismarck, el ajedrez. Más que cualquier otra metáfora, para Bismarck el ajedrez plasmaba el sentido de lo que significaba intervenir activamente en el fluir de la historia.

EL JUGADOR DE AJEDREZ

Para cualquiera que haya trabajado en la historia de Alemania en el siglo XIX, esta caricatura, publicada en 1875 por la revista satírica *Kladderadatsch*, pertenece al acervo de ilustraciones canónicas de la época de la *Kulturkampf*, de la guerra cultural de la década de 1870 entre la administración prusiano-alemana del canciller Otto von Bismarck y la Iglesia católica de los Estados alemanes, y de Prusia en particular. Vemos al canciller y a su gran antagonista, el papa Pío IX, inclinados sobre un tablero de ajedrez. El papa juega con las negras, en referencia al atuendo negro del clero, pero también a la consabida denigración de los clérigos como *Finsterlinge*, «personajes tenebrosos». Las piezas están identificadas mediante unos rótulos flotantes a la manera característica de las revistas satíricas de la época. Algunas llevan el signo de sección (§) para denotar las leyes, otra porta una bandera blasonada con la palabra «*Klostergesetz*» en alusión a la «*Gesetz zur Auflösung der geistlichen Orden*» de 1875, una ley que excluía del territorio prusiano a las órdenes espirituales de la Iglesia católica. La figura de «Germania» se yergue sobre las demás piezas. Hay una pieza que se asemeja a un tintero, y que aparentemente representa a la prensa. Junto a la mano derecha de Bismarck vemos una caja con las piezas tomadas que lleva el rótulo «Internadas», en alusión al encarcelamiento del personal clerical infractor –un lugar común de los años de la guerra cultural–. Al lado del papa hay unas piezas con el rótulo «Encíclica», «Sílabo» (en referencia al *Sílabo de los errores*, que condenaba las doctrinas del liberalismo moderno) e «Interdicto». El pie de la caricatura sugiere que las blancas están seguras de la victoria. El papa dice: «Ese último movimiento ha sido bastante desagradable para mí, pero la partida aún no está perdida, ¡todavía tengo guardada una jugada muy bonita!». A lo que Bismarck contesta: «Pues entonces ese será vuestro último movimiento, porque en unas pocas jugadas os daré jaque mate, por lo menos en Alemania».[8]

Figura 3.1 Wilhelm Scholz, *Entre Berlín y Roma*: Bismarck y el papa Pío IX libran una guerra cultural sobre el tablero de ajedrez. Imagen satírica de *Kladderadatsch* (1875).
Fuente: Wilhelm Scholz, *Bismarck-Album des Kladderadatsch. Mit dreihundert Zeichungen von W. Scholz* (Berlín, 1890), p. 86. Por cortesía de Cambridge University Library.

Es una de esas caricaturas que prácticamente se interpreta por sí sola, con un campo de referencia tan obvio que no parece haber demasiados motivos para hacerse preguntas más profundas al respecto. Lo que me interesa de ella no es la trabajosa serie de mensajes alegóricos sino la elección del ajedrez como metáfora de la lucha política entre Bismarck y sus adversarios católicos. El ajedrez ha significado muchas cosas durante su larga historia. En la tradición de los libros de caballerías, las partidas de ajedrez eran una oportunidad para los encuentros amorosos, aunque el juego en sí a menudo se veía como una alegoría de la tensión entre el esfuerzo humano y los avatares de la fortuna.[9] Según William Poole, experto en Shakespeare, el ajedrez «durante la Edad Media y el Renacimiento era el símbolo del entretenimiento cortesano y aristocrático, e incluso de la igualdad sexual», aunque también estaba asociado a las apuestas en los

juegos de azar, a la guerra y al libertinaje erótico.[10] A finales del siglo XVI y durante el siglo XVII, a menudo servía como alegoría del conflicto político o moral, y en el siglo XIX como un «juego de la vida», o como una meditación sobre la existencia humana.[11] Pero a partir del último tercio del siglo XIX ya había adquirido además otras connotaciones. En una época en que el ajedrez pasaba por una fase de profesionalización, con torneos internacionales cada vez más formalizados, y con una estructura de asociaciones cada vez más extensa y estandarizada, el juego era apreciado sobre todo por su complejidad lógica, por su intensidad estratégica y por su capacidad de generar situaciones siempre nuevas.

En un artículo publicado en el *Chess Player's Chronicle* en 1878, Edwin Anthony, un jugador radicado en Hereford, elogiaba «lo inagotable del ajedrez», y ofrecía una justificación matemática de esa afirmación:

> Estimar la cifra real de las formas de realizar siquiera unos pocos movimientos va más allá de cualquier capacidad de cálculo, pero conseguir cierta aproximación a esa cifra es muy sencillo. Si tomamos una variación de cada una de las aperturas, como en la *Synopsis* de Cook, constatamos que el primer jugador tiene una media de 28, 31 y 33 formas de jugar el segundo, tercero y cuarto movimientos respectivamente; y 29, 31 y 33 serían las cifras correspondientes al segundo jugador. Por supuesto, ambos jugadores tienen opción a 20 jugadas en su primer movimiento. Sobre la hipótesis de que la cifra de respuestas disponibles en cada movimiento es siempre la misma, independientemente de cual fuera la jugada anterior, y que las cifras anteriores arrojan esos números, el número de formas posibles de jugar únicamente los cuatro primeros movimientos por cada jugador sería 318.979.564.000.

Incluso teniendo en cuenta que la ratio entre el número de movimientos plausibles y el de jugadas posibles solía ser reducido, señalaba Anthony, la variedad de las jugadas seguía siendo enorme. Extrapolando este razonamiento a los diez primeros movimientos de cualquier partida, el número de formas de jugarlos ascendía a la vertiginosa cifra de 169.518.829.100.544.000.000.000.000.000, que el autor admitía que probablemente era una estimación a la baja. Si uno imaginaba esa cifra como una secuencia de acciones a lo largo del tiempo, las implicaciones resultaban mareantes. «Considerando que la población del mundo entero asciende a 1.483 millones de personas (estimación de Levasseur), harían

falta más de 217.000 millones de años para realizarlas todas, incluso aunque cada hombre, cada mujer y cada niño sobre la faz de la tierra jugaran sin cesar durante ese enorme periodo de tiempo al ritmo de una partida por minuto sin repetir ninguna».[12] Ese tipo de cálculos son típicos del discurso de aquella época, que hacía hincapié en la cualidad infinita y siempre cambiante del juego. En *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, de Lewis Carroll, publicado en 1872, Alicia descubre, desde lo alto de una colina, todo un paisaje dividido mediante setos en parcelas cuadradas, como un tablero de ajedrez que se extiende más allá del horizonte, y exclama: «Es una grande, inmensa partida de ajedrez la que se está jugando por todo el mundo».[13] En 1889, el titular de lo que a la sazón se denominaba «la supremacía en ajedrez», y el jugador que a todos los efectos fue el primer campeón mundial indiscutido de ajedrez, el austriaco (y más tarde estadounidense) Wilhelm Steinitz observaba que «la infinita variedad de posibles combinaciones al jugar una partida brinda oportunidades para el ejercicio, y por consiguiente el entrenamiento, de las facultades tanto lógicas como imaginativas de la mente».[14] La complejidad del juego hacía que el ejercicio de anticipación fuera esencial y a la vez resultara imposible, una tensión plasmada en el paradójico alarde de la Reina Blanca cuando presume ante Alicia de que su memoria funcionaba «en ambas direcciones», de modo que ella, a diferencia de Alicia, podía recordar cosas que aún no habían ocurrido.[15] El ajedrez estaba en constante cambio y al mismo tiempo se componía de una larga cadena de momentos de decisión discretos, cada uno de los cuales podía dar un vuelco a toda la partida –un rasgo del juego que se sustancia en el estudio de los «problemas» de ajedrez, que son el asunto de una rama especializada de la literatura sobre el juego–. Y el ajedrez era apreciado por la forma en que –en palabras de Steinitz– «ofrecía la posibilidad de poner a prueba la habilidad mental, libre de los elementos del azar»; a ese respecto, era bastante diferente de los juegos de cartas, por ejemplo, y «totalmente inapropiado para las apuestas».[16]

Steinitz, elogiado por sus contemporáneos alemanes como «el Moltke del tablero», era conocido por la contundencia y la flexibilidad de su juego, unas facultades que le permitieron despachar a sus celebrados maestros

rivales de la época: Zukertort, Blackburne, Chigorin y Gunzberg. A Steinitz le gustaban las aperturas con las que poder conseguir en el centro del tablero «una posición fuerte e inexpugnable». Sin embargo, como señala su sobrino bisnieto Kurt Landsberger, el editor de sus papeles, también era famoso por su «maravillosa habilidad para intentar evitar la derrota en posiciones aparentemente desesperadas». Y recordaba una famosa partida contra su némesis, Emanuel Lasker, en la que Steinitz «se encontraba acorralado, pero, mediante un despliegue de operaciones defensivas, intentó un audaz ataque a expensas del material y maniobró sus fuerzas con tal vigor que pocos jugadores habrían podido resistirlo».[17]

El uso de la palabra «fuerzas» resulta interesante aquí porque nos lleva al meollo de lo que en aquella época se pensaba que ocurría sobre el tablero de ajedrez. En los manuales del siglo XIX, las piezas eran denominadas no solo como tales a título individual (*Klötze*) sino también como «fuerzas» (*Kräfte*), que encarnaban un principio de movimiento y de presión. Las combinaciones, muy analizadas en la literatura ajedrecística, eran configuraciones de *fuerzas* cuyo cometido era empujar al adversario hacia una posición de vulnerabilidad.

Wilhelm Steinitz no solo era famoso por haber mantenido la supremacía durante tanto tiempo, sino porque se le reconoció el mérito de haber aportado una nueva base a la teoría del ajedrez.[18] Steinitz organizaba su estrategia alrededor de la idea de que era posible llevar adelante un juego satisfactorio no mediante un plan extrínseco a la propia partida, sino por una «evaluación» clarividente del equilibrio de las fuerzas sobre el tablero en cualquier momento. Su mayor logro fue abstraer el discurso del ajedrez del concepto romántico de la genialidad, centrado en la pericia mental de unos jugadores destacados, y por el contrario lo enfocó, en palabras de Emanuel Lasker, el maestro que desafió a Steinitz y acabó arrebatándole el título mundial, en «la fuerza de las piezas, la fuerza de su cooperación», cuya interacción se asemejaba a esos «vectores, denominados fuerzas», que pueden encontrarse en las páginas de los «libros de matemáticas».[19] Steinitz siguió siendo «el máximo representante de la tendencia científica en ajedrez», pero su rigurosa forma de entender el juego como una especie de

encarnación de la física nunca llegó a reemplazar del todo la antigua admiración «romántica» de las jugadas atrevidas y las combinaciones inesperadas. El discurso del ajedrez siguió caracterizándose por una tensión no resuelta entre la tarea de discernir una «razón» objetiva intrínseca del juego y el aprecio por las jugadas fortuitas y las audaces manifestaciones de la intuición y la voluntad.[20] La escalada retórica que tenía lugar en torno a una partida que daba la impresión de requerir «todas las cualidades del luchador: fuerza, criterio, escrupulosidad [y] una valentía que no se deja intimidar» contribuye a explicar por qué el ajedrez fue adoptado de una forma tan generalizada como metáfora de la política, sirviendo a la vez como «argumento a favor de la necesidad de orden social» y como la encarnación lúdica del principio agonístico.[21]

La analogía del ajedrez resultaba natural en aquellos observadores de mediados del siglo XIX que intentaban definir las cualidades de Bismarck como político. «No olvide», le escribía el enviado británico sir Robert Morier a Odo Russell, futuro embajador británico ante el Imperio Alemán, en septiembre de 1870, «que Bismarck está formado por dos individuos, un colosal jugador de ajedrez que domina las combinaciones más osadas, y con el ojo más rápido para la combinación adecuada en el momento oportuno, y que está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso su *odio personal*, al éxito de su juego; *y* un individuo con las antipatías más extrañas y aún más fuertes, dispuesto a sacrificarlo todo excepto sus combinaciones».[22] El poema «Una victoria en ajedrez: una fábula oriental», de Horst Kohl, publicado en *Kladderadatsch* en marzo de 1866, describe una partida de ajedrez entre un temperamental «gran visir», y un sólido hombre del pueblo (*Bürgersmann*); viendo que tiene la partida perdida, el visir barre de un manotazo las piezas del tablero y se las tira a la cabeza a su adversario, gritando: «¡Ahora he ganado la partida!» –el poema era una referencia en clave al encarnizado conflicto entre Bismarck y el movimiento progresista del Parlamento–.[23] Paul Kayser, director del Departamento Colonial del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, observaba que la amenaza de Bismarck, durante el conflicto con el káiser Guillermo II que puso fin a su carrera, de desatar una crisis y después suspender el Reichstag en su forma actual fue «la jugada

más magistral de toda la partida de ajedrez; para el rey significa jaque mate».[24]

Bismarck, cuya madre, Wilhelmine Mencken, era, según decían, una extraordinaria jugadora de ajedrez, a menudo se aplicaba la analogía a sí mismo y a las situaciones que tenía que afrontar como estadista. En sus memorias hablaba de las «jugadas de ajedrez político» de la diplomacia rusa cuando Bismarck estuvo destinado en San Petersburgo.[25] La Convención de Alvensleben de 1863, por la que Prusia y Rusia acordaban cooperar en la represión de la actividad insurreccional polaca, fue una «exitosa jugada de ajedrez», por la que Bismarck fue capaz de «decidir la partida [de ajedrez] que los antipolacos monárquicos y los elementos polonófilos y paneslavos del Gobierno ruso estaban jugando entre ellos en aquel momento».[26] Otros pasajes distinguían entre las iniciativas «serias» y las «meras jugadas de ajedrez diplomático», utilizaban el término neutralmente para designar las iniciativas políticas interiores o exteriores de cualquier tipo, o lo usaban para describir las maniobras tácticas concebidas para ponerle a él o a un adversario en desventaja.[27]

Estos ejemplos reflejaban los significados convencionales de la metáfora, pero también había otros pasajes donde Bismarck explotaba la analogía del ajedrez con más profundidad para poner de manifiesto la estructura interior de su razonamiento político. En una de las cartas de la famosa serie que intercambió con su antiguo amigo y patrocinador, el conservador Leopold von Gerlach, Bismarck insistía en que en materia de relaciones exteriores, resultaba crucial mantener siempre todas las opciones abiertas, aunque hubiera de por medio una alianza o un acuerdo de algún tipo con el usurpador francés Napoleón III: «Debo mantener abierta esa posibilidad», escribía, «porque no se puede jugar al ajedrez si 16 de las 64 casillas están vetadas ya desde el principio».[28] Bismarck recurría a esa misma analogía en sus memorias cuando defendía la política de aproximación con Austria tras la victoria de 1866. Causar graves daños a Austria, argumentaba, habría generado un espíritu de revancha en el enemigo derrotado: era mucho más sensato «conservar la posibilidad de reconciliarnos con nuestro actual adversario» y «ver al Estado austriaco

como una pieza del tablero de ajedrez europeo, y una reanudación de las buenas relaciones con él como una baza de reserva».[29]

Bismarck no aclara exactamente en ningún momento en sus *Pensamientos y recuerdos* lo que quería decir al desplegar la metáfora del ajedrez para transmitir su forma de entender la política. Pero está muy cerca de explicitarlo en un interesante pasaje de su correspondencia con Leopold von Gerlach en 1857. En ese intercambio de cartas, Gerlach protesta contra una política que no hace ninguna distinción entre los poderes legitimados por la herencia y la tradición, y esas soberanías creadas artificialmente, como el trono imperial de Luis Napoleón III, forjado en las llamas satánicas de la revolución. Bismarck le responde con un fascinante panorama general de las culturas políticas de la época: ¿qué Estado, se pregunta, no está anclado en una agitación revolucionaria? ¿Estados Unidos? ¿Gran Bretaña, que debe su forma actual a las revoluciones de 1641 y 1688? A continuación Bismarck dice que la raíz del error de Gerlach no consiste en que no haya sido capaz de reconocer esos rasgos del mundo moderno, sino más bien en su equivocada forma de entender su lógica subyacente: «Yo también reconozco como principio la lucha contra la Revolución, pero no me parece correcto considerar a Luis Napoleón el único representante de la Revolución, y ni tan siquiera su representante por excelencia, y no creo que sea posible aplicar ese principio *como tal* en las políticas, de forma que incluso sus más remotas consecuencias pesan más que cualquier otra consideración, que en cierto sentido representa el único palo de triunfo de la baraja, cuyas cartas de valor más bajo pueden ganar una baza frente a cualquier carta de otro palo».[30] Aquí lo interesante es el contraste implícito con el ajedrez. En el juego de naipes al que alude esta carta –probablemente Bismarck se refiere al whist–, el azar establece que un determinado palo sea triunfo, y que ese palo pueda más que las cartas de cualquier otro, independientemente de su valor. El ajedrez es justamente lo contrario. Las piezas que hay sobre el tablero no se cancelan mutuamente, se mantienen en equilibrio unas con otras. Y cada pieza es una fuerza que hay que tener en cuenta: incluso un peón puede comerse al rey.

La fuerza cuyas cartas a Leopold von Gerlach le habría gustado echar de la partida con el palo de triunfo era la revolución. Gerlach era un conservador sutil e inteligente, pero frente a los acontecimientos de 1848 respondió como un reaccionario, imaginando que era posible rebobinar la historia y conseguir que la revolución no hubiera ocurrido. Bismarck veía las cosas de una forma diferente: para él, los cambios que trajo consigo la revolución de 1848 eran irreversibles. Había que aceptarlos. Es cierto que Bismarck no sentía la mínima simpatía por los defensores de la revolución. Su actitud frente a los acontecimientos que se produjeron en Berlín durante los días de marzo de 1848 ha quedado plasmada en una escena emblemática, y posiblemente apócrifa de sus memorias. En dicha escena, Bismarck les propone a los campesinos de su hacienda –con el aplauso general– que se armen, marchen sobre Berlín y «liberen al rey» de las garras de los insurrectos de la capital.[31] En otra escena de las memorias, Bismarck recordaba una reunión en Berlín, en el punto álgido de los días de marzo, con los generales Prittwitz y Möllendorf. Cuando se planteó la pregunta de qué había que hacer, supuestamente Bismarck se sentó al piano, y traviesamente tocó las notas de la marcha de ataque de la infantería.[32]

No obstante, a pesar del desprecio que sentía por los autores del tumulto en las calles de las ciudades alemanas en 1848, y de su innegable apego por la cultura política monárquica de la «vieja Prusia», Bismarck se adaptó rápidamente a las nuevas condiciones creadas por los sucesos de marzo. En un discurso que pronunció en Berlín ante la Dieta unificada reunida de nuevo el 2 de abril de 1848, Bismarck habló a propósito de una moción que proponía que la Cámara diera las gracias a los revolucionarios por sus logros en marzo de 1848. Afirmó que, como era natural, él no podía apoyar esa moción. Le horrorizaba aquel ataque contra el orden monárquico. Pero eso no equivalía a negarse a aceptar la autoridad del nuevo Gobierno. Por el contrario, Bismarck dejó bien claro que aceptaba el programa del nuevo Gobierno como «un programa de futuro». Y añadió que lo aceptaba no

porque quisiera, sino porque se veía obligado a hacerlo por lo que él que denominaba la «fuerza de las circunstancias» (*Drang der Umstände*). Sin embargo, también reconocía que «este Ministerio es el único que puede sacarnos de la situación actual para pasar a un estado de las cosas ordenado y respetuoso de la ley».[33] El efecto teatral de aquellas palabras se vio intensificado, si hemos de creer lo que dicen las memorias, por el hecho de que se retiró del estrado sollozando. El historiador Heinz Wolter describía acertadamente aquel discurso como «la canción fúnebre de Bismarck por la vieja Prusia».[34] En una carta que escribió para un periódico de Brandemburgo a finales de abril, Bismarck volvía a acertar en el blanco con su mensaje. Nadie, insistía, debía tener miedo de que la élite terrateniente del Elba Oriental se opusiera, en nombre de una restauración del Antiguo Régimen, a la marcha hacia delante de los acontecimientos: «Como cualquier persona sensata, el terrateniente reconocerá que carece de sentido y resulta imposible detener el fluir del tiempo o ponerle diques de contención».[35]

En otras palabras, Bismarck se apresuró a reconocer el nuevo orden político inaugurado por la revolución. Pero ¿qué quería decir eso exactamente? El legado de la revolución en Prusia era complejo. Por un lado, las reformas políticas promulgadas durante la agitación revolucionaria y después –sobre todo, una Constitución y un Parlamento, elecciones nacionales y una prensa relativamente libre y crítica, por lo menos conforme a los estándares del régimen de censura anteriores a marzo– crearon una nueva Prusia, donde la vida política se ampliaba para incluir un abanico de fuerzas sin precedentes. Por otro lado, la contrarrevolución del otoño y del invierno de 1848 interrumpió el proceso de democratización iniciado por las sublevaciones de la primavera anterior, y consolidó el poder del ejecutivo monárquico. A fin de comprender el efecto de 1848 en la historicidad de Bismarck, tenemos que fijarnos en los dos rasgos de la transformación ocurrida durante aquel año: la consolidación del poder del Estado y la apertura de la política a la interacción de los intereses en el Parlamento y en la sociedad.

El hecho que define la Constitución prusiana del 5 de diciembre de 1848, la primera en la historia del Reino, es que no le fue impuesta al Gobierno por una asamblea electiva, sino concedida o «impuesta» (*oktroyiert*) por la Corona. Por supuesto, la nueva Constitución tenía muchas cosas en común con los borradores redactados por los progresistas prusianos de la Asamblea Nacional revolucionaria en Berlín durante la primavera y el verano, pero no se promulgaba en virtud de la autoridad de la Cámara. Para cuando apareció la Constitución, las tropas del ejército del rey habían disuelto por la fuerza la Asamblea y habían obligado a sus diputados a irse a su casa. «Cuando una Constitución es promulgada de forma unilateral por un príncipe», argumentaba posteriormente el abogado constitucionalista Carl Schmitt, esa Constitución «está basada más allá de toda duda en el poder constituyente del príncipe. [...] O bien el príncipe, actuando sobre la base del principio monárquico, promulga una Constitución en virtud de la plenitud de su poder estatal, o bien la Constitución se basa en un acto constituyente del pueblo, es decir, en el principio democrático. Dado que son radicalmente opuestos, estos dos principios no pueden mezclarse entre sí».[36] El problema quedó hábilmente plasmado en una caricatura política de la época titulada «La forma prusiana de promulgar una Constitución»; en ella se veía al rey y a sus ministros disparando la Constitución a cañonazos contra la multitud.

La Corona prusiana (es decir, el rey y la camarilla conservadora que se congregó alrededor del trono durante la revolución) habría podido desmentir el axioma de Schmitt por el procedimiento de otorgar una Constitución que verdaderamente concediera al Parlamento una parte de la soberanía. Por el contrario, la Corona colocó en el núcleo de la Constitución un artículo que autorizaba al ejecutivo a promulgar decretos de emergencia (*Verordnungen*) con rango de ley sin la intervención del Parlamento. El apartado 2 del artículo 105 afirmaba que «en casos urgentes, cuando las Cámaras [del Parlamento] no estén en sesión, es posible promulgar decretos con rango de ley». Como ha señalado Günther Grünthal, esa disposición no se incluyó como un mecanismo de seguridad para garantizar la continuidad del Gobierno fuera del periodo de sesiones del Parlamento. Por el contrario,

fue concebida desde un principio para dotar a la Corona de un medio de revisar la Constitución en sentido conservador. Se utilizó el 30 de mayo de 1849 para sustituir la ley electoral democrática promulgada en 1848 por un sufragio plutocrático con tres clases, concebido con la intención de paralizar los intentos de la izquierda de utilizar el Parlamento para ejercer presión sobre el Gobierno.[37] En el ámbito de la fiscalidad, la Constitución de diciembre también inclinaba el terreno de juego a favor del ejecutivo monárquico. El artículo 98 estipulaba que todos los ingresos y gastos del Estado debían ser sometidos por anticipado al Parlamento y aprobados por medio de una ley presupuestaria, y el artículo 60 afirmaba que el rey y el Parlamento eran socios a la hora de ejercer el poder legislativo –hasta ahí, todo bien–.[38] Pero el artículo 108 estipulaba que los impuestos y los gastos acordados para un determinado año se *prorrogaban indefinidamente* hasta que fueran modificados por una nueva ley, una disposición que, en teoría, concedía al Gobierno la potestad de pasar por encima del Parlamento en caso de que no se llegara a un acuerdo presupuestario.[39]

Como ha señalado Hans-Christof Kraus, eso estaba exactamente en consonancia con el punto de vista de los conservadores, que afirmaba que una monarquía que dotara al Parlamento de la potestad de conceder *y* denegar la tributación, sería una monarquía solo de nombre. Cuando la Cámara debatió el asunto el 24 y el 25 de septiembre de 1849, los conservadores se aliaron para defender el artículo 108. Entre ellos estaba un joven Otto von Bismarck, que argumentaba que la Corona prusiana no tenía la mínima obligación de colocarse en la misma posición de impotencia que ocupaba la monarquía británica: «La Corona británica parece tan solo un ornamento decorativo en lo alto de la cúpula del edificio del Estado», afirmaba, «mientras que yo contemplo la nuestra [la Corona prusiana] como su columna central, la que soporta todo el peso».[40] Ese compromiso con el estatus constitucionalmente superior del ejecutivo del Estado monárquico siguió siendo un rasgo primordial de la política de Bismarck. Entre las cambiantes coyunturas de la vida pública, era un elemento permanente, una fuente de cohesión a través del tiempo.[41]

Nada de lo anterior entrañaba que fuera posible revertir o deshacer la revolución. Las fuerzas desatadas en 1848 seguían fluyendo por la vida pública del Estado prusiano, si bien los canales que las conectaban con el ejecutivo político eran estrechos. Un estadista que abrigara la esperanza de abrirse camino en el *Nachmärz* [posmarzo] prusiano tenía que familiarizarse con un nuevo mundo de facciones y elecciones parlamentarias, de campañas, de escándalos políticos, y a menudo de un enconado debate público.[42] La figura crucial a la hora de gestionar el nuevo ordenamiento fue Otto von Manteuffel, un sólido e insulso burócrata de carrera, y ministro-presidente de Prusia desde 1850 hasta 1858. Bismarck se mostraba más bien desdeñoso con Manteuffel en sus memorias y en su correspondencia de la época con sus más estrechos colaboradores, pero es muy posible que la influencia del ministro-presidente sobre los puntos de vista y la técnica de Bismarck en materia de política, que iban evolucionando, fuera más profunda de lo que Bismarck estaba dispuesto a reconocer. Más que ningún otro político, Manteuffel fue quien adaptó la cultura política de Prusia a las realidades de la situación posrevolucionaria. Manteuffel opinaba que el cometido del Gobierno era mediar entre las fuerzas en conflicto de los intereses organizados que constituían la sociedad civil. Reequilibró la política fiscal del Gobierno, suavizando los privilegios de los que gozaba la élite del Elba Oriental. Era impensable, señalaba Manteuffel a los conservadores rurales que se oponían a la reforma fiscal, que el Estado prusiano siguiera gestionándose como «la hacienda rural de un noble».[43] Como ha señalado Anna Ross, Manteuffel atajó constantemente los intentos de la extrema derecha aristocrática romántico-corporativa de urdir una «reacción» que anulara los acontecimientos de 1848.[44]

Además, Manteuffel tomó medidas para garantizar la unidad y la cohesión de la administración central. En 1852 le pidió al rey una orden ministerial estableciendo al ministro-presidente como único conducto para las comunicaciones oficiales entre el ejecutivo y el monarca. Ese importante documento señaló un intento de hacer por fin realidad la unidad de la administración por la que habían luchado los reformadores de la época

napoleónica en la década de 1810.[45] En los años posteriores, bajo la presidencia del Gobierno de Otto von Bismarck, un hombre más implacable y ambicioso, la orden ministerial de 1852 aportó un mecanismo para una concentración de poder suficiente a fin de asegurar cierto grado de unidad entre el Gobierno y la administración; e iba a desempeñar un papel clave en la crisis terminal de la carrera política de Bismarck, sobre la que volveré más adelante.

Lejos de ver en las turbulencias de la nueva política parlamentaria un argumento a favor de un golpe de Estado, Manteuffel las veía como el ancla de su propia autoridad, porque, ¿qué mejor argumento podía haber en defensa del carácter indispensable del ministro-presidente que su capacidad de lidiar con las fuerzas enfrentadas del Landtag? En efecto, en 1853, Leopold Gerlach, uno de los críticos ultraconservadores de Manteuffel, acusó al ministro-presidente de urdir distintas crisis en el Landtag prusiano a fin de convencer al rey de su indispensabilidad, una acusación que posteriormente se formuló (con más justicia) contra Bismarck.[46]

La cuestión subyacente es que Manteuffel aceptaba la dinámica de la situación posrevolucionaria y se centró en desarrollar las herramientas para manejarla con éxito. Entre ellas, la más importante era la gestión de la opinión pública. Manteuffel estaba convencido de que había llegado el momento de avanzar más allá de la relación tradicionalmente contenciosa entre la prensa y el Gobierno, que había sido la norma antes de 1848. Esa aspiración fructificó con la creación, en diciembre de 1850, de la Agencia Central para Asuntos de la Prensa (*Zentralstelle für Pressangelegenheiten*), entre cuyas responsabilidades figuraban la administración de los fondos destinados a subvencionar a la prensa y el cultivo de las «relaciones» con los periódicos nacionales y extranjeros.[47] Durante los primeros años de la década de 1850, la Agencia Central logró crear una red de contactos con la prensa que llegaba hasta lo más profundo de la prensa provincial.

Así pues, la innovación de Manteuffel anunciaba la transición de una forma de control basada en las filtraciones de material de prensa a través de un engorroso aparato de censura a un sistema más sutil de gestión de las noticias y la información.[48] Todo ello era un testimonio elocuente de lo

irreversible de los cambios que trajo consigo 1848. «Cada siglo ha asistido a la entrada de nuevas fuerzas culturales en la esfera de la vida tradicional, unas fuerzas que no debían ser destruidas sino incorporadas», escribía Manteuffel en julio de 1851. «Nuestra generación reconoce la prensa como una fuerza de ese tipo. Su relevancia ha ido en aumento con la mayor participación del pueblo en los asuntos públicos, una participación que en parte es expresada, en parte alimentada y dirigida por la prensa».[49] Manteuffel plasmaba la historicidad de su forma de política posrevolucionaria en un discurso que pronunció con motivo de su elección al Parlamento prusiano a principios de 1849: «¡Los viejos tiempos pasaron y no pueden volver! [...] En aquellos días se popularizó hablar de la reacción. Quien pueda pensar en el restablecimiento de los viejos tiempos es corto de vista. Regresar a las decadentes condiciones del pasado sería como recoger agua con un cedazo».[50] Es imposible pasar por alto las semejanzas con el discurso de Bismarck ante la segunda Dieta unificada el 2 de abril de 1848.

Ese orden posrevolucionario fue el mundo en el que Bismarck aprendió su oficio. Asumió el cargo –su primer cargo remunerado– como representante de Prusia en la Dieta Confederal de Fráncfort en 1851, donde su misión más importante consistió en sobornar a los periodistas y a los directores de periódicos proprusianos con el dinero contante y sonante del Gobierno de Manteuffel. Más tarde se hizo famoso por su gestión de una inmensa red de periodistas y periódicos amigos, a cuyo servicio reclutó a muchos radicales de 1848 desencantados.[51] La relación de Bismarck con 1848 también tenía una dimensión subjetiva y personal. Bismarck no empezó a alinear su imaginación política con el destino de la monarquía y del propio Estado hasta que se produjeron las revoluciones. Durante toda su vida reconoció que la revolución fue la condición habilitante sobre la que se basó su carrera en la vida pública. Al transformar y abrir las estructuras del poder político, la revolución había creado nuevas oportunidades para alguien como él. Nunca habría sido capaz, reconocía en las memorias que escribió tras su jubilación, de emprender una carrera política en «la época anterior a 1848». El joven Bismarck carecía de los contactos sociales que le

habrían colocado en el carril rápido para acceder a un alto cargo político; y carecía de la paciencia y la *Sitzfleisch* [perseverancia] necesarias para recorrer el largo y lento camino de ascenso a través de las jerarquías de la burocracia.[52]

Por debajo de esa claudicación a regañadientes ante la importancia de la revolución hubo un proceso más general de inflación retórica por el que el término «revolución» pasó de denotar un acontecimiento específico del pasado, como la toma de la Bastilla o la caída de Robespierre, a designar un proceso ingobernable que lo abarcaba todo, un principio de la historia universal cuya zona de impacto incluía al conjunto de la humanidad.[53] El teórico político conservador Friedrich Julius Stahl, una influyente figura en el entorno de Bismarck en 1848 y después, se hacía eco de esa transición semántica en una charla que dio en la Universidad de Berlín en 1852, y posteriormente publicada como panfleto. En *¿Qué es la revolución?*, Stahl distinguía entre los simples tumultos y la «revolución»: «¿Revolución significa que el pueblo toma la iniciativa y recurre a la violencia contra las autoridades? ¿Significa lo mismo que sublevación? ¡Rotundamente no! La Revolución no es un único acto singular; es una condición duradera, un nuevo orden de cosas. La sublevación, el derrocamiento de una dinastía, la revocación de la Constitución son cosas que han ocurrido en todas las épocas. Pero la Revolución es el auténtico sello de nuestra era en el contexto de la historia universal».[54] Ampliar el concepto en ese sentido no implicaba *necesariamente* aceptar la legitimidad de las revoluciones de 1848. La Conferencia de Stahl instaba a sus oyentes y lectores a contemplar la política contemporánea a la luz de una drástica opción moral entre venerar las ordenanzas de Dios o someterse al orgullo y al deseo de los simples humanos. Pero para quienes tenían unas inclinaciones menos teocráticas, como Bismarck, la inflación semántica del término «revolución» hacía más fácil encajar los acontecimientos de 1848 en los mecanismos de la historia. Por muy despreciables que pudieran ser (a ojos de Bismarck) los protagonistas reales de la revolución eran los ejecutores de una transformación histórica cuyo carácter irrevocable no se podía negar.

En ningún otro momento Bismarck llegó a formular más elocuentemente su insistencia en el carácter de línea divisoria de la revolución de 1848 como en su disputa terminal con el káiser Guillermo II. Decidido a poner coto al poder de su canciller, el impetuoso nuevo monarca exigió a principios de 1890 que Bismarck le devolviera la orden ministerial de 1852, promulgada para Manteuffel, donde se concedía autoridad al ministro-presidente sobre sus compañeros del Consejo de Ministros. En su carta de dimisión, fechada –curiosamente– el 18 de marzo, el día en que estallaron las revoluciones de 1848 en Berlín, Bismarck respondía a la petición del rey con una sofisticada genealogía histórica de su propio cargo, basada en una explicación de «la génesis y relevancia» de la orden ministerial de 1852. Había sido *propuesta*, señalaba Bismarck, en la primera Dieta unificada de 1847 por el diputado liberal Mevissen. Se introdujo a todos los efectos durante la primavera de 1848, como medio de «garantizar ese grado de unidad y estabilidad» sin el que «la responsabilidad ministerial», tal y como dicta la «esencia de la vida constitucional, no puede ejercerse». Abandonar la concentración del poder ministerial que concedía el soberano en la orden de 1852 únicamente sería posible regresando a la era del absolutismo, sin responsabilidad ministerial. «Pero en virtud del ordenamiento constitucional que prevalece ahora –y con toda la razón– resulta indispensable una autoridad que presida el Consejo de Ministros sobre la base del principio de la Orden de 1852».[55] Puede que esto parezca una invocación puramente oportunista de la historia; al fin y al cabo su cometido era defender su propio cargo como canciller contra un recorte de sus poderes. Pero había más que eso. Desde la década de 1850 Bismarck comprendía que las elevadas estructuras del Estado antaño absolutista estaban empantanadas en un entorno turbulento donde todo estaba en movimiento.

Para Bismarck, escribía Helmuth Wolff, «todas las fuerzas del mundo contemporáneo tenían sus prehistorias, cada una de las cuales otorgaba un conocimiento más profundo sobre su carácter». El razonamiento de Bismarck era de carácter «genético», en el sentido de que centraba su atención en unos «procesos de devenir histórico a los que había que seguir constantemente el rastro en sus constantes fluctuaciones».[56] Consideraba que las potencias europeas se habían embarcado en un viaje cuyo carácter podía dilucidarse haciendo referencia a su pasado. La moderna Inglaterra estaba creciendo en el terreno de la «Gloriosa revolución» de 1688 y de la revolución industrial de finales del siglo XVIII y principios del XIX; Francia todavía seguía debatiéndose por entenderse con las fuerzas que desató la gran revolución de 1789. La autocracia zarista rusa era una consecuencia del viaje hacia la modernidad que había comenzado con Pedro el Grande y Catalina II, pero el movimiento de la disidencia liberal que iba infiltrándose en la sociedad política rusa también estaba arraigado en una profunda historia. La nación polaca nunca había aceptado el veredicto de las particiones de 1772, 1793 y 1795, y no estaba dispuesta a dejar de luchar por el restablecimiento de su categoría de Estado.[57]

Esa modalidad de razonamiento histórico dejó su impronta en la práctica de Bismarck como político. Hemos visto que decía aceptar, al igual que Manteuffel, el efecto transformador de la revolución de 1848. Bismarck comprendía, al igual que Manteuffel, que en la vida política habían entrado nuevas fuerzas cuya interacción debía ser cuidadosamente gestionada ante un futuro desconocido e incognoscible. El liberalismo en sus distintas manifestaciones, el catolicismo político, el movimiento nacionalista, las facciones y coaliciones parlamentarias, la prensa y la opinión pública eran unas herramientas con las que el estadista no tenía más remedio que colaborar. No estaban bajo su control directo. Incluso los conservadores eran perfectamente capaces de seguir por su propio camino: Bismarck se quejaba reiteradamente de la tendencia de la gente del ámbito de la vida

pública a sobrevalorar el control que él podía ejercer sobre la facción conservadora –supuestamente sus aliados ideológicos– en la primera Cámara del Parlamento prusiano.[58] Pero aunque resultara imposible encabezar y controlar esas fuerzas, sí era factible mantenerlas en equilibrio o enfrentarlas entre sí. Y se podía introducir fuerzas nuevas para equilibrar las antiguas.

Gestionar de esa forma el sistema exigía una flexibilidad extrema por parte del tomador de decisiones. De ahí la necesidad, dentro y fuera del país, de las alianzas y las combinaciones en constante cambio, como en el ajedrez. La historicidad de esa forma de entender el poder aparece formulada de una forma tan nítida en sus técnicas y su praxis como en sus declaraciones. Bismarck se distanció conscientemente de las recetas ideológicas de todas las partes interesadas; ningún jugador de ajedrez que sienta una simpatía especial por una de sus piezas, le insinuó Bismarck a Gerlach, podía aspirar a jugar eficazmente.[59] Aunque entre sus amigos figuraban muchos «viejos conservadores» (incluido Gerlach), Bismarck nunca adoptó su política nostálgica y corporativa. Y por otro lado, tampoco era ni podía ser un liberal. Y aunque veneraba el Estado monárquico como un ejecutivo con capacidad de acción autónoma, no le impresionaba el «cuarto estado» de los funcionarios (durante toda su vida, Bismarck mostró cierto desdén por los *Federfuchser* [chupatintas] de la administración).

El resultado de todos estos no alineamientos fue una extraordinaria libertad frente a las limitaciones ideológicas, la capacidad de saltar de un bando a otro, de sorprender a contrapié a sus adversarios, o de aprovecharse de las diferencias entre ellos. Acababa de humillar a los liberales en la crisis constitucional de 1862 cuando ya les estaba ofreciendo una indemnización parlamentaria, para disgusto de sus aliados conservadores. Bismarck colaboró con las fuerzas del liberalismo en contra de los católicos y los conservadores (en la década de 1870) y viceversa (en la de 1880); esgrimió el derecho al voto democrático como un arma contra el liberalismo elitista, consultó a los socialistas sobre la cuestión social y después intentó socavar su posición con el marco de la legislación sobre seguros sociales; desinfló las pretensiones de la oposición nacionalista por el procedimiento de fingir

alinearse con la causa nacionalista. «Hay veces que se debe gobernar de una forma liberal y hay veces que se debe gobernar de una forma dictatorial, afirmó ante el Reichstag en 1883.[60] Su carrera estuvo salpicada por los gritos ahogados de asombro de quienes, tras haber enrolado a Bismarck para su causa un día, veían como este los bombardeaba desde una posición enemiga al día siguiente. El carácter mudable de la política de Bismarck enfurecía a sus aliados y a sus enemigos, que a veces eran los mismos, y los mantenía sobre ascuas. Fue una de las claves de su éxito.

Una de las estrategias más trascendentales de Bismarck fue su decisión de presionar a favor de un Parlamento alemán elegido por sufragio universal. El 10 de junio de 1866, Bismarck propuso que se reorganizara la Confederación Alemana, sin Austria, en torno a un Parlamento nacional y elegido democráticamente. Al justificar su decisión, que desconcertó a sus amigos y a sus enemigos por igual, Bismarck manifestó su confianza en que «en los momentos de decisión, las masas siempre se pondrán de parte del rey»; en otras palabras, que una ampliación del derecho al voto podría contrapesar a los liberales con el lastre del conservadurismo de las masas.[61] Esa suposición no carecía de fundamento: parecía haber sido confirmada por el éxito de la contramovilización conservadora en 1848 y la elección de Luis Napoleón III, aupado a la presidencia de Francia en diciembre de 1848 por cuatro millones de votos, en su mayoría campesinos.[62] Pero con aquella estratagema a Bismarck le salió el tiro por la culata: las masas que ahora entraban en el redil de la política resultaron no ser los deferentes pueblerinos que había imaginado. El primer y más espectacular beneficiario del sufragio universal fue el Partido de Centro, cuyo fenomenal éxito entre los católicos del sur, oeste y este creó un formidable bloque opositor en el Reichstag. Y después iban los socialdemócratas, cuyo sorprendente ascenso a la hegemonía electoral no se pudo impedir ni siquiera mediante una draconiana legislación antisocialista.

En sus memorias, escritas durante la década de 1890, cuando ya eran plenamente apreciables las consecuencias del sufragio universal, Bismarck ofrecía una explicación curiosamente ambigua de aquella política. «La adopción del sufragio universal», escribía, «era un arma en la lucha contra

Austria y otros Estados extranjeros. […] En una lucha de ese tipo, donde es cuestión de vida o muerte, uno no reflexiona sobre las armas, ni sobre los valores que serán destruidos por su empleo». Pero después venía una defensa más basada en los principios: «aún hoy considero que el sufragio universal es un principio justificado, no solo en la teoría, sino también en la práctica». Bismarck argumentaba que eso se debía a que la política moderna era un ejercicio que consistía en equilibrar las fuerzas sociales. Era preciso garantizar los intereses de las «clases más inteligentes», que también tendían a ser las más acomodadas, pero también había que garantizar los del «elemento deseoso», para el que la propiedad era una aspiración, más que una realidad. Sin embargo, los intereses de este último debían satisfacerse sin una «peligrosa aceleración» del cambio político y sin provocar daños en la estructura del Estado. Si el Estado fracasaba en aquel ejercicio de equilibrismo, el resultado sería un «retorno al absolutismo». Y el absolutismo era inviable en el mundo moderno, porque incluso los ejecutivos con los mejores dirigentes necesitaban el correctivo de la «crítica» del público. Y esa crítica tan solo podía provenir de «una prensa libre y de los parlamentos en el sentido moderno». Así pues, la función del Gobierno era interponerse entre el soberano y la Asamblea legislativa, protegiendo el proceso político *tanto* frente a los caprichos de las mayorías populares transitorias *como* frente a las intrigas de las camarillas y los favoritos de la realeza. Las naciones, al fin y al cabo, eran «grandes masas» que estaban obligadas a moverse con inmenso cuidado, «dado que los caminos por los que transitan hacia un futuro desconocido no se han construido con los carriles nivelados».[63]

Estas reflexiones no deberían interpretarse como una sincera exposición de los móviles políticos de Bismarck; aquí tenemos que vérnoslas con un sofisticado ejercicio de autorreivindicación retrospectiva. Lo que importa en el contexto de este análisis es la historicidad de la racionalización. Una locomotora –probablemente podamos llamarla historia– avanzaba lentamente sobre unos carriles, pero unos carriles que se estaban colocando sobre terreno irregular, con destino a un futuro desconocido e incognoscible. El lento y pesado movimiento de la historia estaba

determinado por el equilibrio siempre cambiante de las fuerzas contenidas en su interior. Fuera cual fuera la dirección en la que viajara esa locomotora figurada, difícilmente podríamos encontrar una encarnación más perfecta del tiempo lineal.[64]

Bismarck incorporó esa forma de entender la política como la interacción de fuerzas en la Constitución nacional de Alemania, cuya aparición supervisó entre 1867 y 1871. Se trata de un documento extraordinariamente abierto. Por encima de todo, no hacía ningún esfuerzo serio por crear un Gobierno federal. Si bien determinaba los derechos y las responsabilidades de los diferentes órganos constitucionales (el Bundesrat, el Reichstag, el emperador, el canciller), no decía prácticamente nada sobre quién o qué debía asumir la función de un gobierno, a ese respecto era bastante distinta del borrador de Constitución nacional que redactaron los diputados del Parlamento de Fráncfort en 1848. La Constitución de 1871 fue concebida como marco para una interacción de fuerzas, en la que, al igual que en el ajedrez no se definían más que las reglas básicas del juego, los resultados y la elección de la forma de jugar se dejaban abiertas. Además, la Constitución Federal alemana de 1871, a diferencia de sus anteriores homólogas suiza y estadounidense, no contemplaba un tribunal constitucional. En Alemania, como ha señalado Oliver Haardt, la evolución del sistema federal acabó apoyándose más bien en una caprichosa interacción entre sus partes.[65] La ausencia de un tribunal constitucional reflejaba la forma que tenía Bismarck de entender la Constitución como un instrumento de poder abierto: las estrategias políticas del canciller no debían ser juzgadas ni refrenadas por un árbitro imparcial no ejecutivo que pudiera determinar la dirección básica de la evolución constitucional.

La actitud abierta de Bismarck a la interacción de fuerzas podría sugerir cierta afinidad con el pensamiento realista de Ludwig von Rochau, un influyente teórico del momento posrevolucionario, que en 1853 propuso que los fundamentos de cualquier entendimiento político radicaban, o deberían radicar, en el estudio de «las fuerzas que dan forma, impulsan y transforman el Estado». Al igual que Manteuffel y Bismarck, Rochau veía que la revolución había liberado nuevas fuerzas históricas que no era

posible desterrar del mundo: «[En tiempos recientes] ha surgido una abundante cosecha de juveniles fuerzas sociales, y todas ellas exigen reconocimiento en el seno de la vida del Estado, ya sea a título individual o en combinación. La autoconciencia burguesa [*das bürgerliche Bewußtsein*], la idea de libertad, el sentimiento nacional, la idea de la igualdad de derechos humanos, la política partidista, la prensa: hoy en día para muchos Estados se trata de factores bastante nuevos de la vida social».[66] El realismo de Rochau, como el de Bismarck, tenía sus raíces en la revolución de 1848; era a la vez un intento de explicar el fracaso de aquella revolución y de gestionar las consecuencias de su éxito. Tras aquel momento de agitación, argumentaba Rochau, una política realista debía poseer sensibilidad para los cambios históricos y para las «cambiantes coyunturas de fuerzas políticas y sociales opuestas».[67] Es muy posible que a Bismarck estas observaciones le resultaran afines (no lo sé con seguridad porque, que yo sepa, nunca se pronunció sobre la obra de Rochau). Pero había una diferencia fundamental: Rochau, el teórico de la *Realpolitik*, era un liberal con simpatías radicales para quien el Estado en última instancia estaba subordinado a las fuerzas de la sociedad. La constitución de un Estado, escribía Rochau, estaba «determinada por la relación entre las fuerzas, en parte latentes, y en parte activas, que hay en su seno». Todas las fuerzas sociales tenían derecho a un grado de reconocimiento oficial acorde con su tamaño, «y el poder del Estado en sí está formado exclusivamente por la suma de las fuerzas sociales que el Estado engloba dentro de sí».[68] A Bismarck esta última afirmación le habría parecido abominable. Para el estadista prusiano, el Estado monárquico no era una manifestación, ni un juguete de las fuerzas políticas o sociales, sino la estructura duradera que hacía posible que dichas fuerzas se enfrentaran entre sí sin que todo el sistema se sumiera en el caos.

APOTEOSIS DEL MOMENTO

En el cuadro *La muerte de César*, de Jean-Léon Gérôme, pintado entre 1859 y 1867, el Senado de la antigua Roma se ha convertido en el escenario

de un crimen. Algunos escaños volcados dan fe de que se acaba de producir una pelea. En el primer plano yace un cadáver, envuelto en tela blanca. En el plano medio, un grupo de hombres se dispone a salir de la estancia; todos llevan las espadas levantadas, salvo el último del grupo (¿Bruto?), que todavía no ha levantado su espada, pero que probablemente lo hará muy pronto. Al fondo hay un arco que conduce al exterior, al Foro. El breve recorrido de la mirada desde César asesinado, pasando por los senadores que abandonan la sala hasta el arco inundado de luz es también un viaje al futuro: la noticia de este hecho trascendental pasará de la cámara al Foro, será de conocimiento público, y en última instancia se fundirá con la historia de Roma. El cuadro de Gérôme es una escena cargada de narración, donde las pistas de lo que acaba de trascender y los indicios de lo que pasará a continuación están desperdigados por el lienzo. Es como si el pintor hubiera intentado comprimir más tiempo en el marco del que puede contener lógicamente una imagen estática bidimensional. *La muerte de César* es un cuadro típico del género de «cuadros con argumento», cada vez más abundantes en las exposiciones de las academias europeas entre las décadas de 1840 y 1880, cuando, como ha argumentado Nina Lübbren, las tradiciones de la pintura histórica y la pintura de género se funden para producir imágenes saturadas del tiempo de un momento en concreto.[69]

Figura 3.2. Jean-Léon Gérôme, *La muerte de César* (1867).
Fuente: por gentileza de The Walters Art Museum, Baltimore.

Un rasgo distintivo del ajedrez es que se mide por momentos, en cada uno de los cuales hay implícito un despliegue nuevo e imprevisto de oportunidades y de amenazas. El juego transcurre diacrónicamente, pero también evoluciona en los momentos en que el equilibrio de fuerzas está temporalmente congelado, los momentos en que hay que tomar decisiones sobre el siguiente paso. Lo mismo cabe decir de la concepción que tenía Bismarck de la política: si la condición de estadista significaba gestionar la relación entre unas fuerzas cuyo poder relativo y cuyas relaciones mutuas estaban en constante cambio, el éxito dependía de actuar en coyunturas específicas en las que el alineamiento parecía favorecer, por fugazmente que fuera, una dirección específica de la acción. Los «momentos de decisión» y los «momentos decisivos» (no son términos idénticos) eran los puntos de articulación a partir de los que se construían las egonarraciones políticas de Bismarck. ¿Qué sentido tenía buscar una confrontación militar con Austria a propósito de la creación de una Unión Alemana dominada por Prusia, le preguntaba Bismarck a un colaborador político en otoño de 1850, si uno no tenía la seguridad de contar con el apoyo del monarca en «*el*

momento decisivo»?[70] Era preciso posponer la presentación de una nueva ley de prensa al Reichstag, le dijo Bismarck a Guillermo I en mayo de 1873, «hasta el momento [*Zeitpunkte*] en que la armonización del Código Penal alemán creara una base consistente para el procesamiento y condena de los actos punibles de la prensa».[71] En una carta del verano de 1878 al rey de Baviera, Bismarck reconocía que si el nuevo Reichstag no apoyaba las medidas contra los socialdemócratas, podría ser necesario considerar la posibilidad de una disolución: «Pero yo no creo que *el momento adecuado* para una decisión de ese tipo vaya a presentarse este otoño».[72] En un capítulo sobre las «dinastías y tribus» alemanas, Bismarck observaba que siempre había logrado ganarse el apoyo del monarca prusiano (Guillermo I) al «lado alemán de nuestro desarrollo», porque «*en los momentos decisivos*» Guillermo siempre se había decantado por la causa nacional.[73] En noviembre de 1870, «en el momento en que la cuestión del título imperial era decisiva», fue el extravagante juego de piernas de Bismarck, como él mismo recordaba en sus memorias, lo que había reconciliado al rey de Baviera con el plan de proclamar un «káiser alemán». En este caso, la ventana de oportunidad había sido tan angosta que Bismarck garabateó la carta decisiva utilizando «un papel muy fino y una tinta que no colaboraba», y la envió en mano a la máxima velocidad posible desde Francia, asolada por la guerra, a Hohenschwangau, donde el monarca bávaro estaba en cama con dolor de muelas.[74] Aquí Bismarck venía a decir que hasta el mínimo retraso habría podido cambiar el rumbo de la historia. La idea de que el tiempo de tomar decisiones políticas estaba salpicado de situaciones que creaban determinadas restricciones y oportunidades no era nueva, por supuesto. Al suplicar dinero a sus Estados, el Gran Elector había alegado las exigencias de «las actuales coyunturas» (*gegenwärtigen Conjuncturen*). La diferencia era que en tiempos de Bismarck, la constelación de los asuntos del momento se antojaba mucho más difícil de interpretar o de descifrar, y a la vez parecía cambiar mucho más deprisa, de modo que la presión para intervenir, elegir y decidir pasaba a ser un condicionante existencial.

Al estructurar sus narraciones y su autocomprensión de esa manera, Bismarck estaba formulando la sensibilidad de una época marcada por el ascenso del momento como categoría empírica y hermenéutica. En 1851 el historiador Johann Gustav Droysen sugería que las revoluciones de 1848 tenían algo que ver con ello: al dar rienda suelta a las masas como factor de imprevisibilidad en la vida pública, las revoluciones habían lastrado la política europea con un «miedo al momento» del que ya no había escapatoria.[75] Lejos de abolir el tiempo, como se ha afirmado algunas veces, la transformación revolucionaria de las telecomunicaciones a mediados del siglo otorgaba cada vez más valor a unas unidades de tiempo cada vez más pequeñas, sobre todo en los entornos del mercado, como las bolsas, donde la velocidad de acceso a la información podía conceder una ventaja comercial.[76] Sue Zemka ha argumentado que, a lo largo del siglo XIX, la penetración en todos los ámbitos de la vida de la disciplina del tiempo industrial y del reloj «preparó el escenario para una hiperconciencia de lo momentáneo»; el momento llegaba a desempeñar una función interpretativa más intensa como ventana hacia fuentes de significado ocultas.[77] Ulrich Raulff ha rastreado la proliferación de momentos (de coincidencia, de creación, de comprensión, de decisión, de iluminación, etcétera) como atributos de la conciencia temporal moderna.[78]

Un análisis de las lecturas de ficción de Bismarck queda fuera del cometido de este estudio, pero vale la pena señalar que la *Historia de los Países Bajos Unidos* (1860), de John Lothrop Motley, su amigo más íntimo de toda la vida, era un libro densamente saturado de momentos de decisión, peligro, oportunidad, destino y revelación. En cada capítulo de esta obra, que Bismarck conocía bien, Motley situaba las acciones de sus protagonistas en el marco de unos entornos temporales irrepetibles. El efecto era que se agudizaba la conciencia de la cualidad contingente de toda situación histórica, el carácter limitado en el tiempo de las oportunidades, lo repentino de las amenazas y las simultaneidades, a menudo ocultas para los protagonistas, que revelan el verdadero significado de los acontecimientos.[79] Era Motley el que podía ver y dar sentido a aquellos

momentos, no los actores de su historia; en ese sentido ellos eran producto de la maestría hermenéutica del historiador.

Ese era el elevado punto de vista al que también aspiraba Bismarck. En su discurso del 3 de diciembre de 1850 ante el Parlamento prusiano, Bismarck defendió la decisión de Prusia de abandonar la Unión de Erfurt (dominada por Prusia) y aceptar el restablecimiento de la Confederación Alemana bajo el liderazgo de Austria, esbozado en el Acuerdo de Olmütz hacía tan solo cuatro días. Bismarck rechazó los argumentos de los parlamentarios de mentalidad nacionalista que tachaban el Acuerdo de Olmütz de humillación para Prusia. En asuntos de tanto calado, argumentaba Bismarck, las decisiones del Gobierno prusiano deberían obedecer no a las emociones del público, sino a una fría y precisa evaluación de las amenazas y las exigencias de un momento específico y contingente. ¿Por qué Prusia debería correr el riesgo de tener que recurrir a una guerra en «*un momento en que* nuestros vecinos se alzarán en armas contra nosotros si acudimos armados y a toda prisa a nuestras fronteras, [...] *un momento en que* puede apreciarse un espíritu de confianza [en las autoridades prusianas] en quienes habitualmente la evitan, *un momento en que* cualquier cuestión [...] relativa a la política exterior podría llevar la guerra o la paz en sus entrañas?».

El propósito de Bismarck no era ganar amigos en la asamblea legislativa (el discurso tuvo más bien el efecto contrario), sino recomendarse a sí mismo ante la corte como candidato para un alto cargo en el futuro. Lo interesante es que Bismarck lo hizo por el procedimiento de identificarse no como el defensor de una tendencia o un principio, sino más bien como un intérprete extraordinariamente dotado del momento histórico para la acción.[80] Esa misma idea fue el meollo de sus protestas contra los intentos del alto mando militar de excluirle de los procesos de toma de decisiones durante la guerra de 1870. Para librar satisfactoriamente una guerra hacía falta algo más que la victoria en el campo de batalla, comentaba Bismarck. Gestionar las consecuencias de un conflicto armado más en general requería dotes políticas: «Al fin y al cabo, para poder determinar cuándo *ha surgido el momento adecuado* para iniciar la transición de la guerra a la paz es

imprescindible un conocimiento de la situación europea, un conocimiento que los comandantes militares habitualmente no poseen.[81]

Se podría ampliar mucho esta lista de *Momente*, *Zeitpunkte* y *Augenblicke* –hoy en día la existencia de buscadores en las versiones digitales de las memorias y de gran parte de la correspondencia hace seductoramente fácil localizarlos–. La cuestión subyacente es que esas alusiones a los momentos decisivos –toda su obra está salpicada de ellas– no son ni un rasgo estilístico ni una metáfora. Nos llevan al meollo de la forma en que Bismarck entendía el tiempo de la política. Si la política, dentro del país o en el extranjero, significaba intentar gestionar las interacciones de numerosas variables nacionales e internacionales cuyas relaciones mutuas estaban cambiando constantemente, de ello se deducía que un alto cargo y el poder que conllevaba le correspondían de pleno derecho a la persona que fuera capaz de anticipar, interpretar y aprovechar las coyunturas que brindaban oportunidades para una acción decisiva.

En un mundo mental donde la vida política se desplegaba como una secuencia de momentos críticos cargados de potencial para una acción decisiva, tenía sentido especular sobre los escenarios contrafácticos, donde se escogía un camino diferente o donde no se ofrecía ninguna decisión en absoluto. Por ejemplo, durante su análisis de los sucesos de 1848, Bismarck reflexionaba en sus memorias sobre lo que habría podido suceder si el Gobierno prusiano hubiera logrado, a través de medidas enérgicas e incondicionales, garantizar de inmediato la unidad de Alemania, en vez de esperar las oportunidades que fueron surgiendo durante la década de 1860. Tal vez no sea de extrañar que Bismarck llegara a la conclusión de que menos mal que las cosas tomaron el rumbo que tomaron.[82] Pero de todas formas es interesante que 1848 sirviera de fulcro para esa modulación especulativa de la narración histórica.

En otro pasaje interesante, Bismarck explica el retraso de la unificación alemana por el procedimiento de postular un *proton pseudós*, un término sacado de la lógica aristotélica que denota el punto en que se incorpora una falsa premisa a una deducción, provocando que su conclusión sea falsa, aunque el procedimiento sea correcto en términos formales.[83] En otras

palabras, Bismarck cribó la historia del Estado prusiano, imaginó un árbol de decisiones donde cada paso creaba un nuevo punto de partida, en busca del «giro equivocado» original (*die Gabelung auf den unrichtigen Weg*), una búsqueda que a Federico II le habría parecido carente de significado (salvo, por supuesto, en el contexto de una batalla, donde reconocía que había momentos en que era preciso tomar decisiones de alto riesgo que podían ser cruciales para decidir el resultado),[84] pero también para Pufendorf, que a pesar de todo su interés por las situaciones de toma de decisiones a las que se enfrenta el actor soberano, nunca asignó al «momento de decisión» el mismo papel de asunción de una carga que desempeña en las narraciones de Bismarck. La diferencia entre Bismarck y los estadistas de épocas anteriores, argumentaba, en una floritura para su engrandecimiento típica de él (y anacrónica), era que aquellos (a diferencia de Bismarck) no habían sido capaces de ver y dar sentido a los momentos de posibilidad histórica conforme iban surgiendo.[85]

Al final de su carrera, Bismarck había llegado a ver su trayectoria como una cadena de trascendentales momentos de decisión –y el anciano monarca que había compartido con él tantos de esos momentos claramente estaba de acuerdo–. En una carta del 23 de septiembre de 1887, con motivo del 25.º aniversario del nombramiento de Bismarck como ministro-presidente de Prusia, Guillermo I, ya nonagenario, le daba las gracias por elevar a Prusia a una «categoría por su fama y honor sin precedentes en la historia mundial», y añadía «voy a enviarle, en recuerdo de los últimos veinticinco años, una imagen del edificio donde tuvimos que debatir e implementar tantas decisiones cruciales, y que siempre resuenen en honor y beneficio de Prusia y, cabe esperar, de Alemania».[86] La historia fluía, pero además estaba subdividida en drásticos momentos de decisión. La textura de paradas y arranques del árbol de decisión y el movimiento incesante de la corriente del tiempo eran dos formas de entender el mismo proceso, igual que es posible poner de manifiesto la lógica del ajedrez mediante la reconstrucción de secuencias de juego a lo largo del tiempo y también a través de «problemas» donde al jugador se le presenta un momento postulado de una partida que puede no tener una historia concreta. Helmuth

Wolff estuvo muy cerca de plasmar esa tensión cuando distinguía entre las dimensiones «genética» y «comparativa» del pensamiento histórico de Bismarck.[87] Las líneas de pensamiento genético operaban de una forma acumulativa, diacrónica y metonímica: por ejemplo, las naciones y los movimientos acumulaban atributos a lo largo del tiempo, y poco a poco iban convirtiéndose en lo que eran en aquel momento; las líneas de pensamiento comparativas valoraban y comparaban entre sí las opciones y posibilidades en un despliegue sincrónico. Los dos métodos eran diferentes tan solo de forma conceptual, por supuesto, porque si realmente todo evolucionaba y devenía a distintas velocidades, una buena toma de decisiones exigía no solo sopesar los distintos objetivos y blancos, sino también la capacidad de trabajar simultáneamente en marcos temporales diferentes. Al recordar su papel en la gestión de los vaivenes de la cuestión de Schleswig-Holstein a principios de la década de 1860, Bismarck hablaba de una jerarquía de distintos «planos de acción» (*Abstufungen*) con la que había que contar –hoy las denominaríamos «opciones»– pero cuyos riesgos y beneficios relativos estaban cambiando constantemente.[88] Lo mismo puede decirse de su forma de gestionar la crisis de 1870. En la lista de deseos de Bismarck figuraba alguna forma de unión alemana, cuando estalló una disputa entre Francia y Prusia por la candidatura al trono de España, que había quedado vacante, pero las fechas de ese proceso permanecían abiertas. Una guerra con Francia podía ser bienvenida como catalizador de una resolución acelerada de la cuestión alemana con vistas a una unión. Pero las amenazas de París sin una declaración de guerra también podían resultar útiles, dado que habrían recordado a los Estados del sur de Alemania su precaria situación y, por consiguiente, la necesidad de buscar seguridad en una relación más estrecha con Prusia. Y además había momentos en que Bismarck contemplaba una solución a más largo plazo, totalmente libre de guerras, al problema de la relación de Prusia con el sur de Alemania.[89] En casi todas las iniciativas importantes de su carrera, Bismarck entró en la refriega con una actitud relativamente abierta, no solo respecto a los métodos y las filiaciones, sino también a la secuencia y al momento oportuno de lograr los objetivos.

Bismarck podía tolerar el juego de las fuerzas políticas dentro del país siempre y cuando dispusiera de los medios para poner coto y canalizar los efectos de sus interacciones. De esos medios –al margen de su propia superioridad intelectual, política y táctica, un asunto sobre el que él nunca abrigó serias dudas–, el más importante era su elevada posición dentro de la estructura del Estado monárquico prusiano, y específicamente su íntima relación con la persona del soberano.

Podrían decirse muchas cosas acerca del lugar de la monarquía en la imaginación de Bismarck. En el primer párrafo de sus memorias, Bismarck anunciaba que los esfuerzos de sus maestros de primaria para infundirle un sentimiento nacional alemán nunca llegaron a desplazar su «innato sentimiento monárquico prusiano». «Mis simpatías históricas siempre han estado del lado de la autoridad».[90] En la economía emocional de sus memorias, los encuentros con sus distintos monarcas desempeñan un papel singular, que desatan poderosas oleadas de emoción que no se aprecian en ningún otro lugar. Sus interacciones con el bigotudo patriarca Guillermo I son un estudio de la codependencia a largo plazo.[91]

«Gestionar» era la tarea más apremiante del canciller, no solo por ser una persona designada por el emperador que a veces tenía que arreglárselas sin contar con una mayoría en el Reichstag, sino también porque la imaginación histórica de Bismarck se enmarcaba en un concepto determinado del Estado monárquico como estructura privilegiada situada por encima de la refriega política, por encima de la interacción de fuerzas. El papel constitucionalmente elevado de la unión imperial-federal, anclada en las prerrogativas del rey de Prusia, no era negociable. Era el núcleo duro e inquebrantable de la blanda arcilla de la política. De ahí el fuerte apego retrospectivo de Bismarck al *Machtstaat* de Federico II –Bismarck no tenía ningún deseo de volver a la época del absolutismo; sabía, como hemos visto, que el pasado estaba «muerto y enterrado»–. Pero él estaba convencido de que la *esencia* del antiguo Estado había sobrevivido en la

forma del principio monárquico, es decir de la inviolabilidad de un monarca dotado de unas prerrogativas que en parte permanecían fuera del ámbito del Parlamento. Su primera y principal preocupación cuando recibió en su finca la noticia de la revolución de 1848 fue que el rey «no era libre» –con lo que quería decir no solo que el rey estaba «preso» en la capital de su reino, sino también que el Estado monárquico había renunciado a la independencia política que hacía de él un Estado–. La persona del monarca era mortal (Bismarck asistió al entierro de tres reyes prusianos –dos de ellos emperadores– durante su carrera), pero el Estado era algo eterno. «El relevo de los individuos», escribía en 1882, «es irrelevante. [...] El Estado y sus instituciones únicamente son posibles si se conciben como personalidades permanentes e idénticas».[92]

Mientras que el Estado como actor que ejercía el poder (*Machtstaat*) era permanente e inalterable, el ordenamiento constitucional específico que sostenía su vida política era contingente y negociable. La forma de pensar de Bismarck sobre la relación entre ambos queda de manifiesto a raíz de un episodio ocurrido en 1858. Un derrame cerebral había incapacitado al rey Federico Guillermo IV, y dado que el monarca enfermo no tenía hijos, el ascenso al trono de su hermano menor, el príncipe Guillermo, parecía inminente. Guillermo acariciaba la posibilidad de utilizar su ascenso para recuperar con uñas y dientes una pequeña parte del terreno constitucional que había cedido la monarquía a raíz de la revolución. Le planteó a Bismarck la posibilidad de exigir una revisión de la Constitución como condición para su ascenso al trono. A fin de cuentas, ¿por qué debía aceptar incondicionalmente un acuerdo del que él no había participado?

Antes de examinar la respuesta de Bismarck, deberíamos recordar que durante los días de marzo de 1848, el príncipe Guillermo de Prusia se había destacado como uno de los reaccionarios más vehementes de los círculos próximos al rey, pues insistía en que las cargas de infantería y la mano dura eran la mejor respuesta a la agitación política de las calles. En efecto, fue tan categórico a la hora de exigir medidas enérgicas que el rey le envió a Inglaterra para que se serenase. Sin embargo, una vez que se apagó el *shock* inicial de la primera sublevación, el príncipe se apresuró a adaptarse a las

exigencias de la nueva situación. «¡Lo pasado, pasado!», escribía Guillermo en una extraordinaria carta al nuevo Gobierno liberal de Berlín, presidido por Ludolf Camphausen tan solo tres semanas después de los sucesos de marzo. «No es posible restablecer nada; ¡que se abandone todo intento de lograrlo!». Ahora el «deber de todo patriota» era «ayudar a construir la nueva Prusia».[93] El antiguo «príncipe de la mano dura» regresó de Gran Bretaña durante el verano de 1848 dispuesto a trabajar dentro del orden posrevolucionario.

A partir de mediados de la década de 1850, el príncipe heredero se había integrado en la facción liberal de la corte. Quería que una de sus primeras medidas nada más llegar al poder fuera destituir a Manteuffel y a sus ministros conservadores y sustituirlos por liberales, introduciendo lo que vino en llamarse la «Nueva Era». Y sin embargo, en 1858, a medida que se aproximaba el momento de establecer una regencia, el príncipe se sentía cada vez más atraído por la idea de utilizar la transición para reforzar su propia hegemonía constitucional a través de una revisión coactiva de la Constitución. Cuando el príncipe le pidió consejo sobre la medida, Bismarck se pronunció en contra de ella, alegando que no se trataba simplemente de un asunto de derecho familiar dinástico, sino de una cuestión de política y de estabilidad del Estado. Pero su rechazo a la propuesta del príncipe era puramente táctico, estaba en función de la situación política del momento:

> Yo dije que el rechazo de la Constitución podía justificarse si se tratara de un caso en que rigiera el derecho feudal, según el cual un heredero está obligado por las disposiciones de su padre, pero no por las de un hermano. Pero por motivos políticos yo le aconsejé que no tocara el asunto y no causara incertidumbre acerca de la situación de nuestro Estado que se produciría incluso a raíz de un rechazo parcial. Sería un error despertar temores a un cambio de sistema cada vez que accediera al trono un nuevo monarca. [...] Yo partía de la premisa de que las cuestiones constitucionales estaban subordinadas a las necesidades del país y de su posición política en el contexto de Alemania, y que *por el momento* no había ninguna necesidad apremiante de alterar nuestra [Constitución], que *por ahora* la principal consideración era la cuestión del poder y de la cohesión interna.[94]

Por otra parte, siempre que pensó que el poder y la autonomía del Estado monárquico estaban amenazados, Bismarck estuvo dispuesto a hacer caso omiso de la Constitución, o a reiniciarla conforme a unas líneas más favorables al ejercicio sin trabas de las prerrogativas monárquicas. Esa forma de pensar se remontaba a la entrada en vigor de la Constitución prusiana de 1848, en la que, como veíamos, los conservadores implantaron algunas disposiciones que permitían que la Constitución se utilizara en contra de sí misma. En la crisis de 1862-1863, cuando el Gobierno prusiano se enfrentó a la mayoría liberal del Landtag a propósito de la reforma de la financiación de las Fuerzas Armadas, Bismarck invocó la «teoría del vacío jurídico» (*Lückentheorie*), arguyendo que en ausencia de una disposición en sentido contrario, el Gobierno podía seguir recaudando impuestos y gobernando con legitimidad si no se llegaba a un acuerdo presupuestario con el Parlamento –esta línea argumental había sido formulada por primera vez por los conservadores en el contexto de los debates constitucionales de 1849-1851–.[95] Tras no lograr ganar el apoyo de la Cámara a la causa del Gobierno, Bismarck promulgó una serie de reformas militares y recaudó impuestos sin la aprobación del Parlamento. Se utilizaron medidas de dudosa constitucionalidad para reprimir la disensión, como por ejemplo represalias contra los diputados liberales (en contravención del artículo 84, que concedía inmunidad parlamentaria) y medidas represivas contra la prensa de la oposición, lanzadas bajo la endeble cobertura de un artículo, el 63, que otorgaba al rey la potestad de promulgar decretos cuando se viera en la «urgente» necesidad de hacerlo «para el mantenimiento de la seguridad pública o la solución de una emergencia inusual». En 1863, Bismarck habló reiteradamente de abolir la ley electoral, e incluso de poner en marcha un golpe de Estado.[96] Si, como le dijo al ministro de la Casa Real, Alexander von Schleinitz, la Constitución vigente y la monarquía prusiana eran «irreconciliables», de ello se desprendía que era preciso sacrificar la primera para proteger la segunda. Fueron los inesperados triunfos de la guerra de los Ducados de 1864 los que salvaron a Bismarck de los incalculables riesgos de ese rumbo, al tiempo que rescataron su carrera y su prestigio histórico.

A partir de 1867-1871, la nueva Constitución imperial fue una creación del propio Bismarck, más que un ordenamiento heredado de sus predecesores. Y sin embargo, en 1889-1890, durante la crisis terminal de su carrera, Bismarck volvió a contemplar una vez más la posibilidad de restablecer la independencia del ejecutivo (y en particular de su propio cargo) por el procedimiento de cerrar el Parlamento y alterar unilateralmente la ley electoral. En aquella ocasión, Bismarck se justificó invocando la teoría de que dado que la Constitución se basaba en un acuerdo entre los distintos dirigentes, más que en las acciones de los gobiernos del Estado, era perfectamente permisible revisarla únicamente con el acuerdo de los príncipes.[97]

Se trataba de la teoría del «golpe de Estado legal». Nunca se aplicó en una ofensiva política contra la Constitución, pero pone de relieve las limitaciones de lo que en otras circunstancias podría parecer una benigna visión por parte de Bismarck del despliegue de la historia a través de la interacción de fuerzas. En momentos de crisis, Bismarck estaba dispuesto, al igual que el gran visir del poema de Horst Kohl, a volcar el tablero de ajedrez y arrojarle las piezas a su adversario. Y eso a pesar de sus piadosos sermones al joven káiser Guillermo II sobre la imposibilidad de volver al «absolutismo». La visión de Bismarck de las fuerzas rivales que daban forma a la vida histórica de un Estado constitucional moderno era ideológicamente estrecha. A menudo, y con facilidad, Bismarck refundía la oposición a sus políticas con una amenaza radical al sistema en su conjunto. Denunciaba a los católicos como agentes «sin patria» de una soberanía extranjera. Daba la impresión, afirmaba en una carta alucinante al rey Luis de Baviera, de que las fuerzas unidas en torno al Partido de Centro tal vez luchaban bajo los estandartes del papado, «pero todos ellos eran enemigos del Estado, aunque la bandera del catolicismo dejara de ampararlos; la asociación [del Centro] con los progresistas y los socialistas obedecía a su hostilidad hacia el Estado».[98]

Bismarck nunca les concedió a los socialdemócratas un lugar legítimo en el escenario político. El espectacular aumento del apoyo a la socialdemocracia, a pesar de las drásticas medidas promulgadas contra el

Partido y sus cuadros, llevaron a Bismarck a considerar la posibilidad de utilizar los poderes de emergencia previstos en el artículo 28 de la Constitución para declarar un estado de excepción permanente, durante el cual los socialdemócratas serían definitivamente extirpados del cuerpo político.[99] «Actualmente, en mayor medida que cualquier país extranjero», escribía Bismarck en el polémico tercer tomo «suprimido» de sus memorias, que no se publicó hasta 1922, «la socialdemocracia [suponía] una amenaza de guerra para la monarquía y el Estado, y debería contemplarse como una cuestión interna de guerra y poder, no como una cuestión jurídica».[100] Resulta dudoso, teniendo en cuenta el estado de la opinión pública, el escepticismo del nuevo káiser, y las estructuras cada vez más sólidas del *Rechtsstaat* [Estado constitucional] alemán, que alguna vez Bismarck llegara a aplicar esa línea de pensamiento; fue destituido del cargo antes de poder intentarlo.

Aquellas maniobras a la desesperada para proteger su creación apuntan a una aporía en el núcleo de la historicidad de Bismarck. La historia de Bismarck era evolutiva, pero no progresista. Como dijo Ernst Troeltsch, la idea de progreso era «una secularización de la escatología cristiana, la idea de una meta universal y definitiva a la que debe llegar todo el género humano, trasladada desde la esfera de los milagros y la trascendencia a la esfera de la explicación natural y la inmanencia. El concepto de desarrollo histórico, por el contrario, alude simplemente a la cualidad del movimiento y el estado de cambio permanente de la historia en sí misma».[101] El pensamiento histórico de Bismarck carecía de ese tipo de futuro. Y no era un futuro secularizado en el sentido de Troeltsch. La fe en Dios de Bismarck era real, y psicológicamente importante. Se remontaba a sus contactos a finales de la década de 1830 con el entorno pietista y políticamente conservador de Pomerania, donde conoció a su esposa Johanna von Puttkamer, y siguió siendo un refugio interior y un apoyo a lo largo de toda su vida. «No puedo comprender», le escribía a Johanna en 1851, «cómo una persona reflexiva, que no sabe o no quiere saber nada de Dios, puede soportar los desaires y el aburrimiento de la existencia. [...] No sé cómo me las arreglaba antes; si ahora viviera como vivía entonces, sin

Dios, sin ti, sin los niños, realmente no sabría por qué no desechar esta vida, como una camisa sucia».[102] Bismarck se consolaba con el pensamiento de que los acontecimientos de su carrera contaban con la sanción de Dios; había momentos en que manifestaba una sensación casi extática de la armonía entre su propia vida y las intenciones de la divinidad. Ese tipo de formulaciones se dan con la suficiente regularidad a lo largo de su vida como para sugerir que esa dependencia de la fe era un rasgo permanente de su personalidad, aunque solía manifestarse más intensamente en los momentos de tensión, de frustración, ira y desesperación.

Sin embargo, no hay ningún motivo para creer que esa conciencia providencial dotara a la historia de los acontecimientos, e incluso al propio papel de Bismarck en ellos, de un verdadero significado. Bismarck no compartía la convicción de Friedrich Julius Stahl de que el cometido del Estado era propagar el cristianismo o preparar al mundo para la salvación conforme a un plan divino. Bismarck conservaba cierta fe en la providencia, pero era una providencia ajena al funcionamiento del mundo. La fe era la protección *personal* de Bismarck contra la perversidad de los acontecimientos, no la clave de su significado. Era una variable dependiente de su experiencia del poder, no una fuerza capaz de configurar o justificar la acción.[103]

Durante la turbulenta década de 1860, la sinergia intermitente entre los logros políticos de Bismarck, su intento de maximizar el poder y la seguridad de Prusia, y las aspiraciones del movimiento nacional, dotaron a su liderazgo de una sensación de dirección y de futuro. Pero dado que Bismarck no asumía, ni podía asumir sinceramente, las teleologías del nacionalismo, del liberalismo o del socialismo, su historia siempre careció de metas, dando vueltas y fluctuando, pero sin el futuro de un estado de las cosas esperado. A partir de la década de 1880, como muy tarde, el enfoque de Bismarck tanto en política exterior como en política interior se orientó a conservar lo que ya estaba ahí. «El sistema de Bismarck», escribía en 1926 el historiador Otto Hintze, se había aliado más con los poderes del pasado que con los del futuro». No había ningún vínculo entre los «esfuerzos nacionales» de la población, y Bismarck no fue capaz de captar las

aspiraciones de las «masas emergentes».[104] Bismarck dependía, política e intelectualmente, del Estado monárquico, por considerarlo el único actor capaz de dotar de coherencia a la interacción de las fuerzas que constituían la «historia». Pero coherencia no es lo mismo que trascendencia. Una vez lograda la unificación de Alemania en unos términos ventajosos para Prusia, la iniciativa política de Bismarck adoleció de una insuficiencia crítica de significado.

1918 Y EL FIN DE LA HISTORIA

Lo que había posibilitado que Bismarck abrigara la ilusión de que él miraba «desde arriba» a los partidos, gestionando, o por lo menos supervisando, sus interacciones, era el Estado monárquico. La forma que tenía Bismarck de entender la política asumió un grado de complejidad que recordaba la forma de entender la batalla por parte de Carl von Clausewitz, como un espacio en el que la planificación y la cognición racional eran menos importantes que una modalidad de acción inmersiva, «orientada al mundo», «basada en un procesamiento subconsciente del cuerpo ubicado».[105] Pero había una diferencia crucial. Para Clausewitz, las tensiones y lo imprevisible de la batalla obligaban al teórico de la guerra a pensar de forma inmersiva, desde el suelo hacia arriba.[106] Por el contrario, Bismarck contemplaba la política desde el punto de vista elevado y privilegiado del Estado monárquico. La suya era una visión de la complejidad sin inmersión.

El aprecio de Bismarck por el trascendente papel político del Estado gozaba de una aceptación generalizada en la Alemania del siglo XIX. Al igual que la palabra «historia», la palabra «Estado» había experimentado una escalada discursiva sin precedentes. De hecho, las dos ideas existían en una relación de interdependencia mutua. Es un hecho familiar pero notable que el teórico del Estado moderno más importante de Alemania casualmente también formuló la teoría de la historia más influyente de la Alemania decimonónica. Más que ningún otro, el filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel contribuyó a consolidar el Estado moderno como un objeto

privilegiado de investigación y reflexión. No era solo la sede de la soberanía y el poder; era el motor que hace la historia, o incluso la encarnación de la propia historia. Esa intimidad inconfundiblemente prusiana entre la idea de Estado y la idea de historia dejó un rastro permanente en las disciplinas culturales emergentes de las universidades. Aquel nexo era tan fuerte que incluso se filtró en el pensamiento de quienes se consideraban contrarios a la filosofía hegeliana. El joven Leopold von Ranke, un sajón que se trasladó a Prusia en 1818, a la edad de veintitrés años, y fue designado para un cargo académico en la Universidad de Berlín en 1825, no pudo eludir el contagio del idealismo estatista de Hegel. El Estado, afirmaba Ranke, era algo más que una institución política; era un «bien moral» y una «idea de Dios», un ser orgánico con su «propia vida original», que «penetra en todo su entorno, idéntico nada más que a sí mismo». A lo largo del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, la «escuela prusiana» de la historia se mantuvo preponderantemente centrada en el Estado como vehículo y agente de los cambios históricos.[107]

La influencia de esa elevada concepción del Estado se sentía de una forma tan generalizada que confería un sabor inconfundible al pensamiento político y social prusiano. En su libro *El proletariado y la sociedad* (1848), Lorenz Stein, discípulo de Hegel, observaba que Prusia, a diferencia de Francia o de Gran Bretaña, poseía un Estado que era lo bastante independiente y solvente como para intervenir en los conflictos de intereses de la sociedad civil, evitando así las revoluciones y salvaguardando a todos los miembros de la sociedad de la «dictadura» de unos intereses concretos. Así pues, a Prusia le correspondía cumplir su misión como una «monarquía de reforma social». Una postura estrechamente relacionada con la anterior era la del influyente «socialista de Estado» conservador Karl Rodbertus, que durante las décadas de 1830 y 1840 argumentaba que una sociedad basada únicamente en el principio de propiedad siempre excluiría a los desposeídos de ser verdaderos miembros –tan solo un Estado autoritario colectivizado podía fusionar entre sí a los miembros de la sociedad para formar un todo incluyente y significativo–.[108] A su vez, los argumentos de Rodbertus influyeron en el pensamiento de Hermann Wagener, director del

periódico ultraconservador *Neue Preußische Zeitung* (conocido como el *Kreuzzeitung* por llevar una gran cruz de hierro negra en su cabecera). Incluso el más romántico de los conservadores, Ludwig von Gerlach (hermano de Leopold, que debatía con Bismarck sobre la ilegitimidad satánica de la revolución), contemplaba el Estado como la única institución capaz de infundir un sentido de finalidad e identidad a las masas de la población.[109] Entre los lectores de Lorenz Stein más influyentes de finales del siglo XIX figuraba el historiador Gustav Schmoller, que acuñó el término «política social» (*Sozialpolitik*) para referirse al derecho y la obligación del Estado de intervenir en ayuda de los miembros más vulnerables de la sociedad; dejar que la sociedad regulara sus propios asuntos, argumentaba Schmoller, era una invitación al caos.[110] El llamamiento de Schmoller a la idea de un Estado neutral pero intervencionista que se alzaba por encima de la lucha de clases y de partidos no quedó sin respuesta. En el cambio del siglo XIX al XX, los teóricos «agonistas», como Werner Sombart y Max Weber, exigían que las ciencias sociales trasladaran su atención del Estado al dinamismo competitivo de la sociedad civil. Pero su campaña era en sí misma una expresión de la frustración ante la orientación centrada en el Estado del pensamiento político y social alemán.[111] El Estado seguía siendo un sostén y un punto de referencia crucial.

¿Y qué ocurriría en caso de que el nivel de las aguas de la sociedad subiera hasta sumergir el terreno elevado del Estado monárquico? Para viajar por el crecido río de la historia hacía falta una barca, una estructura permanente (o por lo menos estable) que se mantuviera por encima de las corrientes del cambio. Pero ¿y si la barca volcaba? O bien, ¿y si no había ninguna barca? ¿Y si uno no fuera arrastrado *por encima* de la corriente sino *dentro* de ella, atrapado y desbordado por unas fuerzas que están fuera de su control? En ese caso, ¿no podría convertirse el Estado en un mero efecto de la historia, y su existencia política caracterizarse por una heteronomía radical? Y a su vez, ¿no podría la historia degenerar en simple tumulto?

Tras la derrota y la revolución de 1918-1919, para algunos intelectuales alemanes se trataba de unas preguntas verdaderamente apremiantes. La

guerra de 1914-1918 había dejado en evidencia de mil maneras las insuficiencias de la estructura del viejo Estado monárquico. Como observaba Jörn Leonhard, apoyándose en la tesis de Reinhart Koselleck sobre la Revolución Francesa, un espacio de experiencias drásticamente ampliado hacía explotar los horizontes de las expectativas históricas.[112] El derrumbe del antiguo orden se manifestó dramáticamente con la huida y el exilio del último káiser y la precipitada cadena de abdicaciones de los príncipes de Alemania.[113] Y la consecuencia de aquellas abdicaciones significó –por lo menos en Prusia– la decapitación del Estado. A continuación se produjo un acuerdo de paz que –a ojos de muchos alemanes cultos– suspendía indefinidamente la independencia soberana del Estado alemán. Y el nuevo orden del Estado democrático de la República de Weimar, fundada en unas condiciones de incertidumbre política extrema, se deshizo de la mayor parte de la parafernalia autoritaria de su predecesor. El «Estado monárquico de funcionarios» –por tomar prestada la formulación de Carl Schmitt– renunció a su privilegiada posición; «quedó atrapado en el juego del sistema pluralista». Se vio obligado a convertirse en «compañero de juegos y en cómplice político en el tráfico de concesiones mutuas y, por consiguiente, a perder su esencia».[114]

No cabe infravalorar el efecto de aquellos acontecimientos en la imaginación histórica de los alemanes. «Ya no teorizamos ni interpretamos bajo la protección de un orden que lo sostiene todo», escribía Ernst Troeltsch en 1922, «sino en medio de la tormenta de un mundo que se rehace a sí mismo, [...] donde incontables cosas que antiguamente eran solemnemente serias, o parecían serlo, hoy en día no son más que frases hechas y papel mojado. El terreno tiembla bajo nuestros pies y las diferentes posibilidades del devenir bailan a nuestro alrededor».[115] No se trataba, insistía Troeltsch, de una crisis en la praxis disciplinaria histórica, en el sentido de las cosas que ocurren en las facultades de Historia de las universidades. Los historiadores seguían impartiendo clases, investigando y escribiendo como de costumbre; las poderosas convenciones de su oficio garantizaban que la disciplina iba a cambiar más despacio que el mundo a su alrededor. Se trataba más bien de una crisis en el «pensamiento

histórico», en la relación entre la historia y la vida pública, en sus conexiones filosóficas con las afirmaciones políticas e ideológicas, en resumen, en la historicidad de la política.[116] Muchos escritores y figuras culturales veían los acontecimientos de 1918-1919 como algo parecido a un desgarro en el tejido de la experiencia histórica. En un estudio de la «movilización intelectual» durante la guerra, Kurt Flasch ha demostrado que, al final de la contienda, las categorías más importantes de la interpretación histórica convencional habían sufrido una irremediable pérdida de credibilidad.[117] Lucian Hölscher ha argumentado que, para una generación de intelectuales, la Primera Guerra Mundial, y en particular los tumultos y las conmociones políticas que se produjeron a raíz de la derrota, eran «una tormenta que ponía patas arriba la experiencia del tiempo» y minaban la fe en «los mismísimos cimientos del concepto de historia».[118]

Los historiadores (cuando no se dedicaban a escribir historia, sino a «pensar históricamente») sacaron toda una gama de conclusiones de ese desplome de la certidumbre. Para Friedrich Meinecke, los motivos de la crisis del momento radicaban en la relación siempre íntima entre la conciencia histórica y el poder del Estado, un nexo cuyo rastro se remontaba hasta Maquiavelo y Pufendorf. El Estado moderno temprano, sugería Meinecke, había desarrollado una modalidad de «reconocimiento y de juicio que ya estaba estrechamente vinculada con el criterio moderno de valoración histórica».[119] De ahí se derivaba que el agotamiento de esa estructura estatal también tenía que perturbar las operaciones de la historia como forma de comprensión. Meinecke se preguntaba si la guerra y la llegada de lo que él suponía que iba a acabar siendo una época milenaria de supremacía anglo-estadounidense podrían no significar que la historia de Alemania simplemente se había acabado. En un continente pacificado, los Estados europeos seguirían adelante con sus repliegues poshistóricos, como «volcanes extinguidos».[120] Julius Kaerst, historiador del helenismo en la Universidad de Wurzburgo, seguía una línea argumental parecida. Para los historiadores, escribía en 1928, antiguamente el Estado como actor de un poder sin trabas había sido un concepto axiomático para encuadrar la realidad. Por consiguiente, cualquier amenaza a su autonomía era un ataque

contra el movimiento de la historia en sí, pues no podía haber historia en un futuro donde los Estados, sumergidos en las estructuras de la «sociedad global», se hundían hasta el nivel de meros administradores de una «política humanitaria» enfocada exclusivamente en la gestión de los recursos y de la «teoría económica humana», con la exclusión radical de la política exterior y de la proyección de la fuerza que antaño fue la *ultima ratio* del Estado. «Huelga señalar» escribía Kaerst, «que en esas circunstancias cesaría toda vida histórica».[121]

Para Hans Rothfels, experto en Bismarck, que escribía a mediados de la década de 1920, la derrota y el derrumbe del Imperio en 1918-1919 supuso una fractura traumática. Al igual que muchos de sus colegas, Rothfels idealizaba la era de Bismarck como «una época pasada donde se pensaba que "el Estado" se alzaba incorruptiblemente "por encima de los partidos"».[122] Al identificarse incondicionalmente con las «tradiciones y los intereses del Estado», y con una entidad «suprapersonal y suprahistórica», argumentaba Rothfels, Bismarck había encarnado, más que nadie, la «idea permanente e inmutable del Estado». La disolución de ese Estado en 1918-1919 era el «colapso físico más grave» de la historia de Alemania. Había cercenado el hilo de la continuidad histórica. El acuerdo de paz impuesto en Versalles fue la expresión de «una voluntad de destruir sin precedentes históricos», un intento –por lo demás desconocido en la historia– de hacer retroceder en dos siglos y medio la evolución histórica de una gran nación.[123]

Otto Hintze, un reconocido historiador de Prusia, era menos histriónico, pero él también consideraba que el fin de la guerra había sido una profunda cesura. Había una diferencia abismal, escribía Hintze, entre el sistema que había sustentado la política de Bismarck y «las condiciones que rigen nuestra existencia política rematadamente triste y anormal de hoy en día»: «El sistema de Bismarck era el de una Gran Potencia bien armada; difícilmente podría aplicarse a un pueblo desarmado por la fuerza, internacionalmente dependiente, y por tanto carente de libertad, cuyo carácter como Estado se limita a cierto grado de autonomía administrativa técnica en las esferas de la economía y la política».[124] Todas estas

reacciones reflejan la gravedad de la crisis política que aquejaba a Alemania tras la Primera Guerra Mundial, pero también nos recuerdan el significado que pasó a tener la palabra «historia» para los intelectuales del Imperio guillermino. Había adquirido una autoridad metafísica como el ámbito en que las «ideas» supuestamente trascendentes (como la del «Estado») interactuaban dinámicamente con las fuerzas desatadas por una humanidad imperfecta. La tendencia de infundirle a la historia unos presupuestos y unos objetivos teológicos (protestantes) contribuye a explicar por qué la «crisis del historicismo» se experimentó y se padeció de una forma tan generalizada en Alemania. Si en cierta medida la historia había absorbido esa función estabilizadora y orientadora que concedemos a la religión, cabía deducir que la crisis del pensamiento histórico tradicional debía presentarse como «un problema para la vida y la cultura de máximas dimensiones y dificultad».[125]

No todo el mundo dudaba del futuro de la historia como forma de comprensión; Ernst Troeltsch mantenía la cabeza fría: entendía que lo que había que arrojar por la borda no era la historia como tal, sino «el concepto específico de historicidad que desde los comienzos de la era moderna había estado vinculado con las aventuras del Estado». Destronar la historiografía del Estado-nación y centrarse en cambio en la historia cultural de Europa podría ser un buen comienzo.[126] Pero en sus manifestaciones más extremas, la crisis del «pensamiento histórico» en el siglo XX podía sustanciarse en un rechazo global de la historia en el sentido de una narración progresista, o incluso simplemente evolutiva. Ya resultaba imposible distinguir entre el profeta y el historiador, afirmaba en 1919 Paul Valéry, un ávido observador francés de la vida intelectual alemana.[127] En un ensayo posterior, Valéry señalaba que la historia era «la pócima más peligrosa que había elaborado la química del intelecto» –«da lugar a sueños, intoxica a las naciones, engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene abiertas sus viejas heridas, los atormenta en sus sueños»–. A pesar de su obsesión por los «acontecimientos» y de su pretensión de aportar clarividencia, el conocimiento histórico no había hecho nada para impedir el estallido de la guerra en 1914.[128]

En un breve tratado publicado en 1919, el filósofo judío alemán Theodor Lessing iba todavía más allá. Argumentaba que la historia no tenía absolutamente nada que ver con la realidad objetiva, ni con la vida, ni con la verdad. Surgida del mito, la historia era «el tejido de los sueños de la humanidad», cuya función consistía en dotar de trascendencia a un pasado caótico esencialmente carente de sentido. Lo más tóxico del mito de la historia era su insistencia en el carácter progresista del desarrollo histórico, el concepto de que los acontecimientos históricos en sí revelaban «progresivas gradaciones de valor, como el ascenso gradual hacia etapas cada vez más altas, mejores, y más completas».[129] El progresismo, argumentaba Lessing, aportaba un «seductor telón de fondo» para la «mecanización que corrompe las almas» de la «cultura diseminada por la Europa capitalista burguesa, [...] porque si verdaderamente la historia contiene una promesa de progreso, cualquier fuerza que logre llegar al poder puede confiar en la convicción de que ella representa la actual cúspide de un proceso natural, y con ello disfrutar de su poder como por derecho propio».[130]

La crisis del historicismo a principios del siglo XX es un problema grande y complejo, cuyas ramificaciones van más allá del alcance de este libro. Basta con decir que en sus manifestaciones más extremas podía expresarse en un rechazo global de la historia, entendida en su sentido moderno y «temporalizado» como un despliegue gradual de cambios a través de la constante perturbación de los anteriores estados de las cosas. El rumano Mircea Eliade, experto en las religiones y los mitos, observaba que hay circunstancias en las que los seres humanos pueden «sublevarse contra la pesadilla de la historia» y buscar refugio «fuera de los límites del tiempo profano».[131] Este reflejo no tiene nada que sea exclusivamente alemán. Podemos discernirlo en muchos tiempos y lugares en los que la agitación y los traumas políticos producen profundos realineamientos temporales. Lo especial del caso alemán era la gravedad de la sublevación y el hecho de que su sujeto más influyente no iba a ser un individuo, sino un régimen con un inmenso poder.

4

El tiempo de los nazis

En la primavera de 1935, el escritor y periodista suizo Max Frisch visitó la megaexposición nacionalsocialista *El milagro de la vida* en Berlín. A Frisch le fascinó la perfección técnica de los objetos expuestos: en el vestíbulo se maravilló ante un «ser humano de cristal cuyos órganos internos se muestran mediante un sistema de iluminación interna, una obra de la tecnología alemana más vanguardista». Había maquetas de gran perfección que mostraban el sistema circulatorio y el funcionamiento del corazón, de modo que uno se sentía «constantemente asombrado ante la forma en que los habilidosos organizadores de la exposición conseguían hacer visibles conceptos casi inimaginables». Una sala adornada con eslóganes mostraba enormes imágenes de «hombres jóvenes rubios con palas» y «chicas con el pelo largo» El propósito político subyacente de la exposición no quedaba patente hasta que uno avanzaba más allá de las primeras salas: las imágenes idealizadas y los modelos a una escala mayor de lo normal del perfecto cuerpo nórdico se alternaban con reproducciones degradantes de enfermos congénitos, de judíos y de otros «no arios». Se trataba de un homenaje no al ser humano como tal, sino al «ser humano nórdico».

Lo más extraño de todo era la gigantesca «campana de la vida» de la sala principal. La campana, de un tamaño cuatro veces mayor que un ser humano, dominaba un patio central dedicado al tema «Familia, Pueblo, Nación», y repicaba una vez cada cinco minutos para anunciar que habían nacido nueve alemanes más. Debajo de la torre de la que pendía la campana, los granos caían a través de un descomunal reloj de arena, queriendo decir que durante ese mismo intervalo de cinco minutos habían

muerto tan solo *siete* alemanes –una ganancia neta de dos–. Frisch recordaba que el sonido de la campana interrumpía constantemente los pensamientos de los visitantes. Su propósito era bastante evidente: demostrar la inexorabilidad del tiempo biológico.[1]

Este capítulo pretende mostrar lo peculiar e inconfundible de la temporalidad nacionalsocialista. Nada contra la corriente de algunos estudios recientes que han contemplado los regímenes alemán e italiano como manifestaciones de una temporalidad «fascista» genérica, o que han agrupado las tres dictaduras totalitarias como «religiones políticas».[2] La literatura sobre la religión política del nacionalsocialismo y de los totalitarismos de la época ya es muy extensa. Los estudios de ese tipo han contribuido enormemente a esclarecer los parecidos familiares entre los regímenes totalitarios por el procedimiento de destacar el carácter litúrgico del ceremonial público, o de centrarse en temas comunes, como el renacimiento, la aceleración, la glorificación de un pasado idealizado, y la invocación de los mitos y las ideas de eternidad. Este capítulo no niega esos elementos comunes, pero se ocupa de lo que era distintivo en la intuición del régimen nacionalsocialista sobre su lugar en el tiempo.

Extrapolar un concepto del tiempo a partir de las prácticas culturales y las afirmaciones públicas del régimen de Hitler no es una empresa sencilla. No cabe hablar, en el caso del Tercer Reich, de un esfuerzo consciente o coordinado de reestructurar los marcos temporales formales. No hubo ningún intento de rediseñar el calendario, como ocurrió en la República Francesa, y la aspiración de reemplazar los calendarios litúrgicos judeocristianos por sustitutos «paganos» o «germánicos» se limitó a algunos grupos marginales.[3] Como tampoco hubo un único «dogma temporal» coherente. No se trata de una dificultad exclusiva; ninguno de los regímenes examinados en este libro produjo algo parecido. Intentaré sortear la ausencia de un programa coherente por el procedimiento de seguir el rastro de las figuras retóricas más influyentes a través de distintas fuentes, que van de los discursos, los textos impresos o las imágenes y el entorno creado, hasta las tendencias más relevantes de las prácticas del régimen, para después inferir de ellos una conciencia colectiva. Pero proceder de esa

manera resulta particularmente problemático en el caso de la era de Hitler porque suscita nuevas preguntas acerca de qué fuentes y afirmaciones deben considerarse características de una estructura de poder marcada por la competencia entre distintos actores. Y sin embargo, seguir la pista de las texturas temporales de las afirmaciones políticas y culturales entre toda la gama de las actividades públicas del movimiento nos permite averiguar la «imaginación del tiempo y de la historia» que otorgaba «significado y legitimidad» a las políticas de un régimen excepcionalmente destructivo.[4] Este capítulo explora una amplia gama de afirmaciones e instalaciones públicas, pero arranca con los modestos e improvisados museos con los que algunos sectores del movimiento nazi aspiraban a celebrar y a conmemorar la reciente toma del poder.

MUSEOS DE LA REVOLUCIÓN

El 15 de septiembre de 1933 se inauguró un nuevo museo en Berlín. Su propósito era señalar los acontecimientos que recientemente habían transformado el paisaje político alemán. En la sala principal de la exposición se mostraban montones de armas confiscadas a los combatientes callejeros comunistas y algunos objetos robados de las oficinas del Partido Comunista en la Karl-Liebknecht-Haus. Había un maniquí de moda masculino, de tamaño natural, con las mejillas maquilladas con colorete y una expresión de ensoñación, incongruentemente vestido con el uniforme de un combatiente del Rotfront, la organización paramilitar comunista, que llevaba un cuchillo, una pistola y un puñal al cinto, y una porra hecha de cable metálico retorcido colgando de su mano derecha. Junto a él había una gran vitrina de cristal con la siguiente etiqueta: «Armas homicidas de Fischerkietz» (un barrio pobre, antiguamente controlado por los comunistas, del extremo sur de la Isla del Spree, que ahora forma parte del centro de Berlín), que contenía montones de granadas de mano, garrotes, cuchillos, puñales, pistolas, balas y gorras de visera con insignias comunistas. Las paredes eran un caos de carteles políticos de los «años de

lucha». Se había reservado una sala adyacente como «Salón del Honor»: allí las pancartas del Partido servían de marco a unos arcos conmemorativos de estilo neoclásico y a unas placas donde figuraban los nombres de los camaradas nazis caídos.

Inicialmente, el Revolutionsmuseum [Museo de la Revolución] de Berlín se alojaba en uno de los *lieux de mémoire* del nuevo régimen, el edificio de apartamentos de un activista nazi y *SA-Mann* caído, Horst Wessel, en la esquina de la Jüdenstraße y la Parochialstraße, aunque posteriormente fue trasladado a una sede más impresionante en la Neue Friedrichstraße.[5] Su fundador fue Willi Markus (1907-1969), amigo y antiguo camarada de Horst Wessel, y oficial al mando del 6.º Regimiento de las Sturmabteilungen (SA) de Berlín. Entre los invitados a la modesta ceremonia de inauguración figuraban algunos amigos de la familia Wessel y un grupo de las SA locales, entre ellos el *Brigadeführer* Augusto Guillermo, cuarto hijo de Guillermo II, el último káiser de Alemania. Con el tiempo, el museo se consolidó como uno de los hitos culturales de un emergente «Berlín nacionalsocialista».[6]

El Revolutionsmuseum de Berlín no era la única institución de ese tipo. Se crearon centros parecidos en Halle, Kassel y Düsseldorf, por no mencionar los *Ehrenhallen* (salones del honor) que se establecieron en distintos lugares para conmemorar los «logros» y el «sacrificio» del movimiento nacionalsocialista, pero no a consecuencia de una directiva del régimen, sino de iniciativas locales impulsadas por los dirigentes regionales o de distrito de las SA, a menudo en colaboración con las autoridades de los *Gau* (subdivisiones de distrito del Partido).[7] Aparentemente, las SA crearon aquellos centros como medio de publicitar su papel en la toma del poder por los nazis. Además, los dirigentes locales de las SA también participaron en el Museum der Nazionalsozialistischen Erhebung (Museo del Alzamiento Nacionalsocialista) en Halle, figuraban en un lugar destacado en la *Revolutionsschau* (*Exposición de la Revolución*) de Düsseldorf, y colaboraron en la creación de los *Ehrenhallen*. En la zona aledaña al Revolutionsmuseum de Berlín era donde las unidades de las SA se habían encontrado con una resistencia especialmente enconada por parte de los

comunistas. En el 29 de la Parochialstraße, a la vuelta de la esquina, estaban los locales de lo que antiguamente había sido el Anti-Kriegs-Museum [Museo contra la Guerra] de Berlín, un centro abarrotado y bastante caótico fundado por el pacifista Ernst Friedrich (1894-1967) que utilizaba imágenes y objetos –como por ejemplo fotografías de personas mutiladas– para evocar los horrores de la violencia militar; en marzo de 1933, las SA locales habían ocupado y saqueado el museo, para después transformarlo en unas instalaciones de ocio de las SA y en cámara de tortura.[8]

Figura 4.1. La entrada al Revolutionsmuseum de Berlín. Fotografía del arqueólogo británico O. G. S. Crawford. Fuente: archivo fotográfico de O. G. S. Crawford. Por gentileza del Institute of Archaeology, Universidad de Oxford.

Cabe destacar la elección del nombre Revolutionsmuseum, pues refleja la obsesión de las SA por el carácter revolucionario de la toma del poder y por la inminencia de una «segunda revolución» donde a los logros políticos de enero de 1933 les seguiría una transformación social de gran alcance. La elección de los objetos y la forma de exhibirlos reflejaba los mezquinos resentimientos y el odio alimentados durante los «años de lucha» por el control de la capital de Alemania. Entre las piezas expuestas había una

fotografía enmarcada de un suplemento ilustrado de 1932 donde se veía el espacioso apartamento del antiguo vicepresidente del departamento de policía de Berlín, el judío Bernhard Weiß (1880-1951), contra el que se habían aplastado unas gafas rotas. Weiß había sido un decidido defensor del orden de la República de Weimar y –bajo el burlón mote de Isidor Weiß–, la figura más odiada de la prensa de Goebbels en la capital. Las caricaturas nazis frecuentemente centraban su aborrecimiento en las gafas redondas «de judío» del jefe de policía.[9] Una reseña de la exposición a cargo de Goebbels y publicada en el *Völkischer Beobachter*, el diario del Partido, describía esa pieza como «un recordatorio alegre y tragicómico: *Herr* Isidor Weiß en persona, [en la forma de] las gafas que se había dejado olvidadas al huir a toda prisa [de su casa]».[10]

Claramente, uno de los objetivos del Revolutionsmuseum era publicitar la victoria del régimen (o por lo menos de sus tropas de choque armadas) sobre las fuerzas que se habían opuesto a su nacimiento. Un *rote Ecke* (rincón rojo), donde se exhibían armas e insignias arrebatadas a los comunistas, era un rasgo común de varias exposiciones de ese tipo.[11] Esa forma de alardear de los trofeos no carecía de importancia en una época en que el peligro de una represalia comunista todavía se presentaba en la propaganda oficial como una amenaza genuina –a lo largo del otoño de 1933 y la primavera y el verano de 1934, la prensa del Partido seguía informando de supuestos «complots rojos» y de incidentes de «terror rojo» contra policías, dirigentes nazis, y miembros de las Juventudes Hitlerianas, al tiempo que se celebraban juicios ampliamente publicitados contra supuestas bandas comunistas, donde la descripción de las armas incautadas desempeñaba un papel destacado.[12] El museo era, en palabras de un comentarista, una «cámara de los horrores» (*Schreckenskammer*) cuyo propósito era infundir un escalofrío de espanto ante la idea de lo que habría podido ocurrir si los nacionalsocialistas no hubieran llegado al poder. «Estos días hace mucho calor en Berlín», escribía el escritor satírico conservador Adolf Stein durante el verano de 1935, «pero un escalofrío gélido recorre la espalda de los visitantes del Revolutionsmuseum».[13]

Para un estudioso de las temporalidades políticas, esos centros son de interés sobre todo porque el museo como institución era (y es), entre otras cosas, un instrumento para la manipulación de la conciencia temporal.[14] El aparato del museo podía utilizarse tanto para que el visitante se distanciara de la época o de los fenómenos exhibidos como para establecer una sensación de inmediatez. Como ha señalado Martin Roth, entre 1924 y 1932 se asistió a un enorme crecimiento del número de museos, a un aumento de la autoridad cultural de la institución y a una espectacular «materialización» del contenido de los museos –muchas de las características del Revolutionsmuseum se habían copiado de los «museos sociales» izquierdistas de los comienzos de la República de Weimar, cuyo contenido tenía una orientación casi enteramente contemporánea–.[15] Al desplegar el lenguaje de los museos –con sus piezas etiquetadas y sus vitrinas de cristal–, los artífices del Revolutionsmuseum pretendían conectar al visitante con la realidad de la transformación nacionalsocialista, al tiempo que relegaban a la República de Weimar, cuya historia se prolongó tan solo otros nueve meses desde la inauguración de la exposición, a un pasado caduco. «El Revolutionsmuseum», decían los carteles de las columnas anunciadoras de la prensa del centro de Berlín, «muestra los símbolos de una época ya superada».[16] En su comentario de la exposición, Goebbels observaba que los objetos exhibidos eran meros restos, recordatorios de una época ya pasada. «Tan solo en el recuerdo», escribía, «vuelven a surgir aquellos días de terror [comunista] sediento de sangre».[17] El cometido de aquellos «símbolos» de la izquierda derrotada, observaba en 1937 otro periodista del Partido, era servir como recordatorio de unos «tiempos que ya nunca volverán». Los carteles izquierdistas que colgaban de las paredes eran «harapos muertos, tan muertos como las consignas que aparecían estampadas en ellos».[18] Expuesta y etiquetada en sus vitrinas de cristal, la parafernalia de los comunistas de Weimar recordaba a los mudos fragmentos de alfarería y a los ornamentos metálicos que adornaban muchos museos de etnografía y de prehistoria germánica.

Ese intento de relegar al pasado los años de la República de Weimar, y de establecer una ruptura radical entre los acontecimientos de la era de

Weimar y los del presente nazi estaba totalmente en consonancia con las prioridades establecidas por las declaraciones públicas de un régimen que afirmaba marcar una cesura entre dos eras e inaugurar una nueva época.[19] «No es simplemente que el 30 de enero de 1933 se hubiera formado un nuevo Gobierno», afirmaba Hitler en un discurso de 1934. «Es más bien que un nuevo régimen extirpó una era vieja y enfermiza». La transición entre la historia política de Weimar y la toma del poder por los nazis debía considerarse una desconexión temporal radical: «Los nacionalsocialistas tenemos derecho a negarnos a ser incluidos en esa línea», insistía Hitler, aludiendo a la «lamentable» secuencia de cancilleres de Weimar entre 1919 y 1932.[20] Reestructurar de aquella forma la relación entre el presente y el pasado permitía desalojar del presente el derrotado «sistema» del pasado reciente.

Figura 4.2. Columna anunciadora de prensa con un cartel del Revolutionsmuseum de Berlín. Fuente: archivo fotográfico de O. G. S. Crawford. Por gentileza del Institute of Archaeology, Universidad de Oxford.

Esa negación de la continuidad entre el presente y el pasado reciente no era exclusiva del régimen nacionalsocialista. La encontramos en los primeros años de la Revolución Francesa, y el mismo reflejo puede

observarse en los museos soviéticos que conmemoraban la victoria del comunismo y de la ciencia moderna sobre la fe y la superstición del pasado, como el «museo antirreligioso» que se instaló en la Catedral de San Isaac, en San Petersburgo, entre 1930 y 1936.[21] San Isaac fue despojada de todos sus efectos religiosos, algunos de los cuales fueron reunidos con motivo de una exposición sobre la historia de la superstición y las creencias religiosas. En 1931 se instaló allí un péndulo de Foucault; de la cúspide de la cúpula principal pendía una bola de 25 kilos de plomo revestida de bronce sujeta por un cable de 93 metros, y la lenta rotación de su plano de oscilación registraba el movimiento de la Tierra. El propósito de la exposición era demostrar la sustitución de la fe y la revelación por la observación experimental de la verdad científicamente demostrable. Pero lo llamativo de los museos nacionalsocialistas es la sensación de que lo que se había logrado no era simplemente una ruptura con el pasado inmediato, sino la inauguración de un nuevo tipo de tiempo.

Podemos verlo más claramente si examinamos otro museo nacionalsocialista de la ciudad de Halle, un centro mucho más imponente que su homólogo berlinés, y que se inauguró el 14 de junio de 1934 ante las formaciones de las SA, las SS, el Reichswehr y la policía, flanqueados por el público y algunos dirigentes locales del Partido. El Museo del Alzamiento Nacionalsocialista de Halle fue fundado por los dirigentes de los *Gau*, y fue concebido para proyectar la identidad regional del Partido en la región de Halle-Merseburg. Situado en un depósito de agua reacondicionado, el museo se dividía en dos partes. La sección de la planta inferior ofrecía un espectáculo parecido al que se exhibía en Berlín: en palabras de un comentarista de prensa, se trataba «no de un museo de papel, con escuetas tablas estadísticas», sino de una colección de «piezas tangibles de los tiempos de los combates más encarnizados», como por ejemplo «pegatinas políticas, brazaletes, carnets de afiliados, garrotes de hierro y de madera».[22]

El visitante vagaba por un espacio desorientador, densamente abarrotado de carteles, documentos, fotografías y objetos emblemáticos, como *Litfaßäule* (columnas anunciadoras) acribilladas a balazos o alijos de

armas y bombas incautadas. Por el contrario, la planta superior albergaba un Salón del Honor dedicado a los nazis caídos oriundos de la región. Se trataba –en palabras de la guía oficial del museo– de «un lugar para el recuerdo de los testigos de sangre de la revolución nacional y nacionalsocialista, un lugar de meditación para honrar a la nueva Alemania».[23]

Figura 4.3. Museo del Alzamiento Nacionalsocialista de Halle. Fotografía de la guía oficial.
Fuente: Kreisleitung der NSDAP Halle (ed.), *Führer durch das NS-Museum des Gaues Halle-Merseburg der NSDAP. Ehrenhalle der Nationalsozialistischen Erhebung, Revolutionsmuseum, NS-Archiv* (Halle, 1934).

Figura 4.4. Planta baja del Museo del Alzamiento Nacionalsocialista en Halle. Fotografía de la guía oficial.
Fuente: Kreisleitung der NSDAP Halle (ed.), *Führer durch das NS-Museum des Gaues Halle-Merseburg der NSDAP. Ehrenhalle der Nationalsozialistischen Erhebung, Revolutionsmuseum, NS-Archiv* (Halle, 1934).

Allí no había piezas expuestas, tan solo un gran espacio en penumbra que ocupaba toda la planta superior del edificio, con las paredes recubiertas de «nichos y ventanas conmemorativos» donde figuraban los nombres de los camaradas caídos y de las unidades que se habían distinguido en la lucha. Esa yuxtaposición del recuerdo por un lado y de la agitación de la historia por otro era totalmente deliberada. Por un lado, en palabras del *Gauleiter* Rudolf Jordan en un discurso que pronunció con motivo de la inauguración del museo, estaba la «lucha intemporal» (*der zeitlose Kampf*) del movimiento nacionalsocialista; por otro, los «parlamentos con toda la cháchara de la política cotidiana».[24]

Muchos de aquellos museos de la revolución combinaban el recuerdo y la memoria de esa forma. Incluso el museo de Berlín, relativamente modesto, incluía una simple sala a modo de santuario con inscripciones, insignias y listas de nombres. La *Exposición de la Revolución* de

Düsseldorf combinaba una serie triunfal de banderas del Partido y de galerías laterales donde se exponían objetos de los años de la República de Weimar con una gran cámara para la meditación y el recuerdo, donde, bajo una luz atenuada, se escuchaba incesantemente de fondo y a un volumen bajo la canción de Horst Wessel. Pero en Halle era donde esa yuxtaposición se formulaba de una forma más cruda: allí el visitante podía ascender directamente del caos de la planta baja a la inmovilidad de la sala conmemorativa de la planta superior.

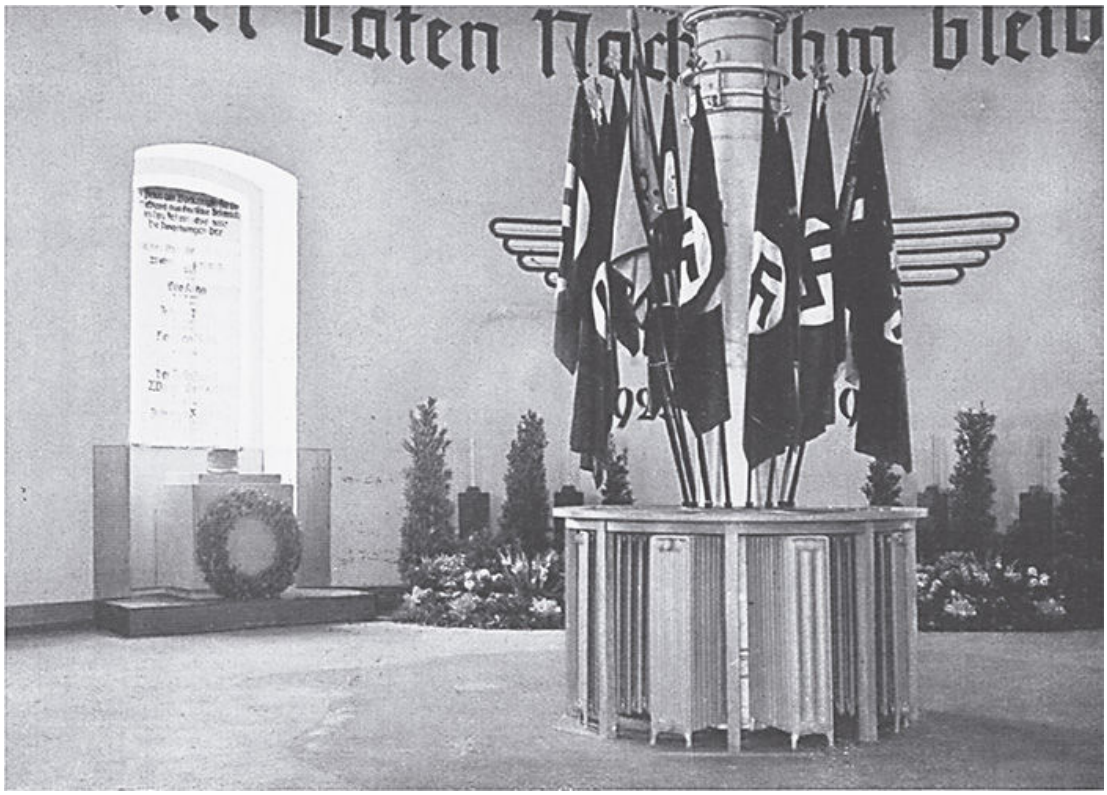


Figura 4.5. Planta superior del Museo del Alzamiento Nacionalsocialista en Halle. Fotografía de la guía oficial.
Fuente: Kreisleitung der NSDAP Halle (ed.), *Führer durch das NS-Museum des Gaues Halle-Merseburg der NSDAP. Ehrenhalle der Nationalsozialistischen Erhebung, Revolutionsmuseum, NS-Archiv* (Halle, 1934).

En el discurso que pronunció en la ceremonia de inauguración, el profesor Hans Hahne (1875-1935), director y creador del Museo de Halle, explicaba la idea que había detrás de la estructura dual de la instalación. El museo, afirmaba, había sido concebido no como «un depósito de objetos más o menos valiosos», sino más bien como «una extensión visible del Salón del Honor utilizando el medio museístico (*ins Museale*). El museo,

sugería Hahne, estaba al servicio de dos tipos de recuerdos. Por un lado, las piezas de la planta baja debían despertar muchos «recuerdos de los tiempos de la lucha y la victoria "que pasan desapercibidos"» a fin de restablecer la totalidad de una experiencia pasada. «Los agujeros de los buzones y de las columnas anunciadoras se convierten de nuevo en disparos sibilantes, los colores chillones se convierten en gritos estridentes». Pero en su «totalidad formal» (*Gesamtformung*), explicaba Hahne, «nuestro museo es también un memorial para los muertos». Afirmaba que las raíces de esa forma de recuerdo estaban en el pasado más profundo del hombre nórdico. Y un rasgo de los memoriales nórdicos en honor a los muertos era que no relegaban a los fallecidos a un mundo más allá o más abajo, sino que los integraban en el mundo de los vivos: «El reino de los muertos forma parte del conjunto de la existencia (*Gesamt-Daseinbereiches*) de la comunidad humana a la que siguen perteneciendo los muertos».[25] En pocas palabras, la estructura de dos plantas del Museo de Halle invocaba dos tipos de temporalidad: la historia de los acontecimientos, de los conflictos, de las perturbaciones y de la continuidad, por un lado, y de la *longue durée* de la memoria germánica por otro.

CONTRASTES TOTALITARIOS

La comparación de aquellas exposiciones con los esfuerzos análogos de los fascistas italianos para conmemorar el establecimiento de su régimen revela un contraste sugerente. La megaexposición fascista titulada *La Mostra della Rivoluzione Fascista*, que estuvo abierta en Roma entre 1932 y 1934, y que atrajo a más de tres millones y medio de visitantes, no era una exposición convencional, sino más bien un espacio cargado de tensión donde el visitante podía experimentar la «historia en acción». Un enorme conjunto de salones y salas cuidadosamente secuenciadas infundía la sensación de «movimiento e inestabilidad perpetuas», de «agitación, compresión y desorientación».[26]

El contraste con las sensibilidades temporales de los nazis quedaba perfectamente plasmado en la espectacular Sala O, obra de Giuseppe Terragni, una inmensa estancia en la parte izquierda de la exposición. Su espacio estaba dominado por un enorme montaje fotográfico que se elevaba hasta lo alto de un espacio asimétrico. En la parte inferior derecha de la imagen podían verse multitudes apiñadas de cabezas individuales que se elevaban como olas hacia dos inmensas turbinas; y saliendo rápidamente de las turbinas hacia la parte superior izquierda se veían innumerables manos estilizadas, extendidas como en el saludo fascista, un rasgo que perfectamente podía estar inspirado en un cartel soviético de 1927, obra del constructivista bolchevique Gustav Klutsis.[27] Las turbinas, que en el *collage* estaban situadas entre la línea que separaba las cabezas apiñadas y las manos apiñadas, explicitaban el dinamismo histórico que sugería la composición. Estaban alineadas con la imagen de una carta que escribió Mussolini a la madre de un mártir fascista, como si Terragni quisiera que el espectador comprendiera no solo que lo que transformaba las masas de individuos en fascistas animados por una voluntad colectiva era el Partido (y por encima de todo el Duce) sino también que su transformación se lograba mediante un proceso de aceleración semejante al de las turbinas.[28]

Por supuesto, en la *Mostra* había una sala conmemorativa, el «santuario de los mártires» (*sacrario dei martiri*), un espacio en penumbra centrado en torno a una sencilla cruz donde estaban grabadas las palabras «¡Por la Patria Inmortal!», y rodeada por unas bandas de metal oscuro en las que se había recortado, miles de veces, la palabra luminosa «¡Presente!». Aquí, como en los «nichos conmemorativos» de los museos de la revolución nazi, se recordaba a los muertos en el contexto de un presente perpetuo. Pero la relación estructural entre la sala conmemorativa y el resto de la exposición era radicalmente distinta. El visitante de la *Mostra* no tenía más remedio que aproximarse a la sala santuario a través de una «galería de *fasci*», bordeada por columnas de piedra donde figuraban una serie de fechas: 1918, 1919, 1920, etcétera; y la única salida del *sacrario* pasaba de nuevo por la galería de los años y conducía a la cinética trayectoria histórica del museo. Había cierta tensión entre la fría modernidad de las salas

conmemorativas y la candente modernidad de las demás salas, pero su cometido consistía por encima de todo en «reinscribir» la secuencia diacrónica de la historia «en el marco de un orden ritual», y en presentar la toma del poder por los fascistas como la culminación de un proceso histórico, no en socavar la legitimidad de la historia como tal.[29] La imponente armadura moderna de la exposición, en palabras de un crítico del semanario *Il Popolo d'Italia,* «expresaba el enorme peso del fascismo, que se lanza por los senderos de la historia».[30] Dicho de otra forma, en el museo fascista, la historia, en forma de secuencia cronológica, rodea e incorpora el espacio de la memoria; en el «museo de la revolución» nacionalsocialista, la continuidad del tiempo de la memoria prevalece sobre la historia y la asfixia.

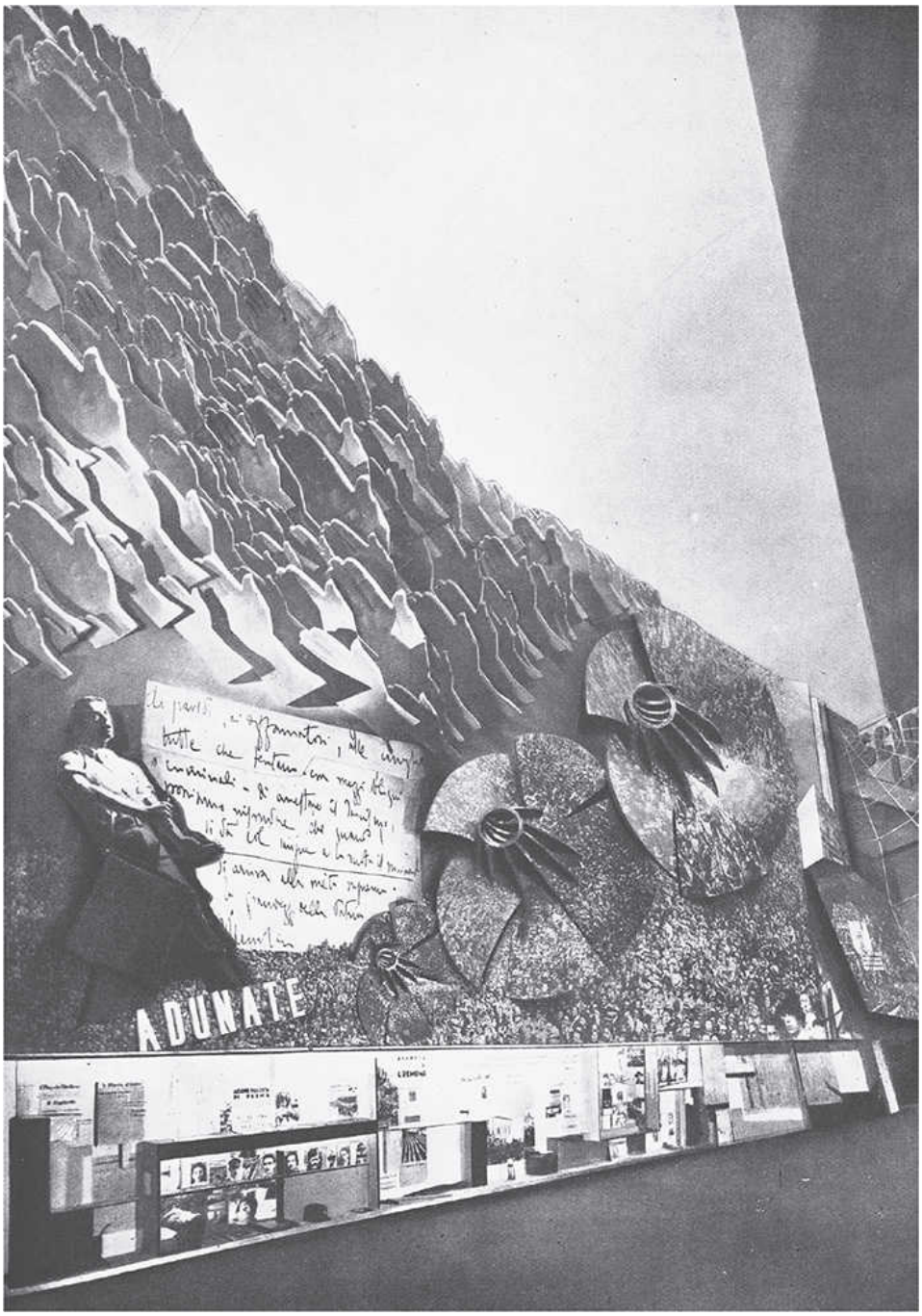


Figura 4.6. Giuseppe Terragni, Sala O de la *Mostra della Rivoluzione Fascista* (1932-1934).
Fuente: Dino Alfieri y Luigi Freddi, *Mostra della Rivoluzione Fascista* (Roma, 1933), p. 189.

Esto contribuye a explicar el curioso comentario de un visitante francés, para el que la *Mostra* era «tan concienzudamente bolchevique» en su espíritu que «con un cambio de emblemas la pieza provocaría aplausos en

Moscú».[31] A pesar de todas las diferencias entre ellas, tanto la temporalidad revolucionaria fascista como la soviética se basaban en una especie de hegelismo turboalimentado. Como ha apuntado Stephen E. Hanson, el marxismo-leninismo se apoyaba en la idea marxista de que «una praxis revolucionaria eficaz depende de utilizar una disciplina racional del tiempo para dominar el propio tiempo». El resultado era una amalgama que Hanson califica de «concepción carismático-racional del tiempo».[32] Y Francine Hirsch ha demostrado que los etnógrafos soviéticos respondieron al esencialismo de la teoría racial de los nazis con una insistencia en que las «culturas nacionales» no expresaban rasgos primordiales, sino que más bien eran producto de un «proceso sociohistórico» que podía acelerarse a través de la intervención del partido de vanguardia. La idea de que los tayikos, por ejemplo debían ser «museificados» por medio de exposiciones que destacaran las líneas perdurables de la cultura tayika –por ejemplo, la ceremonia tayika del té– cayó rápidamente en desgracia, para ser sustituida por exposiciones que mostraban a los tayikos en el camino histórico hacia su condición de pueblo soviético, cuyo avance se había visto acelerado por las intervenciones del Partido Comunista.[33]

El concepto soviético del tiempo se basaba en una fusión de la teoría y la praxis para crear un modelo donde el progreso y la historia eran básicamente lo mismo. Los «museos antirreligiosos» soviéticos no se limitaban a enfrentar el presente y el pasado como una oposición ontológica binaria. Por el contrario, contemplaban la desaparición de la religión como una consecuencia de un proceso de desarrollo que aún estaba en curso. Dos científicos franceses que visitaron el Museo del Ateísmo de Moscú en 1934 informaban de que primero les mostraron «la evolución de la religión a través de los siglos», desde las primeras comunidades humanas hasta el entrelazamiento de la religión y el poder temporal en los grandes imperios, y después los llevaron a hacer un recorrido desde el antiguo Egipto hasta la autocracia zarista. Al salir del museo, su guía les explicó que si la fe religiosa había muerto en la Unión Soviética se debía a que en la era de la ciencia «no necesitamos la religión para obrar milagros».[34] Tanto para el régimen soviético como para el fascista, el Partido representaba la apoteosis

de la historia, una historia todavía concebida como una locomotora que impulsaba el progreso hacia adelante.[35]

Por el contrario, para los nacionalsocialistas, la idea de la historia como una imparable carrera de transformación hacia adelante tenía mucho menos atractivo. «Cada pueblo tiene su propio ritmo», escribía el poeta y publicista Carl Maria Holzapfel (1890-1945) en una reflexión titulada «El ritmo del tiempo» que se publicó en las páginas de opinión del *Völkischer Beobachter*, un periódico donde las reflexiones sobre la naturaleza del tiempo son sorprendentemente frecuentes. Para el pueblo alemán, lo que establecía el «latido» de la existencia era la pauta de la renovación y la muerte a lo largo de las estaciones, «las polaridades del solsticio en la naturaleza». En ese sentido, el tiempo no era más que «una porción de la eternidad»; las grandes revoluciones –incluida la supuesta revolución de 1933– no eran simples momentos de la alta política, sino «horas de renovación» para todos los miembros de la comunidad étnica, unas «horas en las que cada uno de nosotros experimenta a Dios de la forma más extraordinaria».[36] El régimen nacionalsocialista no aspiraba a revolucionar el paradigma de la historia lineal desde dentro, alimentándolo para las necesidades de un partido dispuesto a transformarlo todo, sino que más bien pretendía eludir por completo la historia, salir a hurtadillas de ella y pasar al continuo de tiempo racial de una memoria transhistórica. A ese respecto, se parecía al hombre arcaico de Mircea Eliade, que «se sitúa en oposición a la historia, considerada como una sucesión de acontecimientos que son irreversibles, imprevisibles, carentes de valor autónomo», y que únicamente puede comprender los acontecimientos y los individuos del pasado en forma de arquetipos intemporales.[37]

Entre quienes propagaron ese rechazo de la historia en su forma convencional estaba el propio Adolf Hitler. En *Mein Kampf* (*Mi lucha*), el futuro dictador argumentaba a favor de una ruptura con el historicismo del antiguo Imperio Alemán, centrado en el Estado. En el núcleo del viejo historicismo había una teoría jurídica falaz cuyo axioma central era la «conservación a cualquier precio del actual monstruo de los mecanismos humanos, llamado Estado». Hitler argumentaba que el problema del

concepto clásico de «Estado» era su elevación a un fin en sí mismo. Pero esa doctrina, apuntaba, era una inversión del verdadero orden de prioridades: «El Estado es un medio para alcanzar un fin. Su finalidad es la conservación y el fomento de una comunidad de seres humanos física y psíquicamente iguales. En sí, esa conservación incluye en primer lugar el acervo racial, y con ello posibilita el libre desarrollo de todas las fuerzas adormecidas en esta raza. [...] Los Estados que no están al servicio de ese objetivo son especímenes defectuosos, incluso abortos espontáneos. [...] Debemos distinguir nítidamente entre el Estado como un recipiente y la raza como el contenido. Ese recipiente únicamente tiene significado si es capaz de conservar y proteger el contenido; cuando es al revés, el Estado es inútil».[38] Hitler reivindicaba que al «separar» el Estado de las «obligaciones raciales», el «mundo burgués» lo había vaciado de significado. Y el principal beneficiario de esa desetnificación del Estado era «el judío, Karl Marx», que fue capaz de sacar la conclusión por excelencia de esas concepciones y opiniones erróneas sobre la naturaleza y el cometido de un Estado.[39] Lo que antiguamente se consideraba el impulsor y el punto focal del cambio histórico aquí se veía degradado a herramienta de un poder extraño y a la negación del verdadero actor protagonista de la historia: el *Volk* (pueblo). En *Mein Kampf*, Hitler asociaba la idea misma de la historia como progreso con «el judío», que primero se consolida como supuesto «benefactor y amigo del género humano» y después «también se vuelve "progresista" y empieza a delirar sobre la necesidad del "progreso" de la humanidad». De esa forma, proseguía Hitler, «el judío» se había autodesignado «el portavoz de un tiempo nuevo»; «elogiando todo progreso, pero sobre todo, por supuesto, el progreso que conduce a los demás a la destrucción».[40]

De todo lo anterior se derivaba que las modalidades de educación histórica heredadas del antiguo Imperio eran un deficiente alimento para la juventud de la nación alemana. Hitler afirmaba que la situación de la educación histórica en aquel momento era tal que habría sido «mucho mejor y más beneficioso para la nación» que los alemanes «no hubieran estudiado historia en absoluto». «Pues no se aprende historia simplemente para

conocer lo que ha sido, sino que se aprende historia a fin de convertirla en maestra para el futuro y para la continuación de la existencia de la propia nacionalidad. Esa es la finalidad, y las clases de historia tan solo son un medio para alcanzarla».[41] Por consiguiente, la tarea del futuro debía consistir –si uno se tomaba en serio aquellas afirmaciones– en establecer una identidad cada vez más perfecta con el pasado remoto, con cuya madera aún no contaminada había que construir la casa del futuro. En el «anhelo de una patria común [alemana], decía Hitler, hay «un pozo que nunca se seca; sobre todo en tiempos de olvido y de bienestar temporal, servirá para predecir una y otra vez el futuro recordando el pasado».[42]

El poder redentor de la raza era tal que podía suspender la linealidad de la historia. Ningún acontecimiento tenía por qué ser irreversible si el carisma y la fuerza de la raza permanecían intactos: «Cualquier revés puede convertirse en padre de una victoria posterior. Cualquier guerra perdida puede convertirse en la causa de un ascenso posterior, cada aflicción en el fertilizante de las energías humanas, y de cada represión pueden brotar las fuerzas de un nuevo renacimiento espiritual, siempre y cuando se preserve la pureza de la sangre».[43]

Encontramos un cambio similar de las pautas del tiempo en las principales megaexposiciones alemanas de asistencia masiva durante la década de 1930. El régimen, dicho sea de paso, no impulsó una política sobre museos y exposiciones, y los esfuerzos que se hacían por alinear todos los museos con las prioridades del régimen se estrellaron contra las rivalidades locales y regionales.[44] Incluso en el seno de las instituciones dedicadas a poner sus investigaciones al servicio del régimen hubo enconadas luchas entre facciones, motivadas por la vanidad, las envidias y la competencia entre profesionales.[45] No obstante, un análisis de las principales exposiciones revela una misma plantilla subyacente. Por ejemplo, la exposición *Ewiges Deutschland* (*Alemania eterna*), organizada en 1934 por la Reichsstelle zur Förderung des deutschen Schrifttums (Autoridad para el fomento de la Literatura Alemana) y la Biblioteca Estatal de Prusia, aspiraba a despertar en el fuero interno de los visitantes la conciencia de «lo imperecedero» (*das Unvergängliche*) en la literatura

alemana, a fin de entablar entre «el presente y el futuro de Alemania unas nuevas relaciones con la etnia alemana (*Volkstum*) del pasado».[46] La exposición *Das deutsche Antlitz im Spiegel der Jahrhunderte* (*El rostro de Alemania en el espejo de los siglos*), inaugurada en Fráncfort en 1937 y comisionada por el Ayuntamiento de Fráncfort y el Rassenpolitisches Amt (Oficina de Política Racial) del Partido Nazi (NSDAP), argumentaba que los fundamentos de toda cultura había que buscarlos en «los poderes heredados de la raza»; aspiraba a poner de manifiesto «los valores inmutables y constantes de la sangre de nuestro pueblo» que se habían visto eclipsados por las «vicisitudes de su historia» (*Wechselfälle seiner Geschichte*).[47] Aquí, de nuevo, la historia era pura contingencia, una serie de divergencias más o menos fortuitas de una pauta subyacente que confería significado al pasado, al presente y al futuro. La megaexposición *Deutsche Größe* (*La grandeza de Alemania*), que se inauguró en Múnich el 8 de noviembre de 1940 y después recorrió el país, atrayendo a un total de 675.000 visitantes, tenía un contenido que ponía un mayor énfasis en la historia y estaba mucho menos centrada en los temas raciales. Pero incluso en ese caso, las secuencias lineales de la «historia» se diluían en un concepto milenario del tiempo. En la exposición, los alemanes de 1940 se presentaban como los herederos directos y los albaceas de los protoalemanes de la prehistoria, de modo que la revigorizada «historia» del presente culminaba en un encuentro con el pasado remoto.[48] «Al final, el arco de acero de los ejércitos alemanes [durante la Primera Guerra Mundial] se extendía desde el Báltico hasta Alsacia, desde Flandes hasta Crimea», afirmaba el historiador muniqués Karl Alexander von Müller en el catálogo de la exposición. «Y casi dondequiera que sus botas hollaban el terreno, resonaban los viejos recuerdos como ecos de nuestro pasado».[49] El autor anónimo de una reseña de la exposición observaba que lo que más llamaba la atención y emocionaba al visitante no era el impulso de la historia en su despliegue, sino «un escalofrío sobrecogedor ante la visión de lo que es inmortal y trasciende los siglos».[50]

Incluso la exposición *Gebt mir vier Jahre Zeit* (*Dadme cuatro años de plazo*), que se inauguró en medio de un vendaval de publicidad el 30 de

abril de 1937, y se concibió para publicitar la transformación de Alemania a lo largo de los cuatro años transcurridos desde la toma del poder, subordinaba la lógica evolutiva de la historia a una oposición ontológica y temporalmente plana entre los nuevos y los viejos tiempos. Como recordaba Joseph Goebbels a los visitantes en su discurso inaugural, la única forma de demostrar lo que habían logrado los nacionalsocialistas desde su toma del poder era yuxtaponer el presente con «los tiempos irremediablemente devastados», cuyo legado heredaron los nazis en 1933. Goebbels anunciaba que aquella exposición asumía la forma de un «espectáculo de los contrastes» (*Schau der Gegensätze*), ya que las diferencias entre el antes y el ahora eran tan profundas como «entre el día y la noche».[51] Aquí no había ningún intento de «reactualizar la historia» ni de «involucrar al observador en una secuencia de acciones»; aquello era revelación, no historia.[52]

Nada de lo anterior equivale a sugerir que los museos de la era nacionalsocialista no fueran «modernos» en un sentido categórico. Nadie que visitara las piezas de los museos alemanes exhibidas en la Exposición Internacional de París de 1937 podía albergar la mínima duda de la modernidad estética y técnica de muchos museos alemanes. Y el Salón n.º 2 de la exposición *Gebt mir vier Jahre Zeit* de 1937 en Berlín, diseñada por Egon Eiermann, era un ejemplo brillante y formalmente innovador de un espacio diseñado para sumergir al visitante en una experiencia dinámica y desbordante.[53] Su rasgo más llamativo eran las drásticas variaciones de escala: en el centro del espacio había una máquina tan inmensa que hacía que los innumerables visitantes que deambulaban a su alrededor parecieran pequeños. Tan solo unos pasos más allá había un largo tramo de ferrocarril en miniatura donde se veía a unas diminutas figuras humanas acarreando materias primas hasta unos vagones de carga. El argumento parecía ser el inmenso efecto multiplicador de la industria, con su capacidad de traducir el trabajo de los individuos en proezas asombrosas por su potencia y su magnitud. Sin embargo, la reivindicación del dinamismo y la modernidad de la industria no se traducía en una reivindicación del propio régimen. A diferencia de la Sala O de la *Mostra* de Roma, la representación del poder productivo y del esfuerzo acelerado no servía como metáfora de la

transformación política de Alemania a manos del movimiento nacionalsocialista, sino más bien como una espectacular demostración del poder en bruto que tenía a su disposición el nuevo régimen.

LA CERCANÍA DEL PASADO REMOTO

La prehistoria germánica era un ámbito de especial interés para los activistas temporales del régimen. El Reichsbund für deutsche Vorzeit (Asociación para la Prehistoria Alemana), un grupo de presión estrechamente vinculado con el Amt Rosenberg (el organismo del Partido Nazi para la política cultural y la vigilancia) coordinaba los esfuerzos para elevar el perfil de la arqueología germánica por el procedimiento de desarrollar una modalidad de exposición más atractiva, informativa y accesible.[54] El propósito era retratar la evolución milenaria de la vida germánica como un fenómeno independiente y autóctono capaz de protegerse contra las influencias extrañas, y a la vez lleno de vitalidad y próximo a la experiencia contemporánea.[55] Durante los primeros años de la dictadura nazi se asistió a un marcado crecimiento de la arqueología y la prehistoria en las universidades, y la disciplina se expandió espectacularmente por los institutos de investigación, así como en el sector de la formación del profesorado, alentada por las manifestaciones públicas de apoyo de Hermann Göring.[56] Los temas arqueológicos y prehistóricos ocupaban un lugar destacado en los libros escolares y eran objeto de gran atención en las novelas, el cine, las colecciones de cromos, hasta el punto de que se podría hablar de la prehistoria como un «anuncio publicitario» propagandístico del régimen.[57]

No todos los miembros del régimen tenían ese mismo entusiasmo por la prehistoria germánica. En ocasiones, Hitler manifestó cierto escepticismo ante el entusiasmo de Heinrich Himmler por la arqueología germánica. Alfred Speer recordaba haber oído al Führer decir que «ya es bastante lamentable que los romanos erigieran grandes edificios cuando nuestros antepasados vivían en chozas de barro; ahora Himmler está empezando a

desenterrar esas aldeas de cabañas de adobe y se entusiasma con cada pieza de cerámica y cada hacha de piedra que encuentra».[58] La conciencia del propio Hitler de la continuidad racial germánica era menos específica geográficamente que la de Himmler. Su historia racial era una narración milenaria donde los logros del Tercer Reich debían «recrear» los del Imperio Romano en la cúspide de su poder, un punto de vista que se reflejaba en su marcada preferencia por las formas neoclásicas en la arquitectura pública construida y planificada para la Alemania nacionalsocialista presente y futura. A ese respecto, Hitler difería de los entusiastas de la *deutsche Vorgeschichte* (prehistoria alemana) como Hahne, que alababan lo nórdico y lo germánico en contraposición con Roma. Sin embargo, fuera cual fuera la variante que uno adoptara, lo novedoso del concepto de tiempo resultante era evidente: la historia política reciente de la República de Weimar se convertía en algo astronómicamente remoto, mientras que los antecedentes milenarios del nuevo régimen –ya fuera la antigüedad griega y romana, o la larga y oscura historia de los asentamientos germánicos en Europa central y septentrional, o ambas– ahora parecían (o se suponía que parecían) muy cercanos.

Esa fue la visión que se institucionalizó en la obra cultural del SS-Ahnenerbe (Legado Ancestral).[59] Pero también condicionaba la agenda de muchos actores locales. En un discurso pronunciado en febrero de 1937, Gerhard Körner, director del Museo de Lüneburg, afirmaba que las nuevas leyes raciales promulgadas el año anterior eran las «piedras limítrofes» de las últimas investigaciones sobre prehistoria, y que el principal objetivo de esa disciplina debía ser el redescubrimiento del *Ahnenerbe*». La investigación, proseguía Körner, debía satisfacer las necesidades del presente: «La tarea consiste en lo siguiente: explorar la historia de nuestros ancestros de tal forma que sea posible extraer conclusiones políticas de la investigación: utilizar el legado cultural a fin de extender la investigación a las costumbres y las creencias, explorar lo que es exclusivo de nuestro pueblo y específico de la forma de pensar y de sentir de nuestra raza».[60]

Había una relación directa entre esa reorientación y los esfuerzos por llevar a los museos la toma del poder por los nazis, porque el director y

diseñador del Museo del Alzamiento Nacionalsocialista de Halle, el profesor Hans Hahne, había sido un destacado exponente de una nueva disciplina en la que el estudio de los asentamientos prehistóricos germánicos y la metodología de la etnografía se mezclaban con las ideas raciales *völkisch* (étnicas) para generar una explicación ultraesencialista y biologista de la génesis y la evolución de la vida alemana en Europa. Para designar ese método de estudio del pasado remoto, Hahne popularizó el término *Volksheitskunde* (el estudio de los atributos básicos del pueblo). En 1912, Hahne había sido nombrado director del Museo Provincial de Halle, una institución bastante gris, fundada en 1884, que albergaba la colección de la Asociación para la Historia y las Antigüedades de Turingia y Sajonia. Bajo la supervisión de Hahne, el museo se transformó: bajo su nuevo nombre, *Landesanstalt für Volksheitskunde*, adquirió un gran edificio principal para exponer la colección y organizar conferencias y coloquios.

Hahne fue pionero a la hora de desarrollar una modalidad de exposición que debía visibilizar las continuidades entre el presente y el pasado prehistórico de los pueblos germánicos. Se utilizaban mapas, maquetas e ilustraciones para dar vida a los restos dispersos de los antiguos asentamientos. El objetivo, escribía Hahne en 1914, era «sacar a la luz los hilos que conectan a quienes vivimos en el presente con el [mundo] de la prehistoria, [...] ya que nuestra cultura de hoy y la cultura de la prehistoria de nuestro país están vinculadas por encima de todo por la identidad de nuestra sangre con la de nuestros ancestros».[61] Eso implicaba, entre otras cosas, ir contra la preeminencia contemporánea de la arqueología *clásica*, y contra la tendencia a atribuir los descubrimientos arqueológicos más sofisticados a la habilidad o a la influencia de los romanos –una parte de los primeros trabajos de Hahne se centraba en refutar diversas «hipótesis romanas» en defensa de una «arqueología alemana» autónoma, interesada por los «grupos existenciales y los círculos culturales independientes» cuya identidad se configuró gracias a una relación armónica con un paisaje natural específico–.[62]

La forma en que Hahne concebía su disciplina siempre había tenido una orientación *völkisch*, pero los puntos de vista biológicos y racistas no

empezaron a predominar en su modo de pensar hasta los años inmediatamente posteriores al final de la Primera Guerra Mundial. Durante aquellos años, Hahne se convirtió en uno de los exponentes de la «biología aplicada políticamente», para la que «la ciencia racial es el fundamento y la clave de la historia universal».[63] La idea que tenía Hahne de la historia no tenía que ver con las perturbaciones, ni con los conflictos, ni con los cambios, sino con el eterno retorno de una existencia cíclica marcada por las estaciones. Le cautivaban los distintos ritos estacionales que todavía podían observarse en las comunidades rurales y en las pequeñas localidades de Turingia; un ejemplo era el *Questenfest*, un rito comunitario de origen supuestamente germánico asociado con la pequeña localidad de Questenburg, en las montañas del Harz, donde todos los años se colgaba una guirnalda, que probablemente simbolizaba el sol, de un poste de diez metros de alto, al que se le prendía fuego para sustituirlo a continuación por uno nuevo, en medio de los cánticos y las celebraciones del lunes de Pentecostés. Hahne y sus colaboradores se convirtieron en practicantes de la *Brauchtumsforschung* –el estudio de las costumbres– y documentaron toda una gama de rituales estacionales locales. A Hahne le gustaban tanto aquellas prácticas que inventó sus propias fiestas del sol y sus *Jahresspiele* (festivales anuales), con un guion basado en pasajes de las *Edda* (sagas germánicas de transmisión oral), e interpretadas por grupos de niños y adolescentes locales.

El creciente compromiso de Hahne con los vestigios de un tiempo cíclico que contenían indicios de profundidad y continuidad temporal era algo más que una obsesión meramente intelectual; era un refugio frente a los difíciles trances de la historia. Personalmente, para Hahne, ese compromiso tenía claramente que ver con el trauma de la Primera Guerra Mundial –o más exactamente, con el traumático final de la guerra, en medio de la derrota, la incertidumbre económica y la agitación política–. En una carta que le escribió a su madre en mayo de 1919, Hahne daba rienda suelta a su sensación de estar fuera de lugar: «Los pensamientos de todas mis horas de vigilia y de sueño, es decir de *cada* hora, son una confusión variopinta y desbocada. En estos tiempos, todo lo que uno "piensa" depende

de su estado de ánimo, de su condición física y de influencias fortuitas, y de hecho realmente uno no lleva ningún pensamiento hasta su conclusión, porque por doquier hay alambres de espino de "síes" y de "peros". De modo que uno hace, paso a paso, lo que requiere ese día, esa hora, sin absorber nada, y esperando, en la medida que lo justifican las apariencias, mucho, poco, o nada». En un curioso pasaje de esa misma carta, Hahne fusiona su tristeza con la propia idea de la historia. La imprenta, afirmaba, ha resultado ser obra del diablo: «Ya no puedo seguir queriendo a Gutenberg, casi me gustaría borrarlo –¿de verdad [la invención de la imprenta] supuso algún tipo de progreso?–. La idea de progreso en su conjunto me parece más dudosa que nunca».[64] Aquí percibimos ecos de lo que Mircea Eliade denominaba el «terror a la historia, una situación de heteronomía radical, de vulnerabilidad ante las agitaciones aleatorias de un entorno sacudido por las perturbaciones, cuyo desenlace es totalmente impredecible. El historiador Hans Rothfels expresaba lo mismo de una forma distinta cuando observaba que la «conmoción de la conciencia histórica alemana» que había provocado la Primera Guerra Mundial llevó a los historiadores a emprender la búsqueda de «lo ejemplar» en la historia de Alemania.[65] Pero la entronización de los arquetipos inevitablemente suprime la contingencia, a la manera del «hombre de cultura arcaica» de Eliade, que «tolera la "historia" con dificultad y periódicamente intenta abolirla».[66]

EL TRIUNFO DE LA PROFECÍA SOBRE LA CONTINGENCIA

Una vez familiarizados con este cambio de pauta de la temporalidad, la encontramos casi por doquier en el mundo configurado por los nacionalsocialistas. La nueva temporalidad ya estaba implícita en la sustitución del Estado por el *Volk* como concepto organizador central del pensamiento político e histórico. En la Alemania del siglo XIX y principios del siglo XX, el Estado había sido un punto de referencia crucial en la conciencia histórica y política alemana, no solo porque se consideraba que

dotaba de cohesión y relevancia a las indisciplinadas fuerzas de la sociedad, sino también porque era el actor a través del cual, más que ningún otro, se imaginaba la historia. Por el contrario, como hemos visto, el régimen de Hitler rechazaba tajantemente el Estado como la meta o el punto focal de los esfuerzos históricos. Una gran parte de lo que antaño parecía ser parte integrante de la historia alemana ahora se antojaba una intrusión extraña. «Ahora reconocemos», declaraba en 1936 el historiador nacionalsocialista Adolf Helbok, «que nuestra existencia pasada como Estado no siempre se guio por las fuerzas de nuestra raza». «Durante largos periodos de nuestro desarrollo», añadía, «acabamos extraviados porque nos dejamos llevar por formas foráneas».[67] Hitler expresaba un presentimiento parecido en *Mein Kampf* cuando achacaba los fenómenos de la formación de las clases y el «progreso» a la influencia de los agitadores judíos.[68] Una temporalidad centrada en el *Volk* –no como población, sino como esencia racial transhistórica– tenía forzosamente que ser por naturaleza no progresista ni evolutiva. En última instancia, la historia del *Volk* solo podía ser una crónica de su identidad consigo misma, de su negativa a sucumbir al poder y a la influencia extranjera.

Eso tuvo profundas implicaciones para la historicidad del régimen nacionalsocialista. Bismarck se enorgullecía de cómo el estadista gestionaba con habilidad las fuerzas históricas cuya competencia generaba la agitación y el movimiento de los que estaba hecha la historia. Hitler ofrecía una visión más cruda. En su universo, la interacción de fuerzas tenía lugar bajo la regla de hierro de una lucha por la existencia. No se trataba de ninguna partida de ajedrez, sino de una lucha a muerte. La naturaleza, escribía Hitler, «no conoce fronteras políticas. Primero pone a los seres vivos en este planeta y asiste al libre juego de las energías. Quien sea más fuerte por su valor y su laboriosidad recibe, como hijo favorito de la naturaleza, el derecho a ser dueño y señor de la existencia».[69] En política, la opción fundamental siempre era binaria: sobrevivir y triunfar, o perecer. Hitler solo conocía un futuro, la victoria predestinada de las fuerzas «arias» sobre todos sus adversarios.[70] En sí, la interacción de fuerzas carecía de legitimidad intrínseca, era un medio para establecer la hegemonía de una

fuerza sobre las demás. Las estructuras decisionales del concepto del tiempo de Bismark ya estaban obsoletas, pues aquel era un mundo donde la tarea que definía la política ya no consistía en equilibrar los intereses, sino en perseguir una única meta preestablecida.[71]

La yuxtaposición que hace Adam Tooze entre Gustav Stresemann y Adolf Hitler, y que incita a reflexionar, ilustra lo marcado que podía llegar a ser el contraste entre entender el pasado de una forma «histórica» convencional o hacerlo de una forma centrada en el destino racial.[72] Como señala Tooze, Hitler y Stresemann eran exponentes de dos formas diametralmente opuestas de entender lo que significaba la historia, y específicamente la historia económica. Stresemann, autor de una tesis doctoral sobre el comercio minorista de cerveza en Berlín, asumía la idea de una historia económica impulsada por las fuerzas heterogéneas de una economía caracterizada por las tensiones internas y por la vulnerabilidad a las presiones internacionales. Según Stresemann, incluso una industria con un abastecimiento tan localizado como el sector de la cerveza era sensible a las fluctuaciones de una economía en vías de modernización y al impacto que generaban las disfunciones del sistema mundial. Así pues, dominar esos retos requería ajustes pragmáticos frente a unas condiciones cambiantes.[73]

Por el contrario, Hitler vislumbraba una economía autosuficiente, que por medio de la conquista debía hacerse con los recursos que necesitaba, una economía autárquica, controlada centralmente, orientada a unas metas compartidas, e inmune a las presiones internacionales. Durante la Primera Guerra Mundial, Stresemann se hizo anexionista, porque estaba convencido de que el interés de Alemania exigía asegurarse un acceso fiable a unos mercados continentales lo suficientemente grandes como para que pudiera competir en términos de economías de escala con Estados Unidos. Pero mientras que Stresemann aspiraba al acceso a los mercados y a los consumidores, a fin de, por así decirlo, introducir a Alemania, en los términos más ventajosos que fuera posible, en la «historia económica» del futuro, Hitler acabó decidiéndose por esclavizar o exterminar a los consumidores y poblar con alemanes los territorios desalojados. Lejos de ser los objetos (o incluso los súbditos) de las fuerzas de los mercados

internacionales, los alemanes iban a crear su propio sistema de producción milenario, autosostenido y a prueba de historia. El ideólogo *völkisch* Hermann Wirth (1885-1981), fundador de la SS-Ahnenerbe, escribía en 1928 que un nuevo despertar de la conciencia racial nórdica daría lugar a «una redención de la mecanización y materialización total, que de otra manera resultaría inexorablemente invasiva, y de la codicia, con su culto al momento, que conocemos como "economía mundial"».[74] Se trataba de un violento rechazo de la heteronomía, de un orden donde la nación no tiene más remedio que vivir dentro del tiempo de otro o de otra cosa. Para los alemanes de los tiempos de Hitler, el camino para salir de la historia iba a consistir en la expansión prácticamente ilimitada del espacio biológico, en la conquista de *Lebensraum* (espacio vital). El *Volk* debía extenderse a lo largo y ancho de la llanura europea, suspendiendo las operaciones de la *Weltwirtschaftsgeschichte* (historia económica mundial), precipitando a los alemanes al fin de la historia y al inicio del tiempo sereno, etnográfico y milenario del Tercer Imperio.[75]

Es posible apreciar la impronta de esa historicidad en el *modus operandi* de Hitler como político. Hitler era perfectamente capaz de trabajar de una forma gradual y táctica, a la manera de los políticos modernos. Sus maniobras entre las formaciones partidistas de la República de Weimar, sus negociaciones con Alfred Hugenberg y el «Frente de Harzburg», su gestión de la oposición en el seno del NSDAP, su encubrimiento en el juicio contra los oficiales del Reichswehr (ejército de la República de Weimar) de Ulm, y el brutal oportunismo de su política exterior a partir de 1933, todo ello deja en evidencia un político de gran habilidad táctica, conforme al molde creado por Bismarck. Sin embargo, aunque Hitler rechazaba expresamente la idea de que la política era «el arte de lo posible», no cabe hablar de hipocresía ni de autoengaño.[76] Más bien reflejaba la subordinación de unos medios convencionales a unos fines no convencionales. Al formular sus objetivos políticos *en última instancia*, Hitler se orientaba hacia unos estados finales, hacia unos puntos de fuga donde cabía suponer que todas las reivindicaciones del presente quedarían resueltas. Su cálculo político no se basaba en predicciones probabilísticas que incorporan cierto grado de

contingencia y presuponen que hay factores fuera del control de quien realiza ese cálculo –más bien se diría que lo formulaba bajo la rúbrica de la voluntad y la profecía–. Mientras que la predicción representa la proyección hacia el futuro de un tiempo histórico no cíclico, donde es preciso sopesar los numerosos riesgos y beneficios posibles, la profecía, como observaba Reinhart Koselleck, no traza una distinción radical entre el pasado, el presente y el futuro; anticipa un fin que ya está dado; se postula en función de la proyección de un tiempo milenario sobre un futuro prometido.[77]

Hitler a menudo se definía a sí mismo como un profeta, por ejemplo, en su famoso discurso del 30 de enero de 1939, cuando «profetizó» el exterminio de la población judía europea en caso de que «los judíos lograran» sumir a los Estados de Europa en «otra guerra mundial», aludiendo a una guerra en la que se viera involucrado Estados Unidos. Aquella promesa, a la que Hitler se remitía reiteradamente, ha llamado mucho la atención de los historiadores del Holocausto, porque parece preparar el escenario para la escalada de los asesinatos de masas a partir de agosto de 1941, cuando Churchill y Roosevelt firmaron la Carta Atlántica, y para la posterior transición a una política de exterminio continental a partir de diciembre, cuando Estados Unidos entró en la guerra.[78] En la formulación de Hitler había un elemento de chantaje rudimentario, en el sentido de que identificaba a los judíos como rehenes, cuyo destino quedaría sellado en cuanto Estados Unidos se atreviera a entrar en la contienda. Pero el hecho de que Hitler optara por formular la amenaza en forma de profecía es importante, porque enmarcaba el futuro como algo predestinado y heredado: «A lo largo de mi vida he sido a menudo un profeta y, por lo general, la gente se reía de mí. Durante mi lucha por el poder, los judíos acogían sobre todo con risas mis profecías de que algún día yo llegaría a asumir el liderazgo del Estado, y con ello de la totalidad del *Volk*, y después, entre muchas otras cosas, lograría solucionar la Cuestión Judía. [...] Hoy voy a volver a ser profeta».[79]

El «antisemitismo redentor» del régimen nazi era en sí una forma de profecía invertida que funcionaba en el marco de un tiempo milenario.[80] La promesa que supuestamente figura en la Epístola de Pablo a los Romanos,

en el sentido de que en última instancia los judíos se reintegrarían en Cristo, aunque su significado siempre fue objeto de debate, se interpretó durante mucho tiempo como una confirmación de la expectativa milenaria de que una conversión en masa de los judíos traería consigo el fin de los días para los cristianos y los judíos por igual. Pero esa presunción de una íntima relación entre los judíos y la salvación, un tema influyente de la teología luterana y pietista alemana de los siglos XVII y XVIII, se secularizó y se invirtió durante el siglo XIX, cuando ganó adeptos la idea de que los judíos iban a provocar el fin de los días únicamente en un sentido secular y negativo, y de ahí el eslogan paulino invertido de Heinrich von Treitschke: «*Die Juden sind unser Unglück*» (los judíos son nuestra desgracia).

En la escatología del antisemitismo nazi convergían dos líneas de pensamiento diferentes. Una era la forma secularizada de la vieja escatología, donde se prometía que los judíos iban a acelerar la culminación de la historia cristiana, una tradición cuya inestabilidad hermenéutica dejaba espacio para la inversión de la esperanza milenaria. La otra era su formulación radicalmente sustitucionista, donde se mantenía la lógica del *eschaton*, de un futuro únicamente accesible a través de la profecía, pero no el lugar de los judíos en él. La antigua escatología seguía latente en las visiones de futuro de los antisemitas del siglo XIX, donde los judíos se dedicaban a acelerar los procesos de fermentación y descomposición cultural y política, cortando los lazos entre Cristo y la nación, e invirtiendo la prioridad de la Nueva Alianza respecto a la Antigua. La nueva escatología se manifestaba en la visión nazi de un futuro totalmente depurado de judíos, donde la acción redentora de estos sería sustituida por la del *Volk* alemán, cuyo estatus como nuevo Pueblo Elegido era desde hacía mucho tiempo un tema central del movimiento nacional protestante alemán.

En un futuro vaciado de judíos, la totalidad de la historia y de la cultura del pueblo judío pasaría a formar parte de un pasado remoto. Esa idea se formuló de una forma más clara en los esfuerzos de las SS por establecer un Museo Central Judío en Praga, atendido a la fuerza por expertos judíos sacados de los guetos, y lleno a rebosar de objetos de culto fruto del saqueo,

y que en un futuro debían recordar la desaparecida vida religiosa, social y cultural de la población judía de Europa central, a la que todavía tenían que exterminar.[81] Probablemente, esa fue la formulación institucional más perversa del concepto escatológico del tiempo del régimen nazi.

Es posible advertir una estructura preventiva similar en las transformaciones urbanísticas planificadas y patrocinadas por el régimen nacionalsocialista. La descomunal magnitud de dichos planes es bien conocida: contemplaban reconstruir completamente los centros de más de cincuenta ciudades alrededor de un conjunto de inmensos ejes norte-sur y este-oeste, de gigantescos auditorios y áreas de reunión, y de cúpulas y torres que harían que todos los edificios de las inmediaciones, incluidas las mayores catedrales, parecieran pequeños. Esos proyectos fueron concebidos para enviar señales a nivel internacional, a fin de demostrar que la nación alemana no era «de segunda clase, sino un igual de cualquier otro pueblo de la tierra, incluso de Estados Unidos».[82] Pero también servían para anclar al régimen en un concepto milenario del tiempo. Si todavía era posible atisbar la gloria de la antigua Grecia y la antigua Roma en «los restos y los yacimientos de ruinas del mundo antiguo» era porque aquellos antiguos Estados habían invertido esfuerzos en la construcción de espléndidos edificios públicos, cuyos perfiles rotos seguían dominando la memoria de los contemporáneos. Lo que transmitía el esplendor de la antigua Roma no eran «las villas y los palacios de los ciudadanos individuales», afirmaba Hitler en *Mein Kampf*, sino «los templos y las termas, los estadios, los circos, los acueductos, las basílicas, etcétera, del Estado, lo que equivale a decir: de todo el pueblo».[83] Y qué contraste más chabacano con el Berlín de tiempos del Führer: «Si Berlín tuviera que correr la misma suerte que Roma, algún día las generaciones futuras podrán admirar los grandes almacenes de algunos judíos y los hoteles de algunas grandes empresas, las obras más imponentes de nuestros tiempos, como expresión característica de la cultura de nuestros días».[84] Desde ese punto de vista, los monumentos y edificios neoclásicos planificados por el régimen eran un llamamiento a un futuro milenario, un futuro en el que también Alemania sería juzgada por su «valor en términos de ruinas». No se trataba de una fantasía pasajera,

sino de un tema que aparecía reiteradamente en los discursos y las conversaciones del dictador. Únicamente los pueblos capaces de legar a una posteridad remota una herencia artística duradera poseían el «derecho moral a la vida», afirmaba Hitler en 1935 en su «Discurso sobre arte y política»; un arte así debía poseer la fuerza para expresar la grandeza del pueblo, aunque a su vez ese pueblo acabara pereciendo sin dejar rastro.[85] En septiembre de 1941, Hitler imaginaba un futuro donde los eslavos de Europa oriental sobrevivirían exclusivamente como habitantes siervos de unas reservas controladas por los alemanes: «Seremos sus amos. Si hay una revolución, lo único que tendremos que hacer será lanzar unas cuantas bombas sobre sus poblaciones y sanseacabó. Después, una vez al año, pasearemos a un contingente de kirguises por la capital del Reich para que puedan llenar su mente con el poder y la grandeza de sus monumentos de piedra».[86]

Uno de los elementos comunes de aquellas reflexiones (y podríamos citar muchos más) era la tendencia a mirar hacia atrás desde el punto de vista privilegiado de una posteridad anterior sobre un futuro ya materializado. Los futuros esclavos kirguises iban a contemplar sobrecogidos unos monumentos que todavía no se habían construido. Las ruinas de los grandes edificios hablan a los seres humanos del futuro sobre los logros de un pueblo desaparecido. «La arquitectura», comenta Éric Michaud, en una formulación que plasma perfectamente lo inverosímil de aquella visión «debía impulsar al pueblo alemán hacia su destino común por el procedimiento de poner de manifiesto su verdadera grandeza en sus monumentos funerarios».[87] Aquí entraba en juego la lógica de la profecía, que encuadra el futuro como algo heredado del pasado, igual que lo hacía en los esfuerzos de las SS de establecer un «Museo Central Judío» en Praga. En general, el movimiento nazi hacía gala de la tradicional preferencia de las profecías por los estados definitivos de las cosas, por pintar y hacer realidad escenarios de un *Endzeit* (tiempo final): *Endkampf, Endlösung, Endsieg* (lucha final, solución final, victoria final).

Curiosamente, los libros y artículos escritos por los historiadores profesionales de la época nazi son el último lugar donde deberíamos buscar

rastros de ese tipo de manipulaciones.[88] Los escritos de Hitler nunca llegaron a ser la plantilla de una nueva historiografía. La «historia del pueblo» (*Volksgeschichte*) que prosperó en los años de la República de Weimar y de la época nazi, sí idealizaba el pasado rural y estigmatizaba la modernización, tachándola de matriz negativa de la armonía preindustrial, pero también tendía a amalgamar el énfasis en la continuidad racial con otros enfoques, como por ejemplo las formas progresistas y evolutivas de historia social, dando lugar a toda una gama de modalidades historiográficas híbridas, donde variaba la intensidad de su compromiso con el pensamiento racial.[89] El régimen nunca logró prescribir una modalidad específica y consensuada de escritura de la historia, más allá de los llamamientos a un enfoque firmemente asentado en la raza y el *Volkstum*.[90] Incluso el Instituto del Reich para la Historia de la Nueva Alemania, dirigido por el historiador Walter Frank (1905-1945) estaba dividido por las rivalidades profesionales y las luchas por las competencias en su seno y con el Amt Rosenberg, con el Ministerio del Interior, el SS-Ahnenerbe y el Ministerio de Educación de Bernhard Rust.[91] No escaseaban los historiadores dispuestos a «trabajar con vistas» al régimen, pero las prácticas convencionales de su oficio demostraron ser resistentes a los cambios rápidos y radicales. Y en cualquier caso, aquel efímero régimen se derrumbó antes de que las ideas de los nuevos dirigentes hubieran logrado abrirse paso con cierta coherencia en la práctica historiográfica.[92]

CONCLUSIONES

El 1 de abril de 1933, en un discurso radiofónico para anunciar el boicot contra los judíos, Joseph Goebbels afirmaba que ya se podía «eliminar de los libros de historia el año 1789».[93] Su confianza en que era posible vaciar una fecha de su significado y sustituirlo por otro, y con ello deshacer el pasado, era característico de la temporalidad sustitucionista de un régimen obsesionado con los aniversarios, los hitos recurrentes de su breve historia. Al dotar de nuevos significados la memorable fecha del 14 de julio, venía a

decir Goebbels, era posible superar y sustituir un pasado abandonado. Y a ese respecto resulta interesante recordar un inciso del comentario de Goebbels sobre el Revolutionsmuseum de Berlín. El «objeto más interesante y valioso de todos [los que se exhibían]», señalaba, «de incalculable valor para cualquier coleccionista, era un salvoconducto para viajar de París a Niza con fecha del 25 de *ventôse* del año 5 (1794) de la República Francesa firmado por Robespierre».[94] Aquel documento era fruto del saqueo de las SA en el cuartel general del Partido Comunista en la Casa Liebknecht. Goebbels venía a decir que el Revolutionsmuseum había capturado y neutralizado el futuro imaginado por la Revolución Francesa, y lo tenía atrapado dentro de su propio y muy diferente concepto del tiempo.

Superar la Revolución Francesa significaba no solo romper con la idea de los derechos, la libertad individual y la ciudadanía política asociada con la gran Revolución en su fase inicial, sino también huir de un *tipo de tiempo* –de un *régime d'historicité*– que había sido inaugurado, o por lo menos cuyo advenimiento había sido acelerado, por los acontecimientos de Francia. Peter Fritzsche ha argumentado, basándose en las tesis de Reinhart Koselleck, que la Revolución Francesa, más que ningún otro acontecimiento de la era moderna, había hecho posible la idea de la historia como una «constante iteración de lo nuevo», como un tren fuera de control, como una secuencia de «momentos» o de «acontecimientos» que, dado que no se encuentran anclados en una estructura temporal cíclica, pueden sucederse a cualquier velocidad.[95] La historia ya no se limitaba al pasado; se estaba desplegando en el presente, con una violencia y una fuerza destructiva impredecible que en aquel momento parecía carecer de precedentes. Cabría discutir si los fundamentos de aquella transición ya estaban ahí desde antes de la revolución, y en qué medida, pero el papel de la revolución a la hora de acelerarla parece fuera de toda duda.

Así pues, en el contexto de los tres regímenes totalitarios, la conciencia temporal nacionalsocialista se nos antoja un tanto peculiar. En la visión que tenía la dictadura de su lugar en el tiempo había un rechazo radical subyacente de la «historia» y una huida hacia una profunda continuidad con un pasado y un futuro remotos. Sería absurdo sugerir que eso equivalía a

una temporalidad homogénea de una época, o que la conciencia temporal que hemos estado examinando era igualmente válida en todo momento y para todos los grupos e individuos. Los estudios más recientes en este campo han subrayado la pluralidad de los conceptos contemporáneos del tiempo y las dificultades que siempre han tenido las élites a la hora de infundir en las sociedades su propia conciencia temporal.[96] Por añadidura, podría darse perfectamente el caso de que el concepto del tiempo de aquel régimen en particular se formuló de una forma más convincente en determinados momentos que en otros (por ejemplo, en la fase inicial de la dictadura de Hitler, o en los años apocalípticos que siguieron a la batalla de Stalingrado). Como ha señalado Frank-Lothar Kroll, incluso entre los dirigentes del régimen, una amplia gama de «filosofías de la historia» bastante diversas condicionaron el pensamiento y la práctica política de los líderes nacionalsocialistas.[97] Lo mismo puede decirse de la «ciencia racial» de la era nazi, que estaba plagada de incoherencias y de luchas entre facciones.[98]

Pero no deberíamos permitir que estas variaciones ideológicas nos impidan ver los contornos de las intuiciones que tenían en común todas ellas. Indudablemente existían importantes diferencias entre el agrarismo de la sangre y la tierra de Richard Walter Darré, el ultrarracismo biológico de Himmler, y la extraña amalgama de arianismo, antisemitismo y teoría cultural spengleriana de Rosenberg. Pero todas ellas tenían en común una forma de pensar sobre el pasado y el futuro que reflejaba una comprensión intuitiva de un mismo concepto del tiempo en términos generales. Rosenberg veía en las formas de las chozas campesinas prehistóricas germánicas el «prototipo» (*Urtyp*) del templo griego que antiguamente habían «llevado» a Grecia las tribus nórdicas. Himmler veía en la enconada resistencia soviética frente a la invasión alemana la prueba de un material hereditario germánico, sumergido durante mucho tiempo, que podía salvarse de la quema para futuras generaciones. Darré soñaba con que el futuro trajera consigo el retorno a la vida precristiana y preindustrial de los antiguos alemanes. Los tres desdeñaban el tipo de historia analítica y «excesivamente intelectual» que hacían los catedráticos de historia.[99]

Por supuesto, aquel régimen obtuvo una parte de su carisma de su capacidad para alinearse con los «temas de la modernización y el progreso industrial», un rasgo ejemplificado en la persona y la trayectoria profesional del tecnócrata amoral Albert Speer.[100] Sin embargo, la pregunta que yo he planteado no es si el régimen era «moderno»; obviamente lo era en muchos sentidos. Mi pregunta es más bien cómo deberíamos conceptualizar la relación entre su modernidad y los atributos que apuntaban a un desmentido radical de la misma. ¿Cuál era el atributo más fundamental? ¿Cuál de ellos nos adentra más en la autoconciencia de ese régimen, en su capacidad de darse un sentido a sí mismo? Por muy importantes que fueran las energías lineales del fomento de la productividad y de la maximización de la fuerza, estaban integradas en una temporalidad no lineal más amplia. Y a su vez, ese fue el concepto del tiempo que vino a dotar de «significado y legitimidad» lo que acabaron siendo los objetivos por excelencia y definitivos del régimen: la aniquilación de los judíos europeos, el asesinato y la esclavización de los eslavos, la «biologización» de la política, la extirpación de todo lo social y sexualmente anómalo, la construcción de gigantescos edificios neoclásicos y la conquista de un inmenso *Lebensraum* continental.[101] No era necesario que todo el mundo habitara el nuevo tiempo –por ejemplo, Albert Speer no lo hizo–. Bastaba con que quienes no lo hicieran estuvieran dispuestos a ponerse al servicio de los que sí lo hacían.

Ahí radica la diferencia entre las dictaduras alemana e italiana. Al igual que el nacionalsocialismo, el fascismo italiano aspiraba a transformar la vivencia de la relación entre el pasado y el futuro. La excavación de edificios antiguos en la capital italiana no tenía como cometido conservar un pasado remoto, sino más bien «desdibujar las fronteras espaciales y temporales entre la antigüedad romana y la modernidad fascista». Era preciso movilizar los pasados de la antigüedad y del Renacimiento al servicio de la contramodernidad fascista, con la antigua Roma como «fuerza vital dinámica, que había que recrear en el presente».[102] Son innegables los elementos comunes entre las temporalidades «híbridas» del nacionalsocialismo y del fascismo italiano, pero es igual de importante la

diferencia, a saber, que mientras que el régimen fascista proyectaba aquellas manifestaciones cronopolíticas sobre una temporalidad cuya lógica seguía siendo esencialmente histórica, lineal y modernizante, el régimen alemán se adornaba con atributos modernos, pero formulaba sus pretensiones definidoras por excelencia en términos de un continuo ahistórico y racial.[103]

Conclusión y epílogo

> Con la marcha de Bismarck cambiaron muchas cosas. [...]
> Si antes del 19 de marzo de 1890 uno ponía el reloj en hora con la Wilhelmstraße, siempre sabía qué hora era.
> Tras la dimisión de Bismarck, el tiempo normal caducó.
> Ahora había muchos relojes. A menudo iban a velocidades diferentes, y uno tenía que tener los oídos bien abiertos para saber qué hora era.[1]

Ninguno de los regímenes examinados en estas páginas realizó modificaciones oficiales en el calendario. Ninguno impuso una nueva modalidad de disciplina del tiempo. Pero todos ellos tenían un inconfundible marchamo temporal. Todos ellos se movían conforme a una música temporal diferente. El embrionario ejecutivo del Estado del elector Federico Guillermo se apoyó en el futuro y se alejó del pasado; fue una máquina de la historia que viró de rumbo y trazó su propio relato por el procedimiento de plantear los futuros posibles y después elegir entre ellos. El mundo de Federico II levitaba en una inmovilidad filosófica, centrado en torno a un rey que estaba en íntima comunión con los antiguos. La historicidad de Bismarck surgió de la tensión entre el impulso torrencial de los cambios políticos y sociales y las estructuras supuestamente permanentes y autónomas del Estado monárquico. Y el régimen de los nacionalsocialistas no se anclaba en la historia, sino en el tiempo no lineal de la identidad racial.

Esas formas de imaginar el tiempo tenían una función en parte legitimadora. Para el elector Federico Guillermo, invocar los «peligros inminentes» contenidos en el futuro era una forma de socavar la posición de

quienes justificaban su poder en la reivindicación de la continuidad con el pasado. Para Federico II, el rechazo de ese concepto conflictivo y cinético del progreso del Estado a lo largo de la historia tenía unos propósitos restauradores, como por ejemplo la estabilización de la nobleza frente a los cambios socioeconómicos. Al afirmar que la historia se desplegaba en momentos de oportunidad imprevisibles y fugaces, Bismarck abogaba a favor de su propia preeminencia como tomador de decisiones de suprema cualificación. Y la huida del régimen nazi de la historia lineal dotó de coherencia a su persecución de un proyecto apocalíptico de autorrealización racial. Si la «modernidad», como concepto del tiempo, justificaba algunas formas de comportamiento político y limitaba o deslegitimaba otras, lo mismo cabe decir de todos y cada uno de los conceptos del tiempo esbozados en este libro.

Al centrar la investigación tan firmemente en los forjadores del poder, a lo largo de una secuencia de regímenes de gobierno, este libro se aparta del énfasis en los procesos imprecisos y en los cambios sin agente que actualmente predomina en los estudios sobre la temporalidad. Por el contrario, apreciamos que el poder deforma la temporalidad, que los aspirantes a la soberanía se apropian de la historicidad, un proceso que puede estar consciente e incluso agresivamente dirigido contra la historicidad alternativa de un adversario. Y además, el enfoque secuencial y episódico adoptado en este libro tiene la ventaja de que capta la cualidad acumulativa y reflexiva de la relación entre una época y la siguiente: Federico II de Prusia conocía las plantillas históricas de Pufendorf y Hartknoch, pero optó por restarles importancia o ignorarlas. Bismarck admiraba la autonomía política del *Machtstaat* de Federico, pero era ajeno a la teleología dialéctica de Hegel. Los nazis ensalzaban a Bismarck como la personificación de un arquetipo germánico, pero su visión racista y pseudobiológica era la negación absoluta de la intuición de Bismarck, a saber, que la historia se desarrollaba en el campo de tensión entre el Estado monárquico y las fuerzas de la sociedad civil. Ni la sociedad civil ni el Estado gozaban de la simpatía del movimiento de Hitler, que tachaba ambas cosas de invenciones «judías» de la teoría política liberal. Y el peso y el

calado del rechazo de la historia por los nazis tan solo tiene sentido con el telón de fondo de la debacle del viejo historicismo centrado en el Estado, cuya hegemonía en el ámbito de la cultura política de los territorios de habla alemana antiguamente parecía tan profunda y tan sólida.

En muchos de los recientes estudios más importantes sobre la temporalidad hay cierta tendencia a construir la narración desde dentro, mediante una teoría más o menos explícita de la modernización. El problema que queda por explicar es la transición de un orden temporal «premoderno», cíclico o recurrente, a un orden «moderno» y lineal. Los sondeos de la temporalidad de los regímenes que he llevado a cabo a lo largo de tres siglos complican esa narración. En vez de un avance lineal hacia la modernidad, vemos un avance más oscilante; los cambios en el clima intelectual se fusionan con un proceso de reflexión transgeneracional donde se rechazan, se imitan o se modifican las anteriores modalidades de historicidad del régimen. La historicidad de Federico II no era inequívocamente más *moderna* que la de Pufendorf, simplemente era distinta. Eso no significa que no se estuviera produciendo algún tipo de modernización en las sociedades que generaban dichos regímenes. Pero sí apunta a que la relación entre la modernización social y los regímenes de historicidad podría ser más indirecta de lo que parece implicar una oposición binaria entre la forma de temporalidad premoderna y la forma moderna.

¿Este libro describe una trayectoria específica alemana? La presencia estructuradora del Estado en la sensibilidad histórica de la Alemania moderna podría ser un rasgo distintivo. El hecho de que el filósofo de la historia más influyente de Alemania en el siglo XIX y el principal teórico del Estado sean una misma persona (Hegel) es extraordinario, aunque nos resulte familiar. En un artículo publicado en la década de 1960, Helmut Koenigsberger, de la Universidad de Londres, un distinguido experto de la modernidad, observaba un profundo contraste entre las narraciones de conjunto alemana y británica en el ámbito de la historia política. En el meollo del *grand récit* británico había un relato (a veces calificado de *whiggish*) de cómo la sociedad se emancipó del Estado monárquico. En el

núcleo de muchas narraciones históricas alemanas había un relato (en ocasiones calificado de «borussiano») de cómo el Estado moderno se emancipó de las estructuras feudales de la sociedad tradicional.[2] El rechazo nazi del Estado como forma de entender la historia únicamente podía tener el eco que tuvo en un mundo cuyos intelectuales se habían alimentado en ese tipo de narraciones centradas en el Estado.

Sería un error forzar esas observaciones en la dirección de una afirmación excepcionalista. El Gran Elector destaca entre sus contemporáneos en determinados aspectos, pero los argumentos que planteó entre las décadas de 1650 y 1680 también pueden ubicarse dentro de un amplio espectro de discursos sobre el poder del Estado que se dieron a lo largo del siglo XVII. La historicidad de Federico II era más peculiar, al asumir una inmovilidad estetizada sin invocar la idea de continuidad o de herencia, aunque conservó los arreos retóricos de una sensibilidad histórica ilustrada. El sentido que tenía para Bismarck el movimiento de la historia le colocó en el centro de la corriente mayoritaria de Europa; tan solo era una variación particular de un tema decimonónico más general. Alemania no fue el único país donde se asistió a una crisis del historicismo a principios del siglo XX, y el «terror a la historia» de Eliade nunca se refirió a un malestar específicamente alemán. La huida de la historia que protagonizaron los nazis ejemplificó un vuelco en la conciencia temporal que también puede apreciarse en otros escenarios de Europa y más allá.

De hecho, podría haber una dimensión genérica en la relación entre trauma y temporalidad, sobre todo cuando el trauma en cuestión tiene que ver con una perturbación de las estructuras de poder. Los eruditos literarios han detectado en los escritos poscoloniales cierta tendencia a estructurar las narraciones en torno a una «temporalidad del trauma» recurrente.[3] Podemos atisbar indicios de un vínculo análogo en la obra de Fernand Braudel, el historiador asociado a la ascendencia de la *longue durée* en los estudios históricos franceses.[4] La *longue durée* se concebía en contraposición con una historia basada en los acontecimientos o con una historia política que privilegia un breve intervalo de tiempo. Pero también era un refugio frente a la agitación de la historia. Sin una *longue durée*, observaba Braudel, los

individuos contemporáneos se verían atrapados en un «breve momento existencial» donde quedarían «enclaustrados, presos», y sin ser capaces de «hacer uso del pasado ni de nutrirse de él».[5] Así pues, la insistencia en la continuidad poseía cierto potencial terapéutico, ya que los traumáticos sucesos de la historia (de Francia), recordada como una lista de marcadores de calendario que reflejara las derrotas y las invasiones –1815, 1871, 1914, 1940–, expresaba una secuencia de «monstruosas heridas». La búsqueda de continuidad era una huida de la historia: «Rechazar los acontecimientos y la época en la que ocurren los acontecimientos», afirmaba Braudel, «era una forma de hacerse a un lado, de ponerse a cubierto, para poder tener algún tipo de perspectiva, ser capaz de evaluarlos mejor, y de no creérselos del todo».[6]

El libro *Hind Swaraj* (*El autogobierno de India*), de Mahatma Gandhi, escrito en 1910 para refutar la política terrorista de los radicales indios expatriados, deja en evidencia un nexo similar. En este importantísimo texto, Gandhi desechaba la idea de la historia como mero «registro de las guerras del mundo», donde no podía haber lugar para la continuidad transgeneracional de la fuerza del alma. A la luz de esa interpretación, la historia era «un registro de todas las interrupciones del trabajo regular de la fuerza del amor», y por consiguiente de la «fuerza de la naturaleza». Era el instrumento con el que los ingleses pretendían mantener a los indios en la conciencia de su propia inferioridad cultural.[7]

Solo para dejar las cosas claras, ¡eso no equivale a sugerir que haya que situar al antinacionalista no violento Gandhi ni al escrupuloso demócrata Braudel en las inmediaciones del movimiento nazi! La fuerza del alma de la que hablaba Gandhi era universal y humana, no racista, y la *longue durée* de Braudel no era una huida al irracionalismo, sino una herramienta hermenéutica cuidadosamente controlada. El menosprecio de Gandhi por la historia en las páginas del *Hind Swaraj* era limitado e instrumental: concernía a una forma específica, moderna y occidental, de entender lo que es la historia, una forma de entender profundamente entrelazada con las estructuras desestabilizadoras del poder colonial. Al igual que el «Ángel de la Historia» de Walter Benjamin, que únicamente es capaz de ver

catástrofes donde nosotros vemos el despliegue de la narración de la historia, la mirada de Gandhi estaba fija, al menos por el momento, en la turbulencia y la ruina de la historia.[8] A pesar de todo, estos dos casos sí esclarecen algunas de las formas en que las perturbaciones o los traumas políticos pueden desencadenar una reorientación desde la contingencia hacia la continuidad de una forma u otra.

Probablemente lo distintivo del caso alemán no es el contenido específico de las oscilaciones como tales, sino su amplitud. Tres de las épocas examinadas en este libro se caracterizaban por una reciente experiencia de la guerra y/o de turbulencias políticas: la guerra de los Treinta Años, las revoluciones de 1848 y las guerras de Unificación, y la doble crisis de la derrota y la revolución política en 1918-1920. Cada una de las constelaciones que hemos examinado llevaba aparejada una dimensión empírica y psíquica, por lo menos si las contemplamos desde el punto de vista de las personas que más contribuyeron a darles forma. El reinado del Elector fue una huida hacia adelante para dejar atrás el caos de la guerra de los Treinta Años. La búsqueda de la inmovilidad por parte de Federico II estaba en parte motivada por la sexualidad y por la experiencia juvenil. La historicidad bipolar de Bismarck se nutría de su ambigua forma de entender las revoluciones de 1848. Y la temporalidad milenaria del nazismo representaba una formulación singularmente brutal del «terror a la historia» desencadenado por la crisis de 1918-1919 y empáticamente diagnosticado por Eliade.

Así pues, podríamos ampliar el alcance de la forma en que Troeltsch entendía la crisis del «pensamiento histórico» alemán al final de la Primera Guerra Mundial, señalando que, dado que nuestra imaginación temporal e histórica está más profundamente estructurada por las relaciones de poder de lo que la mayoría de nosotros puede sospechar, las perturbaciones en el flujo o en la estructura de poder pueden generar sus correspondientes ajustes en la historicidad. Podemos reconocerlo sin presuponer que haya nada previsible ni automático en ese nexo causal: en China, los inmensos trastornos de las grandes revoluciones del siglo XIX provocaron una precipitación hacia un tiempo lineal «moderno» al estilo occidental; en

Alemania, los traumas políticos provocaron un realineamiento en dirección contraria, desde las narraciones históricas evolutivas y lineales hacia un tiempo milenario basado en el triunfo del Ser sobre el Devenir.

Un somero vistazo a los dos Estados alemanes de la posguerra sugiere que esa pauta de oscilación prosiguió después de 1945, aunque la emancipación de la sociedad civil (por lo menos en la República Federal de Alemania), la proliferación de historicidades paralelas y el acelerado ritmo de los cambios temporales provoquen que las pautas globales resulten difíciles de discernir. Los dos Estados alemanes se fundaron conforme a unos ordenamientos temporales bastante distintos. La República Federal (RFA) reconocía sus responsabilidades como Estado «sucesor» del Estado del Reich alemán y el «continuador» (*Fortsetzer*) de «ese mismo Estado [...] que fue fundado en 1867 como la Confederación Alemana del Norte y ampliado en 1871 con la adición de los Estados de Alemania meridional».[9] La República Democrática Alemana (RDA) se anunciaba como una nueva entidad antifascista, depurada –por lo menos a partir de 1952, cuando el régimen se declaró oficialmente «socialista»–[10] de continuidades estructurales con el pasado capitalista. Al mismo tiempo, las revoluciones alemanas de 1848 volvieron a aflorar en la zona oriental como un experimento inacabado de «democratización», que hoy en día requiere urgentemente ser culminado.[11]

No obstante, los primeros años de la posguerra en ambos Estados llevaban el sello de los modelos sociales de futuro del periodo de entreguerras, como por ejemplo la creación de un *Kulturstaat* (Estado de cultura nacional) occidental en la RFA, o de un Estado popular proletario en la RDA.[12] Durante la década de 1960, aquellas plantillas de viejo cuño fueron parcialmente reemplazadas por un *boom* de especulaciones sobre el futuro.[13] La nueva ciencia de la «futurología» se aseguró la financiación del Gobierno y la industria de Occidente. Había un marcado interés por la planificación a largo plazo y un renacer del utopismo socialista en los círculos académicos.[14] Aquella fue una «década del futuro» caracterizada por una sensación de cambio acelerado, en la que los modelos de futuro de

inspiración filosófica e histórica fueron sustituidos por las proyecciones científicas y cibernéticas.[15] Tras la construcción del Muro de Berlín en 1961, el dirigente de Alemania Oriental Walter Ulbricht empezó a hacer hincapié en la tecnología como la clave del futuro poder económico y político de la RDA, que muy pronto iba a desbancar a la capitalista RFA, e incluso a la Unión Soviética.[16] Como sugiere este ejemplo, las visiones de la futurología eran en su mayoría básicamente herramientas para revalorizar y lograr determinados tipos de cambio en el presente.[17] El *boom* de la futurología durante la década de 1960 fomentó una oleada de publicaciones sobre el futuro por parte de los historiadores de la RFA; entre ellas, estaba la incursión fundacional de Koselleck en el terreno de la historia de los futuros pasados.[18]

El optimismo de los comienzos de la futurología fue efímero. La confianza en el constante avance de una «modernización» virtuosa se alternaba con el desasosiego ante el rumbo que tomaba el viaje.[19] En 1972, el Club de Roma publicaba un estudio titulado *Los límites del crecimiento* que concluía que «si las actuales tendencias de la población mundial, la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos y el agotamiento de los recursos» siguieran igual, se alcanzarían los límites del crecimiento en este planeta en algún momento de los cien años siguientes, lo que vendría acompañado de «un declive bastante repentino e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial».[20] En la RFA, los defensores de un «futuro humano» emancipador criticaban la planificación tecnocrática, concebida para estabilizar el sistema, de los organismos del Estado.[21] Cada vez había una conciencia más profunda de la relación entre el progreso económico y la prosperidad y la destrucción del medio ambiente físico, que se manifestaba en una secuencia de pánicos morales acerca de la contaminación y el esmog, la lluvia ácida, la muerte de los bosques, el agujero de la capa de ozono, o la «muerte del Rin». A partir de los primeros años ochenta, a la sombra de la estrategia de dos vías de la OTAN y del miedo a las bombas de neutrones, aquellas preocupaciones se revistieron con las visiones de un inminente autoexterminio del género humano y la destrucción irreversible de la vida en la Tierra. Dichas visiones

tendían a desdibujar los contornos del Estado-nación en un panorama de disfunciones mundiales.

También en Alemania Oriental se podía hablar de un «agotamiento del futuro».[22] Las referencias al futuro empezaron a ser menos frecuentes en las publicaciones oficiales, y tras el nombramiento de Erich Honecker como primer secretario del Comité Central del Partido Socialista Unificado en 1971, el régimen empezó a centrar sus comunicados públicos no tanto en sacrificar el presente en aras del futuro como en el estatus de la RDA en su forma de entonces como una nación socialista madura. El año 2000, que antiguamente había sido un importante punto de fuga, desapareció (literalmente) de la propaganda del régimen.[23] Y a medida que el futuro empezó a perder peso político, el régimen invertía más en el pasado, animando a sus ciudadanos a dedicar más atención (a través de los programas de televisión y radio, los libros populares y las exposiciones) a la historia de –entre otras cosas– Prusia. El punto culminante de la consiguiente *Preussenwelle* (oleada prusiana) fue la reinstalación en 1980 de la estatua ecuestre de Federico II, obra de Christian Daniel Rauch, en la avenida Unter den Linden.[24]

A la vista de la proliferación de historicidades paralelas (en la RFA gracias al menor papel del Estado a la hora de establecer los contornos de las temporalidades predominantes) y la acelerada fragmentación y la alternancia de los horizontes de las expectativas, Jenny Andersson ha sugerido que los «grandes cambios» trazados por Koselleck para el periodo moderno «no tienen demasiado sentido» tras la cesura de 1945.[25] Sin embargo, lo verdaderamente asombroso de ese periodo es sin duda la durabilidad del paradigma modernista como tal. La *idea* de que todavía era posible adaptar la historia en el marco de una narración lineal de «modernización» sobrevivió al desencanto ante los efectos sociales y ecológicos de la modernización. El ascendiente del término «posmoderno» equivalía en ciertos aspectos a un reconocimiento de que aún no se había encontrado una mejor forma de pensar acerca de nuestra posición en la extensión del tiempo histórico. En términos historiográficos, la persistencia de la tesis del *Sonderweg* (camino especial) alemán como un principio

narrativo y organizador crucial para la investigación era sintomático del deseo de aislar la idea de la modernidad como tal de los desastres que había sufrido Alemania. Al postular que Alemania no había logrado «modernizarse», o por lo menos modernizarse de una forma adecuadamente equilibrada, y que por el contrario había emprendido un camino aberrante que conducía a la guerra, a la dictadura y al genocidio, los historiadores encontraron una manera de evitar que el nazismo contaminara la modernidad como proyecto, bajo cuya rúbrica ahora el escarmentado Estado alemán podía ser readmitido en la comunidad mundial de naciones civilizadas. Los monumentales esfuerzos de Heinrich August Winkler para cartografiar la historia de la Alemania moderna como «un largo camino hacia Occidente» figuran entre las más elocuentes formulaciones recientes de esa idea.[26]

¿Qué pasa si, en vez de criticar el lado oscuro de la modernidad, simplemente desechamos del todo la modernidad como forma de ubicarnos en la historia? Esa era la inquietante pregunta que planteaba a principios de la década de 1990 el sociólogo francés Bruno Latour. Latour, en un texto escrito a raíz de lo que él denominaba «el año milagroso de 1989», y en concreto de la caída del Muro de Berlín, proponía que abandonáramos definitivamente la idea de que somos, o hayamos sido alguna vez, «modernos», que tiráramos por la borda toda la fantasmagoría progresista de la racionalización, la aceleración y el control que ha venido guiando a las élites de Occidente desde el siglo XIX. En ese «mundo no moderno en el que estamos entrando [...] sin haber salido realmente nunca de él», apunta Latour, tendremos que encontrar nuevas formas (o tal vez viejas formas) de imaginar nuestro lugar en el tiempo y de sancionar nuestras iniciativas colectivas.[27]

Estemos o no de acuerdo con Latour, él, y más en general el «giro temporal» de hoy en día, son sintomáticos de una sensación generalizada de que el presente está en tránsito desde los futuros de los modernos hacia algo más recurrente, escarmentado por el derrumbe de los proyectos humanos del pasado y deferente con las voces de los «mayores».[28] Tanto las formas comunistas de progresismo, centradas en el Estado, como las visiones de

futuro neoliberales de libre mercado han sufrido una crisis de legitimidad. Como afirma Perry Anderson, las «esperanzas del socialismo» han sido «borradas de la agenda» de la izquierda.[29] En la Rusia poscomunista, el derrumbe del régimen soviético ha inaugurado un «tiempo fuera del tiempo», donde la política ha quedado separada de cualquier tipo de objetivo en última instancia. En vez de desacreditar el orden soviético depuesto y sustituirlo por una alternativa, la revolución anticomunista se ha adornado con la parafernalia de un pasado imperial, al tiempo que implantaba una modalidad de política «desactivada», cuyo propósito es impedir la aparición de formaciones autónomas en el seno de la sociedad civil y negarles la posibilidad de una acción política históricamente relevante. Contra las fuerzas sociales –la izquierda radical, por ejemplo, o los grupos liberales prooccidentales, que sí siguen ubicándose en una narración histórica progresista– el régimen de Vladímir Putin sigue desplegando las herramientas de la «represión burocrática» y suspendiendo la legitimidad de las opciones políticas alternativas «sin adoptar él mismo una postura ideológica sustancial».[30]

La democracia liberal se basa, en la misma medida que el comunismo, en un concepto lineal de la historia. Ryszard Legutko ha observado que, a pesar de las diferencias que existen entre ellos, ambos sistemas se basan en la intención de cambiar la realidad para mejor; el meollo de ambos es una idea de la modernización que requiere «romper con lo viejo e iniciar lo nuevo»; ambos afirman desplegarse históricamente de acuerdo con una «pauta lineal»; y ambos plantean a los intelectuales una difícil elección entre apoyar o rechazar los cambios progresivos.[31] De ahí el gran apego de los últimos presidentes demócratas de Estados Unidos por la noción de que hay un «lado correcto» y un «lado equivocado» de la historia.[32] Pero el desplome de las expectativas que ha transformado el antiguo imperio soviético no ha dejado ileso a «Occidente». El abismal fracaso de los proyectos de «construcción nacional» democráticos liberales tras las guerras de Irak y Afganistán desacreditaron tanto las pretensiones de la «teoría de la paz democrática» como de la cultura política que la engendró. La crisis financiera mundial de 2007-2008 y la crisis de la deuda europea

que le siguió arrojaron profundas sombras sobre la gobernanza económica «neoliberal» de los Estados capitalistas occidentales. El agravamiento de la desigualdad social y la hiperconcentración de los nuevos capitales justo en la cúspide de la pirámide de ingresos dificultan la defensa de las ventajas sociales del capitalismo en materia de progreso. La promesa de que cada generación vivirá mejor que su predecesora ya no parece creíble. Y, al mismo tiempo, dentro de la comunidad de Estados «occidentales» modernos han surgido algunos regímenes que han encontrado la manera de utilizar la democracia como instrumento de un gobierno autoritario, al tiempo que depuraban sus sistemas políticos de cualquier sustancia progresista. Algunos argumentan que aquí, al igual que en la Rusia poscomunista, la política se agota a sí misma en «una incesante actividad carente de cualquier tipo de cometido».[33]

Ahora están de moda los escenarios terminales, desde «El desconcertante final de la izquierda y la derecha» y «El fin de la izquierda y la derecha tal y como las conocíamos» hasta «El fin de la política tal y como la conocemos» y «El fin del neoliberalismo».[34] Wolfgang Streeck se ha preguntado «¿Cómo terminará el capitalismo?», una pregunta que a finales de los años ochenta y principios de los noventa se nos habría antojado carente de significado, cuando lo que parecía evidente era la infinitud del capitalismo.[35] «¿Así es como termina la democracia?», se preguntaba David Runciman en un artículo para la *London Review of Books*, al reflexionar sobre el significado de la victoria electoral de Donald Trump.[36] ¿Es este el «fin de la historia» que diagnosticaba Francis Fukuyama? El famoso artículo (y posterior libro) de Fukuyama con ese título se refería a la llegada de la locomotora hegeliana de la historia al final del trayecto, la realización de una progresión lineal hacia la libertad y la plenitud, caracterizada por la «universalización de la democracia liberal occidental como la forma definitiva de gobierno de la humanidad».[37] Pero el «fin de la historia» de hoy en día es diferente. Tiene que ver con el momento en que «se pone fin a la presunción misma de tal estado final».[38]

La simultaneidad de la incertidumbre temporal para la política democrática liberal y para la política de izquierdas es sugerente. Podría

reflejar una codependencia latente entre ambas, lo que significaría que el fin de la promesa socialista entrañaba necesariamente el derrumbe de la esperanza liberal; ese era el significado más profundo que vislumbraba Perry Anderson en el ensayo de Fukuyama. Pero también podría dirigir nuestra atención hacia las presiones históricas que sufren tanto la izquierda como la derecha, lo que da lugar a situaciones que aparentemente ninguna de las dos está en condiciones de resolver. En su libro *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable* [*La gran enajenación: el cambio climático y lo impensable*], Amitav Ghosh reflexiona sobre el efecto del cambio climático en la conciencia temporal, y sugiere que la verdadera relevancia de la amenaza ecológica a la que nos enfrentamos actualmente está en su cualidad acumulativa y terminal: «Los sucesos del clima cambiante de hoy en día, en la medida que representan la totalidad de las acciones humanas a lo largo del tiempo, también representan el final del trayecto de la historia. Porque si la totalidad de nuestro pasado está contenida en el presente, la propia temporalidad se ha visto vaciada de relevancia».[39]

En la época del Gran Elector, se invocaba el peligro futuro como parte de una argumentación a favor de la concentración de poder. Pero los circuitos que habían conferido eficacia a ese tipo de argumentos no sirven en el ámbito del cambio climático, porque no existe una estructura estatal individual con las competencias necesarias para afrontar un problema de un alcance y de una gravedad tan enormes, sino tan solo una plétora de Estados cuya búsqueda del interés individual impide avanzar hacia una solución sistémica. En vez de facultar a la política como argumento para empoderar al Estado en su persecución de unos fines trascendentes, la «gran enajenación» coloca frente a las estructuras de la autoridad territorial estatal un espejo de su impotencia. Si los Estados ya no son capaces de generar futuros plausibles y la sociedad civil carece de los medios para hacerlo, nos encontramos verdaderamente encarcelados en el presente.

Hubo un tiempo en que la Unión Europea parecía ofrecer la mejor esperanza de afrontar ese tipo de problemas –por lo menos en Europa continental– que los Estados-nación no habían logrado resolver. La Unión

se fundó como un proyecto de progreso orientado hacia un futuro mejor. El preámbulo de los Tratados de Roma del 25 de marzo de 1957 afirmaba que el cometido común de los países firmantes era «sentar las bases de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos europeos» a fin de lograr «la constante mejora de las condiciones de vida y de trabajo de sus pueblos» y de conservar y fortalecer su paz y su libertad.[40] Hoy en día flaquea el avance hacia esos objetivos. La crisis financiera griega de 2009-2016, la crisis de Ucrania en 2013, y la crisis de los migrantes en Europa en 2015-2017, todas ellas arrojan una cruda luz sobre los profundos defectos estructurales que impiden una acción colectiva. La penuria económica que generó la crisis financiera mundial, sobre todo en el sur de Europa, y las tensiones de la globalización han alimentado el aumento de los movimientos nacionalistas y populistas que ofrecen una gama de visiones cuyo tema común es un llamamiento a un pasado idealizado.

Justamente para contrarrestar esas visiones recurrentes, Emmanuel Macron, presidente de la República Francesa, hablaba de Europa, en un discurso que pronunció en la Universidad de la Sorbona el 26 de septiembre de 2017, como «nuestro horizonte, lo que nos protege y nos da un futuro». A continuación Macron proponía muchas cosas, pero su tema central recordaba los argumentos del Gran Elector y de su administración contra los que ostentaban los privilegios provinciales: a fin de prepararse proactivamente para los retos del futuro –la transición ecológica, la globalización, la migración, las amenazas a la seguridad–, Europa debía poner punto final a la «guerra civil» generada por las discrepancias presupuestarias, financieras y políticas para «construir» una «soberanía real». Los Estados miembros debían aprender las virtudes de la «solidaridad» –una exhortación que nos recuerda a cuando el Elector advertía a sus Estados de que las provincias, a pesar de todos sus privilegios y de todas sus tradiciones particulares, eran «miembros de una sola cabeza», *membra unius capitis*–. Si los Estados-nación no lograban estar a la altura de ese desafío, advertía Macron, el presente, y con él el futuro, se verían sumergidos por el pasado: «Durante demasiado tiempo hemos tenido la certeza de que el pasado no iba a volver, pensábamos que ya habíamos

aprendido la lección, pensábamos que nos podíamos instalar en la languidez, la costumbre, abandonar una parte de esa ambición, de esa esperanza que nos iba a traer Europa, ya que esta se convertía en una evidencia de la que habíamos perdido el hilo».[41]

En el momento de escribir estas líneas no está claro si Macron logrará volver a poner en marcha el «motor» europeo y alinear a toda la Unión, o a parte de ella, con esos objetivos. Por el momento, la actual oleada de incertidumbre y desorientación temporal –que en sí es un fenómeno cultural de gran interés histórico– sigue agravándose.[42] Su rastro puede detectarse en la sensación retro de la retórica política contemporánea, en la ubicuidad del «presentismo» y de la nostalgia,[43] en los conceptos del tiempo de la ficción contemporánea, que nos recuerdan a los *collages* o a los palimpsestos,[44] y en las obras de arte que durante los últimos años han venido centrando su atención en el tiempo como factor desestabilizador de la experiencia. Los enormes lienzos de Alemania septentrional de Anselm Kiefer retratan el presente como una situación de anticipación agotada, «radicalmente impregnados de significado procedente del pasado».[45] Las grandes obras en papel, con anotaciones parecidas a las de las partituras, de la pintora Jorinde Voigt, afincada en Berlín, rebosan de vectores temporales y de marcas: «ahora», «hoy», «mañana», «proceso», «frecuencia».[46]

Hemos llegado al final de este libro. La imagen que se ve debajo de estas líneas, perteneciente a la serie *Captured on Paper* (*Capturado en papel*), de la pintora austriaca Sonja Gangl, podría *parecer* una foto fija de los títulos de crédito del final de una película de Hollywood; pero en realidad es el producto de un minucioso trabajo manual con cientos de miles de diminutos trazos a lápiz de grafito, donde la lentitud gradual del proceso plantea una incómoda tensión con la ilusión de la captura instantánea de la fotografía.

Figura 5.1. Sonja Gangl, de la serie *Captured on Paper, THE END_1100101* (2014).
Fuente: por cortesía de Sonja Gangl.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. François Hartog, *Régimes d'historicité, Présentisme et Expériences du Temps*, París, 2003.

2. Sobre los regímenes de tiempo como estructuras de la percepción, más que como fenómenos semánticos, véase Cornel Zwierlein, «Frühe Neuzeit, Multiple Modernities, Globale Sattelzeit», en Achim Landwehr (ed.), *Frühe NeueZeiten. Zeitwissen zwischen Reformation und Revolution*, Bilefeld, 2012, pp. 389-405.

3. Cornel Zwierlein, *Discorso und Lex Dei. Die Entstehung neuer Denkrahmen im 16. Jahrhundert und die Wahrnehmung der französischen Religionskriege in Italien und Deutschland*, Gotinga, 2006.

4. Eso dice Niklas Luhmann de las temporalidades generadas por distintos «sistemas sociales»; véase Luhmann, «Weltzeit und Systemgeschichte. Über Beziehungen zwischen Zeithorizonten und sozialen Strukturen gesellschaftlicher Systeme», en Luhmann, *Soziologische Aufklärung II. Aufsätze zur Theorie der Gesellschaft,* Opladen, 1986, pp. 103-133, aquí pp. 103-104; véase también Luhmann, «Temporalisierung von Komplexität. Zur Semantik neuzeitlicher Zeitbegriffe», en Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik. Studien zur Wissenssoziologie der modernen Gesellschaft*, vol. 1, Fráncfort, 1980, pp. 235-300.

5. Sobre la «distancia» histórica como algo construido y manipulable, véase Mark Salber Phillips, «Rethinking Historical Distance. From Doctrine to Heuristic», en *History and Theory* 50 (2011), pp. 11-23.

6. Sobre el «giro temporal» en las ciencias humanas en general, véase Robert Hassan, «Globalization and the "Temporal Turn". Recent Trends and Issues in Time Studies», *Korean Journal of Policy Studies* 25 (2010), pp. 83-102. Sobre el giro temporal en la historia, véase Alexander Geppert y Till Kössler, «Zeit-Geschichte als Aufgabe», en Geppert y Kössler (eds.), *Obsession der Gegenwart. Zeit im 20. Jahrhundert* (Geschichte und Gesellschaft, Sonderheft 25), Gotinga, 2015, pp. 7-36. Hay algunos paralelismos conceptuales con el «giro espacial», donde el espacio se entiende no como un «telón de fondo pasivo donde se desenvuelve la historia», sino como una «dialéctica socioespacial»; véase Eli Rubin, «From the *Grünen Wiesen* to the Urban Space: Berlin, Expansion, and the *Longue Durée*. Introduction», *Central European History* 47 (2014, edición especial), pp. 221-244, aquí 233.

7. Thomas Henri Bergson, *Time and Free Will: An Essay on the Immediate Data of Consciousness*, trad. al inglés F. L. Pogson ([París, 1889] Londres, 1910 [*Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006]; Werner Bergmann, «The Problem of Time in Sociology: An Overview of the Literature on the State of Theory of Theory and Research on the "Sociology of Time," 1900-1982», *Time and Society* 1 (1992), pp. 81-143; Martin Heidegger, *Sein und Zeit* (F.-W. von Herrmann [ed.], Gesamtausgabe, vol. 2; Fráncfort, 1977, pp. 437 [*Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, 2009]); sobre los teóricos literarios y los narratólogos, véase Mijaíl Bajtin, «Forms of Time and of the Chronotope in the Novel. Notes toward a Historical Poetics», en *The Dialogic Imagination. Four Essays* ([1975] Austin, 1988, pp. 84-258); Gérard Genette, *Narrative Discourse*, trad. al inglés Jane E. Lewin, Oxford, 1986 [*Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998]; John Bender y David E. Welberry (eds.), *Chronotypes. The Construction of Time*, Stanford, 1991; Mark Currie, *About Time. Narrative, Fiction and the Philosophy of Time*, Edimburgo, 2007; J. Ch. Meister y W. Schernus (eds.), *Time. From Concept to Narrative Construct. A Reader*, Berlín, 2011; A. A. Mendilow, *Time and the Novel* ([1952] Nueva York, 1972); M. Middeke (ed.), *Zeit und Roman. Zeiterfahrung im historischen Wandel und ästhetischer Paradigmenwechsel vom sechzehnten Jahrhundert bis zur Postmoderne*, Wurzburgo, 2002; Paul Ricoeur, *Time and Narrative*, 3 vols.; Chicago, 1984, 1985 y 1988 [*Tiempo y narración*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987].

8. Marc Bloch, *The Historian's Craft*, trad. al inglés Peter Putnam, Mánchester, 2004, pp. 23-24 [*Introducción a la historia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988]; sobre el tiempo y la Escuela de los *Annales*, véase Thomas Loué, «Du present au passé: le temps des historiens», *Temporalités. Revue de sciences sociales et humaines* 8 (2008), http://temporalites.revues.org/60.

9. Fernand Braudel, «Histoire et Sciences sociales: La longue durée», *Annales E. S. C.* 13.4 (1958, pp. 725-753); sobre Braudel como el exponente de los «tiempos sociales múltiples», véase Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis: An Introduction*, Durham, 2004, p. 18; Jacques Le Goff, *À la recherche du temps sacré, Jacques de Voragine et la Légende dorée,* París, 2011; Le Goff, «Au Moyen Âge: temps de l'Église et temps du marchand», *Annales E. S. C.* 15.3 (1960), pp. 417-433.

10. El memorable libro de ensayos es Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort, 1979 [*Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993], pero véanse también los ensayos en Koselleck, *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte. Aufsätze und Vorträge aus vier Jahrzehnten*, ed. Carsten Dutt, Berlín, 2014; Koselleck, *Zeitschichten: Studien zur Historik*, Fráncfort, 2000; Koselleck y Reinhart Herzog (eds.), *Epochenschwelle und Epochenbewusstsein*, Múnich, 1987; Koselleck, Heinrich Lutz y Jörn Rüsen (eds.), *Formen der Geschichtsschreibung*, Múnich, 1982; Koselleck (ed.), *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, Stuttgart, 1978 [*Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012]; véanse también los artículos de Koselleck en Otto Brunner, Werner Conze y Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, 9 vols., Stuttgart, 1972-1997. Sobre la historia como la «incesante iteración de lo nuevo», véase Peter Fritzsche, *Stranded in the Present. Modern Time and the Melancholy of History*, Cambridge, 2010, p. 8.

11. Reinhart Koselleck, «Modernity and the Planes of Historicity», en Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*, Nueva York, 2004, pp. 9-25.

12. Por supuesto, esa sensación de separación no socava de por sí la alegoría intertemporal como una práctica histórica moderna; sobre su persistencia, véase Peter Burke, «History as Allegory», *INTI, Revista de Literatura Hispánica* 45 (1997), pp. 337-351.

13. Hans Robert Jauss, «Literaturgeschichte als Provokation der Literaturwissenschaft», en Rainer Warning (ed.), *Rezeptionsästhetik*, Múnich, 1979, pp. 126-162 [*Estética de la recepción*, Machado Grupo de Distribución, Boadilla del Monte, 1989]. La *Zeitlichkeit* es un tema central en Heidegger; para los debates temáticos del concepto, véase su *Sein und Zeit*, Tubinga, 1953, pp. 334-438; sobre la «temporalición»: Arthur O. Lovejoy, *Great Chain of Being. A Study of the History of an Idea*, Cambridge, 1936, especialmente cap. 9 sobre «The Temporalizing of the Chain of Being», pp. 242-288 [*La gran cadena del ser*, Barcelona, Icaria, 1983]; sobre Nietzsche y la aceleración: Nietzsche*, Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, ed. M. Landmann, Basilea, 1949 [*De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida: segunda consideración intempestiva*, Madrid, Tecnos 2018], que habla de «la irreflexiva fragmentación y desgaste de los fundamentos, su disolución hasta convertirse en un devenir que siempre fluye y se disipa, el incansable deshacer e historizar por parte del ser humano moderno de todo lo que se ha creado». Sobre la «*Verzeitlichung*», véase también Theo Jung, «Das Neue der Neuzeit ist ihre Zeit. Reinhart Kosellecks Theorie der Verzeitlichung und ihre Kritiker», *Moderne: kulturwissenschaftliches Jahrbuch* 6 (2010-2011), pp. 172-184; para un análisis crítico del método de Koselleck con referencias a su literatura, véase Daniel Fulda, «Wann begann die "offene Zukunft"? Ein Versuch, die Koselleck'sche Fixierung auf die "Sattelzeit" zu lösen», en Wolfgang Breul y Jan Carsten Schnurr (eds.), *Geschichtsbewusstsein und Zukunftserwartung in Pietismus und Erweckungsbewegung*, Gotinga, 2013, pp. 141-172.

14. Sobre Koselleck como teórico de la modernización, véase, por ejemplo, Jörn Leonhard, «Erfahrungsgeschichten der Moderne: Von der komparativen Semantik zur Temporalisierung europäischer Sattelzeiten», en Hans Joas y Peter Vogt (eds.), *Begriffene Geschichte. Beiträge zum Werk Reinhart Kosellecks*, Berlín, 2011, pp. 423-449; sobre la integración de Koselleck en los discursos preexistentes sobre la modernización, véase Britta Hermann y Barbara Thums, «Einleitung», en Hermann y Thums (eds.), *Ästhetische Erfindung der Moderne? Perspektiven und Modelle 1750-1850*, Wurzburgo, 2003, pp. 7-28, aquí pp. 9-10; sobre los vínculos entre temporalización y modernización, véase Jung, «Das Neue der Neuzeit ist ihre Zeit», esp. pp. 172-175.

15. Sobre la temporalidad de la nostalgia, véase Svetlana Boym, *The Future of Nostalgia*, Nueva York, 2001, esp. pp. 19-32.

16. Sobre la «aceleración», véase, ante todo, Hartmut Rosa, *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, Fráncfort, 2005; también James A. Ward, «On Time: Railroads and the Tempo of American Life», *Railroad History* 151 (1984), pp. 87-95; Lothar Baier, *«Keine Zeit!» 18 Versuche über die Beschleunigung*, Múnich, 2000; Ryan Anthony Vieira, «Connecting the New Political History with Recent Theories of Temporal Acceleration: Speed, Politics and the Cultural Imagination of Fin de Siècle Britain», *History and Theory* 50 (2011), pp. 373-389; sobre el «vaciamiento y el distanciamiento tiempo-espacio», véase Anthony Giddens, *Consequences of Modernity*, Stanford, 1990, pp. 37-40 [*Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 2015]; y Giddens, *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Berkeley, 1981, pp. 90-97; sobre el agrietamiento y la fractura, véase David Harvey, *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Londres, 1989, pp. 260-307, y Richard Terdiman, *Present Past.*

Modernity and the Memory Crisis, Ithaca, 1993, pp. 9, 23; sobre la «aniquilación del tiempo» (y del espacio), véase Stephen Kern, *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge, 2003, p. xiii; Wolfgang Schivelbusch, *Geschichte der Eisenbahnreise. Zur Industrialisierung von Raum und Zeit im 19. Jahrhundert*, Múnich 1977, p. 36; Iwan R. Morus, «The Nervous System of Britain. Space, Time and the Electric Telegraph in the Victorian Age», *British Journal for the History of Science* 33 (2000, pp. 455-475); Jeremy Stein, «Annihilating Time and Space. The Modernization of Firefighting in Late Nineteenth-Century Cornwall, Ontario», *Urban History Review* 24 (1996), pp. 3-11; sobre la «compresión», véase Jeremy Stein, «Reflections on Time, Time-Space Compression and Technology in the Nineteenth Century», en Jon May y Nigel Thrift (eds.), *Timespace. Geographies of Temporality*, Londres, 2001, pp. 106-119; para una crítica de la metáfora de la aniquilación, véase Roland Wenzlhuemer, «"Less Than No Time". Zum Verhältnis von Telegrafie und Zeit», *Geschichte und Gesellschaft* 37 (2011), pp. 592-613; sobre la «intensificación», véase Alf Lüdtke, «Writing Time–Using Space. The Notebook of a Worker at Krupp's Steel Mill and Manufacturing–An Example from the 1920s», *Historical Social Research* 38 (2013), pp. 216-228; sobre la «licuefacción», véase Roger Griffin, «Fixing Solutions: Fascist Temporalities as Remedies for Liquid Modernity», *Journal of Modern European History* 13 (2015), pp. 5-23.

17. Sobre la experiencia del tiempo como algo «simultáneo», «atomizado» y «heterogéneo», véase Kern, *Culture of Time and Space*, pp. 20, 68-70; sobre la psicología del tiempo tal y como se experimenta a través de la memoria, véase Terdiman, *Present Past*, esp. pp. 344-359; para un estudio que combina los enfoques filosóficos, empíricos y psicológicos, véase Charles M. Sherover, *Are We in Time? And Other Essays on Time and Temporality*, Evanston, 2003; sobre las raíces durkheimianas de los estudios temporales que se centran en las pautas de acción e interacción social, véase Michael A. Katovich, «Durkheim's Macrofoundations of Time. An Assessment and Critique», *Sociological Quarterly* 28 (1987), pp. 367-385; sobre los problemas metodológicos y conceptuales más en general, véase Nancy Munn, «The Cultural Anthropology of Time. A Critical Essay», *Annual Review of Anthropology* 21 (1992), pp. 93-123. Sobre la temporalidad de determinadas culturas ocupacionales e institucionales, véase Jacques Le Goff, *Time, Work and Culture in the Middle Ages*, trad. al inglés Arthur Goldhammer, Chicago, 1980, esp. la 1.ª parte sobre «Time and Labour» [*Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, Taurus, 1987]; E. P. Thompson, «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», *Past and Present* 38 (1967), pp. 56-97; Peter Clark, «American Corporate Timetabling: Its Past, Present and Future», *Time & Society* 6 (1997), pp. 261-285; Thomas C. Smith, «Peasant Time and Factory Time in Japan», *Past & Present* 111 (1986), pp. 165-197; J. Stein, «Time Space and Social Discipline: Factory Life in Cornwall, Ontario, 1867-1893», *Journal of Historical Geography* 21 (1995), pp. 278-299; Michael G. Flaherty, *The Textures of Time: Agency and Temporal Experience*, Filadelfia, 2011.

18. Para los estudios con enfoque cronosófico, véase Charles M. Sherover, *The Human Experience of Time. The Development of Its Philosophic Meaning*, Nueva York, 1975, y Kern, *Culture of Time and Space*, esp. cap. 3; Krzysztof Pomian, *L'Ordre du temps*, París, 1984 [*El orden del tiempo*, Gijón, Júcar, 1990]; para estudios centrados en la terminología, véase Penelope Corfield, *Time and the Shape of History*, New Haven, 2007; Lucian Hölscher, «Time Gardens: Historical Concepts in Modern Historiography», *History and Theory* 53 (2014), pp. 577-591; Anthony Abbott, *Time Matters: On Theory and Method*, Chicago, 2001; sobre la relación entre narración, tiempo y experiencia histórica, véase David Carr, *Time, Narrative and History*, Bloomington, 1991; Currie, *About Time*.

19. Véanse los ensayos en Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen y Ernst Schulin (eds.), *Geschichtsdiskurs*, 5 vols., Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag, 1993-1999, vol. 2, *Anfänge modernen historischen Denkens*, de los que muchos enmarcan sus debates en el pensamiento histórico y la práctica del siglo XVIII en un relato de «modernización».

20. Véase Jennifer Power McNutt, «Hesitant Steps. Acceptance of the Gregorian Calendar in Eighteenth-Century Geneva», *Church History* 75 (2006), pp. 544-564. Sobre la dimensión confesional de la reforma del calendario, véase Robert Poole, *Time's Alteration: Calendar Reform in Early Modern England*, Londres, 1998; sobre los calendarios como instrumentos de poder más en general, véase Ho Kai-Lung, «The Political Power and the Mongolian Translation of the Chinese Calendar during the Yuan Dynasty», *Central Asiatic Journal* 50 (2006), pp. 57-99; Clare Oxby, «The Manipulation of Time: Calendars and Power in the Sahara», *Nomadic Peoples*, New Series 2: *Savoirs et Pouvoirs au Sahara* (1998), pp. 137-149.

21. Jeroen Duindam, *Vienna and Versailles. The Courts of Europe's Dynastic Rivals, 1550-1780*, Cambridge, 2003 p. 143 [*Viena y Versalles: las cortes de los rivales dinásticos europeos entre 1550 y 1780*, Boadilla del Monte, Machado Grupo de Distribución, 2009].

22. La semana de diez días se abandonó en abril de 1802 y el calendario en su conjunto en 1805. Véase Reinhart Koselleck, «Anmerkungen zum Revolutionskalender und zur "Neuen Zeit"», en Koselleck y Rolf Reichardt (eds.), *Die französische Revolution als Bruch des gesellschaftlichen Bewußtseins*, Múnich, 1988, pp. 61-64; Michael Meinzer, *Der französische Revolutionskalender (1792-1805). Planung, Durchführung und Scheitern einer politischen Zeitrechnung*, Múnich, 1992; Noah Shusterman, *Religion and the Politics of Time. Holidays in France from Louis XIV through Napoleon*, Washington, 2010; Sonja Perovic, *The Calendar in Revolutionary France. Perceptions of Time in Literature, Culture, Politics*, Cambridge, 2012; Matthew Shaw, *Time and the French Revolution. The Republican Calendar, 1789-Year XIV*, Woodbridge, 2011.

23. Ahora hay una literatura inmensa, pero el estudio clásico es Thompson, «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», que se centra en la disciplina del tiempo tanto en la metrópoli europea como en una variedad de contextos; véase también Frederick Cooper, «Colonizing Time. Work Rhythms and Labour Conflict in Colonial Mombasa», en Nicholas B. Dirks (ed.), *Colonialism and Culture*, Ann Arbor, 1992, pp. 209-245; Keletso E. Atkins, «"Kafir Time". Preindustrial Temporal Concepts and Labour Discipline in Nineteenth-Century Colonial Natal», *Journal of African History* 29 (1988), pp. 229-244; Mark M. Smith, *Mastered by the Clock. Time, Slavery and Freedom in the American South*, Chapel Hill, 1997; U. Kalpagam, «Temporalities, History and Routines of Rule in Colonial India», *Time & Society* 8 (1999), pp. 141-159; Mike Donaldson, «The End of Time? Aboriginal Temporality and the British Invasion of Australia», *Time & Society* 5 (1996), pp. 187-207; Alamin Mazrui y Lupenga Mphande, «Time and Labour in Colonial Africa. The Case of Kenya and Malawi», en Joseph K. Adjaye (ed.), *Time in the Black Experience*, Westport, 1994, pp. 97-120; Dan Thu Nguyen, «The Spatialization of Metric Time. The Conquest of Land and Labour in Europe and the United States», *Time & Society* 1 (1992), pp. 29-50; Anthony Aveni, «Circling the Square: How the Conquest Altered the Shape of Time in Mesoamerica», *Transactions of the American Philosophical Society*, New Series 102 (2012). Sobre la temporalidad como herramienta de dominación sobre el «otro» colonial, supuestamente atrapado en una era anterior, véase Kathleen Frederickson, «Liberalism and the Time of Instinct», *Victorian Studies* 49 (2007), pp. 302-12; Johannes Fabian, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Nueva York, 1991.

24. Véase, por ejemplo, Donaldson, «End of Time?». Para un debate paradigmático sobre la relación entre el tiempo tradicional cíclico, «autóctono» y su homólogo lineal «occidental», véase Marshall Sahlins, *Islands of History*, Chicago, 1985 [*Islas de historia: la muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1987], y Sahlins, *How «Natives» Think, about Captain Cook, for Example*, Chicago, 1995, que plantea una drástica oposición binaria, y Gananath Obyesekere, *The Apotheosis of Captain Cook. European Mythmaking in the Pacific*, Princeton, 1992, que desmantela la oposición binaria y la califica como un objeto creado por la «creación de mitos» europea.

25. Vanessa Ogle, *The Global Transformation of Time*, 1870-1950, Cambridge, 2015, pp. 204, 208.

26. Sebastian Conrad, «"Nothing Is the Way It Should Be": Global Transformations of the Time Regime in the Nineteenth Century», *Modern Intellectual History* (2017), doi: 10.1017/S1479244316000391.

27. Se han publicado trabajos particularmente interesantes acerca del impacto de la agitación política a propósito de la fractura de los órdenes temporales tradicionales. Véase esp. Luke S. K. Kwong, «The Rise of the Linear Perspective on History and Time in Late Qing China c. 1860-1911», *Past & Present* 173 (2001), pp. 157-190; Chang-tze Hu, «Historical Time Pressure. An Analysis of Min Pao (1905-1908)», en Chun-chieh Huang y Erik Zürcher (eds.), *Time and Space in Chinese Culture*, Leiden, 1995, pp. 329-331; Chang-tze Hu, «Exemplarisches und fortschrittliches Geschichtsdenken in China», en Küttler, Rüsen y Schulin, *Geschichtsdiskurs: vol. 2, Anfänge modernen historischen Denkens*, pp. 180-183; Q. Edward Wang, *Modernity inside Tradition. The Transformation of Historical Consciousness in Modern China*, Bloomington, 1996. Para una voz disidente que hace hincapié en los desarrollos «modernizadores» en la historiografía china, véase Helwig Schmidt-Glintzer, «Die Modernisierung des historischen Denkens im China des 16. Und 18. Jahrhunderts und seine Grenzen», en Küttler, Rüsen y Schulin, *Geschichtsdiskurs*, pp. 165-179.

28. Kwong, «Rise of the Linear Perspective», pp. 160, 163, 164, 166, 172, 176-180, 189-190.

29. La introducción de la semana de cinco días desencadenó el caos; en 1932 fue sustituida por una semana de seis días. En 1940, la Unión Soviética volvió a la semana y al calendario gregoriano. Sobre la reforma soviética del calendario y su fracaso, véase Robert C. Williams, «The Russian Revolution and the End of Time», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, New Series 43 (1995), pp. 364-401, aquí pp. 365-369.

30. Stephen E. Hanson, *Time and Revolution. Marxism and the Design of Soviet Institutions*, Chapel Hill, 1997, pp. viii-ix, 180-99. Sobre la acusada linealidad del tiempo marxista-leninista y su relación con la práxis de Stalin, véase también Stefan Plaggenborg, *Experiment Moderne. Der sowjetische Weg*, Fráncfort, 2006, esp. pp. 80-105; sobre la transición del romanticismo taylorista de los comienzos de la Unión Soviética hasta la «utopía maquinista» de la era estalinista, véase Richard Stites, *Revolutionary Dreams. Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York, 1989, pp. 161-164.

31. Claudio Fogu, *The Historic Imaginary. The Politics of History in Fascist Italy*, Toronto, 2003, p. 34; Jeffrey T. Schnapp, «Fascism's Museum in Motion», *Journal of Architecture Education* 45 (1992), pp. 87-97; Schnapp, «Fascinating Fascism», *Journal of Contemporary History* 31 (1996), pp. 235-244; Marla Stone, «Staging Fascism. The Exhibition of the Fascist Revolution», *Journal of Contemporary History* 28 (1993), pp. 215-243.

32. Roger Griffin, «Party Time. The Temporal Revolution of the Third Reich», *History Today* 49 (1999), pp. 43-49; Griffin, «"I Am No Longer Human. I Am a Titan. A God!" The Fascist Quest to Regenerate Time», Electronic Seminars in History, Institute of Historical Research (mayo de 1998), http://www.ihrinfo.ac.uk/esh/quest.html.

33. Eric Michaud, *The Cult of Art in Nazi Germany*, Stanford, 2004, pp. 184, 196, 202, 204; el concepto del «mito nazi» de Michaud está inspirado en las dramáticas reflexiones en Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, «The Nazi Myth», *Critical Inquiry* 16 (1990), pp. 291-312.

34. Emilio Gentile, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma, 1993.

35. Sobre la «negación del tiempo» por los tres regímenes totalitarios, véase Charles S. Maier, «The Politics of Time. Changing Paradigms of Collective Time and Private Time in the Modern Era», en Maier (ed.), *Changing Boundaries of the Political. Essays on the Evolving Balance between the State and Society, Public and Private in Europe*, Cambridge, 1987, pp. 151-175; sobre la «autoimagen escatológica» que unía a los dictadores de izquierda y de derecha, a pesar de las diferencias en sus «códigos temporales», véase Martin Sabrow, *Die Zeit der Zeitgeschichte*, Gotinga, 2012, pp. 21, 23.

36. Véase George W. Wallis, «Chronopolitics: The Impact of Time Perspectives on the Dynamics of Change», *Social Forces* 49 (1970), pp. 102-108.

37. Esa es la pregunta que Alon Confino se plantea sobre sobre el antisemitismo nacionalsocialista; véase Alon Confino, «Why Did the Nazis Burn the Hebrew Bible? Nazi Germany, Representations of the Past and the Holocaust», *Journal of Modern History* 84 (2012), pp. 369-400, 381.

38. Maier, «Politics of Time», p. 151.

39. Véase Achim Landwehr, «Alte Zeiten, Neue Zeiten. Aussichten auf die Zeit-Geschichte», en Landwehr (ed.), *Frühe NeueZeiten*, pp. 9-40.

40. Para algunas formulaciones elocuentes de esta tendencia, véase Achim Landwehr, *Geburt der Gegenwart. Eine Geschichte der Zeit im 17. Jahrhundert*, Fráncfort, 2014; Zwierlein, *Discorso und Lex Dei*; Max Engammaire, *L'ordre du temps. L'invention de la ponctualité au XVIe siècle*, Ginebra, 2004.

41. Para un análisis de esta cuestión tras la acogida de Koselleck, véase Helge Jordheim, «Against Periodization: Koselleck's Theory of Multiple Temporalities», *History and Theory* 51 (2012), pp. 151-171; Hans Joas y Peter Vogt, «Jenseits von Determinismus und Teleologie: Koselleck und die Kontingenz von Geschichte», en Joas y Vogt (eds.), *Begriffene Geschichte*, pp. 9-56, esp. 11-13; Fulda, «Wann begann die "offene Zukunft"?».

42. Sobre la pluritemporalidad como rasgo de las eras históricas en general, véase Landwehr, «Alte Zeiten, Neue Zeiten», pp. 25-29.

43. Duncan Bell, «Empire of the Tongue», *Prospect*, febrero de 2007, 42-45, aquí p. 45.

44. David Martosko, «EXCLUSIVE: Trump Trademarked Slogan "Make America Great Again" just Days after the 2012 Election and Says Ted Cruz Has Agreed Not to Use It Again after Scott Walker Booms It twice in Speech», *The Daily Mail*, 12 de mayo de 2016; Edward Wong, «Trump Has Called Climate Change a Chinese Hoax. Beijing Says It Is Anything But», *The New York Times*, 18 noviembre de 2016.

45. Sobre esos rasgos de la retórica política de Trump, véase Stephen Wertheim, «Donald Trump versus American Exceptionalism: Toward the Sources of Trumpian Conduct», H-Diplo ISSF, 1 de febrero de 2017, http://issforum.org/roundtables policy/1-5K-Trump-exceptionalism.

46. Citado en Mark Danner, «The Real Trump. Review of Michael Kranish y Marc Fischer», *Trump Revealed: An American Journey of Ambition, Ego, Money, and Power*, (New York, 2016)», *New York Review of Books*, 22 de diciembre de 2016.

47. Marine Le Pen, entrevista en CNN, 28 de noviembre de 2016, http://edition.cnn.com/2016/11/15/politics/marine-le-pen-interview-donald-trump/index.html.

CAPÍTULO 1. LA MÁQUINA DE LA HISTORIA

1. Helmut Börsch-Supan, «Zeitgenössische Bildnisse des großen Kurfürsten», en Gerd Heinrich (ed.), *Ein Sonderbares Licht in Teutschland. Beiträge zur Geschichte des Großen Kurfürsten von Brandenburg (1640-1688)*, Berlín, 1990, pp. 151-166.

2. Anselmus van Hulle, *Les hommes illustres qui ont vécu dans le XVIIe. siècle: les principaux potentats, princes, ambassadeurs et plénipotentiaires qui ont assisté aux conférences de Münster et Osnabrug avec leurs armes et devises*, Ámsterdam, 1717.

3. El estudio de referencia indispensable sigue siendo Ernst Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm. Der Große Kurfürst von Brandenburg. Eine politische Biographie*, 2 vols., Gotinga, 1971-1978; pueden encontrarse artículos sobre temas específicos de expertos de distintos ámbitos en Heinrich (ed.), *Ein sonderbares Licht in Teutschland*.

4. Richard Dietrich (ed.), *Die Politischen Testamente der Hohenzollern*, Colonia, 1986, p. 189.

5. *Ibid.*, p. 190.

6. Ernst Opgenoorth, «Mehrfachherrschaft im Selbstverständnis Kurfürst Friedrich Wilhelms», en Heinrich, *Ein sonderbares Licht in Teutschland*, 35-52.

7. Reinhart Koselleck, «Die Geschichte der Begriffe und Begriffe der Geschichte», en Koselleck, *Begriffsgeschichten. Studien der Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Suhrkamp, Fráncfort, 2006, pp. 56-76; sobre la temporalización de los conceptos más en general, véase Koselleck, «Die Verzeitlichung der Begriffe», en el mismo volumen, pp. 77-85; para la explicación clásica de la temporalización de la «historia», véase Odilo Engels, Horst Günther, Christian Meier y Reinhart Koselleck, «Geschichte, Historie», en Brunner, Conze y Koselleck, *Geschichtliche Grundbegriffe*, pp. 2:593-798.

8. Utilizo el término «historicidad» en el sentido formulado por François Hartog en su libro *Régimes d'historicité* (véase la introducción de este libro).

9. Para un panorama general con literatura, véase Rudolf Endres, *Adel in der frühen Neuzeit*, Múnich, 1993, esp. pp. 23-30, 83-92.

10. Peter-Michael Hahn, «Landesstaat und Ständetum im Kurfürstentum Brandenburg während des 16. und 17. Jahrhunderts», en Peter Baumgart (ed.), *Ständetum und Staatsbildung in Brandenburg-Preußen. Ergebnisse einer international Fachtagung*, Berlín, 1983, pp. 41-79, aquí p. 42.

11. Sobre el estatus de estos principados, véase Rainer Walz, *Stände und frühmoderner Staat. Die Landstände von Jülich-Berg im 16. Und 17. Jahrhundert*, Neustadt, 1982, pp. 50-52; para ejemplos, véase «Frederick William to the cities of Wesel, Calcar, Düsseldorf, Xanten and Rees», Küstrin, 15 de mayo de 1643, y «Cleve Estates to Dutch Estates General, Kleve», 2 de abril de 1647, en August von Haeften (ed.), *Ständische Verhandlungen*, vol. 1, Berlín, 1869, pp. 205, 331-334.

12. Helmuth Croon, *Stände und Steuern in Jülich-Berg im 17. und vornehmlich im 18. Jahrhundert*, Bonn, 1929, p. 250; Walz, *Stände und frühmoderner Staat*, pp. 74-77, 112-116; ejemplos: «Estates of County of Mark to Protesting Estates of Kleve», Unna, 10 de agosto de 1641, «Estates of Mark to estates of Kleve», Unna, 10 de diciembre de 1650», en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, vol. 1 (UuA, vol. 5, pp. 182, 450); Michael Kaiser, «Kleve und Mark als Komponenten einer Mehrfachherrschaft: Landesherrliche und landständische Entwürfe im Widerstreit», en Michael Kaiser y Michael Rohrschneider (eds.), *Membra unius capitis. Studien zu Herrschaftsauffassungen und Regierungspraxis in Kurbrandenburg (1640-1688)*, Berlín, 2005, pp. 99-120.

13. Comentario del virrey del Ducado de Prusia, el príncipe Boguslav Radziwill, citado en Derek McKay, *The Great Elector*, Harlow, 2001, p. 135.

14. Johann Gustav Droysen, *Der Staat des großen Kurfürsten* (Geschichte der preussischen Politik, 3.ª parte), 3 vols., Leipzig, 1870-1871, p. 1:31.

15. Christoph Fürbringer, *Necessitas und Libertas. Staatsbildung und Landstände im 17. Jahrhundert in Brandenburg*, Fráncfort, 1985, p. 34.

16. *Ibid.*, p. 54.

17. *Ibid.*, p. 54-57; Otto Meinardus (ed.), *Protokolle und Relationen des Brandenburgischen geheimen Rates aus der Zeit des Kurfürsten Friedrich Wilhelm*, Leipzig, 1889, p. 1:xxxiv.

18. Meinardus, *Protokolle*, p. 1:xxxv; Haeften, *Ständische Verhandlungen*, vol. 1 (Kleve-Mark; UuA, vol. 5), pp. 58-82.

19. F. L. Carsten, «The Resistance of Cleve and Mark to the Despotic Policy of the Great Elector», *English Historical Review* 66 (1951), pp. 219-241.

20. Karl Spannagel, Konrad von Burgsdorff. *Ein brandenburgischer Kriegsund Staatsmann aus der Zeit der Kurfürsten Georg Wilhelm und Friedrich Wilhelm*, Berlín, 1903, pp. 265-267.

21. McKay, *Great Elector*, p. 21; Martin Philippson, *Der Große Kurfürst Friedrich Wilhelm von Brandenburg*, 3 vols., Berlín, 1897-1903, pp. 1:41-42.

22. Alexandra Richie, *Faust's Metropolis. A History of Berlin*, Londres, 1998, pp. 44-45.

23. A. v. Haeften, «Einleitung», en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, p. 105.

24. Philippson, *Der Große Kurfürst*, 1:56-58.

25. M. F. Hirsch, «Die Armee des grossen Kurfürsten und ihre Unterhaltung während der Jahre 1660-66», *Historische Zeitschrift* 17 (1885), pp. 229-275; Charles Waddington, *Le Grand Électeur, Frédéric Guillaume de Brandebourg: sa politique extérieure, 1640-1688*, París, 1905-1988, p. 89; McKay, *Great Elector*, pp. 173-175.

26. Elector a los Estados de Cléveris, Königsberg, 21 de octubre de 1645, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 246-248.

27. Declaración del Elector a los delegados de los Estados de Cléveris, Königsberg, 7 de diciembre de 1645, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 252-254.

28. Elector al Gobierno [de Cléveris], Königsberg, 8 de noviembre de 1645, «Elector al Gobierno [de Cléveris]», 14 de marzo de 1646, «Elector a los Estados [de Cléveris]», Hervord, 5 de octubre de 1652, todos en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 248-249, 259-260, 614-615.

29. La guerra del Norte comenzó cuando los suecos invadieron y ocuparan Polonia occidental-Lituania. Al principio, Federico Guillermo eligió el bando de los suecos a cambio de que Suecia reconociera su plena soberanía sobre el Ducado de Prusia, y combatió al lado del ejército sueco en la campaña de Polonia de 1656, pero cuando las tornas cambiaron en contra de Suecia, el Elector primero abandonó la alianza y después, en 1657, unió sus fuerzas a las de los enemigos de Suecia a cambio de que Polonia ratificara su estatus como único soberano del Ducado de Prusia, formalizado en el Tratado de Wehlau (19 de septiembre de 1657). Aquellas maniobras habrían resultado imposibles sin un ejército eficaz con el que cortejar a los amigos e intimidar a los potenciales enemigos, de ahí la petición de más hombres armados y del dinero para mantenerlos.

30. Gobernador (*Statthalter*) Juan Mauricio de Nassau-Siegen a los Estados de Cléveris, propuesta del 3 de marzo de 1657, citado en Volker Seresse, «Zur Bedeutung der "Necessitas" für den Wandel politischer Normen im 17. Jahrhundert», *Forschungen zur Brandenburgischen und Preussischen Geschichte* 11 (2001), pp. 139-159, aquí pp. 144-145. Para el texto completo y los comentarios posteriores, véase Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 1:888-892.

31. Respuesta de los consejeros privados en nombre del Elector, Cölln [Berlín], 2 de diciembre de 1650, en Siegfried Isaacsohn (ed.), *Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte des Großen Kurfürsten Friedrich Wilhelm von Brandenburg*, vol. 10, *Ständische Verhandlungen*, 3.ª parte, Berlín, 1880, pp. 193-294.

32. Carta de Contradicción de los Estados de Cléveris, Jülich, Berg y Mark, Wesel, 14 de julio de 1651; «Unión de los Estados de Cléveris y Mark», Wesel, 8 de agosto de 1651, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, vol. 1 (UuA, vol. 5, pp. 509, 525-526; F. L. Carsten, «The Resistance of Cleves and Mark to the Despotic Policy of the Great Elector», *English Historical Review* 66 (1951), pp. 219-241, aquí p. 224; McKay, *Great Elector*, p. 34; Waddington, *Grand Électeur*, pp. 68-69.

33. Robert von Friedeburg, *Luther's Legacy. The Thirty Years War and the Modern Notion of «State' in the Empire, 1530s to 1790s*, Cambridge, 2016, p. 240.

34. Kurt Breysig, «Einleitung», en Breysig (ed.), *Urkunden und Actenstücke zur Geschichte des Kurfursten Friedrich Wilhelm von Brandenburg. Ständische Verhandlungen, Preussen*, vol. 1, Berlín, 1894, pp. 105, 114, 115-180.

35. Véase, por ejemplo, el panfleto que encargó el Elector en respuesta a un recurso presentado contra él por los Países Bajos Unidos en nombre de los Estados de Cléveris, *Cleefsche Patriot verthonende de Missive ghesonden aen H.H.M. de heeren staten general der vereigde nederlande van wegens de cleefsche landstenden grpresenteert d. 20 May 1647*, Wesel, 1647, que señalaba que términos como «libertad inmemorial», «privilegios» y «Provenza» no eran más que «palabras etéreas» concebidas para ganarse los intereses de una nobleza escandalosa, véase *Cleefsche Patriot* [n. p. 8 del texto].

36. Armand Maruhn, *Necessitäres Regiment und fundamentalgesetzlicher Ausgleich. Der hessische Ständekonflikt 1646-1655*, Darmstadt, 2004, pp. 245, 276; véase Seresse, «Zur

Bedeutung», lo que sugiere que la antigua Normgefüge fue «explosionada» por la aparición de ese argumento por necesidad.

37. Para un relato que pone el acento en la «unitarización», véase Ludwig Tümpel, *Die Entstehung des Brandenburg-preußischen Einheitsstaates im Zeitalter des Absolutismus (1609-1806)*, Breslavia, 1915; sobre la cuestión de la medida en que el Elector era un monarca unitarizante, véase Michael Kaiser y Michael Rohrschneider, «Einführung», en Kaiser y Rohrschneider, *Membra unius capitis*, pp. 9-18; para un debate diferenciado del problema de la integración, véase Wolfgang Neugebauer, «Staatliche Einheit und politischer Regionalismus. Das Problem der Integration in der Brandenburg-preussischen Geschichte bis zum Jahre 1740», en Wilhelm Brauneder (ed.), *Staatliche Vereinigung: Fördernde und hemmende Elemente in der deutschen Geschichte* (Der Staat, Beiheft 12; Berlín, 1998), pp. 49-87.

38. Fürbringer, *Necessitas und Libertas*, p. 59; para algunos ejemplos de este modo de argumentar, véase «Supreme Councillors of Ducal Prussia to Frederick William», Königsberg, 12 de septiembre de 1648, *Ibid.*, 292-293.

39. Sobre estos debates, véase Friedeburg, *Luther's Legacy*, esp. pp. 168-236.

40. Véase Esther-Beate Körber, «Ständische Positionen in Preußen zur Zeit des Großen Kurfürsten», en Kaiser y Rohrschneider, *Membra unius capitis*, pp. 171-192, aquí p. 171.

41. Maruhn, *Necessitäres Regiment*, pp. 242-245.

42. «Ständisches Projekt einer Kurfürstlichen Assecuration», Bartenstein, 16 de noviembre de 1661, en Breysig, *Ständische Verhandlungen (Preussen)*, pp. 634-639, aquí p. 637.

43. Elector a los Estados de Cléveris, Königsberg, 21 de octubre de 1645, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, 246-248.

44. Weimann al Elector, Cléveris, 14 de marzo de 1657, citado en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 889-892.

45. Anotación de diario de Weimann, 22 de marzo de 1657, citado en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 891-892.

46. Maruhn, *Necessitäres Regiment*, p. 106.

47. Declaración del Elector a los Delegados de los Estados de Cléveris, Königsberg, 7 de diciembre de 1645, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 252-254.

48. «Der Freien, Kölmer, Schultzen, Krüger und andern privilegirten Leuten theils Sambland undt ganz Nathangenschen und Oberländischen Kreises Beschwere», adjuntado a Gravamina der gesammten Stände, 26 de junio de 1640, en Breysig, *Ständische Verhandlungen (Preussen)*, pp. 265-268.

49. Estados de Mark al Gobierno [de Mark]», Unna, 19 de abril de 1651, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 486-488.

50. Elector a los Estados de Cléveris reunidos en Xanten, Duisburg», 9 de septiembre de 1651, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, p. 539.

51. Elector a los Estados de Cléveris, 19 de septiembre de 1651, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 542-543.

52. *Ibid.*

53. Sobre el acceso del Elector y sus funcionarios a las redes de información, véase Ralf Pröve, «Herrschaft als kommunikativer Prozess: das Beispiel Brandenburg-Preußen», en Pröve y Norbert Winnige (eds.), *Wissen ist Macht. Herrschaft und Kommunikation in Brandenburg-Preussen 1600-1850*, Berlín, 2001, pp. 11-21; Michael Rohrschneider, «Die Statthalter des Großen Kurfürsten als außenpolitische Akteure», en Kaiser y Rohrschneider, *Membra unius capitis*, pp. 213-234.

54. Cita procedente del *Tratado sobre la guerra* de Montecuccoli en Johannes Kunisch, «Kurfürst Friedrich Wilhelm und die Großen Mächte», en Heinrich, *Ein Sonderbares Licht in Teutschland*, pp. 9-32, aquí pp. 30-31.

55. Memorias del conde Waldeck, en Bernhard Erdmannsdörffer, *Graf Georg Friedrich von Waldeck. Ein preußischer Staatsmann im siebzehnten Jahrhundert*, Berlín, 1869, pp. 361-362, también pp. 354-355.

56. W. Troost, «William III, Brandenburg, and the Construction of the Anti-French Coalition, 1672-88», en Jonathan I. Israel, *The Anglo-Dutch Moment: Essay on the Glorious Revolution and Its World Impact*, Cambridge, 1991, pp. 299-334, aquí p. 322.

57. Estados de Cléveris al Elector [Cléveris], 24 de mayo de 1657, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 894-897.

58. Véase, por ejemplo, Delegados de los Estados al Elector, Berlín, 30 de noviembre de 1650, en Siegfried Isaacsohn (ed.), *Urkunden und Actenstücke zur Geschichte des Kurfursten Friedrich Wilhelm von Brandenburg. Ständische Verhandlungen*, vol. 2 (Mark-Brandenburg; Berlín, 1880), pp. 191-192.

59. Elector a los Estados de Cléveris, Richtenberg, Vorpommern, 4 de octubre de 1659, en Haeften, *Ständische Verhandlungen*, pp. 927-928.

60. Delegados de los Estados al Elector, Berlín, 30 de noviembre de 1650, en Isaacsohn, *Ständische Verhandlungen* (Mark-Brandenburg), pp. 191-192.

61. Humilde Petición de los Estados [del Ducado de Prusia], 26 de noviembre de 1661, en Breysig, *Ständische Verhandlungen (Preussen),* p. 655.

62. Elector a los Consejeros Privados, Potsdam, 2 de abril de 1683 (respondiendo a una carta de queja de los Estados), en Isaacsohn, *Ständische Verhandlungen* (Mark-Brandenburg), pp. 611-613.

63. Hirsch, «Die Armee des grossen»; Waddington, *Grand Électeur*, p. 89; McKay, *Great Elector*, pp. 173-175.

64. Bodo Nischan, *Prince, People and Confession. The Second Reformation in Brandenburg*, Filadelfia, 1994, pp. 84, 111-114; Nischan, «Reformation or Deformation? Lutheran and Reformed Views of Martin Luther in Brandenburg's "Second Reformation"», en Nischan*, Lutherans and Calvinists in the Age of Confessionalism*, Variorum repr.; Aldershot, 1999, pp. 203-215, aquí p. 211.

65. Nischan, *Prince, People and Confession*, p. 217.

66. Johannes Schultze, *Die Mark Brandenburg*, 5 vols., Berlín, 1961, p. 4:192.

67. J. T. McNeill, *The History and Character of Calvinism*, Oxford, 1967, p. 279.

68. Daniel Riches, *Protestant Cosmopolitanism and Diplomatic Culture: Brandenburg-Swedish Relations in the Seventeenth Century*, Leiden, 2013, pp. 170-178.

69. «Elector to his Councillors (Oberräthe)», Königsberg, 26 de abril de 1642, en B. Erdmannsdörffer (ed.), *Urkunden und Actenstücke zur Geschichte des Kurfürsten Friedrich Wilhelm*

von Brandenburg. Politische Verhandlungen, vol. 1, Berlín, 1864, pp. 99-103.

70. 2 Reyes 17:13, 15, Reina-Valera.

71. Clero de Königsberg a los consejeros supremos del Ducado de Prusia [n. f.; respuesta a la carta del Elector del 26 de abril], en Erdmannsdörffer, *Politische Verhandlungen*, pp. 103-104.

72. Sobre esta reunión y sus consecuencias, véase Johannes Ruschke, *Paul Gerhardt und der Berliner Kirchenstreit. Eine Untersuchung der konfessionallen Auseinandersetzung über die kurfürstlich verordnete «mutua tolerantia»*, Tubinga, 2012, pp. 176-368.

73. Véase G. Heinrich, «Religionstoleranz in Brandenburg-Preußen. Idee und Wirklichkeit», en M. Schlenke (ed.), *Preussen. Politik, Kultur, Gesellschaft*, Reinbek, 1986, pp. 83-102, aquí p. 83; la exposición clásica de esta idea, influyente durante varias generaciones, es la de Max Lehmann, *Preussen und die Katholische Kirche seit 1640. Nach den Acten des Geheimen Staatsarchives*, 1.ª parte, 1: Von 1640 bis 1740, Leipzig, 1878, esp.pp. 42-52.

74. Un ejemplo es Johan Bergius, un clérigo cercano al Gran Elector, que opinaba que las confesiones luterana y reformada «en realidad no eran dos religiones diferentes, aunque estén en desacuerdo en numerosas cuestiones doctrinales»; véase Bodo Nischan, «Calvinism, the Thirty Years' War, and the Beginning of Absolutism in Brandenburg: The Political Thought of John Bergius», *Central European History* 15.3 (1982, pp. 203-223, 212-213); los defensores de la reconciliación entre calvinistas y luteranos abundaban especialmente entre quienes propugnaban la causa de un estrechamiento de las relaciones entre los luteranos brandemburguses y los suecos, y les parecía crucial la colaboración interprotestante para organizar una oposición satisfactoria contra el catolicismo: véase Riches, *Protestant Cosmopolitanism and Diplomatic Culture*, pp. 170-178.

75. Para un relato revisionista, que hace hincapié en la naturaleza activamente confesionalista y procalvinista de las medidas del Elector, sobre la que se basa el debate siguiente, véase Jürgen Luh, «Zur Konfessionspolitik der Kurfürsten von Brandenburg und Könige in Preußen 1640-1740», en Horst Lademacher, Renate Loos y Simon Groenveld (eds.), *Ablehnung–Duldung–Anerkennung. Toleranz in den Niederlanden und in Deutschland. Ein historischer und aktueller Vergleich*, Münster, 2004, pp. 306-324.

76. Walther Ribbeck, «Aus Berichten des hessischen Sekretärs Lincker vom Berliner Hofe während der Jahre 1666-1669», *Forschungen zur brandenburgischen und Preussischen Geschichte* 12.2 (1899), pp. 141-158.

77. Klaus Deppermann, «Die Kirchenpolitik des Grossen Kurfürsten», *Pietismus und Neuzeit* 6 (1980), pp. 99-114, 110-112; Ribbeck, «Aus Berichten».

78. Luh, «Zur Konfessionspolitik».

79. Dietrich, *Die politischen Testamente*, p. 182.

80. Cornel Zwierlein, *Discorso und Lex Dei. Die Entstehung neuer Denkrahmen im 16. Jahrhundert und die Wahrbehmung der französischen Religionskriege in Italien und Deutschland*, Gotinga, 2006, pp. 790-792.

81. *Ibid.*, pp. 28, 64, 193, 791-792.

82. Sobre la influencia del neoestoicismo en la acción y el pensamiento políticos del Elector Federico Guillermo y de los soberanos de los comienzos de la modernidad más en general, véase esp. Gerhard Oestreich, *Neostoicism and the Early Modern State,* ed. B. Oestreich y H. G. Koenigsberger, trad. al inglés D. McLintock, Cambridge, 1982.

83. Johann Bergius, *Guter Bürger*, Danzig, 1656, citado en Nischan, «Calvinism, the Thirty Years' War, and the Beginning of Absolutism in Brandenburg», p. 212.

84. Philippson, *Der Große Kurfürst*, p. 1:11.

85. McKay, *Great Elector*, pp. 170-171.

86. Citado de un edicto de 1686, en Philippson, *Der Große Kurfürst*, p. 3:91.

87. Peter Baumgart, «Der Große Kurfürst. Staatsdenken und Staatsarbeit eines europäischen Dynasten», en Heinrich, *Ein Sonderbares Licht in Teutschland*, pp. 33-57, aquí p. 42.

88. Sobre los planes navales y coloniales del Elector, véase Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm*, p, 2:305-311; E. Schmitt, «The Brandenburg Overseas Trading Companies in the 17th Century», en Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.), *Companies and Trade. Essays on European Trading Companies during the Ancien Regime*, Leiden, 1981, pp. 159-176; Ludwig Hüttl, *Friedrich Wilhelm von Brandenburg, der Grosse Kurfürst 1620-1688: eine politische Biographie*, Múnich, 1981, pp. 445-446.

89. Peter Burke, «Foreword», en Andrea Brady y Emily Butterworth (eds.), *The Uses of the Future in Early Modern Europe*, Routledge, 2010, pp. ix-xx.

90. Pufendorf, *Rebus gestis*, VI, §§36-39; Leopold von Orlich, *Friedrich Wilhelm der Große Kurfürst. Nach bisher noch unbekannten Original-Handschriften*, Berlín, 1836, pp. 79-81; el relato del Elector se reproduce en el apéndice, pp. 139-142; sobre los motivos para la publicación, véase August Riese, *Die dreitägige Schlacht bei Warschau 28., 29. Und 30. Juli 1656*, Breslavia, 1870, p. 196.

91. Orlich, *Friedrich Wilhelm der Große Kurfürst*, pp. 140-142.

92. «*Alles dahin zu deuten vnd zu dirigiren / daß gleich wie niemanden nichts zu Schmach vnd Vnehr / sondern allein die Historische Geschichte einfältig an Tag zu stellen*». Véase la dedicatoria de Merian al gobierno de Fráncfort en *Theatrum Europaeum 1617 biß 1629 excl.mit vieler fürnehmer Herrn und Potentaten Contrafacturen, wie auch berühmter Städten, Vestungen, Pässen, Schlachten und Belägerungen eygentlichen Delineationen und Abrissen gezieret*, Fráncfort, 1635.

93. Esa tendencia puede percibirse a lo largo de la edición de 1635, pero es más acusada en la segunda edición de 1662, cuyo análisis de 1618 alude, por ejemplo al «extraordinario y gran movimiento que se ha dejado sentir entre nosotros, los altoalemanes que vivimos bajo el Sacro Imperio Romano desde el año de 1618, entre los que el Destino tejió durante un tiempo muchas otras coronas y reinos». *Theatrum Europaeum 1617 biß 1629*, p. 1.

94. *Ibid.*, p. 1. No está claro quién fue el responsable de reescribir este pasaje para la edición de 1662. La conciencia de que los años posteriores a 1618 fueron una época de una destrucción sin precedentes debió de ser más intensa una vez que la Paz de Westfalia puso fin a lo que posteriormente vino en llamarse guerra de los Treinta Años.

95. Sobre el empleo de los periódicos como fuente, véase Herbert Langer y János Dudás, «Die Kämpfe in Ungarn 1684 bis 1686 und die Rückeroberung Budas im Spiegel des "Theatrum Europaeum"», *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae* 34.1 (1988), pp. 17-25, aquí p. 18; Anna Schreurs-Morét, «Der Vesuvausbruch von 1631, ein Spektakel auf der Weltbühne Europa: Anmerkugen zu Joachim von Sandrarts Beitrag zum Theatrum Europaeum von Matthäus Merian», en Flemming Schock, Ariane Koller y Oswald Bauer (eds.), *Dimensionen der Theatrum-Metapher in der Frühen Neuzeit: Ordnung und Räpresentation von Wissen*, Hanóver, 2009, pp. 297-332; sobre el

predominio de la metáfora del teatro durante el siglo XVII, véase Louis van Delft, «L'idée de théâtre (XVIe-XVIIIe siècle)», *Revue d'Histoire littéraire de la France* 101.5 (2001), pp. 1349-1365; para un tratamiento general más antiguo: Hermann Bingel, *Das Theatrum Europraeum. Ein Beitrag zur Publizistik des 17. und 18. Jahrhunderts*, Berlín, 1909.

96. Citado en Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, New Haven, 1992, p. 152 [*La fabricación de Luis XIV*, San Sebastián, Nerea, 1995].

97. E. Fischer, «Die offizielle Brandenburgische Geschichtsschreibung zur Zeit Friedrich Wilhelms des Großen Kurfürst», *Zeitschrift für preussische Geschichte und Landeskunde* 15 (1878), pp. 377-430, aquí pp. 379-387.

98. Philippson, *Der Große Kurfürst*, p, 3:164-165.

99. Gregorio Leti, *Ritratti historici, politici, chronologici e genealogici della casa di Brandeburgo*, 2 vols., Ámsterdam, 1687; sobre la recompensa del Elector a los esfuerzos de Leti, véase Orlich, *Friedrich Wilhelm der Große Kurfürst*, p. 313.

100. Leti comenta la acogida crítica del primer tomo en las primeras páginas del segundo, reconociendo, en una prosa desbordante típica de él, que «en esta batalla, este gloriosísimo héroe llevó a cabo una de sus acciones más gloriosas, tanto a través de su liderazgo como con espada en la mano, [...] y tras cargar con casi todo el peso de la ofensiva contra el cuerpo principal de todas las fuerzas de los polacos», pero en su propia defensa afirmaba que «dado lo mucho que ya se ha escrito sobre esta batalla» le parecía innecesario entrar en los detalles. Leti, *Ritratti historici*, parte segunda, 2. Puede que Leti estuviera pensando en el relevante tomo del *Theatrum*, publicado en 1685, que efectivamente incluía un relato bastante detallado de la batalla de Varsovia, donde se reconocía de lleno el papel del Elector a la hora de apoyar el ataque sueco; véase J. G. Schleder, *Von den denckwürdigsten Geschichten, so sich hie und da in Europa, als in Hoch- und Nieder-Teutschland, Franckreich, Hispanien, Portugall, Italien, Dalmatia, Candia, England, Schott- und Irrland, Den[n]emarck, Norwegen, Schweden, Polen, Moscau, Schlesien, Böhmen, Ober- und Nieder-Oesterreich, Hungarn, Siebenbürgen, Wallachey, Moldau, Türck- und Barbarey, [et]c. Sowol im weltlichen Regiment, als Kriegswesen, vom Jahr Christi 1651. biß an [1658] bevorstehende Wahl... Leopolden dieses Namens deß Ersten, erwehlten Römischen Käisers, [et]c. Beydes zu Wasser und Land, begeben und zugetragen / So, Auß vielen glaubhafften Scripturen... zusammen getragen, und unpartheyisch beschrieben Johannes Georgius Schlederus, gebürtig in Regenspurg. Mit etlich hoher Potentaten... Bildnüssen außgezieret: Dabenebenst einige... Sachen in deutlichen Kupffern vor Augen gestellt*, Fráncfort, 1685, pp. 963-966.

101. Michael Seidler, «Religion, Populism, and Patriarchy: Political Authority from Luther to Pufendorf», *Ethics* 103 (1993), pp. 551-569.

102. Sobre las diferencias entre el modo de entender el Estado y al soberano de Hobbes y de Pudendorf, véase Ben Holland, *The Moral Person of the State. Pufendorf, Sovereignty and Composite Polities*, Cambridge, 2017 esp. pp. 210-221, y Richard Tuck, *The Sleeping Sovereign. The Invention of Modern Democracy*, Cambridge, 2015, pp. 96-116.

103. S. Pufendorf, *Elements of Universal Jurisprudence in Two Books* (1660), libro II, observación 5, en Craig L. Carr (ed.), *The Political Writings of Samuel Pufendorf*, trad. al inglés Michael J. Seidler, Nueva York, 1994, p. 87.

104. S. Pufendorf, *On the Law of Nature and Nations in Eight Books* (1672), libro VII, cap. 4, en Carr, *Political Writings*, p. 220.

105. *Ibid.*, p. 221.

106. Sobre las «razones que justifican el derecho de una persona a la obediencia de otra», véase Samuel Pufendorf, *On the Duty of Man and the Citizen*, ed. James Tully, trad. al inglés Michael Silverthorne, Cambridge, 1991 esp. pp. 1:5-6, 28-29, y también los comentarios de Tully en la introducción, pp. xiv-xliii.

107. Severinus de Monzambano (pseud.), *De statu imperii germanici liber unus*, Verona, 1668; para una traducción al inglés con un esclarecedor análisis del contexto, véase Samuel Pufendorf, *The Present State of Germany*, ed. Michael J. Seidler, trad. al inglés Edmund Bohun, [1696] Indianápolis, 2007. No es cierto que el *Monzambano* aportara la inspiración para un plan para reformar el ordenamiento jurídico del Imperio, ideado por el Elector en 1662, como afirma Martin Philippson (el *Monzambano* no se publicó hasta seis años después), pero a pesar de todo resultan llamativas las semejanzas entre el pensamiento del Elector y el de Pudendorf, como ya señaló Droysen hace mucho tiempo; Philippson, *Der Große Kurfürst*, 2:205; Johann Gustav Droysen, «Zur Kritik Pufendorfs», en Droysen, *Abhandlungen zur neueren Geschichte*, Leipzig, 1876, pp. 309-386, aquí pp. 339-340.

108. Samuel Pufendorf, «Author's Preface», en *An Introduction to the History of the Principal Kingdoms and States of Europe*, Londres, 1719, pp. 2-3; orig. (con el mismo prefacio): *Einleitung zu der Historie der vornehmsten Reiche und Staaten, so itziger Zeit in Europe sich befinden*, Fráncfort, 1682.

109. Samuel Pufendorf, *De rebus gestis Friderici Wilhelmi Magni, electoris brandenburgici, commentariorum libri novendecim*, Berlín, 1695; traducción alemana: [Samuel Pufendorf,] *Friederich Wilhelms des Grossen Chur-Fürstens zu Brandenburg Leben und Thaten*, trad. Erdmann Uhse, Berlín, 1710.

110. Droysen, «Zur Kritik Pufendorfs», p. 314.

111. Samuel Pufendorf, *Friedrich Wilhelms des Grossen Chur-Fürsten von Brandenburg Leben und Thaten*, trad. Erdmann Uhse, Berlín, 1710, p. 399.

112. *Ibid.*, p. 428.

113. *Ibid.*, pp. 401-402.

114. Elias Loccelius, *Marchia Illustrata oder Chronologische Rechnung und Bedencken über die Sachen, so sich in der Mark Brandenburg und incorporierten Ländern vom Anfange der Welt biß ad Annum Christi 1680 sollen zugetragen haben*, Crossen, 1680, pp. 609, 611, 635, 639, 647, 702, 711, 753, 762, 808, 846-849, 861. Esta obra nunca se publicó, pero estaba a disposición de Pufendorf cuando escribió su *De rebus gestis*, y puede consultarse en forma manuscrita en la Handschriftensammlung de la Staatsbibliothek Berlin, Potsdamerstrasse 33, signatura: MS Boruss, fol. 18.

115. Erdmann Uhse, «An den Leser», en *Friedrich Wilhelms des Grossen Chur- Fürsten von Brandenburg Leben und Thaten*, n.p.

116. [Pufendorf], *Friederich Wilhelms des Grossen Chur-Fürstens zu Brandenburg Leben und Thaten*, pp. 56-58.

117. *Ibid.*, pp. 760-762.

118. Pufendorf, *Leben und Thaten*, p. 194.

119. Sobre Pufendorf como teórico de la decisión, véase Eerik Lagerspetz, «Pufendorf on Collective Decisions», *Public Choice* 49.2 (1986), pp. 179-182.

120. Seidler, «Introduction», en Pufendorf, *Present State of Germany*; como señala Seidler, Pufendorf no fue el primero que hizo esa afirmación: Hermann Conring planteó el mismo argumento con motivaciones distintas en su *De origine iuris Germanici* (1643).

121. Pufendorf, *Einleitung zu der Historie der vormehmsten Reiche und Staaten*, Vorrede.

122. Pufendorf, *Leben und Thaten*, p. 1249.

123. Max Weber, *Economy and Society: An Outline of Interpretative Sociology*, 2 vols., Berkeley, 1978, p. 1:227 [*Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2002].

124. Sobre el peligro de consentir que «hipótesis y pautas de interpretación desconocidas» se infiltren en nuestra forma de entender al Gran Elector, véase Ernst Opgenoorth, «Mehrfachherrschaft im Selbstverständnis Kurfürst Friedrich Wilhelms», en Kaiser y Rohrschneider, *Membra unius capitis*, pp. 35-52, aquí p. 37.

125. Jeremy Bentham, *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (1781), http://utilitarianism.com/jeremy-bentham/index.html#one; sobre la orientación de los argumentos basados en la seguridad respecto al futuro, véase Lucia Zedner, *Security*, Londres, 2009, p. 29.

126. Dietrich, *Die politischen Testamente*, 188; sobre la «impotencia», véase también Johann Gustav Droysen, *Der Staat des großen Kurfürsten* (Geschichte der preussischen Politik, pt. 3), 3 vols., Leipzig, 1870-1871, p. 2:370, Philippson, *Der Große Kurfürst*, p. 2:238, Albert Waddington, *Histoire de Prusse*, 2 vols., París, 1922, p. 1:484.

127. Vera Keller, *Knowledge and Public Interest, 1575-1725*, Cambridge, 2015, pp. 4, 8, *passim*.

128. Burke, «Foreword», pp. ix-xx.

129. J. G. A. Pocock, *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, 1985, pp. 92-93.

130. Andrea Brady y Emily Butterworth, «Introduction», en Brady y Butterworth, *Uses of the Future*, pp. 1-18.

131. Utilizo el término «cultura histórica» en el sentido formulado por D. R. Woolf: «Un cómodo sinónimo para designar la matriz cognitiva y conceptual de relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, una matriz que da lugar a, alimenta, y a su vez se ve influenciada por, la literatura histórica oficial de aquella época»; véase D. R. Woolf, «Little Crosby and the Horizons of Early Modern Historical Culture», en Donald R. Kelley y David Harris Sacks (eds.), *The Historical Imagination in Early Modern Britain. History, Rhetoric and Fiction, 1500-1800*, Cambridge, 1997, pp. 93-132, aquí p. 94.

132. Juan de Mariana, *The General History of Spain from the First Peopling of It by Tubal, till the Death of King Ferdinand, Who United the Crowns of Castile and Aragon: with a Continuation to the Death of King Philip III […], to Which Are Added, Two Supplements, the First by F. Ferdinand Camargo y Salcedo, the Other by F. Basil Varen de Soto, Bringing It Down to the Present Reign*, trad. al inglés Capt. John Stevens., Londres, 1699, *passim* [*Historia general de España*, A Coruña, Editorial Órbigo], pero véase como ejemplo pp. 299-300, donde se describen las guerras entre reyes como una plaga que azota al pueblo llano a consecuencia de la vanagloria y la ambición de sus gobernantes.

133. Así, Mariana le reprochaba a Felipe II que hubiera provocado la sublevación de los Países Bajos al ejecutar a los condes de Egmont y Hoorn en 1568, y argumentaba que una política más conciliadora habría evitado la insurrección.

134. Sobre estos rasgos del pensamiento político de Mariana, véase Harald Braun, *Juan de Mariana and Early Modern Spanish Political Thought*, Aldershot, 2007.

135. Chantal Grell, *L'histoire entre erudition et Philosophie. Étude sur la connaissance historique a l'âge des Lumières*, París, 1993, pp. 35, 195, 210, 212, 217; sobre la resistencia a las mutaciones de la «historia de Francia» en la modernidad temprana, véase Philippe Ariès, *Le Temps de l'histoire*, 2.ª ed., París, 1986, pp. 135-138, y Orest Ranum, *Artisans of Glory. Writers and Historical Thought in Seventeenth-Century France*, Chapel Hill, 1980, pp. 15-16; Michel Tyvaert, «L'image du Roi: Legitimité et moralité rolales dans les histoires de France au XVIIe siècle», *Revue d'histoire modern et contemporaine* 21 (1974), pp. 521-547.

136. Grell, *L'histoire entre erudition et Philosophie*, p. 35. Grell destaca a Guyonnet de Vertron, *Parallèle de Louis le Grand avec les princes qui ont été surnommés Grands, dédié à Monseigneur le Dauphin*, París, 1685, por afirmar que los magníficos atributos de Luis XIV han dejado anticuados todos los modelos de virtud del pasado (incluido Hércules), pp. 50-52.

137. Tony Claydon, «Time and the Revolution of 1688/89» (ponencia, Workshop on History and Temporality, St. Catharine's College, Cambridge, 27 de mayo de 2016); Richard S. Kay, *The Glorious Revolution and the Continuity of Law*, Washington, 2014, p. 279.

138. Actualmente hay muchos estudios que defienden el especial estatus de las temporalidades de la modernidad temprana, de los que algunos ya se han citado en este capítulo; para un incisivo análisis de los temas, véase Peter Burke, «Exemplarity and Anti-exemplarity in Early Modern Europe», en A. Lianeri (ed.), *The Western Time of Ancient History: Historiographical Encounters with the Greek and Roman Pasts*, Cambridge, 2011, pp. 48-59.

139. Véase Milos Vec, *Zeremonialwissenschaft im Fürstenstaat. Studien zur juristischen und politischen Theorie absolutistischer Herrshchaftspräsentation*, Fráncfort, 1998; Jörg Jochen Berns, «Der nackte Monarch und die nackte Wahrheit. Auskünfte der deutschen Zeitungs- und Zeremoniellschriften des apäten 17. und frühen 18. Jahrhunderts zum Verhältnis von Hof und Öfentlichkeit», *Daphnis* 11 (1982), pp. 315-345; Berns, «Die Festkultur der deutschen Höfe zwischen 1580 und 1730. Eine Problemskizze in typologischer Absicht», *Germanisch-romanische Monatsschrift* 65 (1984), pp. 295-311.

140. Werner, vecino brandemburgués de Varsovia, informe del 10 de junio de 1700, en Max Lehmann, *Preussen und die katholische Kirche seit 1640*, 9 vols., Leipzig, 1878-1902, p. 1:465.

141. «El padre Vota al Elector de Brandemburgo», en Lehmann, *Preussen und die katholische Kirche*, 1:468.

142. Johann von Besser, *Preussische Krönungsgeschichte oder Verlauf der Ceremonien auf welchen Der Allerdurchlauchtigste Großmächtigste Fürst und Herr Friderich der Dritte–die königliche Würde des von Ihm gestifteten Königreichs preußen angenommen und sich und seine Gemahlin... durch die Salbung als König und Königin einweihen lassen*, Colonia/Spree, 1702, p. 19.

143. Se dijo que quien lo descubrió fue Werner, el representante prusiano en Varsovia; véase «El padre Vota al Elector de Brandemburgo», Varsovia, 15 de mayo de 1700, en Lehmann, *Preussen und die katholische Kirche*, 1:463.

144. Besser, *Preussische Krönungsgeschichte*, pp. 3, 6.

145. Johann Christian Lünig, *Theatrum ceremoniale historico-politicum oder historisch-politischer Schau-Platz aller Ceremonien etc.*, 2 vols., Leipzig, 1719-1720 pp. 2:100, 96. Sobre la importancia del autoungimiento del rey, véase Hans Liermann, «Sakralrecht des protestantischen Herrschers», *Zeitschrift der Savigny- Stiftung für Rechtsgeschichte* 61 (1941), pp. 311-383, esp. pp. 333-369.

CAPÍTULO 2. EL REY HISTORIADOR

1. Sobre la relación entre Bach y Federico II, véase Leta E. Miller, «C.P.E. Bach's Sonatas for Solo Flute», *Journal of Musicology* 11.2 (1993), pp. 203-249. Estas reflexiones sobre el rey y su música son fruto de mis conversaciones con Kate Clark, profesora de Flautas Históricas y docente del Departamento de Música Antigua del Real Conservatorio de La Haya; sobre la hegemonía musical de Quantz en la corte, véase Tim Blanning, *Frederick the Great. King of Prussia*, Londres, 2015, pp. 150-152.

2. Charles Burney, *The Present State of Music in Germany, the Netherlands and United Provinces, Or: The Journal of a Tour through Those Countries, Undertaken to Collect Materials for a General History of Music*, 2 vols., Londres, 1773; reimpr., Londres 2008, pp. 2:150-151.

3. Sobre la actitud del rey hacia Bach, véase Blanning, *Frederick the Great*, pp. 157-159.

4. Vanessa Agnew, *Enlightenment Orpheus: The Power of Music in Other Worlds*, Oxford, 2008, esp. p. 59.

5. Sobre la relación de Federico con la corte de Berlín, véase Thomas Biskup, «Eines "Grossen" würdig? Hof und Zeremoniell bei Friedrich II.», en *Friederisiko–Friedrich der Große. Die Essays*, Múnich, 2012, pp. 96-113; Biskup, *Friedrichs Größe. Inszenierungen des Preußenkönigs in Fest und Zeremoniell 1740-1815*, Fráncfort, 2012; Biskup, «Höfisches Retablissement: Der Hof Friedrichs des Großen nach 1763», en Michael Kaiser y Jürgen Luh (eds.), *Friedrich der Große–eine perspektivische Bestandsaufnahme. Beiträge des ersten Colloquiums in der Reihe "Friedrich300"*, http://www.perspectivia.net/publikationen/friedrich300-colloquien/friedrich-bestandsaufnahme/biskup_retablissement.

6. La *Histoire de la guerre de Sept Ans*, que incluía una introducción sobre los años de paz entre la guerra de Silesia y la guerra de los Siete años, fue escrita en 1763-1764. En 1775, Federico terminó un resumen general de los acontecimientos que van desde la Paz de Hubertusburg (1763) hasta el final de la primera partición de Polonia (1775); ese resumen fue posteriormente revisado y refundido con fragmentos de texto de los años 1774-1748 y la guerra de Sucesión bávara (1778). Otro fragmento de texto redactado en 1784 cubría la historia de Brandemburgo-Prusia desde la Paz de Teschen (1779). Entre las principales obras de Federico II que se comentan en este capítulo están «Histoire de mon temps» (1746 y 1775), en Johann D. E. Preuss (ed.), *Œuvres de Frédéric le Grand*, 30 vols., Berlín, 1846-1856, pp. 2:v-160 y 3:1-240; «Histoire de la guerre de Sept Ans», en Preuss, *Œuvres*, pp. 4:v-296 y 5:1-264; «Memoires depuis la Paix de Hubertsbourg 1763, jusqu'à la fin du partage de la Pologne», en Preuss, *Œuvres*, pp. 6:1-123; «De ce qui s'est passé de plus important depuis l'année 1774 jusqu'à l'année 1778», en Preuss, *Œuvres*, pp. 6:125-149; «Memoires de la

guerre de 1778», en Preuss, *Œuvres*, pp. 6:151-201; «Réflexions sur les talents militaires de Charles XII, roi de Suède», en Preuss, *Œuvres,* pp. 7:79-101; «De la littérature Allemande, des defauts qu'on peut lui reprocher, quelles en sont les causes et par quels moyens on peut les corriger», en Preuss, *Œuvres,* pp. 7:103-140 [*Discurso sobre la literatura alemana*, Málaga, Analecta Malacitana, 2004]; «Avant-propos de l'extrait du dictionnaire historique et critique de Bayle», en Preuss, *Œuvres,* pp. 7:141-47; «Avant-propos de l'abrégé de l'histoire écclésiastique de Fleury», en Preuss, *Œuvres,* pp. 7:149-164; «L'Antimachiavel, ou examen du Prince de Machiavel», en Preuss, *Œuvres,* pp. 8:65-184; «Réfutation du Prince de Machiavel» (una versión revisada del mismo texto), en Preuss, *Œuvres,* pp. 8:185-336; «Ode sur la gloire», en Preuss, *Œuvres,* pp. 11:98-101; y «Ode sur le temps», en Preuss, *Œuvres,* pp.12:1-3.

7. Sobre los métodos de investigación de Federico y su ambición de crear una obra general de interpretación narrativa, véase el ensayo «Die historischen Werke», en Gustav Berthold Volz (ed.), *Die Werke Friedrichs des Grossen in deutscher Übersetzung*, 10 vols., Berlín, 1913, vol. 1, «Denkwürdigkeiten zur Geschichte des Hauses Brandenburg», trad. al alemán. Friedrich von Oppeln-Bronikowski, Willi Rath y Carl Werner von Jordans, pp. v-xii, aquí p. vii; Max Posner, «Zur literarischen Thätigkeit Friedrichs des Grossen. Erörterungen und Actenstücke», en Königliche Preussische Archiv-Verwaltung (ed.), *Miscellaneen zur Geschichte König Friedrich des Grossen*, Berlín, 1878, pp. 205-494, esp. 217, 227-228, 236, *passim*; para un importante análisis reciente, véase Michael Knobloch, «"Handlanger der Geschichtsschreibung". Friedrich II. Als Rezipient historischer Werke zur brandenburgischen Geschichte», en Brunhilde Wehinger y Günther Lottes (eds.), *Friedrich der Große als Leser*, Berlín, 2012, pp. 43-70.

8. «Die staatliche Existenz Preußens und den eigenen Standort näher zu bestimmen»; véase Wilfried Herderhorst, *Zur Geschichtsschreibung Friedrichs des Großen*, Historisch-Politische Hefte der Ranke-Gesellschaft, p. 10, Gotinga, 1962, p. 5.

9. Federico II, Avant-Propos (1748) a las «Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg», en Preuss, *Œuvres,* pp. 1:xliii-xliv, aquí p. xliii; sobre la relación entre las ciencias y la historia a mediados del siglo XVIII, véase Peter Hanns Reill, «Die Historisierung von Natur und Mensch. Der Zusammenhang von Naturwissenschaften und historischem Denken im Entstehungsprozess der modernen Naturwissenschaften», en Küttler, Rüsen y Schulin, *Geschichtsdiskurs*, pp. 2:48-61, esp. pp. 49-51, 58-59.

10. Federico II, «Discours Préliminaire» (1751), en Preuss, *Œuvres,* pp. 1:xlv-lii, aquí p. xlv.

11. *Ibid.*, p. 1:xlvii.

12. Sobre el peligro de interpretar los textos literarios y políticos como «*Bekenntnisschriften*» (escritos de confesión) que expresan un estado de ánimo interior de una forma directa, véase Andreas Pečar, «Friedrich der Große als Autor. Plädoyer für eine adressatenorientierte Lektüre seiner Schriften», en Stiftung Preussische Schlösser und Gärten (ed.), *Friedrich300*, www.perspectivia.net/content/publikationen/friedrich300-colloquien/friedrich-bestandsaufnahme/pecar_autor/.

13. Federico II, «Histoire de mon temps», «Avant-Propos» (1746), en Preuss, *Œuvres,* pp. 2:v-xii, aquí p. vii.

14. Federico II, «Histoire de mon temps», «Avant-Propos» (1775), en Preuss, *Œuvres,* pp. 3:xiii-xxiv, aquí p. xvii.

15. Véase, por ejemplo, Federico II, «Histoire de mon temps», «Avant-Propos» (1746), en Preuss, *Œuvres,* p. 2:vii.

16. Véase Michael Rohrschneider, «Friedrich der Grosse als Historiograph des Hauses Brandenburg. Herrscherideal, Selbststilisierung und Rechtfertigungstendenzen in den Mémoiren pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg», *Forschungen zur Brandenburgischen und Preußischen Geschichte* 17 (2007), pp. 103-121; para distintos análisis que hacen hincapié en la función reflexiva de los textos históricos, véase también Herderhorst, *Zur Geschichtsschreibung*, pp. 12-13 y 31; Horst Möller, «Friedrich der Große und der Geist seiner Zeit», en Johannes Kunisch (ed.), *Analecta Fridericiana* (Zeitschrift für historische Forschung Beih. 4), Berlín, 1987, pp. 55-74, esp. p. 61.

17. Jürgen Luh, *Der Große. Friedrich II. von Preußen*, Múnich, 2011; sobre la determinación de Churchill de hacer lo mismo, véase David Reynolds, *In Command of History. Churchill Fighting and Writing the Second World War*, Londres, 2005.

18. Federico II, «Histoire de mon temps», «Avant-Propos» (1746), en Preuss, *Œuvres,* p. 2:vii.

19. *Ibid.*, p. 2:vii.

20. Federico II, «Avant-Propos» (1748) a las «Mémoires pour servir à l'histoire de la maison de Brandebourg», en Preuss, *Œuvres,* pp. 1:xliii-xliv, aquí p. xliv.

21. Federico II, «Réflexions sur les talents militaries et sur le caractère de Charles XII, roi de Suède», Preuss, *Œuvres,* pp. 7:79-105, aquí p. 81; «Histoire de mon temps», «Avant-Propos» (1775), en Preuss, *Œuvres,* p. 2:xiv.

22. Federico II, «Avant-Propos» (1775), «Histoire de mon temps», en Preuss, *Œuvres,* p. 2:xiv.

23. Sobre este ensayo como acto de instrucción político-militar, véase Sven Externbrink, «Der Feldherr als Historiker. Friedrich der Große und die Histoire de la guerre de Sept Ans», en Wehinger y Lottes, *Friedrich der Große als Leser*, pp. 99-120.

24. Véase Ulrich Muhlack, «Geschichte und Geschichtsschreibung bei Voltaire and Friedrich dem Grossen», en Johannes Kunisch (ed.), *Persönlichkeiten im Umkreis Friedrichs des Großen*, Colonia, 1988, pp. S29-57.

25. Federico II, «Avant-Propos» (1775), «Histoire de mon temps», en Preuss, *Œuvres,* p. 2:xv.

26. Federico II, «Avant-Propos», «Histoire de le guerre de Sept Ans», Preuss, *Œuvres,* pp. 4:v-xii, aquí p. xi.

27. Johannes Kunisch, *Friedrich der Grosse. Der König und Seine Zeit*, Múnich, 2004, pp. 65-68; véase también Rohrschneider, «Friedrich der Grosse», p. 105; sobre el efecto en la psique del rey de su relación disfuncional con su padre, véase Blanning, *Frederick the Great*, pp. xxi-xxiv, 25-45.

28. Pečar, «Friedrich der Große als Autor», pp. 20-21; para otras interpretaciones de los escritos de Federico como actos de manipulación propagandística o como instrumentos de política exterior, véase Friedrich Meinecke, «Des Kronprinzen Friedrich Considérations sur l'état présent du corps politique de l'Europe», en Meinecke, *Brandenburg–Preußen–Deutschland. Kleine Schriften zur Geschichte und Politik*, ed. Eberhard Kessel (Werke 9; Stuttgart 1979), pp. 174-200; Reinhold Koser, *Geschichte Friedrichs des Großen*, 4 vols. (reimpr., Darmstadt, 1963), pp. 1:145-150.

29. Sobre la búsqueda de «verdades útiles» (*vérités utiles*) como la característica que define a una historia «filosófica» y no meramente «histórica», véase Voltaire, *Essai sur les moeurs et sur l'esprit des nations*, vol. 1, Introduction, https://fr.wikisource.org/wiki/Essai_sur_les_moeurs/Introduction;

sobre el interés de Federico por Montesquieu, véase Georg Küntzel, «Der junge Friedrich und die Anfänge seiner Geschichtsschreibung», en Unnamed students and colleagues (eds.), *Festgabe Friedrich von Bezold dargebracht zum 70. Geburtstag*, Bonn, 1921, pp. 234-249, aquí pp. 241-244.

30. Para un análisis más completo de la relación entre las «Mémoires» y el «Siècle», véase Muhlack, «Geschichte und Geschichtsschreibung», *passim*; Muhlack, *Geschichtswissenschaft im Humanismus und in der Aufklärung. Die Vorgeschichte des Historismus*, Múnich, 1991, pp. 258-268.

31. Möller, «Friedrich der Große», p. 58; sobre la sensibilidad histórica de la Ilustración prusiana, véase también Matt Erlin, *Berlin's Forgotten Future. City, History, and Enlightenment in Eighteenth-Century Germany*, Chapel Hill, 2004.

32. Johann Martin Chladenius, *Einleitung zur richtigen Auslegung vernünftiger Schriften und Reden*, ed. Lutz Goldsetzer, [1742], Düsseldorf, 1969, p. 195; véase también Frederick Beiser, *The German Historicist Tradition*, Oxford, 2011, pp. 29, 40, 47-54; sobre la perspectiva ilustrada en general, véase Reinhart Koselleck, «Standortbindung und Zeitlichkeit: Ein Beitrag zur historischen Eschließung der geschichtlichen Welt», en Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 178-188.

33. Federico II, «Mémoires pour servir», Preuss, *Œuvres,* p. 1:241.

34. Federico II, «Avant-Propos de l'abrégé de l'histoire écclésiastique de Fleury», Preuss, *Œuvres,* pp. 7:149-164, aquí pp. 151-153; sobre los comentarios de Preuss acerca de la publicación y el impacto de esta obra, véase su «Avertissment», pp. xiv-xv. Posteriormente, David Friedrich Strauss incorporó la misma línea argumental a su crítica del «mito» en *Das Leben Jesu kritisch bearbeitet*, 2 vols., Tubinga, 1835, pp. 1:173-177.

35. Federico II, «Mémoires pour servir», Preuss, *Œuvres,* p. 1:14.

36. *Ibid.*, p. 1:244.

37. Federico II, «Discours Preliminaire» (1751), «Mémoires», Preuss, *Œuvres,* pp. 1:xlv-lii, aquí pp. xlvii-xlviii. Sobre Christoph Hartknoch (1644-1687), autor de renombradas historias de Prusia (es decir, de la Prusia Ducal y la Prusia Real), véase más abajo.

38. Federico II, «Des moeurs, des coutumes, de l'industrie, des progrès de l'esprit humain dans les arts et dans les sciences» (capítulo adicional de «Mémoires»), en Preuss, *Œuvres,* p. 1:264.

39. Sobre el escaso interés por Pufendorf, véase Notker Hammerstein, «Reichshistorie», en Hans Erich Bödeker, Georg G. Iggers, Jonathan B. Knudsen y Peter H. Reill (eds.), *Aufklärung und Geschichte. Studien zur deutschen Geschichtswissenschaft im 18. Jahrhundert*, Gotinga, 1986, pp. 82-104; sobre la revalorización de la historia filosófica y la denigración de la «erudición», véase Henning Wrede, «Die Entstehung der Archäologie und des Einsetzen der neuzeitlichen Geschichtsbetrachtung», en Küttler, Rüsen y Schulin, *Geschichtsdiskurs*, pp. 2:95-119, 99; Ursula Goldenmann, «Die philosophische Methodendiskussion des 17. Jahrhunderts in ihrer Bedeutung für den Mondernisierungsschub in der Historiographie», en Küttler, Rüsen y Schulin, *Geschichtsdiskurs*, pp. 2:148-161, aquí pp. 148-149.

40. Posner, «Zur literarischen Thätigkeit Friedrichs des Grossen», pp. 238-239; entre las obras de Hartknoch disponibles en alemán cuando Federico redactaba las memorias estaba *Preussische Kirchen-historia: darinnen von Einführung der christlichen Religion in diese Lande / wie auch von der Conservation, Fortpflantzung / Reformation und dem heutigen Zustande derselben Ausführlich gehandelt wird. Nebst vielen denckwürdigen Begebenheiten... aus vielen gedruckten und*

geschriebenen Documenten, Fráncfort y Leipzig, 1686; y *Alt- und Neues Preussen Oder Preussischer Historien Zwey Theile,* Fráncfort y Leipzig, 1684.

41. Loccelius, *Marchia Illustrata*, pp. 609, 611, 635, 639, 647, 702, 711, 753, 762, 808, 846-849, 861.

42. Jaroslav Miller, *Urban Societies in East Central Europe, 1500-1700*, 2.ª ed., Abingdon, 2016, p. 167; sobre Hartknoch como historiador y propagandista de la libertad de Prusia, véase Karin Friedrich, *The Other Prussia. Royal Prussia, Poland and Liberty, 1569-1772*, Cambridge, 2000, esp. pp. 103-105.

43. Hartknoch, *Alt- und Neues Preussen* 1.ª parte, p. 232.

44. *Ibid.*, 1.ª parte, p. 238.

45. *Ibid.*, 2.ª parte, pp. 309-312, 314-315, *passim*.

46. Véase Friedrich, *Other Prussia*, pp. 51, 70, 79.

47. Federico II, «Du Gouvernement ancien et moderne de Brandebourg», capítulo adicional de las «Mémoires», en Preuss, *Œuvres,* pp. 1:275-276.

48. Incluso a Voltaire le impresionó la hostilidad del relato del rey sobre Schwarzenberg, que a él no le parecía justificada por las pruebas que aportaba el texto; véase la transcripción de las notas de Voltaire sobre las «Mémoires» de Federico en Posner, «Zur literarischen Thätigkeit Friedrich des Grossen», p. 273.

49. Véase, por ejemplo, Hartknoch, *Alt- und Neues Preussen*, esp. el capítulo titulado «Von der Republic und Regierungs-Art der Lande Preussen», pp. 601-665, que rastrea la historia de los territorios de la Prusia Ducal y Real como una historia de controversias políticas y de intereses corporativos rivales.

50. Voltaire, *Henriade. An Epick Poem in Ten Cantos*, trad. anón., Londres, 1732, canto 6, p. 120; véase también canto 3, p. 61; sobre la admiración de Federico por esta y otras obras de Voltaire, véase Blanning, *Frederick the Great*, pp. 119-120, 329-330.

51. Voltaire, *Le Siècle de Louis XIV*, Londres, 1752, vol. 1, introducción, p. 4, y véase también p. 319: «*plus le service en tout genre prévaut sur les titres, plus un état est florissant*» [*El siglo de Luis XIV*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2013.

52. Sobre la «latencia corporativa», véase Wolfgang Neugebauer, *Politischer Wandel im Osten. Ost- und Westpreussen von den alten Ständen zum Konstitutionalismus*, Stuttgart, 1992, pp. 65-86.

53. Hanna Schissler, *Preussische Agrargesellschaft im Wandel. Wirtshcaftliche, gesellschaftliche und politische Transformationsprozesse von 1763 bis 1847*, Gotinga, 1978, p. 217; Johannes Ziekursch, *Hundert Jahre Schlesischer Agrargeschichte*, Breslavia, 1915, pp. 23-26; Robert Berdahl, *The Politics of the Prussian Nobility. The Development of a Conservative Ideology 1770-1848*, Princeton, 1988, pp. 80-85; sobre la presencia de terratenientes no nobles en las asambleas de distrito (*Kreistage*) del Margraviato de Brandemburgo, véase Klaus Vetter, «Zusammensetzung, Function und politische Bedeutung der kurmärkischen Kreistage im 18. Jh», *Jahrbuch für die Geschichte des Feudalismus* 3 (1979), pp. 393-416; Peter Baumgart, «Zur Geschichte der kurmärkischen Stände im 17. und 18. Jh», en Dieter Gerhard (ed.), *Ständische Vertretungen in Europe im 17. u. 18. Jahrhundert*, Gotinga, 1969, pp. 131-161.

54. T. C. W. Blanning, «Frederick the Great», en H. M. Scott (ed.), *Enlightened Absolutism*, Basingstoke, 1990, pp. 265-288.

55. Sobre la conciencia del rey de su estatus corporativo aristocrático, véase Luh, *Der Große*, pp. 170-174.

56. Gustavo Corni, *Stato assoluto e società agraria in Prussia nell'età di Federico II* (Annali dell'Istituto storico italo-germanico, 4), Bolonia, 1982, pp. 283-284, 288, 292, 299-300.

57. Edgar Melton, «The Prussian Junkers, 1600-1786», en H. M. Scott (ed.), *The European Nobilities in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, 2 vols., Londres 1995, vol. 2, *Northern, Central and Eastern Europe*, pp. 71-109, aquí p. 72; Hanna Schissler, «The Junkers: Notes on the Social and Historical Significance of the Agrarian Elite in Prussia», en Robert G. Moeller (ed.), *Peasants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History*, Boston, 1986, pp. 24-51; Berdahl, *Politics*, p. 79; Schissler, *Preussische Agrargesellschaft*, esp. p. 217.

58. Federico II, «Mémoires depuis la paix de Hubertusbourg 1763, jusqu'à la fin du partage de la Pologne, 1775», en Preuss, *Œuvres,* p. 6:90.

59. Sobre el «segundo reinado», véase H. M. Scott, «1763-1786: The Second Reign of Frederick the Great», en Philip Dwyer (ed.), *The Rise of Prussia 1700-1830*, Londres, 2000, pp. 177-200.

60. Federico II, «Lettres sur l'amour de la patrie, ou correspondence d'Anapistémon et de Philopatros», en Preuss, *Œuvres,* pp. 9:241-278, aquí pp. 246-247.

61. Este pasaje se analiza en Adolf Dock, *Der Souveränetätsbegriff von Bodin bis zu Friedrich dem Grosse*, Estrasburgo, 1897, p. 148.

62. «*Dans tous le recueils immenses qu'on ne peut embrasser, il faut se borner et choisir. C'est un vaste magasin où vous prendrez ce qui est à votre usage*», Voltaire, *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations et sur les principaux faits de l'histoire depuis Charlemagne jusqu'à Louis XIII*, ed. René Pomeau, 2 vols., París, 1963, p. 1:196.

63. Federico II, «Mémoires», en Preuss, *Œuvres,* p. 1:244.

64. Muhlack, *Geschichtswissenschaft im Humanismus und in der Aufklärung*, pp. 266-267.

65. Schindele, «Friedrich der Große über den Staat», en *Abhandlungen aus dem Gebiete der Philosophie und ihrer Geschichte. Eine Festgabe zum 70. Geburtstag Georg Freiherrn von Hertling*, Friburgo de Brisgovia, 1913, pp. 289-308, aquí pp. 291-292.

66. Federico II, «Mémoires pour servir», Preuss, *Œuvres,* p. 1:272.

67. Federico II, «Histoire de mon temps», en Preuss, *Œuvres,* p. 2:38.

68. Federico II, «Mémoires pour servir», en Preuss, *Œuvres,* pp. 1:272-273.

69. Federico II, *The Refutation of Machiavelli's Prince, or: Anti-Machiavel*, ed. y trad. Paul Sonnino, Athens, 1981, p. 40 [*Antimaquiavelo o Refutación del Príncipe de Maquiavelo: (editado en 1740 por Voltaire)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1995].

70. *Ibid.*, p. 41.

71. *Ibid.*, p. 43.

72. *Ibid.*, pp. 4-5.

73. Federico II, «Instrucciones al conde comandante Borcke», (24 de septiembre de 1751)», en Preuss, *Œuvres,* pp. 9:35-40, aquí p. 37.

74. Federico II*, Der Antimachiavell*, p. 47.

75. *Ibid.*, p. 38.

76. Federico II, «The Political Testament of 1752», en Adolph von Menze (ed.), *Die Werke Friedrichs des Großen in deutscher Übersetzung*, 10 vols. (1913), en Gustav Berthold Volz (ed.), vol. 7, *Antimachiavell und Testamente*, trad. Eberhard König, Friedrich v. Oppeln Bronikowski y Willy Rath, Berlín, 1913, pp. 136, 137, 138, 140.

77. *Ibid.*, 153.

78. *Ibid.*, p. 160.

79. *Ibid.*, p. 161.

80. *Ibid.*, p. 165.

81. Norman Bryson, «Watteau and "Reverie": A Case Test in "Combined Analysis"», *Eighteenth Century* 22 (1981), pp. 97-126, aquí p. 109.

82. Sobre la adquisición de este cuadro por Federico y el lugar que ocupó en sus colecciones, véase Stiftung Preussischer Schlösser und Gärten (ed.), *Bestandskataloge der Kunstsammlungen. Französische Gemälde I. Watteau, Pater, Lancret, Lajoue*, Berlín, 2011, pp. 702-708 y 754.

83. René Huyghe, «L'Univers de Watteau», en Hélène Adhémar, *Watteau: sa vie, son oeuvre. Catalogue des peintures et illustration*, París, 1950, pp. 1-46, aquí p. 1.

84. Anne Claude Caylus, *La Vie de Antoine Watteau par le Comte de Caylus, publiée pour la première fois d'après l'autographe*, ed. Charles Henry, París, 1887, pp. 41-42.

85. Thomas M. Kavanagh, *Esthetics of the Moment. Literature and Art in the French Enlightenment*, Filadelfia, 1996, p. 169.

86. Federico a Jordan, 2 de febrero de 1742, en Johann D. E. Preuss (ed.), *Œuvres* de Frédéric le Grand, 31 vols. (1846-1856), p. 17:163, http://friedrich.uni-trier.de/Œuvres/17/163/text/.

87. Federico, poema enviado a Jordan, julio de 1742 en Preuss, *Œuvres*, vol. 18, «Correspondance de Frédéric avec le comte Algarott», 58, http://friedrich.uni-trier.de/de/Œuvres/18/58/text/:

> *Ton esprit me transporte en une galerie*
> *Où des plus précieux tableaux*
> *Le spectacle enchanteur sans cesse se varie,*
> *Où les derniers sont les plus beaux,*
> *Où Corrége et Poussin étalent leur génie*
> *Avec les Lancrets, les Watteaux.*

Sobre la oda de Federico al orgasmo, véase Vanessa de Senarclens, «Friedrichs Schossgebet», *Die Zeit*, 15 de septiembre de 2011, p. 21; y también Blanning, *Frederick the Great*, pp. 68-69.

88. Federico a Amalia de Prusia, Meissen, 15 de abril de 1761, en Federico el Grande *et al.*, *Politische Korrespondenz Friedrich's des Großen*, ed. Johann Gustav Droysen *et al*., 40 vols., Berlín, 1879-1939, pp. 20:336-337, http://friedrich.uni-trier.de/de/politKorr/20/336/text/.

89. Astrid Dostert, «Friedrich der Große als Sammler antiker Skulptur», en Stiftung Preussische Schlösser und Gärten (ed.), *Friedrich300*, http://www.perspectivia.net/content/publikationen/friedrich300-colloquien/friedrich-

bestandsaufnahme/pecar_autor/; sobre la evolución de la colección de Federico, y su insistencia en que se diera a conocer al público, véase Blanning, *Frederick the Great*, pp. 170-173.

90. Sobre el constante interés del rey por los cuadros en la tradición de las *fêtes galantes* incluso después de la guerra de los Siete Años y el lugar destacado que ocupaban en sus dependencias privadas, véase Christoph Martin Vogtherr, «Friedrich II als Sammler von Fêtes galantes. Zur Geschichte der Sammlung im 18. Jahrhundert», en Stiftung Preussischer Schlösser und Gärten, *Bestandskataloge der Kunstsammlungen*, pp. 3-20, aquí pp. 8, 12-15.

91. Vogtherr, «Friedrich II als Sammler», p. 15.

92. Federico II, «Ode sur le Temps», en Preuss, *Œuvres,* pp. 12:1-3.

93. Registro de una conversación de mayo de 1758, en Henri de Catt, *Unterhaltungen mit Friedrich dem Großen*, ed. Reinhold Koser, Leipzig, 1884, pp. 60-61.

94. Conversación de abril-junio de 1760, en Catt, *Unterhaltungen*, p. 314.

95. Gregor Vogt-Spira, «Das antike Rom im geistigen Haushalt eines Königs», en Bernd Sösemann y Gregor Vogt-Spira (eds.), *Friedrich der Grosse in Europa. Geschichte einer wechselvollen Beziehung*, 2 vols., Fráncfort, 2012, pp. 1:128-129.

96. Federico a Voltaire, 7 de abril de 1737; Voltaire a Federico, 27 de mayo de 1737; Federico a Voltaire, 6 de julio de 1737, en Reinhold Koser y Hans Droysen (eds.), *Briefwechsel Friedrichs des Großen mit Voltaire*, 3 vols., Leipzig, 1908-11, pp. 1:49, 61-64, 67-68.

97. Federico a Grumbkow, 26 de enero de 1732, citado en Ulrich Sachse, «Groß im Tod sein. Friedrichs des Großen erste Verfügung zur Inszenierung seines Nachlebens», en Stiftung Preussische Schlösser und Gärten (ed.), *Friedrich300*, http://www.perspectivia.net/content/publikationen/friedrich300-colloquien/friedrich-bestandsaufnahme/pecar_autor; véase también Ullrich Sachse, Cäsar in Sanssouci. Die Politik Friedrichs des Großen und die Antike, Múnich, 2008, esp. pp. 191-221.

98. Blanning, *Frederick the Great*, p. 444.

99. Federico al ministro del Gobierno von Podewils, marzo de 1741, en Volz, *Antimachiavell und Testamente* [= vol. 7 de Menze, *Die Werke Friedrichs des Großen*], p. 237.

100. Andreas Pečar, «Regelbruch als Markenzeichen», en Stiftung Preussische Schlösser und Gärten (ed.), *Friedrich300*, http://www.perspectivia.net/publikationen/friedrich300-colloquien/friedrich_repraesentation/pecar_regelbruch/#sdfootnote1anc.

101. Horacio, *Carmina*, 2.6: ver *«ubi longum tepidasque praebet / Iuppiter brumas et amicus Aulon / fertili Baccho minimum Falernis / invidet uvis Ille te mecum locus et beatae / postulant arces: ibi tu calentem / debita sparges lacrima favillam / vatis amici»* [*Carmina*, Hospitalet de Llobregat, Bosch]. Sobre la relevancia de este pasaje para los planes funerarios de Federico, véase Sachse, «Groß im Tod sein». Sobre Horacio como uno de los autores favoritos de Federico, véase Blanning, *Frederick the Great*, p. 50.

102. Luh, *Der Große*, *passim*.

103. Federico II, «Ode sur la Gloire» (1734), en Preuss, *Œuvres,* pp. 11:98-101, aquí pp. 98 y 100.

104. *Ibid.*, p. 100.

105. Pečar, «Regelbruch als Markenzeichen».

106. Friedrich Nicolai, *Anekdoten von König Friedrich dem Zweiten von Preußen*, Berlín y Stettin, 1788-1792; reimpr., Hildesheim, 1985 (Friedrich Nicolai, *Gesammelte Werke*, ed. Bernhard Fabian y Marie-Luise Spieckermann, vol. 7 [Hildesheim, 1985]), pp. i-xvii.

107. Sobre estos aspectos de la anécdota más en general, véase Volker Weber, *Anekdote. Die andere Geschichte. Erscheinungsformen der Anekdote in der deutschen Literatur, Geschichtsschreibung und Philosophie*, Tubinga, 1993, pp. 25, 48, 59, 60, 62-65, 66.

108. Judith Butler, *The Psychic Life of Power*, Stanford, 1997, p. 2 [*Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2001].

109. Para unas reflexiones análogas sobre la dimensión edípica del poder en los escritos de Kafka, véase Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Kafka: Pour une littérature mineure*, París, 1975.

110. El Templo de la Amistad, en el extremo occidental del parque de Sanssouci estaba decorado con estatuas de amantes de la antigüedad clásica: Orestes y Pílades, Niso y Eurílalo, Heracles y Filoctetes, y Teseo y Piritoo; sobre los temas homoeróticos en la pintura y la estatuaria que rodeaba al rey, véase Blanning, *Frederick the Great*, pp. 175-180.

111. David Shuttleton, «The Queer Politics of Gay Pastoral», en Richard Phillips, Diane Watt y David Shuttleton (eds.), *De-centring Sexualities: Politics and Representations beyond the Metropolis*, Londres, 2000, pp. 125-146, aquí p. 128; Byrne Fone, «This Other Eden: Arcadia and the Homosexual Imagination», *Journal of Homosexuality* 8 (1983), pp. 13-34; para una visión de los textos en esa tradición, véase Rictor Norton, «The Homosexual Pastoral Tradition», http://rictornorton.co.uk/pastor01.htm.

112. Sobre la «temporalidad homosexual» más en general, véase Jodie Taylor, «Queer Temporalities and the Significance of "Music Scene" Participation in the Social Identity of Middle-Aged Queers», *Sociology* 44 (2010), pp. 893-907, aquí p. 894; Judith Halberstam, *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*, Nueva York, 2005, esp. cap. 1, pp. 1-21; Carolyn Dinshaw, Lee Edelman, Roderick A. Ferguson, Carla Freccero, Elizabeth Freeman, Judith Halberstam, Annamarie Jagose, Christopher Nealon y Nguyen Tan Hoang, «Theorizing Queer Temporalities: A Roundtable Discussion», https://blogs.commons.georgetown.edu/modernities-working-group/files/2015/08/TheorizingQueerTemporalitiesGLQ.pdf.

113. Sobre el contraste entre el carácter gradual de las narraciones políticas nacionales y la «monotonía y la repetición» características de una forma realista de entender las relaciones internacionales, véase Kimberly Hutchings, *Time and World Politics. Thinking the Present*, Mánchester, 2008, p. 13.

114. Muhlack, *Geschichtswissenschaft im Humanismus und in der Aufklärung*, p. 268.

115. Federico II, «Histoire de mon temps», Preuss, *Œuvres,* p. 2:20.

116. *Ibid.*, p. 2:29, donde se identifica erróneamente al monarca en cuestión como Augusto II; trad. alemana en Volz, *Werke Friedrichs*, p. 2:37.

CAPÍTULO 3. BARQUERO EN EL RÍO DEL TIEMPO

1. Bismarck a Luitgard von Puttkamer, 5 de febrero de 1852, citado en Hans Rothfels (ed.), *Bismarck-Briefe*, Gotinga, 1955, pp. 163-165, aquí p. 165.

2. Para un análisis lírico de este tema, véase la reflexión de Pflanze sobre «La corriente del tiempo» en Otto Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany. The Period of Unification, 1815-1871*, Princeton, 1963, pp. 17-48; para una lista de pasajes donde Bismarck emplea la metáfora de la corriente del tiempo, véase Hellmut Seier, «Bismarck und der "Strom der Zeit". Drei neue Biographien und ein Tagungsband», *Historische Zeitschrift* 256.3 (1993), pp. 689-709. Para el eco que tuvo la metáfora en aquella época, véase, por ejemplo, el compendio de Fedor von Köppen, *Fürst Bismarck, der Deutsche Reichskanzler*, Berlín y Heidelberg, 1889, cuyo capítulo 8, dedicado a la revolución del año 1848, lleva por título «Im Strom der Zeit» («En la corriente del tiempo»).

3. «Die Geschichte ist dann nicht mehr bloß eine Beispielsammlung, sondern der einzige Weg zur wahren Erkenntnis unseres eigenen Zustandes». Friedrich Carl von Savigny, «Über den Zweck dieser Zeitschrift», *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft* 1 (1815), p. 4, http://www.gleichsatz.de/b-u-t/can/rec/savigny.html.

4. Leopold von Ranke, *Geschichte und Politik. Friedrich der Große, Politisches Gespräch und andere Meisterschriften*, ed. Hans Hofmann, Leipzig, 1868, pp. 136-137.

5. Sobre la convicción de Ranke, a pesar de su insistencia en la centralidad de los individuos y las particularidades, de que los historiadores siempre deben captar «la universalidad intrínseca en lo particular», véase Beiser, *German Historicist Tradition*, p. 260.

6. Beiser, *German Historicist Tradition*, p. 2.

7. Ernst Troeltsch, *Der Historismus und seine Probleme. Erstes Buch: Das logische Problem der Geschichtsphilosophie* (1922), ed. Friedrich Wilhelm Graf, Berlín, 2008, p. 228.

8. *Zwischen Berlin und Rom*, grabado satírico de Wilhelm Scholz en *Kladderadatsch*, 16 de mayo de 1875, p. 92. Obsérvese que el artista –probablemente por error– ha invertido el orden de las casillas blancas y negras del tablero (ambos jugadores deben tener una casilla negra a la izquierda de la primera fila).

9. Margaret Connolly, «Chaucer and Chess», *Chaucer Review* 29.1 (1994), pp. 40-44, aquí p. 43; Mark N. Taylor, «Chaucer's Knowledge of Chess», *Chaucer Review* 38.4 (2004), pp. 299-313, esp. 299-301 y 304-305; Guillemette Bolens y Paul Beckman Taylor, «The Game of Chess in Chaucer's "Book of the Duchess"», *Chaucer Review* 32.4 (1988), pp. 325-334.

10. William Poole, «False Play: Shakespeare and Chess», *Shakespeare Quarterly* 55.1 (2004), pp. 50-70, aquí pp. 50-51, 53; sobre el ajedrez como accesorio de la cultura cortesana, véase también Olivia Remie Constable, «Chess and Courtly Culture in Medieval Castile: The "Libro de ajedrez" of Alfonso X, el Sabio», *Speculum* 82.2 (2007), pp. 301-347. Para una visión de conjunto, véase Jenny Adams, *Power Play. The Literature and Politics of Chess in the Late Middle Ages*, Filadelfia, 2006.

11. Sobre el significado del ajedrez en los siglos XVI y XVII, véase Robin O'Bryan, «A Duke, a Dwarf and a Game of Chess», *Source: Notes in the History of Art* 34.2 (2015), pp. 27-33; Richard A. Davies y Alan R. Young, «"Strange Cunning" in Thomas Middleton's A Game at Chess», *University of Toronto Quarterly* 45.3 (1976), pp. 236-245; Paul Yachnin, «A Game at Chess and Chess Allegory», *Studies in English Literature, 1500-1900* 22.2 (1982), pp. 317-330; Neil Taylor y Brian Loughrey, «Middleton's Chess Strategies in Women Beware Women», *Studies in English Literature, 1500-1900* 24.2 (1984), pp. 341-354; Margot Heinemann, «Middleton's "A Game at Chess": Parliamentary-Puritans and Opposition Drama», *English Literary Renaissance* 5.2 (1975), pp. 232-250; sobre las resonancias del juego en el siglo XIX, William Hauptman, «Thomas Eakins's *The*

Chess Players Replayed», *Metropolitan Museum Journal* 47.1 (2012), pp. 149-168, esp. 158-159; Michael Clapper, «Thomas Eakins and The Chess Players», *American Art* 24.3 (2010), pp. 78-99.

12. Edwyn Anthony, «The Inexhaustibility of Chess», *Chess Player's Chronicle*, New Series 2 (1878), pp. 193-196. Desde entonces la estimación de Anthony ha sido extensamente debatida y criticada por los matemáticos del ajedrez; véase Karl Fabel, «X = 169518829100544000000000000000?», *Die Schwalbe* 5 (1968), pp. 55-56, por ejemplo, que proponía una revisión a la baja del total de Anthony a la cifra de 10^{29}.

13. Lewis Carroll, *Through the Looking Glass and What Alice Found There*, Londres, 1872, p. 39 [*Alicia a través del espejo: y lo que Alicia encontró al otro lado*, Madrid, Alianza, 2010].

14. William Steinitz, *The Modern Chess Instructor*, Nueva York, 1889, p. xxvii.

15. Carroll, *Through the Looking Glass*, p. 95.

16. Steinitz, *Modern Chess Instructor*, p. xxx.

17. William Steinitz, *The Steinitz Papers. Letters and Documents of the First World Chess Champion*, ed. Kurt Landsberger, Jefferson, 2002, pp. 152, 190; sobre las aperturas de Steinitz, véase Richard Réti, *Modern Ideas in Chess*, Milford, 2009, p. 28 [*Nuevas ideas en ajedrez*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1985].

18. Sobre Steinitz como «el máximo representante de la tendencia científica en el ajedrez», véase Réti, *Modern Ideas*, p. 27.

19. Emanuel Lasker, *Lasker's Manual of Chess*, Londres, 1932, p. 255. La edición original alemana se publicó en 1925 [*Manual de ajedrez*, Madrid, Editorial Jaque XXI, 1997].

20. Edmund Bruns, *Das Schachspiel als Phänomen der Kulturgeschichte des 19. Und 20. Jahrhunderts*, Münster, 2003, pp. 42-43.

21. Oliver Kohns, «Fiktionen politischer Existenz: Skizze zum Politiker als Schriftsteller: Bismarck, Disraeli, Goebbels», en Patrick Ramponi y Saski Viedler (eds.), *Dichter und Lenker. Die Literatur der Staatsmänner, Päpste und Despoten von der frühen Neuzeit bis in die Gegenwart*, Tubinga, 2014, pp. 49-72, aquí pp. 61-62; el ajedrez se utilizaba a menudo como metáfora de la política en la prensa alemana de la época de Bismarck: para algunos ejemplos de la revista *Kladderadatsch*, véase «Der Baron von Strudelwitz an den Baron von Prudelwitz», *Kladderadatsch* 16 (15 de noviembre de 1863), p. 210; «Ein gewagter Zug», *Kladderadatsch* 20 (3 de noviembre de 1867) y «Vom Schach-Congress», *Kladderadatsch* 34 (11 de septiembre de 1881), p. 168; «Schreiben des Barons von Prudelwitz an den Baron von Strudelnitz», *Kladderadatsch* 37 (17 de agosto de 1884), p. 147. Una busqueda en el archivo histórico de la prensa de la Biblioteca Nacional de Austria (ANNO Historische österreichische Zeitungen und Zeitschriften), pone de manifiesto un drástico aumento durante los últimos años de la década de 1850 y la década de 1850 del empleo del término *Schachzug* (que denota un movimiento en ajedrez); un análisis de las menciones individuales del término revela que casi siempre se empleaba como metáfora política, para denotar una iniciativa estratégica o táctica. En los años 1837 y 1848 solo se menciona una vez, y ninguna en los demás años entre 1800 y 1850, http://anno.onb.ac.at/anno-suche/#searchMode=simple&resultMode=list&from=1. Por desgracia, no existe una hemeroteca digital de la prensa alemana del siglo XIX comparable a la austriaca.

22. Morier a Russell, 2 de septiembre de 1870, citado en Thomas Otte, *The Foreign Office Mind. The Making of British Foreign Policy, 1865-1914*, Cambridge, 2011, p. 72; para un análisis de este

pasaje, véase Jonathan Steinberg, *Bismarck. A Life*, Oxford, 2011, p. 128.

23. [Horst Kohl], «Die gewonnene Partie. Ein orientalisches Märchen», *Kladderadatsch*, 4 de marzo de 1866, p. 1; para la posterior explicación de Kohl, véase Horst Kohl, *Bismarck-Gedichte des Kladderadatsch mit Erläuterungen herausgegeben*, Berlín, 1894, p. 63-64.

24. Citado en Steinberg, *Bismarck*, p. 445. Sobre los coqueteos de Bismarck con la posibilidad de un golpe de Estado, véase Michael Stürmer, «Staatsstreichgedanken im Bismarckreich», *Historische Zeitschrift* 209 (1969), pp. 566-615; específicamente sobre la crisis terminal de su carrera: John C. G. Röhl, «Staatsstreichplan oder Staatsstreichbereitschaft? Bismarcks Politik in der Entlasssungskrise», *Historische Zeitschrift* 203 (1966), pp. 610-624.

25. Otto von Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, 3 vols., Stuttgart, 1898, p. 1:228.

26. *Ibid.*, p. 1:314 [*Pensamientos y recuerdos de Bismarck*, Barcelona, Biblok Book Export, 2014].

27. *Ibid.*, p. 1:331 (en alusión al conflicto entre Bismarck y el ministro austriaco Rechberg en Fráncfort); *Ibid.*, p. 1:340 (en alusión al inesperado apoyo del rey de Sajonia al Congreso de los Príncipes de Fráncfort); *Ibid.*, p. 2:56 (en alusión a la necesidad de medir la utilidad de las «jugadas de ajedrez» en política interior en razón de su impacto en el prestigio interior de Prusia); *Ibid.*, p. 2:165 (en alusión a la fundación de la Iglesia Católica Antigua en Prusia como medio de debilitar la influencia de la Curia romana); *Ibid.*, p. 2:197 (en alusión a las maniobras de sus enemigos políticos en 1878-1879). Para algunos ejemplos procedentes de su correspondencia, véase, por ejemplo, Bismarck al conde Reuß, Berlín, 28 de febrero de 1874, en Rainer Bendick (ed.), *Schriften, 1874-1876* (Konrad Canis, Lothar Gall, Klaus Hildebrand y Eberhard Kolb [eds.], *Otto von Bismarck, Gesammelte Werke. Neue Friedrichsruher Ausgabe*, Abteilung III, vol. 2), Paderborn, 2005, n.º 76, p. 119 (manifestando su preocupación por la posibilidad de que los austriacos utilicen a Francia como «una pieza que se ponga en contra de nosotros en el tablero de ajedrez»); Bismarck a Stroßenreuter, Berlín, 10 de diciembre de 1874, *Ibid.*, n.º 157, p. 229 (en alusión a las maniobras del Partido de Centro); Bismarck a Bülow, Varzin, 17 de octubre de 1876 (en alusión a la política anglo-turca respecto a Rusia), *Ibid.*, n.º 420, pp. 615-616; Bismarck a Bülow, Friedrichsruh, 23 de abril de 1877, en Michael Epkenhans y Erik Lommatzsch (eds.), *Schriften, 1877-1878* (Konrad Canis, Lothar Gall, Klaus Hildebrand y Eberhard Kolb [eds.], *Otto von Bismarck, Gesammelte Werke. Neue Friedrichsruher Ausgabe*, Abteilung III, vol. 3), Paderborn, 2008, n.º 58, p. 88 (en alusión a la política inglesa frente a Rusia); Bismarck a Bülow, *Ibid.*, n.º 311, p. 375 (en alusión a la política exterior de Austria); Bismarck a Stolberg, Gastein, 28 de agosto de 1878 (en referencia a las medidas del Ministerio de Justicia); véase también Bismarck a Reuß, Varzin, 22 de enero de 1880, *Ibid.*, n.º 184, p. 294; Bismarck a Reuß, Berlín, 11 de febrero de 1880, *Ibid.*, n.º 205, p. 331; Bismarck al príncipe heredero Federico Guillermo, Varzin, 7 de septiembre de 1882, n.º 187, p. 236, en Ulrich Lappenküper (ed.), *Schriften, 1882-1883* (Konrad Canis, Lothar Gall, Klaus Hildebrand y Eberhard Kolb [eds.], Otto von Bismarck, *Gesammelte Werke. Neue Friedrichsruher Ausgabe*, Abteilung III, vol. 5), Paderborn, 2010; Bismarck a Schlözer, Berlín, 22 de diciembre de 1882, *Ibid.*, n.º 253, pp. 314, *passim*.

28. Bismarck a Gerlach, 2 de mayo de 1860, citado en Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany*, p. 134; para un análisis de esta carta véase también Steinberg, *Bismarck*, p. 133.

29. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 2:44.

30. Bismarck a Gerlach, 21 de mayo de 1857, transcrita en Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:171.

31. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, pp. 1:19-20.

32. *Ibid.*, p. 1:25.

33. Bismarck comenta ese discurso en sus memorias; véase *Ibid.*, p. 1:32. El texto está en Horst Kohl (ed.), *Die politischen Reden des Fürsten Bismarck 1847-1897*, 14 vols., Stuttgart, 1892-1895: vol. 1, Stuttgart 1895, pp. 45-46. Para un análisis, véase Lothar Gall, *Bismarck: Der weisse Revolutionär*, Fráncfort, 1908, pp. 74-75; Ernst Engelberg, *Bismarck: Urpreuße und Reichsgründer*, Berlín, 1985, p. 280.

34. Heinz Wolter, «Bismarck und das Problem der Revolution im 19. Jahrhundert», en Johannes Kunisch (ed.), *Bismarck und seine Zeit. Forschungen zur Brandenburgischen und Preussischen Geschichte, Beiheft 1*, Berlín, 1992, pp. 191-204, aquí p. 194.

35. Bismarck afirmaba que había enviado el artículo a un periódico entre la segunda Dieta unificada y las elecciones a la Asamblea Nacional, pero no era capaz de recordar a qué periódico lo había remitido. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, 1:36; la versión que utilizó Bismarck para escribir ese pasaje de sus memorias era todavía un borrador, de modo que es posible que el artículo nunca llegara realmente a publicarse; sobre este asunto, véase Engelberg, *Bismarck*, p. 283.

36. Carl Schmitt, *Verfassungslehre*, Múnich, 1928, pp. 53-54 [*Teoría de la Constitución*, Madrid, Alianza, 2017]; para un perspicaz análisis, véase Hans-Christof Kraus, «Ursprung und Genese der "Lückentheorie" im preußischen Verfassungskonflikt», *Der Staat* 29.2 (1990), pp. 209-234.

37. Günther Grünthal, *Parlamentarismus in Preussen 1848/49-1857/58. Preussischer Konstitutionalismus, Parlament und Regierung in der Reaktionsära*, Düsseldorf, 1982, pp. 44, 114-115, 118-125.

38. Art. 98: [1] «*Alle Einnahmen und Ausgaben des Staats müssen für jedes Jahr im Voraus veranschlagt und auf den Staatshaushalts-Etat gebracht werden*». [2] «*Letzterer wird jährlich durch ein Gesetz festgestellt*». Art. 60: [1] «*Die gesetzgebende Gewalt wird gemeinschaftlich durch den König und durch zwei Kammern ausgeübt*». [2] «*Die Übereinstimmung des Königs und beider Kammern ist zu jedem Gesetze erforderlich*», *Verfassungsurkunde für den preußischen Staat vom 5. Dezember 1848*, http://www.documentarchiv.de/nzjh/verfpr1848.html.

39. Art. 108: «*Die bestehenden Steuern und Abgaben werden forterhoben, und alle Bestimmungen der bestehenden Gesetzbücher, einzelnen Gesetze und Verordnungen, welche der gegenwärtigen Verfassung nicht zuwiderlaufen, bleiben in Kraft, bis sie durch ein Gesetz abgeändert werden*». El análisis clásico de este problema es Grünthal, *Parlamentarismus in Preussen*, pp. 126-128.

40. Otto von Bismarck, *Die Gesammelten Werke*, 15 vols., Berlín, 1924-1932, p. 10:44, citado en Kraus, «Ursprung und Genese», p. 216.

41. Hans Rothfels, *Bismarck und der Staat. Ausgewählte Dokumente*, Stuttgart, 1925, p. xxiii.

42. El *Nachmärz* (posmarzo) designa el periodo posterior a las revoluciones, que estallaron en los «días de marzo» de 1848; sobre la relevancia de este término como la rúbrica de una época, véase Thomas Koebner y Sigrid Weigel (eds.), *Nachmärz. Der Ursprung der ästhetischen Moderne in einer nachrevolutionären Konstellation*, Opladen, 1996; Norbert Otto Eke y Renate Werner (eds.), *Vormärz–Nachmärz. Bruch oder Kontinuität?*, Bilefeld, 2000.

43. Grünthal, *Parlamentarismus in Preussen*, p. 476.

44. Anna Ross, «Post-revolutionary Politics in Prussia, 1848-1858» (tesis doctoral, Cambridge, 2014), *passim*, y ahora *Beyond the Barricades: Government and State-Building in Post-Revolutionary Prussia, 1848-58*, Oxford, 2018.

45. Sobre las inestabilidades de la alta política prusiana después de 1848, véase David Barclay, *Frederick William IV and the Prussian Monarchy, 1840-1861*, Oxford, 1995, pp. 252-255.

46. Gerlach a Bismarck, 20 de junio de 1853, citado por Bismarck en *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:143.

47. Barclay, *Frederick William IV*, p. 262, Kurt Wappler, *Regierung und Presse. Geschichte der amtlichen preussischen Pressestellen, 1848-1862*, Leipzig, 1935, pp. 3-4, 16-17.

48. Sobre la transición a mediados del siglo XIX de la censura a la gestión de las noticias en los Estados alemanes, véase Abigail Green, *Fatherlands. Statebuilding and Nationhood in Nineteenth-Century Germany*, Cambridge, 2001, pp. 148-188.

49. Manteuffel a Rochow, 3 de julio de 1851, citado en Wappler, *Regierung und Presse*, p. 91.

50. Heinrich von Poschinger, *Unter Friedrich Wilhelm IV: Denkwürdigkeiten des Ministers Otto Freiherrn von Manteuffel*, 3 vols., Berlín, 1901, pp. 1:133-134.

51. Sobre el manejo de la prensa por Bismarck, véase Irene Fischer-Frauendienst, *Bismarcks Pressepolitik* (Studien zur Publizistik. Bremer Reihe, Deutsche Presseforschung, vol. 4), Münster, 1963; Robert H. Keyserlingk, *Media Manipulation. The Press and Bismarck in Imperial Germany*, Montreal, 1977; Andreas Biefang, *Die andere Seite der Macht. Reichstag und Öffentlichkeit im «System Bismarck' 1871-1890* (Beiträge zur Geschichte des Parlamentarismus und der politischen Parteien, 156), Düsseldorf, 2009; Rudolf Stöber, «Bismarcks Geheime Presseorganisation von 1882», *Historische Zeitschrift* 262.2 (1996), pp. 423-451.

52. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, 1:2.

53. Reinhart Koselleck, «Revolution. Rebellion, Aufruhr, Bürgerkrieg», en Brunner, Conze y Koselleck, *Geschichtliche Grundbegriffe*, pp. 5:653-788, aquí pp. 653, 734, 736, 739, 749, 764-765.

54. Friedrich Julius Stahl, *Was ist die Revolution? Ein Vortrag auf Veranstaltung des Evangelischen Vereins für Kirchliche Zwecke am 8 März 1852*, Berlín, 1852, p. 3; sobre la inflación semántica de la palabra «revolución» durante ese periodo más en general, véase Koselleck, «Revolution», pp. 5:653-788. Sobre la relación de Bismarck con Stahl, véase Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany*, pp. 56-57, 67-68.

55. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, pp. 3:95-100.

56. Helmuth Wolff, *Geschichtsauffassung und Politik in Bismarcks Bewusstsein*, Múnich, 1926, p. 158.

57. *Ibid.*, pp. 159-172.

58. Véase, por ejemplo, Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:142.

59. Para una formulación de esa distinción entre una política de filiación y una de desapego, véase el debate con Leopold von Gerlach citado en Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany*, p. 105.

60. Citado en Andrea Hopp, «Vorwort», en Hopp (ed.), *Schriften, 1871-1873*, Paderborn, 2004, p. xiii.

61. Citado en Erich Eyck, *Bismarck and the German Empire*, 3.ª ed., Londres, 1968, p. 116.

62. Wolfgang Schwentker, *Konservative Vereine und Revolution in Preussen, 1848-49: Die Konstituierung des Konservativismus als Partei*, Düsseldorf, 1988.

63. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, pp. 2:58-61.

64. Sobre la locomotora como metáfora inequívoca del tiempo lineal, véase Michel Serres y Bruno Latour, *Conversations on Science, Culture and Time*, trad. al inglés Roxanne Lapidus, Ann Arbor, 1995, p. 79.

65. Oliver Haardt, «The Kaiser in the Federal State, 1871-1918», *German History* 34 (2016), pp. 529-554.

66. Ludwig von Rochau, *Grundsätze der Realpolitik, angewendet auf die staatlichen Zustände*, 2 vols., Stuttgart, 1853, 1869, vol. 1 (2.ª ed., Stuttgart 1869), p. 11.

67. Duncan Kelly, «"The Goal of That Pure and Noble Yearning". Friedrich Meinecke's Visions of 1848», en Douglas Moggach y Gareth Stedman Jones (eds.), *The 1848 Revolutions and European Political Thought*, Cambridge, 2018, pp. 293-321, aquí pp. 294-296.

68. Rochau, *Grundsätze der Realpolitik*, p. 1:4. Sobre la relación entre el pensamiento de Rochau y las revoluciones de 1848, véase Duncan Kelly, «August Ludwig von Rochau and Realpolitik as historical political theory», *Global Intellectual History* (2017), doi: 10.1080/23801883.2017.1387331.

69. Nina Lübbren, «Eloquent Objects: Gérôme, Laurens and the Art of Inanimate Narration», en Peter Cooke y Nina Lübbren (eds.), *Painting and Narrative in France, from Poussin to Gauguin*, Abingdon, 2016, pp. 129-144.

70. En alusión a una conversación con el conde de Brandemburgo: Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:61.

71. Bismarck a Guillermo I, Berlín, 16 de mayo de 1873, en Hopp, *Schriften, 1871-1873*, n.º 438, p. 523.

72. Bismarck a Luis II, 12 de agosto de 1878, en Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, 1:342-45, aquí p. 345.

73. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:277.

74. *Ibid.*, pp. 2:117-118.

75. Droysen a Theodor von Schön, 29 de diciembre de 1851, en Johann Gustav Droysen, *Briefwechsel*, ed. R. Hübner, 2 vols., Stuttgart, 1929, pp. 2:34-36, aquí p. 35; este pasaje se comenta en Wolfgang Hardtwig, «Von Preußens Aufgabe in Deutschland zu Deutschlands Aufgabe in der Welt. Liberalismus und Borussianisches Geschichtsbild zwischen Revolution und Imperialismus», *Historische Zeitschrift* 231.2 (1980), pp. 265-324, aquí p. 309.

76. Wenzlhuemer, «"Less Than No Time"».

77. Sue Zemka, *Time and the Moment in Victorian Literature and Society*, Cambridge, 2012, pp. 2, 8.

78. Ulrich Raulff, *Der unsichtbare Augenblick. Zeitkonzepte in der Geschichte*, Gotinga, 1999, esp. pp. 50-84.

79. John Lothrop Motley, *History of the United Netherlands. From the Death of William the Silent to the Twelve Years' Truce–1609*, 4 vols., Nueva York, [1874]; vols. 1 y 2 orig. pub. Londres,

1860. Entre los ejemplos figuran los siguientes: p. 1:7: «La contienda entre dichas [...] Provincias [...] y el gran Imperio Español se nos antoja en el momento presente bastante desesperada»; p. 1:60: «En aquel momento los reformadores estaban llenos de confianza, pues no preveían la larga procesión de batallas y asedios que muy pronto iba a azotar aquellas tierras»; p. 1:136: «Si alguna vez hubo un tiempo en que se puso a prueba el coraje del cristianismo protestante para aunar a todas aquellas provincias en una gran mancomunidad, como baluarte para la libertad en Europa [...], ese momento había llegado»; p. 1:155: «El príncipe no era consciente de que aquel aliado valiente pero venal había mantenido tratos, en aquel mismo momento, con Guillermo de Orange»; p. 1:500: «Casi exactamente en el mismo momento que Isabel había volcado repentinamente su último frasco de ira sobre el desconcertado Heneage […]; justamente en ese instante, Parma estaba escribiendo en secreto, y en clave, a Felipe»; p. 2:168: «Nunca ha habido un momento más peligroso que este para abandonar a un país a su suerte»; p. 2:402-403: «La cuestión más importante que debe advertir el lector es la fecha de esta carta. Se recibió los últimos días del mes de junio. Que el lector observe –como muy pronto tendrá ocasión de hacer– los acontecimientos que se estaban produciendo por tierra y por mar, exactamente en el momento en que este memorable despacho llegaba a su destino». Los momentos de ese tipo se suceden con demasiada frecuencia en el texto como para permitir un análisis más completo.

80. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:72.

81. *Ibid.*, pp. 2:96-97.

82. *Ibid.*, pp. 1:40-43.

83. Un ejemplo de πρῶτον ψεῦδος:

Pips es un pingüino.

Los pingüinos son aves.

Todas las aves pueden volar.

Luego: Pips puede volar.

El πρῶτον ψεῦδος es la tercera premisa. Como demuestran los pingüinos, no todas las aves pueden volar.

84. Sobre el lugar de la toma de decisiones (audaces y de alto riesgo) de los comandantes en la batalla durante el siglo XVIII, véase Marian Füssel, «Vom Dämon des Zufalls: Die Schlacht als kalkuliertes Wagnis im langen 18. Jahrhundert», en Stefan Brakensiek, Christof Marx y Benjamin Scheller (eds.), *Wagnisse. Risiken eingehen, Risiken analysieren, von Risiken erzählen*, Fráncfort, 2017, pp. 91-110, sobre Federico, pp. 98-104.

85. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, pp. 1:277-278.

86. Guillermo I a Bismarck, Berlín, 23 de diciembre de 1887, citado *Ibid.*, pp. 2:299-230.

87. Helmuth Wolff se aproxima a plasmar esa tensión en su análisis de lo «genético» y lo «comparativo».

88. Véase, por ejemplo, Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 2:8 («*Die Abstufungen, welche in der dänischen Frage erreichbar erschienen*») y p. 2:9 («*Ich habe von Anfang an die Annexion unverrückt im Auge behalten, ohne die andern Abstufungen aus dem Gesichtsfelde zu verlieren*»).

89. Sobre la planificación de Bismarck, véase Jochen Dittrich, *Bismarck, Frankreich und die spanische Thronkandidatur der Hohenzollern*, Múnich, 1962; Eberhard Kolb, *Der Kriegsausbruch*

1870, Gotinga, 1970; Josef Becker, «Zum Problem der Bismarckschen Politik in der spanischen Thronfrage», *Historische Zeitschrift* 212 (1971), pp. 529-605 y Becker, «Von Bismarcks "spanischer Diversion" zur "Emser Legende" des Reichsgründers», en Johannes Burkhardt (ed.), *Lange und Kurze Wege in den Krieg*, Augsburgo, 1996, pp. 87-113. Becker argumenta a favor de una guerra preventiva planificada; la postura contraria se expone en Eberhard Kolb, «Mächtepolitik und Kriegsrisiko am Vorabend des Krieges von 1870», en Kolb (ed.), *Europa vor dem Krieg von 1870*, Múnich, 1987, pp. 203-209. Para la defensa que hacía Becker en contra de las objeciones de un crítico estadounidense, David Wetzel, véase Josef Becker, «The Franco-Prussian Conflict of 1870 and Bismarck's Concept of a "Provoked Defensive War": A Response to David Wetzel», *Central European History* 41.1 (2008), pp. 93-109.

90. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:1.

91. Steinberg, *Bismarck*, pp. 197, 480.

92. Bismarck al secretario de Estado de Interior Von Boetticher, Friedrichsruh, 27 de marzo de 1882, transcrito en Rothfels, *Bismarck und der Staat*, p. 369.

93. Guillermo I a Otto von Manteuffel, director del Ministerio del Interior en tiempos de Camphausen, 7 de abril de 1848, citado en Karl-Heinz Börner, *Wilhelm I Deutscher Kaiser und König von Preußen. Eine Biographie*, Berlín, 1984, p. 81.

94. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, p. 1:197 (cursiva mía).

95. Sobre los orígenes de la teoría del vacío jurídico en los debates constitucionales de 1849-1851, véase Kraus, «Ursprung und Genese».

96. Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany*, pp. 213-214.

97. Egmont Zechlin, *Staatsstreichpläne Bismarcks und Wilhelms II. 1890-1894*, Stuttgart, 1929; sobre la disposición de Bismarck a embarcarse en un *Staatsstreich* [golpe de Estado], véase también Hans Delbrück, «Die Hohenlohe-Memoiren und Bismarcks Entlassung», *Preussische Jahrbücher* 126 (1906), pp. 501-517 y Delbrück, «Bismarcks letzte politische Idee», *Preussische Jahrbücher* 147 (1912), pp. 1-12; Röhl, «Staatsstreichplan oder Staatsstreichbereitschaft?»; para un sutil debate de los asuntos en juego en la crisis de 1890, véase también J. C. G. Röhl, «The Disintegration of the Kartell and the Politics of Bismarck's Fall from Power, 1887-1890», *Historical Journal* 9.1 (1966), pp. 60-89.

98. Bismarck a Luis de Baviera, Kissingen, 12 de agosto de 1878, transcrito en Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, 1:364.

99. Matthew P. Fitzpatrick, *Purging the Empire. Mass Expulsions in Germany, 1871-1914*, Oxford, 2015, pp. 86-87.

100. Bismarck, *Gedanken und Erinnerungen*, pp. 3:42-43.

101. Troeltsch, *Der Historismus*, pp. 230-231.

102. Otto von Bismarck, *Briefe an seine Braut und Gattin*, ed. Herbert von Bismarck, Stuttgart, 1900, pp. 268-269.

103. Sobre el providencialismo «débil» de Bismarck, véase Helmuth Wolff, *Geschichtsauffassung und Politik in Bismarcks Bewusstsein*, Oldenburg, 1926, pp. 134-150.

104. Otto Hintze, reseña de Otto von Bismarck, *Deutscher Staat. (Der deutsche Staatsgedanke. Eine Sammlung, Erste Reihe: Führer und Denker XXI)*, ed. Hans Rothfels, *Zeitschrift für Politik* 15 (1926), pp. 380-384, aquí p. 383.

105. Sobre Clausewitz como teórico de la complejidad y el razonamiento inmmersivo, que ubicaba la guerra en un entorno saturado de contingencia, véase Anders Engberg-Petersen, *Empire of Chance. The Napoleonic Wars and the Disorder of Things*, Cambridge, 2015, *passim*, esp. p. 92.

106. Sobre esta dimensión del pensamiento de Clausewitz, véase Emile Simpson, *War from the Ground Up. Twenty-First Century Combat as Politics*, Nueva York, 2012, esp. pp. 41-66.

107. George G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1968, pp. 82, 88-89; sobre la centralidad y la «relevancia intelectual-cultural» del Estado para Ranke, véase también Troeltsch, *Der Historismus*, p. 476.

108. Sobre Rodbertus, véase Wilhelm Andreae, «Der staatssozialistische Ideenkreis», *Archiv für Rechts- und Wirtschaftsphilosophie* 24 (1930), pp. 169-191, esp. pp. 180-188; Hermann Beck, *The Origins of the Authoritarian Welfare State in Prussia. Conservatives, Bureaucracy and the Social Question, 1815-1870*, Providence, 1993, pp. 93-100.

109. Gerd Heinrich, *Geschichte Preußens. Staat und Dynastie*, Fráncfort, 1981, pp. 283-284; sobre Wagener y Gerlach, véase Hans-Julius Schoeps, *Das andere Preußen. Konservative Gestalten und Probleme im Zeitalter Friedrich Wilhelms IV*, 3.ª ed., Berlín, 1966, pp. 203-228.

110. Sobre los vínculos entre Stein y Schmoller, véase Giles Pope, «The Political Ideas of Lorenz Stein and Their Influence on Rudolf Gneist and Gustav Schmoller» (tesis doctoral, Universidad de Oxford, 1985); Karl Heinz Metz, «Preussen als Modell einer Idee der Sozialpolitik. Das soziale Königtum», en Patrick Bahners y Gerd Roellecke (eds.), *Preussische Stile. Ein Staat als Kunststück*, Stuttgart, 2001, pp. 355-363, aquí p. 358.

111. Sobre estos debates, véase Damian Valdez, «Prussian Faust or Universalist Puritan?», *Modern Intellectual History* 14.2 (agosto de 2017), pp. 585-596.

112. Jörn Leonhard, *Die Büchse der Pandora. Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Múnich, 2014, *passim*.

113. Lothar Machtan, *Die Abdankung: Wie Deutschlands gekrönte Häupter aus der Geschichte fielen*, Múnich, 2008.

114. Carl Schmitt, *State, Movement, People. The Triadic Structure of the Political Unity (1933). The Question of Legality (1950)*, trad. al inglés Simona Draghici, Cornwallis, 2001, p. 34.

115. Troeltsch, *Der Historismus*, p. 173.

116. *Ibid.*, p. 169; para una explicación de la crisis del historicismo que se muestra escéptica sobre si realmente tuvo lugar una crisis de ese tipo, véase Beiser, *German Historicist Tradition*, pp. 23-26.

117. Kurt Flasch, *Die geistige Mobilmachung. Die deutschen Intellektuellen und der Erste Weltkrieg: ein Versuch*, Berlín, 2000.

118. Lucian Hölscher, «Mysteries of Historical Order: Ruptures, Simultaneity and the Relationship of the Past, Present and Future», en Chris Lorenz y Berber Bevernage (eds.), *Breaking Up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, Gotinga, 2013, pp. 134-151.

119. Friedrich Meinecke, *Machiavellism. The Doctrine of Raison d'Etat and Its Place in Modern History*, trad. al inglés Douglas Scott, Epping, 1984, p. 19.

120. *Ibid.*, p. 432.

121. J. Kaerst, «Die Geschichtsauffassung Rankes und Droysens in ihrer nationalen Bedeutung», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 20. Bd., H. 1/2 (1928), pp. 219-233, aquí p. 229.

122. Röhl, «Disintegration of the Kartell».

123. Rothfels, «Deutschlands Krise», en Alfred Bozi y Alfred Niemann (eds.), *Die Einheit der nationalen Politik*, Stuttgart, 1925, pp. 1-15, aquí p. 10. Para un análisis de este pasaje, véase Jan Eckel, *Hans Rothfels: Eine intellektuelle Biographie im 20. Jahrhundert*, Gotinga 2005, p. 55.

124. Otto Hintze, reseña de Otto von Bismarck, *Deutscher Staat*, ed. Hans Rothfels, *Zeitschrift für Politik* 15 (1926), pp. 380-384, aquí p. 382.

125. Sobre la dignidad teológica de la historiografía del siglo XIX y principios del XX como forma de religión burguesa, véase Wolfgang Hardtwig, «Geschichtsreligion–Wissenschaft als Arbeit–Objektivität. Der Historismus in neuer Sicht», *Historische Zeitschrift* 252.1 (1991), pp. 1-32, aquí p. 9; sobre la crisis como «un problema para la vida y la cultura», véase Franz Schnabel, «Vom Sinn des geschichtlichen Studiums in der Gegenwart» (1923), en Schnabel, *Abhandlungen und Vorträge 1914-1965*, ed. Heinrich von Lutz *et al*., Friburgo, 1970, p. 147.

126. Troeltsch examina su propuesta de una nueva historia en *Christian Thought, Its History and Application; Lectures Written for Delivery in England during March 1923*, trad. al inglés Baron F. von Hügel, Londres, 1923; mi forma de entender el papel de Troeltsch en esos debates está condicionada por Stefan Eich y Adam Tooze, «Max Weber, Politics and the Crisis of Historicism» (ponencia, Universidad de Yale, enero de 2012. Doy las gracias a Stefan Eich y a Adam Tooze por dejarme ver esa ponencia.

127. «Le prophète est dans le même sac que l'historien», Paul Valéry, «La Crise de l'Esprit», en Valéry, *Œuvres*, ed. Jean Hytier, 2 vols., París, 1957, pp. 1:988-1014, aquí p. 991; sobre la fecha de la publicación original (1919), véanse las notas de pp. 1768-1769.

128. Paul Valéry, «De l'Histoire», en Valéry, *Œuvres,* pp. 2:935-937. El ensayo probablemente fue escrito en 1928; véase la nota de pp. 1540-1541.

129. Theodor Lessing, *Geschichte als Sinngebung des Sinnlosen*, Múnich, 1919, pp. 11, 12, 13, 153. Sobre estos temas, véase Matthias Lentz, «Eine Philosophie der Tat, eine Tat der Philosophie. Theodor Lessings Kampf gegen den Lärm», *Zeitschrift für Religions- und Geistesgeschichte* 50.3 (1998), pp. 242-264.

130. Lessing, *Geschichte als Sinngebung*, p. 152.

131. Mircea Eliade, *Myth of the Eternal Return, or: Cosmos and History*, Londres, 1989, p. 38 [*El mito del eterno retorno: arquetipos y repetición*, Madrid, Alianza, 2015]. Véase también Raul Carstocea, «Breaking the Teeth of Time: Mythical Time and the "Terror of History" in the Rhetoric of the Legionary Movement in Interwar Romania», *Journal of Modern European History* 13.2 (2015), pp. 79-97, esp. 80-83.

CAPÍTULO 4. EL TIEMPO DE LOS NAZIS

1. Max Frisch, «Kleines Tagebuch einer deutschen Reise», *Neue Zürcher Zeitung*, 30 de abril de 1935, selección y recopilación de fragmentos en Oliver Lubrich (ed.), *Travels in the Reich, 1933-*

1945. Foreign Authors Report from Germany, trad. al inglés Kenneth Northcott, Sonia Wichmann y Dean Krouk, Chicago, 2010, pp. 65-72, aquí pp. 67-68; para una descripción más detallada de la campana de la vida y del reloj de arena que había debajo, véase el artículo «Wunder des Lebens» del corresponsal anónimo alemán «F. G.» en el *Spectator*, 5 de abril de 1935, p. 15. Frisch no tomó notas en la exposición por temor a que se las confiscaran y alguien las leyera, y posteriormente se equivocaba al recordar la finalidad de la campana. Pensaba que tañía para proclamar que morían demasiados alemanes y que nacían demasiado pocos, y que el sonido se concebía como una advertencia a los visitantes para que procrearan como asunto urgente (un error comprensible teniendo en cuenta que otras piezas de la exposición hacían exactamente ese llamamiento, advirtiendo a los visitantes que si las personas de una calidad racial «superior» no engendraban el suficiente número de hijos, el resultado sería un abrupto «declive cualitativo»). Se publicó una rectificación después de que los diseñadores de la exposición escribieran al *NZZ* para quejarse.

2. Para algunas contribuciones memorables y útiles comentarios, véase Philippe Burrin, «Political Religion: The Relevance of a Concept», *History and Memory* 9 (1997), pp. 321-349; Emilio Gentile, «Fascism as Political Religion», *Journal of Contemporary History* 25 (1990), pp. 229-251; Stanley Stowers, «The Concepts of "Religion", "Political Religion" and the Study of Nazism», *Journal of Contemporary History* 42.1 (2007), pp. 9-24; David D. Roberts, «"Political Religion" and the Totalitarian Departures of Inter-war Europe: On the Uses and Disadvantages of an Analytical Category», *Contemporary European History* 18 (2009); Hans Maier, «Political Religion. The Potentialities and Limitations of a Concept», en Hans Maier (ed.), *Totalitarianism and Political Religion*, trad. al inglés Jodi Bruhn, Londres, 2007, pp. 272-282. Sabine Behrenbeck, *Der Kult um die toten Helden. Nationalsozialistische Mythen, Riten und Symbole 1923 bis 1945*, Vierow, 1996, es un excelente ejemplo de un estudio empírico animado por el paradigma de la religión política. Para una elocuente y reciente exposición del enfoque genérico del fascismo (que actualmente tiende a solaparse considerablemente con la escuela de la religión política), véase Fernando Esposito y Sven Reichardt, «Revolution and Eternity. Introductory Remarks on Fascist Temporalities», *Journal of Modern European History* 13 (2015), pp. 24-43.

3. Richard Steigmann-Gall, *The Holy Reich. Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945*, Cambridge, 2003, esp. pp. 86-113 [*El Reich sagrado: concepciones nazis sobre el cristianismo, 1919-1945*, Tres Cantos, Akal, 2007].

4. Véase Confino, «Why Did the Nazis Burn the Hebrew Bible?», p. 381.

5. Crawford Photographs Collection, Institute of Archaeology, Oxford.

6. Existe cierta incertidumbre sobre la ubicación del Revolutionsmuseum de Berlín: en una reseña de la exposición, con fecha de 25 de noviembre de 1933, *Der S.A.-Mann*, órgano del Partido Nazi, informaba de que el museo ocupaba una casa en la esquina de la Jüdenstraße y la Parochialstraße (Horst y Werner Wessel se habían criado en Jüdenstraße 51/52). Sin embargo las fotografías que hizo O. G. S. Crawford en septiembre de 1934 muestran una entrada por la Neue Friedrichstraße 83, cerca de la esquina con la Königstraße. Un artículo de Joseph Goebbels («Der Spiegel des Grauens. In der Schreckenskammer der Hochtage des Kommunistenterrors», en *Völkischer Beobachter*, edición para el norte de Alemania, del 12 de diciembre de 1933, en la sección «Aus der Bewegung» [«Noticias de nuestro movimiento»]) confirma esa ubicación e informa de que el museo se había fundado el 15 de septiembre. Podría muy bien ser que el museo se refundara sobre una base más grande y ambiciosa en aquel momento; eso explicaría una de las primeras referencias

que hacía un periodista socialdemócrata exiliado en París, Hermann Wendel, que el 30 de julio de 1933 informaba de que acababa de inaugurarse en Berlín un «Museum der Nationalen Revolution». Véase Hermann Wendel, «Revolutionsmuseum», en Lutz Winckler (ed.), *Unter der «Coupole'. Die Paris-Feuilletons Hermann Wendels 1933-36*, Tubinga, 1995, pp. 116-119. Un largo comentario publicado en el *Märkische SA* del 10 de abril de 1937, pp. 1-2, informa de la reciente reapertura del museo («Erstes NS.-Revolutionsmuseum der Standarte 6 neu eröffnet» [«Se acaba de abrir el Primer Museo de la Revolución Nacional Socialista del 6.º Regimiento]) y lo sitúa en Taubenstraße 6. Es posible que el museo se hubiera trasladado, acaso tras una exposición itinerante de las piezas, debido a que su sede anterior se había dedicado a otro uso. En la literatura secundaria existe cierta confusión al respecto. Eva Zwach, *Deutsche und englische Militärmuseen im 20. Jahrhundert. Eine kulturgeschichtliche Analyse des gesellschaftlichen Umgangs mit Krieg*, Münster, 1999, p. 116, sugiere que el Revolutionsmuseum se instaló en los locales de lo que anteriormente había sido el Anti-Kriegs-Museum pacifista de Ernst Friedrich, en Parochialstraße 29; pero aparentemente esa afirmación se basa en un artículo publicado en *Der Angriff*, un órgano del NSDAP (véase «sul.», Vom Antikriegsmuseum zur S.-A. Heim, en *Der Angriff*, n.º 72, 25 de marzo de 1933, p. 4), que describe el saqueo del Anti-Kriegs-Museum y su transformación en un local de las SA, pero no sitúa el Revolutionsmuseum en ese lugar. Martin Roth, *Heimatmuseum. Zur Geschichte einer deutschen Institution*, Berlín, 1990, p. 159, también afirma que el Anti-Kriegs-Museum fue asaltado y rebautizado como «Erstes Revolutions-Museum der SA-Standarte 6 Berlin» en 1932, una afirmación de la que no he conseguido encontrar ninguna otra prueba. Para referencias al museo como destino turístico nacionalsocialista véase *Berlin und Umgebung. Kleine Ausgabe mit Angaben für Automobilisten*, Berlín, 1936, p. 60; y Julek Karl von Engelbrechten y Hans Volz, *Wir wandern durch das nationalsozialistische Berlin. Ein Führer durch die Gedenkstätten des Kampfes um die Reichshauptstadt*, Múnich, 1937, p. 59. Un buen análisis reciente del museo en Hans-Georg Hiller von Gaertringen y Katrin Hiller von Gaetringen, «NS-Revolutionsmuseum statt Anti-Kriegsmuseum? Zur Entwicklung der Berliner Museumslandschaft in der NS-Zeit», en Tanja Baensch, Kristina Kratz-Kessemeier y Dorothee Wimmer (eds.), *Museen im Nationalsozialismus. Akteure–Orte–Politik*, Viena, 2016, pp. 99-112.

7. Por ejemplo, el *Ehrenhalle* de la localidad de Buchholz in der Nordheide, fue obra del *Gauleiter* de Osthannover, Otto Telschow, en colaboración con las SA locales; véase Thomas Clausen, «Otto Telschow–Hitlers Gauleiter in Osthannover» (manuscrito inédito); muchas gracias a Thomas Clausen por dejarme ver dicho documento.

8. Sobre Ernst Friedrich como «renovador del museo» y crítico de la práctica museística convencional véase Zwach, *Deutsche und englische Militärmuseen*, p. 113; sobre la toma del poder por las SA, véase Martin Schuster, «Die SA in der nationalsozialistischen "Machtergreifung" in Berlin und Brandenburg 1926-1934» (tesis doctoral, Technische Universität Berlin, 2004, p. 237 (http://edocs.tu-berlin.de/diss/2004/schuster_martin.pdf); sobre la destrucción del museo por los mismos milicianos de las SA que posteriormente montaron el Revolutionsmuseum, véase Hiller von Gaertringen y Hiller von Gaetringen, «NS-Revolutionsmuseum statt Anti-Kriegsmuseum?», p. 102.

9. Dietz Bering, *Der Name als Stigma. Antisemitismus im deutschen Alltag, 1812-1933*, Stuttgart, 1988; foto de la pieza: Crawford Photographs Collection, Institute of Archaeology, Oxford.

10. Goebbels, «Spiegel des Grauens»; sobre el «sarcasmo» como rasgo de las piezas expuestas, véase Hiller von Gaertringen y Hiller von Gaetringen, «NS-Revolutionsmuseum statt Anti-

Kriegsmuseum?», p. 104.

11. Véase, por ejemplo, «Revolutionsaustellung in Karlsruhe», en *Völkischer Beobachter*, edición para el norte de Alemania, 14 de septiembre de 1933, Zweites Beiblatt, que habla de «un arsenal amontonado de revólveres, pistolas, carabinas, puñales, puños de hierro, ametralladoras, cartuchos de explosivos, granadas de mano, etcétera».

12. Véase, por ejemplo, «Hochverratsprozeß against 111 Kommunisten in Breslau», en *Völkischer Beobachter*, 31 de mayo de 1934, p. 1; «Geständnisse und Lügen der Mörder vom Bülowplatz», en *Völkischer Beobachter*, 6 de junio de 1934, p. 2; «Kommunistische Bombenanfertiger vor dem Volksgericht», en *Völkischer Beobachter*, 4 de septiembre de 1934, p. 4; «Gift als politisches Kampfmittel in den Händen der Kommunisten» (informa de que se había encontrado cianuro en poder de un grupo comunista en cantidad suficiente para matar a entre 100 y 150 personas), en *Völkischer Beobachter*, 14 de septiembre de 1934, p. 2; «Kommunistische Enthüllungen vor dem Dortmunder Gericht. Zechen, Eisenbahn und Brücken sollten gesprengt werden», en *Völkischer Beobachter*, 22 de septiembre de 1934, p. 8.

13. Stein, «Im Revolutionsmuseum», en *Rumpelstilzchen: Nee aber sowas!* (*Rumpelstilzchen* 15 [1934/35], Berlín, 1935), entrada con fecha de 11 de julio de 1935, p. 273.

14. Sobre este rasgo de los museos modernos, véase Jennifer Anne Walklate, «Timescapes. The Production of Temporality in Literature and Museums» (tesis doctoral, School of Museum Studies, Universidad de Leeds, 2012, esp. pp. 6-9, 135-161.

15. Roth, *Heimatmuseum*, pp. 35, 64, 157, 162.

16. «Das Revolutionsmuseum zeigt die Symbole einer überwundenen Zeit».

17. Goebbels, «Spiegel des Grauens».

18. «ffh», «Erstes NS-Revolutionsmuseum der Standarte 6 neu eröffnet», en *Märkische SA*, 10 de abril de 1937, p. 1 (suplemento del *SA-Mann* de la misma fecha).

19. Karsten Fischer, «"Systemzeit" und Weltgeschichte. Zum Motiv der Epochenwende in der NS-Ideologie», en Fischer (ed.), *Neustart des Weltlaufs? Fiktion und Faszination der Zeitwende*, Fráncfort, 1999, pp. 184-202.

20. Discurso de Hitler, 13 de julio de 1934, citado en *Völkischer Beobachter*, edición para el norte de Alemania, 15-16 de julio de 1934, p. 1.

21. Sobre el «museo antirreligioso» como institución soviética, véase el excelente artículo de Crispin Paine, «Militant Atheist Objects: Anti-religion Museums in the Soviet Union», *Present Pasts* 1(1), http://doi.org/10.5334/pp.13; Mark Elliott, «The Leningrad Museum of the History of Religion and Atheism», *Religion in Communist Lands* 11 (1983), pp. 124-129; Catriona Kelly, «Socialist Churches, Heritage Preservation and "Cultic Buildings" in Leningrad, 1924-1940», *Slavic Review* 71 (2012), pp. 792-823, esp. pp. 816, 821.

22. «Das erste nationalsozialistische Museum in Halle eröffnet», *Völkischer Beobachter*, edición para el norte de Alemania, 15 de junio de 1934, p. 7.

23. *Führer durch das NS-Museum des Gaues Halle-Merseburg der NSDAP. Ehrenhalle der nationalsozialistischen Erhebung. Revolutionsmuseum. NS-Archiv*, Halle, 1934, pp. 33.

24. «Aufruf des Gauleiters Staatsrats Jordan», *Ibid.*, p. 4.

25. Vorspruch vom Leiter des Museums Universitäts-Professor Dr. Hahne, en *Führer durch das NS-Museum*, pp. 9-11.

26. Schnapp, «Fascism's Museum in Motion», pp. 87-97, esp. 88, 93; sobre la *Mostra*, véase también Susanne von Falkenhausen, *Der zweite Futurismus und die Kunstpolitik des Faschismus in Italien von 1922-1943*, Fráncfort, 1979; y Stone, «Staging Fascism», pp. 215-243.

27. Stone, «Staging Fascism», p. 223.

28. Sobre la Sala O como escenificación de un «momento de transformación», véase Falkenhausen, *Der zweite Futurismus*, p. 206.

29. Schnapp, «Fascism's Museum in Motion», p. 94; Gigliola Fioravanti, *La Mostra della Rivoluzione Fascista*, Roma, 1992, p. 32; Claudio Fogu, «The Fascist Stylisation of Time», *Journal of Modern European History* 13.2 (2015), pp. 98-114, aquí p. 109.

30. Ottavio Dinale, «La Mostra della Rivoluzione–Visioni d'Arte», en *Rivista Illustrata del Popolo d'Italia*, 11 de junio de 1933, citado en Stone, «Staging Fascism», pp. 220.

31. Louis Gillet, «Rome Nouvelle», en *Revue des deux Mondes*, 15 de diciembre de 1932, pp. 792-826, aquí p. 810.

32. Hanson, *Time and Revolution*, pp. viii-ix, 180-199.

33. Francine Hirsch, *Empire of Nations. Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*, Ithaca, 2005, pp. 264-272. Es cierto que al principio la temporalidad oficial de los bolcheviques conservaba una dimensión milenarista, en el sentido de que alimentaba la creencia apocalíptica en una futura sociedad caracterizada por la «completa abolición de todo poder» y la suspensión permanente del tiempo histórico. Pero a medida que el régimen fue consolidándose, esa visión fue retrocediendo hacia un futuro cada vez más remoto. La invocación de un tiempo sagrado a través del lenguaje del apocalipsis servía sobre todo para motivar las acciones históricas en el presente. La asociación de la revolución en sí y del estalinismo con el apocalipsis o con los ciclos milenarios de violencia y renovación era sobre todo un rasgo de los discursos de los antibolcheviques, los utopistas y los exiliados; véase Williams, «Russian Revolution and the End of Time», esp. pp. 369-387, 393-395.

34. Auguste Sartory y E. Bailly, *Visions Rouges. Souvenirs de Voyages en U.R.S.S., Allemagne, Provinces Baltiques et Pologne*, París, 1935, p. 187.

35. Las interesantes reflexiones de Stefan Plaggenborg sobre la «ahistoricidad» (*Geschichtslosigkeit*) del régimen soviético (*Experiment Moderne*, pp. 105-119) no contradicen esa observación, dado que Plaggenborg utiliza ese término para denotar un orden temporal en el que el impulso hacia adelante de la historia se ha vuelto inseparable del propio régimen. Así pues, la «desaparición» de la historia equivale a una absorción de la historia en el presente, en vez de significar el rechazo de la historia lineal como lógica temporal.

36. Carl Maria Holzapfel, «Vom Rhythmus der Zeit», en *Völkischer Beobachter* (edición para el norte de Alemania), 10-11 de mayo de 1934; Beiblatt, *Volkstum, Kunst, Wissenschaft, Unterhaltung*; «Deutsche Vorgeschichte ist Ehrensache des ganzen deutschen Volkes», en *Völkischer Beobachter* (edición para el norte de Alemania), 16 de octubre de 1934, p. 1.

37. Eliade, *Myth of the Eternal Return*, p. 95.

38. Adolf Hitler, *Mein Kampf: eine kritische Edition*, ed. Christian Hartmann, Thomas Vordermayer, Othmar Plöckinger y Roman Töppel, 2 vols., Múnich, 2016, p. 1:1003. La referencia al Estado como un «monstruo de mecanismos humanos» está en la p. 2:991 [*Mi lucha*, Madrid, Librería El Galeón, 2002].

39. *Ibid.*, p. 2:1001.

40. *Ibid.*, p. 1:821.

41. *Ibid.*, p. 2:1071.

42. *Ibid.*, p. 1:115.

43. *Ibid.*, p. 1:855.

44. Kristina Kratz-Kessemeier, «Für die "Erkämpfung einer neuen Museumskultur". Zur Rolle des deutschen Museumsbundes im Nationalsozialismus», en Baensch, Kratz-Kessemeier y Wimmer, *Museen im Nationalsozialismus*, pp. 23-43, aquí p. 35; Petra Winter, «"Das hören wir uns nicht weiter an!" Die vom Reichserziehungsministerium veranstaltete "Erste Tagung deutscher Museumsdirektoren" im November 1937 in Berlin», en Baensch, Kratz-Kessemeier y Wimmer, *Museen im Nationalsozialismus*, pp. 45-59, aquí p. 57.

45. Ulfert Tschirner, «Museumsgestalter mit eigener Position. Handlungsspielräume von Wissenschaftlern am Museum Lüneburg im Nationalsozialismus», en Baensch, Kratz-Kessemeier y Wimmer, *Museen im Nationalsozialismus*, pp. 115-128, aquí p. 123.

46. Alfred Rosenberg, «Foreword», en Reichsstelle zur Förderung des deutschen Schrifttums u. Preußische Staatsbibliothek (ed.), *Ewiges Deutschland. Deutsches Schrifttum aus fünfzehn Jahrhunderten*, Berlín, 1934. Para un excelente análisis de las megaexposiciones del «Tercer Reich», véase Hans-Ulrich Thamer, «Geschichte und Propaganda. Kulturhistorische Ausstellungen in der NS-Zeit», *Geschichte und Gesellschaft* 24 (1998), pp. 349-381.

47. *Das deutsche Antlitz im Spiegel der Jahrhunderte. Große Ausstellung der Stadt Frankfurt am Main unter Mitwirkung des Rassenpolitischen Amtes der NSDAP*, Fráncfort, 1937, p. vi.

48. Brigitte Zuber, «Großmachttraum im Andachtsraum. Welche Ausstellungen Münchner Schülerinnen und Schüler 1933-1943 klassenweise besuchten», *Einsichten und Perspektiven. Bayerische Zeitschrift für Politik und Geschichte*, febrero de 2009, http://www.blz.bayern.de/blz/eup/02_09/6.asp.

49. Hans Georg Otto (ed.), *Deutsche Größe*, prólogo de Alfred Rosenberg, introducción de Karl Alexander von Müller, Múnich, 1940, p. 12.

50. «Die Schauer der Ehrfurcht […] vor dem, was unsterblich wirkt und waltet über die Jahrhunderte hinweg», en Anon., «Deutsche Größe im Schritt von zwei Jahrtausenden. Heute Eröffnung der eindrucksvollen Ausstellung im Bibliotheksbau des Deutschen Museums», en *Münchner Neueste Nachrichten*, 8 de noviembre de 1940, citado en Christof Kivelitz, *Die Propagandaausstellung in europäischen Diktaturen. Konfrontation und Vergleich. Nationalsozialismus in Deutschland, Faschismus in Italien und die UdSSR der Stalinzeit*, Bochum, 1999, p. 205.

51. Citado en Gianluca Falanga, *Berlin 1937. Die Ruhe vor dem Sturm*, Berlín, 2007, p. 122.

52. Kivelitz, *Propagandaausstellung*, p. 67.

53. Michael Tymkiw, «Engaged Spectatorship. On the Relationship between Non-Museum Exhibitions and Museums in National Socialist Germany», en Baensch, Kratz-Kessemeier y Wimmer, *Museen im Nationalsozialismus*, pp. 161-176, aquí p. 164.

54. Reinhart Bollmus, «Das "Amt Rosenberg", das "Ahnenerbe" und die Prähistoriker», en Achim Leube (ed.), *Prähistorie und Nationalsozialismus. Die mittel- und osteuropäische Ur- und Frühgeschichtsforschung in den Jahren 1933-1945*, Heidelberg, 2002, pp. 21-48; véase también

Bollmus, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner. Studien zum Machtkampf im Nationalsozialistischen Herrschaftssystem*, Stuttgart, 1970, pp. 69-70, 161-162, 226-227.

55. Véase, por ejemplo, Max Wegner, «Museen für die Volksgemeinschaft!», en *Völkischer Beobachter* (edición para el norte de Alemania), 13 de abril de 1934; Beiblatt, *Volkstum, Kunst, Wissenschaft, Unterhaltung*, p. 1.

56. Wolfgang Pape, «Zur Entwicklung des Faches Ur- und Frühgeschichte bis 1945», en Leube, *Prähistorie und Nationalsozialismus*, pp. 163-226, esp. pp. 167, 188, 206, 215-216; Uta Halle, Wichtige Ausgrabungen der NS-Zeit, en Focke-Museum, Bremen (ed.), *Graben für Germanien– Archäologie unterm Hakenkreuz*, Darmstadt, 2013, pp. 65-73; Marion Bertram, «Zur Situation der deutschen Urund Frühgeschichtsforschung während der Zeit der faschistischen Diktatur», *Staatliche Museen zu Berlin. Forschungen und Berichte* 31 (1991), pp. 23-42.

57. Hanning Hassmann, «Archäologie und Jugend im "Dritten Reich". Ur- und Frühgeschichte als Mittel der politisch-ideologischen Indokrination von Kindern und Jugendlichen», en Leube, *Prähistorie und Nationalsozialismus*, pp. 107-146; sobre la elevación de la categoría de la prehistoria y sus efectos en las exposiciones de los museos de Renania, véase Christina Kott, «Museums on Display. Die Selbstinszenierung deutscher Museen auf der Pariser Weltausstellung», en Baensch, Kratz-Kessemeier y Wimmer, *Museen im Nationalsozialismus*, pp. 61-81.

58. Citado en Bettina Arnold, «Archaeology in Nazi Germany», en Tim Murray y Christopher Evans (eds.), *Histories of Archaeology. A Reader in the History of Archaeology*, Oxford, 2008, pp. 120-143, aquí pp. 129-130; Goebbels compartía ese escepticismo, véase Helmut Heiber, *Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschland*, Stuttgart, 1966, p. 256.

59. El estudio clásico es Michael Kater, *Das "Ahnenerbe" der SS 1935-1945. Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches*, Múnich, 1997.

60. Citado en Tschirner, «Museumsgestalter mit eigener Position», p. 122.

61. Citado en Irene Ziehe, *Hans Hahne (1875 bis 1935), sein Leben und Wirken. Biographie eines völkischen Wissenschaftlers*, Halle/Saale, 1996, pp. 28-29.

62. Dr. Johannes Wiegelt, «Elegía por Hans Hahne», en Walter Schulz (ed.), *Hans Hahne zum Gedächtnis*, Halle, 1937, p. 7.

63. Gerhard Heberer, «Hans Hahne und die rassenkundliche Forschung», en Schulz, *Hans Hahne zum Gedächtnis*, p. 11.

64. Hans Hahne a su madre, 23 de mayo de 1919, citado en Ziehe, *Hans Hahne*, p. 36.

65. Rothfels, *Bismarck und der Staat*, p. ix.

66. Eliade, *Myth of the Eternal Return*, p. 38. Sobre el valor del diagnóstico de las temporalidades «arcaicas» para la comprensión del fascismo, véase Carstocea, «Breaking the Teeth of Time», esp. pp. 80-83.

67. Adolf Helbok, «Volk und Staat der Germanen», *Historische Zeitschrift* 154 (1936), pp. 229-240.

68. Hitler, *Mein Kampf*, pp. 1:821, 835.

69. *Ibid.*, p. 1:391.

70. Frank-Lother Kroll, «Der Faktor "Zukunft" in Hitlers Geschichtsbild», en Kroll (ed.), *Neue Wege der Ideengeschichte. Festchrift für Kurt Kluxen zum 85. Geburtstag*, Paderborn, 1996, pp. 391-

410, aquí p. 394.

71. Hitler, *Mein Kampf*, pp. 2:1289-1290.

72. Adam Tooze, *The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, pp. 3-12.

73. Gustav Stresemann, *Die Entwicklung des Berliner Flaschenbiergeschäfts*, Leipzig, 2010.

74. Hermann Wirth, *Vom Mythos und magischen Denken*, Jena, 1928, p. 22.

75. Para algunas interesantes reflexiones sobre la relación entre la espacialidad nacionalsocialista y la temporalidad del régimen, véase Confino, «Why Did the Nazis Burn the Hebrew Bible?», esp. pp. 381-382.

76. Hitler, *Mein Kampf*, p. 1:705. Obsérvese que Hitler distinguía entre dos interpretaciones de este axioma: Bismarck lo había utilizado (según Hitler) para expresar que cualquier medio posible estaba justificado en la persecución de un objetivo legítimo, una afirmación a la que Hitler no tenía nada que objetar. Pero el Führer también afirmaba que la mayoría de los políticos la había utilizado en un sentido diferente, para expresar que la política era el arte del compromiso político, una idea que Hitler rechazaba vehementemente.

77. Sobre la prognosis y la profecía y la diferencia entre sus temporalidades implícitas véase, por ejemplo, Koselleck, «Modernity and the Planes of Historicity», pp. 9-25.

78. Sobre la relevancia de esta profecía para la decisión de Hitler de emprender el exterminio de los judíos de Europa, véase Tobias Jersak, «Kriegsverlauf und Judenvernichtung. Ein Blick auf Hitlers Strategie im Spätsommer 1941», *Historische Zeitschrift* 268 (1999), pp. 311-374, esp. 339, 340, 373; Jersak, «Blitzkrieg Revisited: A New Look at Nazi War and Extermination Planning», *Historical Journal* 43 (2000), pp. 565-582, esp. 574-575; véase Hans Mommsen, «Hitler's Reichstag Speech of 30 de enero de 1939», *History and Memory* 9 (1997), pp. 147-161.

79. Verhandlungen des Reichstages, 4. Wahlperiode 1939: Stenographische Berichte, 1939-1942, p. 16.

80. El término se acuñó en Saul Friedländer, *The Years of Persecution. Nazi Germany and the Jews, 1933-1939*, Nueva York, 1998; para un útil análisis, véase A. Dirk Moses, «Redemptive Antisemitism and the Imperialist Imaginary», en Christian Wiese y Paul Betts (eds.), *Years of Persecution, Years of Extermination. Saul Friedländer and the Future of Holocaust Studies*, Londres, 2010, pp. 233-254. Sobre el antisemitismo como inversión de la profecía paulina, véase Christopher Clark, «"The Hope of Better Times": Pietism and the Jews», en Jonathan Strom, Hartmut Lehman y James Van Horn Melton (eds.), *Pietism in Germany and North America, 1680-1820*, Farnham, 2009, pp.251-270, esp. 269-270; sobre los temas «salvacionistas-históricos» en el antisemitismo teológico, véase Anders Gerdmar, *Roots of Theological Anti-Semitism. German Biblical Interpretation and the Jews, from Herder and Semler to Kittel and Bultmann*, Leiden, 2009, esp. pp. 189-317.

81. Jan Björn Potthast, *Das jüdische Zentralmuseum der SS in Prag. Gegnerforschung und Völkermord im Nationalsozialismus*, Fráncfort, 2002; Dirk Rupnow, *Täter, Gedächtnis, Opfer. Das Jüdische Zentralmuseum in Prag 1942-1945*, Viena, 2000.

82. Jochen Thies, «Hitler's European Building Programme», *Journal of Contemporary History* 13 (1978), pp. 413-431, 414.

83. Hitler, *Mein Kampf*, p. 1:693.

84. *Ibid.*, p. 1:695.

85. Norman H. Baynes (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler, April 1922-August 1939*, 2 vols., Londres, 1942, p. 1:573.

86. Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Fürherhauptquartier, 1941-42*, Stuttgart, 1963, pp. 143-144, 190.

87. Eric Michaud, «National Socialist Architecture as an Acceleration of Time», *Critical Inquiry* 19 (1993), pp. 220-233, aquí p. 227.

88. Un rasgo interesante de los escritos de Reinhart Koselleck sobre las temporalidades históricas era que casi nunca consultaba la obra de los historiadores, y prefería basarse en testigos de cargo que actuaron en la vida pública intelectual, literaria y política, como Friedrich Julius Stahl, Chateaubriand, Alexis de Tocqueville, Federico II, Karl Marx, Germaine de Staël, etcétera. A Koselleck no le interesaban tanto los escritos históricos como tales, sino más bien el «pensamiento histórico» (en el sentido de Ernst Troeltsch) de los contemporáneos que no eran historiadores profesionales.

89. Willi Oberkrome, *Volksgeschichte. Methodische Innovation und völkische Ideologisierung in der deutschen Geschichtswissenschaft 1918-1945*, Gotinga, 1993; Stefan Schweizer, *'Unserer Weltanschauung sichtbaren Ausdruck geben'. Nationalsozialistische Geschichtsbilder in historischen Festzügen*, Gotinga, 2007, p. 47; sobre la penetración del lenguaje y los argumentos biológicos y racistas en la *Volksgeschichte*, véase Ingo Haar, «Ostforschung im Nationalsozialismus. Die Genesis der Endlösung aus dem Geiste der Wissenschaften», en Rainer Mackensen (ed.), *Bevölkerungslehre und Bevölkerungspolitik im Dritten Reich,* Opladen, 2004, pp. 219-240; sobre la «matriz» emergente del «discurso sobre población» racista, véase Thomas Etzemüller, *Ein ewigwährender Untergang. Der apokalyptische Bevölkerungsdiskurs im 20. Jahrhundert*, Bilefeld, 2007, esp. pp. 37-40; sobre la combinación de «tradición» e «innovación» en un destacado exponente, véase Jan Eike Dunkhase, *Werner Conze. Ein deutscher Historiker im 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2010.

90. Que la historiografía de la «nueva» Alemania debía centrarse en la raza y el *Volkstum* se acordó en el XIX Congreso de Historiadores de Erfurt en 1937; véase Jürgen Elvert, «Geschichtswissenschaft», en Franz-Rutger Hausmann (ed.), *Die Rolle der Geisteswissenschaften im Dritten Reich, 1933-1945*, Múnich, 2002, pp. 87-135, aquí p. 123.

91. Heiber, *Walter Frank und sein Reichsinstitut*, pp. 636-937.

92. Sobre la disciplina de la historia en tiempos de la dictadura, véase Michael Salewski, «Geschichte als Waffe. Der natonalsozialistische Mißbrauch», *Jahrbuch des Instituts für deutsche Geschichte* 15 (1985), pp. 289-310; Adam Wandruszka, «Nationalsozialistische und "Gesamtdeutsche" Geschichtsauffassung», en Karl Dietrich Bracher y Leo Valiani (eds.), *Faschismus und Nationalsozialismus*, Berlín, 1991), pp. 137-150; Winfried Schulze y Otto Gerhard Oexle (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, Fráncfort, 1999; Ursula Wiggershaus-Müller, *Nationalsozialismus und Geschichtswissenschaft. Die Geschichte der Historischen Zeitschrift und des Historischen Jahrbuchs von 1933-1945*, Hamburgo, 1998.

93. Discurso de Joseph Goebbels emitido por radio sobre el boicot anti-judío, 1 de abril de 1933, transcrito en Wolfgang von Hippel (ed.), *Freiheit, Gleichheit, Brüderlichkeit? Die Französche Revolution im deutschen Urteil von 1789 bis 1945*, Múnich, 1989, pp. 344-345. Goebbels volvió afirmar lo mismo el 2 de septiembre en el mitin del Partido en Núremberg; véase K. D. Bracher, Wolfgang Sauer y Gerhard Schulz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung. Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland 1933/34*, Colonia, 1960, p. 7.

94. Goebbels, «Spiegel des Grauens».

95. Fritzsche, *Stranded in the Present*, esp. pp. 201, 212.

96. Paul Glennie y Nigel Thrift, «Reworking E. P. Thompson's "Time, Work Discipline and Industrial Capitalism"», *Time & Society* 5 (1996), pp. 275-299; Dieter Langewiesche, «"Postmoderne" als Ende der Moderne?», en Wolfram Pyta y Ludwig Richter (eds.), *Gestaltungskraft des Politischen. Festschrift für Eberhard Kolb*, Berlín, 1998), pp. 331-347, aquí p. 336; Ernst Wolfgang Becker, *Zeit der Revolution!–Revolution der Zeit? Zeiterfahrungen in Deutschland in der Ära der Revolution 1789-1848/49*, Gotinga, 1999.

97. Frank-Lothar Kroll, *Utopie als Ideologie. Geschichtsdenken und politisches Handeln im Dritten Reich*, Paderborn, 1991, esp. p. 19.

98. Sobre la diversidad, la vaguedad e incluso la incoherencia del pensamiento racial nazi y su indirecta relación con las prácticas del régimen, véase Mark Roseman, «Racial Discourse, Nazi Violence and the Limits of the Racial State Model» y Devin O. Pendas, «Eugenics, Racial Science and Nazi Biopolitics. Was There a Genesis of the "Final Solution" from the Spirit of Science?», en Devin O. Pendas, Mark Roseman y Richard F. Wetzell (eds.), *Beyond the Racial State. Rethinking Nazi Germany*, Cambridge, 2017, pp. 31-57 y 147-175.

99. Véase Kroll, *Utopie als Ideologie*, pp. 126, 223, 231, *passim*. Sobre Darré, véase también Klaus Bergmann, *Agrarromantik und Großstadtfeindschaft*, Meisenheim, 1970, esp. pp. 297-360 y Mathias Eidenbenz, '*Blut und Boden'. Zu Funktion und Genese der Metaphern des Agrarismus und Biologismus in der nationalsozialistischen Bauernpropaganda R.W. Darrés*, Berna, 1993; sobre Himmler: Joseph Ackermann, *Heinrich Himmler als Ideologe*, Gotinga, 1970, esp. pp. 171-177 y Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, trad. al inglés Jeremy Noakes y Lesley Sharpe, Oxford, 2012, esp. pp. 255-294. Sobre el lugar de la profecía en el pensamiento «apocalíptico-milenarista» de Joseph Goebbels, véase Claus-Ekkehard Bärsch, «Die Geschichtsprophetie des Joseph Goebbels», en Joachim H. Knoll y Julius H. Schoeps (eds.), *Von kommenden Zeiten. Geschichtsprophetien im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart, 1984, pp. 169-179.

100. Maier, «Politics of Time», p. 162; sobre la compleja cuestión de la relación entre el nacionalsocialismo y la modernidad, ahora existe una extensa literatura, pero véase Riccardo Bavaj, *Die Ambivalenz der Moderne im Nationalsozialismus. Eine Bilanz der Forschung*, Múnich, 2004; véase también el análisis de Paul Betts, que invita a la reflexión, «The New Fascination with Fascism: The Case of Nazi Modernism», *Journal of Contemporary History* 37 (2002), pp. 541-558.

101. Véase la pregunta que plantea Alon Confino: «¿Cuál era la imagen mental del tiempo y de la historia que daba significado a esta radical política espacial?» en Confino, «Why Did the Nazis Burn the Hebrew Bible?», p. 381.

102. Para un brillante análisis del lugar que ocupaba la antigüedad romana en la cronopolítica fascista, véase Joshua Arthurs, «The Excavatory Intervention: Archaeology and the Chronopolitics of Roman Antiquity in Fascist Italy», *Journal of Modern European History* 13.2 (2015), pp. 44-58.

103. Entre los posibles motivos figuran las distintas actitudes ante la época de la construcción nacional: mientras que aparentemente los fascistas italianos eran reacios a deshacerse del romanticismo historicista del *Risorgimento*, los nazis denigraban el siglo XIX por considerarlo una «época de declive» liberal: sobre esa diferencia, véase Esposito y Reichardt, «Revolution and Eternity», p. 40. La derrota, el derrumbe del Estado y la agitación política en la Alemania de 1918-

1919 podrían haber socavado los presupuestos historicistas tradicionales en una medida a la que nunca se llegó en Italia, donde la monarquía y la Iglesia seguían siendo poderosos pilares de la continuidad. El lugar especial que ocupaba la Iglesia católica en la Italia fascista (y Roma en particular) pudo ser otro factor: para algunas reflexiones esclarecedoras sobre la rivalidad entre las representaciones litúrgicas católicas y las representaciones públicas fascistas en la Roma de principios de los años treinta, véase Richard J. B. Bosworth, «L'Anno Santo (Holy Year) in Fascist Italy 1933-1934», *European History Quarterly* 40 (2010), pp. 436-457. La cronopolítica fascista no era estática, y el «giro racial» de 1938 pudo provocar una convergencia parcial con el nacionalsocialismo, véase Joshua Arthurs, *Excavating Modernity. The Roman Past in Fascist Italy*, Ithaca, 2012, pp. 125-150.

CONCLUSIÓN Y EPÍLOGO

1. Hugo Lerchenfeld-Köfering, *Erinnerungen und Denkwürdigkeiten: 1843-1925*, 2.ª ed., Berlín, Mittler, 1935, pp. 193-194.

2. Helmut Koenigsberger, «Europäisches Ständewesen im 16. und 17. Jahrhundert», en Peter Baumgart y Jürgen Schmädeke (eds.), *Ständetum und Staatsbildung in Brandenbrug-Preussen. Ergebnisse einer internationalen Tagung*, Berlín, 1983, pp.18-31, aquí 21-24.

3. Véase Norman Saadi Nikro, «Situating Postcolonial Trauma Studies», *Postcolonial Text* 9.2 (2014), pp. 1-21, aquí p. 8; Ogaga Ifowodo, *History, Trauma and Healing in Postcolonial Narratives*, Nueva York, 2013.

4. Estas reflexiones sobre Braudel se basan en el importante artículo de Olivia Harris, «Braudel, Historical Time and the Horror of Discontinuity», *History Workshop Journal* 57 (2004), pp.161-174.

5. Fernand Braudel, «Georges Gurvitch ou la discontinuité du social», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisation*s 9 (1953), pp. 347-361; Harris, «Braudel», p. 173.

6. Fernand Braudel, «La longue durée», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations* 13 (1958), pp. 725-753, aquí p. 748.

7. M. K. Gandhi, *Hind Swaraj and Other Writings*, Cambridge, 1997, 89, 90, 56.

8. Sobre Gandhi y Benjamin, véase Aditya Nigam, «Gandhi–the "Angel of History": Reading "Hind Swaraj" Today», *Economic and Political Weekly* 44.11 (14-20 de marzo de 2009), pp. 41-47, aquí p. 47.

9. Esta política se expone en un memorándum sin fecha (de principios de la década de 1960) del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán titulado «Die Bundesrepublik Deutschland ist der einzig rechtmaessige deutsche Staat»; véase Kristina Spohr, *Germany and the Baltic Problem after the Cold War: The Development of a New Ostpolitik*, 1989-2000, Londres, 2004, pp. 64 y 80 n. 56.

10. Heinrich August Winkler, *Germany. The Long Road West*, 2 vols., Oxford, 2006, p. 2:143.

11. Walter Ulbricht, secretario general del Comité Central del Partido Socialista Unificado, anunciaba en 1952 la decisión, largamente postergada, de iniciar la «prevista construcción del socialismo» en la RDA, después de que la RFA rechazara la polémica «oferta de unificación» de Stalin durante la primavera de aquel mismo año. Edgar Wolfrum, *Geschichte als Waffe. Vom Kaiserreich bis zur Wiedervereinigung*, Gotinga, 2001, p. 72.

12. Sobre la importancia de las continuidades con el pasado anterior a 1933 para los principales comunistas de la RDA, véase Catherine Epstein, *The Last Revolutionaries. The German Communists and Their Century*, Cambridge, 2003.

13. Lucian Hölscher, *Die Entdeckung der Zukunft*, Fráncfort, 1999, esp. pp. 219-223 [*El descubrimiento del futuro*, Madrid, Siglo XXI, 2014].

14. Elke Seefried, *Zukünfte. Aufstieg und Krise der Zukunftsforschung, 1945-1980*, Berlín, 2015.

15. Alexander Schmidt-Gernig, «Das Jahrzehnt der Zukunft: Leitbilder und Visionen der Zukunftsforschung in den 60er Jahren in Westeuropa und den USA», en Uta Gerhardt (ed.), *Zeitperspektiven. Studien zu Kultur und Gesellschaft*, Stuttgart, 2003, pp. 305-345.

16. Peter Grieder, *The East German Leadership 1946-73. Conflict and Crisis*, Nueva York, 1999, esp. pp.160-169.

17. Jenny Andersson, «The Great Future Debate and the Struggle for the World», *American Historical Review* 117 (2012), pp. 1411-1430, aquí p. 1426.

18. Sobre la oleada de futuro de la década de 1960, con un compendio general de la literatura, véase Lucian Hölscher, «Mysteries of Historical Order: Ruptures, Simultaneity and the Relationship of the Past, the Present and the Future», en Lorenz y Bevernage, *Breaking Up Time*, pp. 134-151, aquí pp. 149-50. En 1964, en el XXVI Congreso de Historiadores Alemanes, Reinhart Koselleck y Reinhart Wittram presentaron la idea de los futuros sumergidos de las épocas pasadas como un campo de investigación desatendido hasta ese momento; Koselleck refinaba ulteriormente sus ideas en su Conferencia Inaugural en Heidelberg en 1969; a ese respecto, véase Lucian Hölscher, «Von Leeren und gefüllten Zeiten. Zum Wandel historischer Zeitkonzepte seit dem 18. Jahrhundert», en Geppert y Kössler, *Obsession der Gegenwart*, pp. 37-70, aquí pp. 64-65. Para el texto de la Conferencia Inaugural: Reinhart Koselleck, «Vergangene Zukunft der frühen Neuzeit», en Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 17-27.

19. Andersson, «Great Future Debate», p. 1415.

20. Donella H. Meadows, Dennis L. Meadows, Jørgen Randers y William W. Behrens III, *The Limits to Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, Nueva York, 1972, p. 23.

21. Véase, por ejemplo, Osip K. Flechtheim, *Futurologie. Der Kampf um die Zukunft*, Colonia, 1970.

22. Marcus Colla, «Time, Politics and Legitimacy in the German Democratic Republic» (presentación del Congreso Anual de la German History Society, Newcastle, 8-10 de septiembre de 2016).

23. Rainer Gries, «Zum "Geburtstag der Republik», *Universitas* 54 (1999), pp. 307-311; sobre el problema del futuro en la RDA más en general, véase Martin Sabrow, «Zukunftspathos als Legitimationsressource. Zu Charakter und Wandel des Fortschrittsparadigmas in der DDR», en Heinz-Gerhard Haupt, Jörg Requate y Maria Köhler-Baur (eds.), *Aufbruch in die Zukunft. Die 1960er Jahre zwischen Planungseuphorie und kulturellem Wandel. DDR, CSSR und Bundesrepublik Deutschland im Vergleich*, Weilerswist, 2004, pp. 165-184; sobre el futuro como problema en los discursos comunistas, véase Martin Sabrow, «Chronos als Fortschrittsheld: Zeitvorstellungen und Zeitverständnis im kommunistischen Zukunftsdiskurs», en Igor Polianski y Matthias Schwartz (eds.),

Die Spur des Sputnik. Kulturhistorische Expeditionen ins kosmische Zeitalter, Fráncfort, 2009, pp. 117-134.

24. André Keil, «The *Preußenrenaissance* Revisited: German-German Entanglements, the Media and the Politics of History in the late German Democratic Republic», *German History* 34.2 (2016), pp. 258-278; en otros Estados del Pacto de Varsovia tuvieron lugar transiciones parecidas; véase Roman Krakovsky, *Réinventer le monde. L'espace et le temps en Tchécoslovaquie communiste*, París, 2015, y los ensayos de Haupt, Requate y Köhler-Baur (eds.), *Aufbruch in die Zukunft.* Mi forma de entender esa transición en la RDA le debe mucho a mis conversaciones con Marcus Colla, de la Universidad de Cambridge, cuyas disertaciones sobre la RDA y el pasado prusiano exploran en profundidad esos temas.

25. Andersson, «Great Future Debate», p. 1415.

26. Heinrich August Winkler, *Der Lange Weg nach Westen*, 2 vols., Múnich, 2000; véase también Winkler, *Geschichte des Westens*, 4 vols., Múnich, 2009.

27. Bruno Latour, *We Have Never Been Modern*, trad. al inglés Catherine Porter ([ed. orig. francesa, 1991] Cambridge, 1993 [*Nunca hemos sido modernos*, Barcelona, Debate, 1993]).

28. Sobre el fin del régimen moderno del tiempo, véase Aleide Assmann, *Ist die Zeit aus den Fugen? Aufstieg und Fall des Zeitregimes der Moderne*, Múnich, 2013.

29. Perry Anderson, «Introduction», en Perry Anderson y Patrick Camiller (eds.), *Mapping the West European Left*, Londres, 1994, pp. 1-22, aquí p. 11.

30. Sobre la «política desactivada», véase Sergei Prozorov, «Russian Postcommunism and the End of History*», Studies in East European Thought* 60.3, *Reviewing Perestrojka*, 2008, pp. 207-30, aquí pp. 214, 218, 220, 224; sobre el «patrimonialismo plebiscitario» de un régimen que se alinea con la «voluntad nacional», pero entorpece la aparición de formaciones disidentes en la esfera pública, véase Stephen E. Hanson, «Plebiscitarian patrimonialism in Putin's Russia: Legitimating Authoritarianism in a Postideological Era», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 636 (2011), pp. 32-48.

31. Ryszard Legutko, *The Demon in Democracy. Totalitarian Temptations in Free Societies*, Nueva York, 2016, pp. 5, 6, 11, 26.

32. El presidente Bill Clinton aludió al «lado correcto de la historia» en veintiuna ocasiones durante su periodo en el cargo; hasta diciembre de 2015, Barack Obama lo había mencionado quince veces; además, Obama utilizó la expresión contraria, «el lado equivocado de la historia» en trece ocasiones; y volvió a aparecer otras dieciséis veces en declaraciones de sus más estrechos colaboradores; véase David A. Graham, «The Wrong Side of the "Right Side of History"», *Atlantic*, 21 de diciembre de 2015, https://www.theatlantic.com/politics/archive/2015/12/obama-right-side-of-history/420462/.

33. Para una elocuente descripción de ese malestar, a cargo de un historiador que anteriormente argumentó apasionadamente a favor de «Occidente» como meta y punto de fuga de la historia alemana moderna, véase Heinrich August Winkler, *Zerbricht der Westen? Über die gegenwärtige Krise in Europe und Amerika*, Múnich, 2017; también John Comaroff, «The End of Neoliberalism? What Is Left of the Left?», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 637 (2011), pp. 141-147.

34. Thomas B. Edsall, «The End of the Left and the Right as We Knew Them», *The New York Times*, 22 de junio de 2017, https://www.nytimes.com/2017/06/22/opinion/nationalism-globalism-edsall.html; Damon Linker, «The Stunning End of the Left and the Right», *The Week*, 5 de enero de 2017, http://theweek.com/articles/670870/stunning-end-left-right; Christian Caryl, «The End of Politics as We Know It», *Foreign Policy*, 3 de mayo de 2016, http://foreignpolicy.com/2016/05/03/the-end-of-politics-as-we-know-it-left-right-sanders-trump-corbyn/; John Comaroff, «The End of Neoliberalism? What Is Left of the Left?», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* 637.1 (1 de septiembre de 2011), pp. 141-147.

35. Wolfgang Streeck, «How Will Capitalism End?», *New Left Review* 87 (mayo-junio de 2014), https://newleftreview.org/II/87/wolfgang-streeck-how-will-capitalism-end.

36. David Runciman, «Is This How Democracy Ends?», *London Review of Books* 38.23 (1 de diciembre de 2016). Runciman, *How Democracy Ends*, Londres, 2018, aborda esta cuestión con mayor profundidad.

37. Francis Fukuyama, «The End of History?», National Interest, Summer 1989, https://www.embl.de/aboutus/science_society/discussion/discussion_2006/ref1-22june06.pdf.

38. Prozorov, «Russian Postcommunism and the End of History», p. 229.

39. Amitav Ghosh, *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable* Chicago, 2016, p. 115.

40. Preámbulo, Tratados de Roma, 25 de marzo de 1957, http://www.pnsd.mscbs.gob.es/pnsd/legislacion/pdfestatal/i12.pdf

41. Emmanuel Macron, discurso en la Universidad de la Sorbona, 26 de septiembre de 2017, http://international.blogs.ouest-france.fr/archive/2017/09/29/macron-sorbonne-verbatim-europe-18583.html.

42. Para un análisis de los discursos temporales como síntoma de los cambios culturales y políticos desde la década de 1960, véase Fernando Esposito, «Einführung», en Esposito (ed.), *Zeitenwandel. Transformationen geschichtlicher Zeitlichkeit nach dem Boom*, Gotinga, 2017, pp. 7-62.

43. Cas Mudde, «Can We Stop the Politics of Nostalgia That Have Dominated 2016?», *Newsweek*, 15 de diciembre de 2016, http://www.newsweek.com/1950s-1930sracism-us-europe-nostalgia-cas-mudde-531546; Zoe Williams, «An Obsession with Nostalgia Offers Us Only Political Poison», *The Guardian*, 20 de noviembre de 2016, https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/20/nostalgia-political-poison-strictly-bake-off; Diego Rubio, «The Politics of Nostalgia», *Social Europe*, 21 de abril de 2017, https://www.socialeurope.eu/the-politics-of-nostalgia; sobre Alemania, véase Dirk Schümer, «Politische Nostalgie. Retrogrusel-Deutschland gehört auf den Müllhaufen», *Die Welt*, 24 de marzo de 2016, https://www.welt.de/politik/deutschland/article155639167/Retrogrusel-Deutschland-gehoert-auf-den-Muellhaufen.html; para algunos ejemplos de una política de vuelta atrás véanse los intentos del partido Alternative für Deutschland de rehabilitar algunos conceptos nucleares del nacionalsocialismo, como el término «*völkisch*» y la aspiración del partido a revertir lo que califica de borrado del *Volskstum* alemán; véase https://www.welt.de/politik/deutschland/article158348687/Die-Begrifflichkeit-voelkisch-ist-kontaminiert.html y http://www.tagesspiegel.de/politik/brandrede-in-dresden-der-totale-

hoecke/19267154.html. Sobre el «presentismo» como fenómeno en la forma de entender la historia y en la política más en general, véase la última parte de François Hartog, *Regimes d'historicité*, París, 2003; también los ensayos de Alexandra Walsham, Robin Osborne, Peter Coss, Miri Rubin, Evelyn Welch, Catherine Hall, Rana Mitter y S. A. Smith en *Past & Present* 234.1 (2017), pp. 213-289; y Hans Ulrich Gumbrecht, *Unsere breite Gegenwart*, Berlín, 2010 [*Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*, Madrid, Escolar y Mayo Editores, 2010].

44. Aquí me refiero en particular a Amitav Ghosh, *Traveller in an Antique Land*, Londres, 1994; Arundhati Roy, *The Ministry of Utmost Happiness*, Londres, 2017; Don Delillo, *The Body Artist*, Nueva York, 2001 [*Body art*, Barcelona, Circe, 2002]; David Mitchell, *Slade House*, Londres, 2015; Colson Whitehead, *Zone One*, Londres, 2011 [*Zona Uno*, Barcelona, Planeta, 2012]; Maja Lunde, *The History of Bees*, Nueva York, 2017 [*Historia de las abejas*, Madrid, Siruela, 2012]; pero la lista podría ampliarse indefinidamente.

45. Véase Matthew Biro, *Anselm Kiefer and the Philosophy of Martin Heidegger*, Cambridge, 1998, p. 137.

46. Sobre las obras más recientes de Voigt, véase Jorinde Voigt, *Now*, Múnich, 2015; Voigt, *Pieces for Words and Views*, ed. John Yau, Berlín, 2012.